

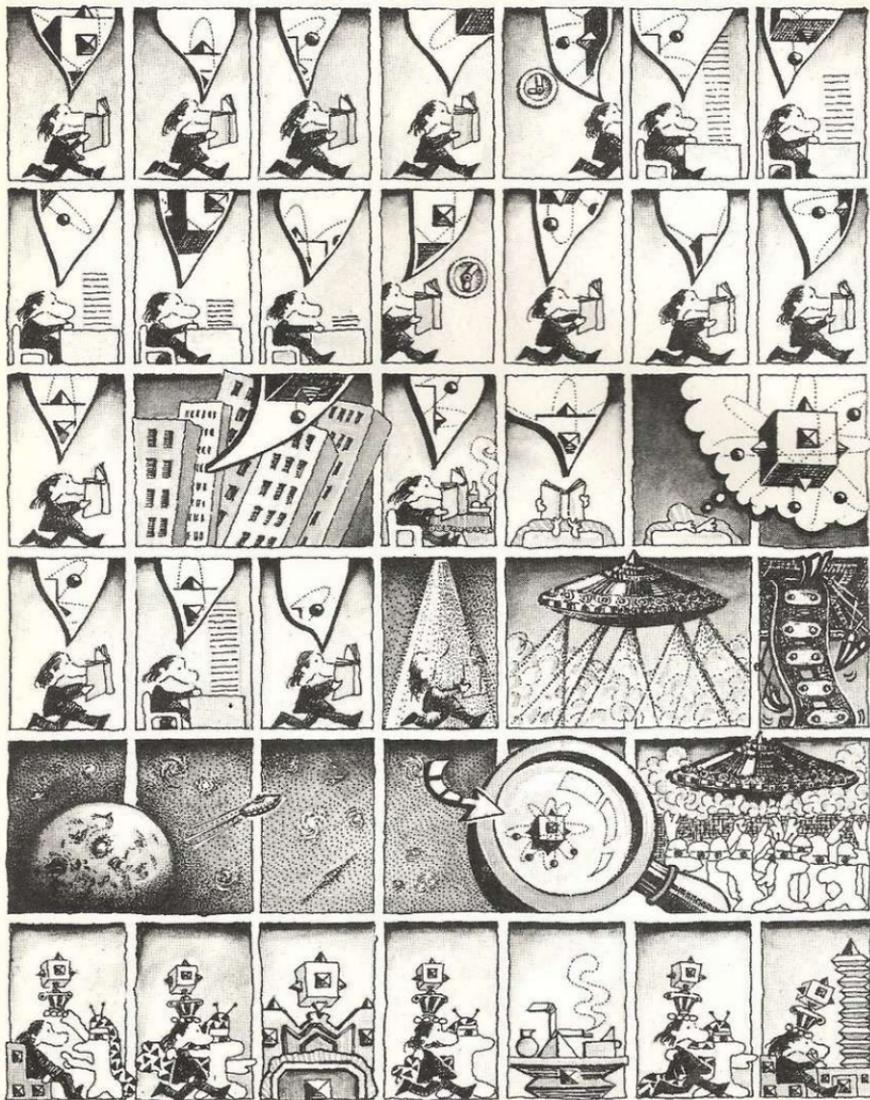
EL PÉNDULO 11

BRIAN W. ALDISS • ROBERT SILVERBERG • CORDWAINER SMITH
PATRICE DUVIC • LUIS GREGORICH • CARLOS GARDINI • PABLO CAPANNA
ELVIO E. GANDOLFO • JAMES TIPTREE, JR. • ANIBAL M. VINELLI



CH\CHONI

O J E D A



I N D I C E

CUENTOS

Robert Silverberg Reclutamiento forzoso	15
Carlos Gardini Historia de Lunario, o El pájaro del amanecer	25
James Tiptree, Jr. El joven que esquivó hasta la eternidad	31
Norberto Luis Romero Transgresiones	43
Luisa Axpe Muestras de fatiga	61
Patrice Duvic Los ojos de las alas de las mariposas	65
Rafael Flores Un servidor del rey	73
Karloman Jungahr La guerra número 81-Q	87
Cordwainer Smith Barco ebrio	91

ARTICULOS

Brian W. Aldiss La creación de Heliconia	54
Pablo Capanna Recordando al señor Smith	76

SECCIONES

Este número	4
Polvo de estrellas	6
La vuelta al mundo	11
Libros	112
Cine	122

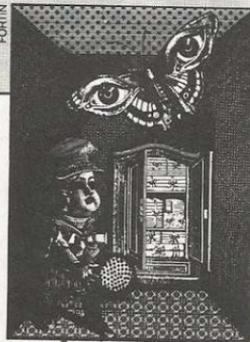
Ilustración de la tapa: Oscar Chichoni



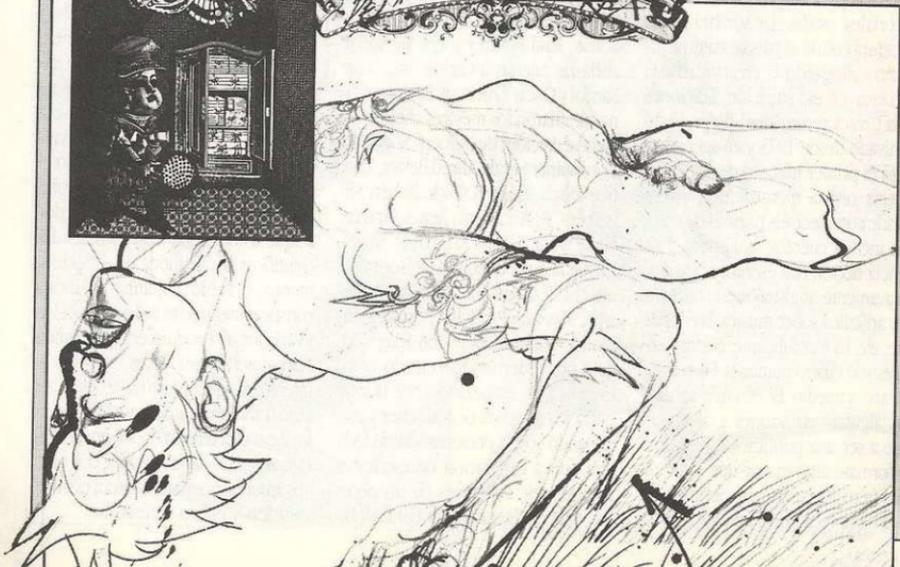
NINE



BRECCIA



FORTIN





Arriba: "Las pueritas del señor López", de Carlos Trillo y Horacio Altuna, nació en *El Péndulo*, primera época. Derecha: tapa del número 1.

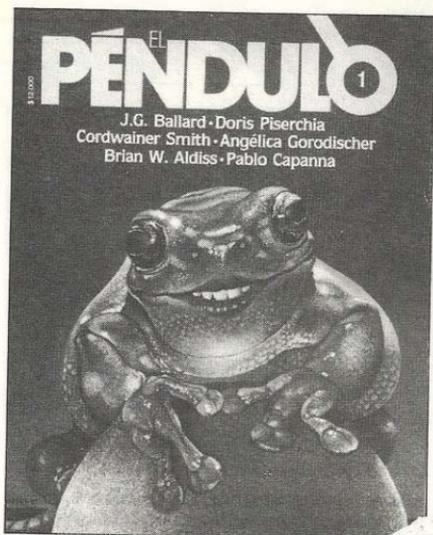


OSCILANDO

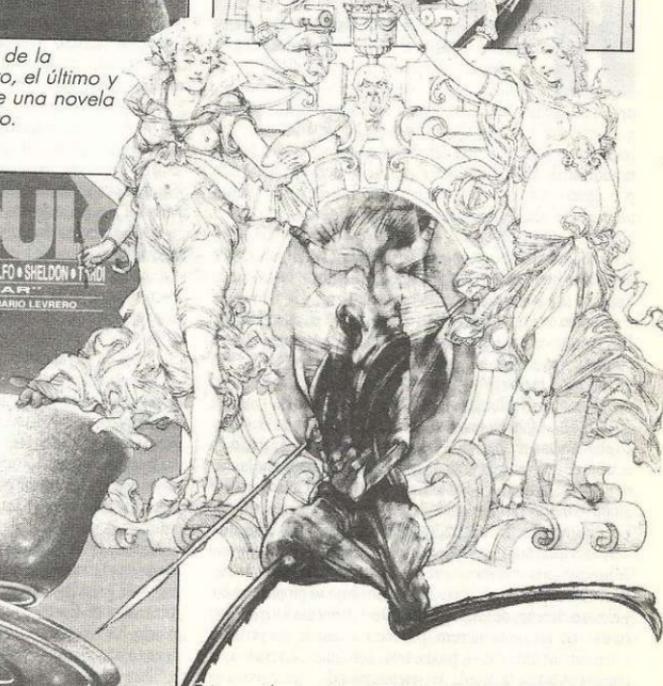
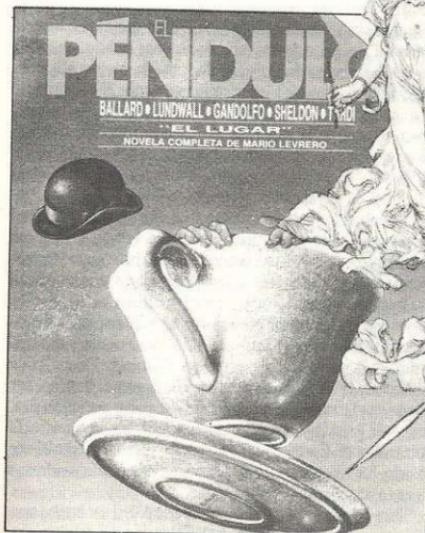
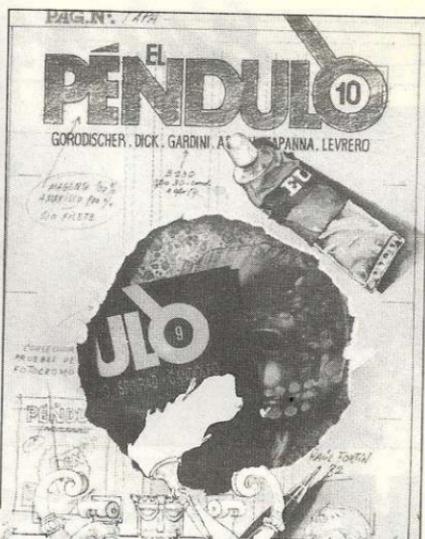
1979 no era, decididamente, un año adecuado para emprender aventuras editoriales osadas. La sombra de la dictadura cubría el paisaje cultural argentino ahogando la creatividad y la iniciativa. En esa situación, Ediciones de la Urraca reconsideró un proyecto archivado desde 1975 y en setiembre lanzó el primer número de *El Péndulo*, una revista mensual de formato grande con dieciséis páginas de color que incluía cuentos fantásticos y de ciencia ficción (de escritores casi exclusivamente anglosajones), historietas y artículos sobre música, literatura, cine, etc. La fórmula, muy costosa, sólo resistió cuatro números. Pero antes del año y medio *El Péndulo* renació con algunas variaciones y ajustes, y pasó a ser una publicación bimestral de formato algo mayor que el de un libro pero adecuado para permanecer en la biblioteca. Formalmente más so-

bria que la versión anterior, realizaba los cuentos y artículos con el talento gráfico de plásticos de la talla de Luis Scafati, Raúl Fortín y Jorge Meijide, y abrió las puertas a Carlos Nino, Kike Sanzól y Oscar Chichoni. Por sus páginas desfilaron los mejores cuentos de ciencia ficción de Robert Sheckley; Cordwainer Smith, Alfred Bester, Thomas Disch, Philip K. Dick, Robert Silverberg, R. A. Lafferty, James Tiptree, Gene Wolfe, Ursula K. Le Guin; muestras de la escuela italiana (Inisere Cre-maschi, Teodoro Giúttari, Claudio Ferrari, Massimo Pandolfi) y de la escandinava (Sam Lundwall, Jon Bing). Poco a poco fueron apareciendo nombres locales, empezando por la muy conocida Angélica Gorodischer y culminando con la presentación de toda una nueva generación de escritores rioplatenses, creadores de un peculiar tipo de literatura fantástica, que

luego madurarían lo suficiente como para alcanzar la publicación de sus primeros libros: Carlos Gardini, Elvio Gandolfo, Eduardo Abel Giménez, Sergio Gaut vel Hartman, Rogelio Ramos Signes, Luisa Axpe. En el número 6 apareció una memorable novela completa del uruguayo Mario Levrero; en ocho entregas fue publicado el ensayo *Los nuevos Apócrifos*, de John Sladek, un minucioso y demoledor ataque a todos los desvaríos pseudo-científicos tan de moda en aquel momento; y Pablo Capanna colaboró constantemente con artículos lúcidos y variados. *El Péndulo*, en esa segunda etapa, osciló diez veces, y el movimiento que generó no ha cesado. Casi cuatro años más tarde, para fortalecerlo, llega esta tercera época que, esperamos, será todavía más rica, con nuevos autores, nuevos ilustradores, nuevas ideas y nuevo entusiasmo.

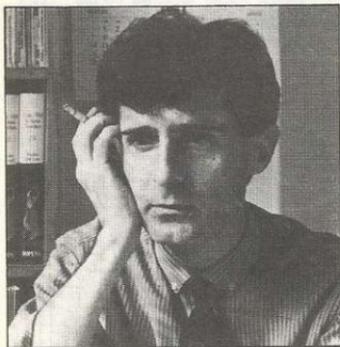


Tres importantes números de la segunda época: el primero, el último y el especial (6), que incluye una novela completa de Mario Levrero.



Primera ilustración de Carlos Nine (*El Péndulo* 5).

Este número



Romero



Silverberg



Chichino

Hace veinte años, el 6 de agosto de 1966, murió en Washington el doctor **Paul Linebarger**, profesor de la Johns Hopkins University, diplomático, militar, autor de libros sobre política asiática y guerra psicológica, ex asesor de Eisenhower y de Kennedy. Al mismo tiempo Frederik Pohl, director de la revista *Galaxy*, anunció la muerte de **Cordwainer Smith**, uno de los escritores de ciencia ficción más originales de todos los tiempos, y reveló uno de los secretos mejor guardados durante una década por algunos editores neoyorquinos: que **Linebarger** y **Smith** habían sido una misma persona. Desde ese momento varios especialistas han rastreado la vida de **Linebarger**, buscando las claves de su extraña e incomparable obra literaria. El primero en escribir un libro sobre el tema ha sido el filósofo argentino Pablo Capanna (*El Señor de la Tarde*, Sudamericana, 1984; véase el comentario de Luis Gregorich en la página 117 de este número). Hoy, para recordar a este escritor, *El Pendulo* ofrece su primer cuento y uno de los últimos. "La guerra número 81-Q" fue escrito por **Linebarger** a los catorce años, y publicado con el seudónimo de **Karloman Jungah** en el número de junio de 1928 de *The Adjutant*, una revista escolar de Washington. "Barco ebrio", una recreación del poema de Rimbaud, apareció en octubre de 1963 en la revista *Amazing*. Completamos este homenaje con un artículo de Pablo Capanna: "Recordando al señor Smith", ilustrado con páginas de algunos de los manuscritos de **Cordwainer Smith** archivados en la Universidad de Syracuse.

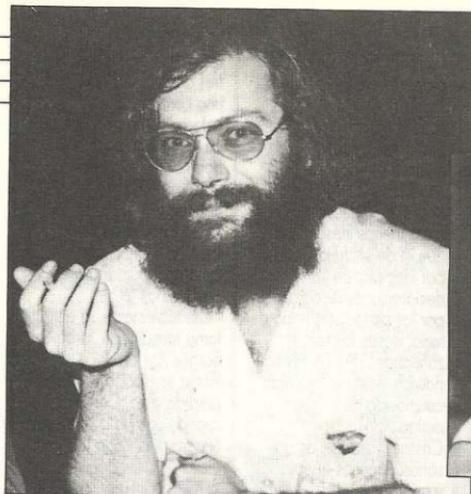
A los cincuenta años **Robert Silverberg** es seguramente uno de los escritores más abundantes de nuestro tiempo, autor de más de cuatro centenares de libros publicados bajo su propio nombre y algunas decenas de seudónimos. "Reclutamiento forzoso", el cuento que abre este número, pertenece a uno de sus períodos comparativamente menos productivos pero más interesantes: la primera mitad de la década del setenta, cuando intentó (con una copiosa serie de cuentos y novelas de rara elegancia y belleza)

agrandar los horizontes literarios de la ciencia ficción. Frustrado por la escasa respuesta a ese esfuerzo, dejó de escribir durante cinco años. Regresó al género con novelas sofisticadas pero más convencionales. Su cuento largo, "Sailing to Byzantium", obtuvo el premio Nebula 1986.

James Tiptree, Jr. es el seudónimo que **Alice Bradley Sheldon** (n. 1915), psicóloga experimental, decidió adoptar en 1968 para sus primeros cuentos de ciencia ficción, y con el que luego firmaría libros tan memorables como *Cantos estelares de un viejo primate* y *Mundos cálidos*. "El joven que esquió hasta la eternidad" es parte de una serie de historias ambientadas en la provincia mejicana de Quintana Roo, que la doctora **Sheldon**, viajera experta, conoce a la perfección y describe de esta manera: "Quintana Roo es un lugar real y muy extraño: la 'salvaje' costa oriental de la península de Yucatán, que oficialmente, aunque no psicológicamente, forma parte de México. Un diario de la vida en esas costas podría tomarse a menudo por las memorias de la vida en otro planeta.

"Por ejemplo, pocas personas saben que los poderosos pueblos mayas se rebelaron hace no mucho tiempo y lucharon sangrientamente por su independencia, ante todo contra México. Fueron totalmente derrotados: las guerras mayas terminaron con una tregua negociada sólo en 1935. (El secretario de los ejércitos mayas murió el año de mi primera visita.) México pronto dividió la península en las provincias de Campeche, Yucatán y el Territorio de Quintana Roo, que incluye Cozumel. En esa costa existen hoy (1980) aldeas mayas que aún ejercen el derecho, que consta en el tratado, de negarse a ser integradas y 'modernizadas'. Se las visita en raras ocasiones, y por invitación. El gobernador de Cozumel, un amigo mío, hizo una visita el año pasado; fue solo y durante los últimos veinticinco kilómetros, a lo largo de un arcaico *sac bé*, a pie.

"Para los afectados por la mayafilia es difícil ser breve, pero tal vez se me permitan dos declaraciones más: primero, los



Duvic

Axpe

mayas, la más oriental de las culturas amerindias, son tan diferentes de los indios que se encuentran en el México continental —conquistados, tribalmente mezclados, y aclimatados al turismo— como un escocés intacto de los Highlands respecto de un cockney londinense; segundo, el noventa y nueve por ciento de la sustancia de mis historias sobre el lugar es mera transcripción de hechos... y no podría jurar que lo que parece ficticio no me fue contado por las voces cuatro veces milenarias que aún murmuran en las noches de Quintana Roo.”

Carlos Gardini (Buenos Aires, 1948) fue uno de los principales colaboradores de *El Péndulo* en su segunda época, y volverá a serlo en esta tercera. En 1982 un jurado encabezado por Borges le concedió el primer premio de un importante concurso de cuentos organizado por el Círculo de Lectores, y en los dos años siguientes publicó cuatro libros: *Mi cerebro animal*, *Primera línea*, *Sinfonía Cero* y *Juegos malabares*. “Historia de Lunario, o El pájaro del amanecer” pertenece a *Cuentos de Vendavalía*, un volumen de próxima aparición.

Norberto Luis Romero nació en Santa María de Punilla, Córdoba. En la Universidad Nacional de la capital de su provincia obtuvo en 1973 la licenciatura en cinematografía, y luego trabajó como asistente de dirección de varios largometrajes nacionales (*El muerto*, *Los muchachos de antes no usaban goma*, *Los chantos*, entre otros). Desde 1974 vive en Madrid, donde inició su carrera literaria. Sus cuentos han aparecido en Argentina, España, México, Estados Unidos y Canadá. En 1983 su primer libro, *Transgresiones* (al que pertenecen los tres relatos breves que presentamos en este número), obtuvo el primer premio de un concurso organizado por la editorial Noega de Asturias, y apareció ese mismo año con prólogo de uno de los integrantes del jurado, el escritor argentino Daniel Moyano. La editorial cordobesa Alción pondrá en venta antes de fin de año una edición de este libro, para la que Romero ha agregado tres cuentos nuevos.

Rafael Flores también nació en la provincia de Córdoba (más precisamente en 1950 y en Villa María del Río Seco, patria chica de Leopoldo Lugones), y también vive en Madrid (desde 1979), donde ha publicado dos libros de cuentos: *En una caja oscura* (1980) y *Conversaciones con el búho* (1984) y un volumen de poemas: *La caracola en el oído* (1985). Su tercer libro de cuentos, *El fin del camino*, apareció en nuestro país (Alción, Córdoba, 1985). Flores fue coordinador para la Argentina del I Encuentro Hispanoamericano de Jóvenes Creadores (Madrid, junio de 1985).

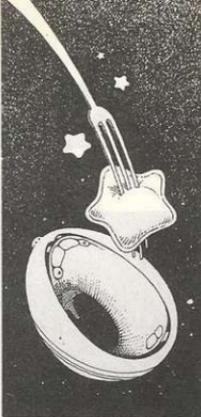
Luisa Axpe publicó su primer cuento hace cuatro años en esta misma revista (“Principio y fin”, *El Péndulo* 10, noviembre de 1982). Desde entonces dejó su profesión de psicóloga por la de redactora publicitaria y escribió un libro de cuentos fantásticos (de próxima aparición) y una novela realista en la que las fantasías se materializan y acosan a los personajes.

Patrice Duvic (n. 1946) es francés. Vivió varias veces en los Estados Unidos, donde publicó algunos cuentos y entrevistó a escritores del género para las revistas *Galaxie* y *Fiction*. Su novela *Poisson-pilote* (1979) fue premiada como el mejor libro de ciencia ficción del año escrito en francés. Actualmente vive en Canadá, desde donde dirige una colección de libros para la prestigiosa editorial parisina La Découverte.

Brian W. Aldiss (Norfolk, Inglaterra, 1925) es uno de los pocos escritores de ciencia ficción que han intentado algo radicalmente nuevo en cada libro. A diferencia de la mayoría de sus colegas, no busca nunca el camino más fácil, y el resultado está a la vista: la obra tal vez más variada y experimental que ha dado el género. Su último proyecto, en el que invirtió siete años, fue la escritura de una extensa trilogía (cuyo primer volumen aparecerá en la Argentina en breve) y de esa experiencia nos habla en el artículo “La creación de Heliconia”.

Completan este número las secciones habituales de libros, cine, noticias y comentarios.

CRONICAS TERRESTRES



POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

Decálogo para el manejo del cosmos borgeano

A mediados de junio quedó definitivamente delimitado el cosmos biográfico y textual construido por la experiencia humana y los escritos de Jorge Luis Borges a lo largo de más de ocho décadas. Un cosmos con numerosas zonas cercanas a la ciencia ficción y a la literatura fantástica, algunas de ellas poco cartografiadas (tarea que alguna vez podrá emprenderse en las páginas de *El Péndulo*). En el terreno biográfico, un cosmos elusivo, complejo, irreverente, anárquico, donde hubo olvido, uso y abuso de su figura, a izquierda y derecha.

Borges había anunciado y dicho desear su propia muerte durante los últimos quince años, aunque en los últimos tres un rejuvenecimiento del que es espléndido testimonio una fotografía en la que se lo ve volar con el pelo al viento y una sonrisa en la

barquilla de un globo aeroestático, junto a su fiel María Kodama, volvió a complicar facilidades. Ese preanuncio, sin embargo, unido a su efígie de ojos cegados y hablar lento, hizo que su desaparición fuera menos inesperada que la de un Julio Cortázar, por ejemplo. En las declaraciones recogidas por los periodistas hubo de todo, desde las torpes zahedades de una Silvana Bullrich hasta el recuerdo conmovido de su gran amigo Adolfo Bioy Casares. Una de las que sonaron menos engoladas y pedestres, y que sintetizó la melancólica sensación de desvalimiento que sentimos muchos argentinos, en un sentido que iba más allá de lo meramente literario, fue la de Isidoro Blaisten. "Yo infantilmente creí que era eterno. Creí que iba a acompañarnos con su luz o con su sombra para protegernos de todo lo que es plebeyo y chanta en este país. Yo pienso ahora que estamos muy solos. Es una de las noticias más tristes que he tenido en mi vida."

El éxito mundano, sin límites, de la figura de Borges es bastante

reciente: durante más de tres décadas su obra fue una contraseña de enterados, que no dejaron de resentir su paso a ídolo popular, su integración a un Olimpo donde también habitan Gardel o Maradona. El exquisto George Steiner, por ejemplo, apuntaba a fines de los años '60: "Inevitablemente, la actual fama mundial de Jorge Luis Borges nos produce la íntima sensación de haber perdido algo. Como ocurre cuando una vista por largo tiempo atesorada (...) una pieza de coleccionista para la mirada interior y de ella sola, se convierte en un espectáculo panorámico para hordas de turistas."

El texto de Borges, a su vez, era peligroso: invitaba a la imitación y, justamente por inimitable, hacía caer en el ridículo. Pero era también generoso: fertilizó poderosamente toda la literatura argentina del último medio siglo. Respecto al buen uso del cosmos borgeano tal vez sea útil reproducir el decálogo que elaboró Augusto Monterroso, otro motor de ideas y ficciones difícil de encasillar que, por ahora, comparte desde México el destino de escritor secretamente influyente que fue Borges en sus comienzos. En un ensayo titulado justamente "Beneficios y maleficios de Jorge Luis Borges", decía: "El encuentro con Borges no sucede nunca sin consecuencias. He aquí algunas de las cosas que pueden ocurrir, entre benéficas y maléficas:

"1. Pasar a su lado sin darse cuenta (maléfica).



ILUSTRACIÓN ANDRÉS GARCÍA

Borges

"2. Pasar a su lado, regresarse y seguirlo durante un buen trecho para ver qué hace (benéfica).

"3. Pasar a su lado, regresarse y seguirlo para siempre (maléfica).

"4. Descubrir que uno es tonto y que hasta ese momento no se le había ocurrido una idea que más o menos valiera la pena (benéfica).

"5. Descubrir que uno es inteligente, puesto que le gusta Borges (benéfica).

"6. Deslumbrarse con la fábula de Aquiles y la Tortuga y creer que por ahí va la cosa (maléfica).

"7. Descubrir el infinito y la eternidad (benéfica).

"8. Preocuparse por el infinito y la eternidad (benéfica).

"9. Creer en el infinito y la eternidad (maléfica).

"10. Dejar de escribir (benéfica)."

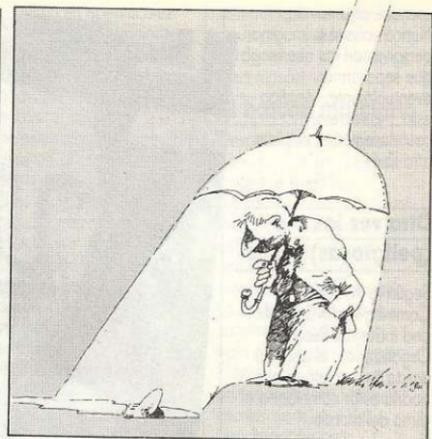
La opinión de Dick. I

"Me compré una casa, me casé, y sentí que debía levantarme por la mañana e ir a trabajar, como todo el mundo. Mi inconsciente se limitó a saturarme de ansiedad cuando llegaba allí, a la izquierda donde trabajaba, y no podía comprender por qué. Y empecé a desmayarme. Es como si Beethoven hubiese querido realmente trabajar en una fiambrería, y le diera una fobia cada vez que empezaba a cortar rodajas de salame, así que tuvo que convertirse en compositor.

"Esto demuestra algo que dice Jung, comparado con Freud: donde Freud

decía que el inconsciente no es más que un depósito de ideas desagradables que no queremos enfrentar, Jung dice que no, que el inconsciente es positivo y poderoso en extremo, y con mucha frecuencia acertado, y compensa a la conciencia, y corrige un punto de vista consciente inadecuado.

"Porque tu actitud consciente está formada siguiendo líneas restrictivas. Según lo he medido hace poco, tu conciencia está construida por valores morales introyectados que figuras autoritarias han depositado deliberadamente en ti. Maestros, padres, figuras autoritarias han dicho: 'Esto está bien y esto está mal' y así introyectas. Y el inconsciente nunca presta atención a esa materia, no puedes enseñarle de ese modo, no escuchará. Siente de modo más profundo, más amplio... Es un espectro tremendo de



cosas, y después está la estrecha conciencia, construida por figuras autoritarias. El inconsciente se relaciona con el mundo entero, con toda la panoplia del universo. Aprende de las aves, aprende de los avisos que ve, aprende de las tandas comerciales de la televisión, aprende de todo a la vez,

no sólo de unas pocas figuras autoritarias, o figuras de padres.

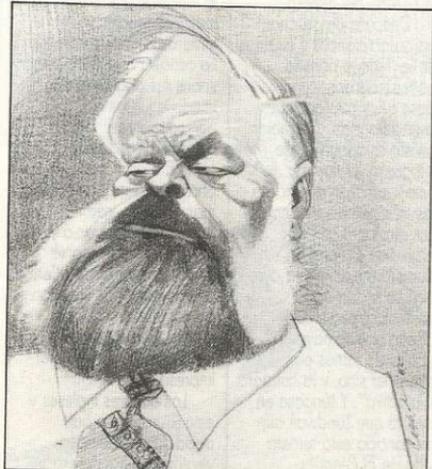
"En otras palabras: mi madre construyó mi conciencia, todo mi mundo de experiencia construyó mi inconsciente. ¿A quién debo seguir, a mi madre o a todo el resto del mundo, no sólo la gente sino todo lo que se ve?"

PHILIP K. DICK

La opinión de Dick. II

"Lo que me importa es la escritura, el acto de fabricar la novela porque mientras la estoy haciendo, en ese momento especial, estoy en el mundo sobre el que escribo. Es un mundo real para mí, de un modo completo, absoluto. Después, cuando termino, y tengo que detenerme, retirarme para siempre de ese mundo... eso me destruye. Los hombres y mujeres han dejado de hablar. Ya no se mueven. Estoy solo.

"Me prometo: nunca



Dick

escribiré otra novela. Nunca volveré a imaginar personas de las que tenga que separarme eventualmente. Me digo esto... y, secreta y cautelosamente, empiezo otro libro."

PHILIP K. DICK

Otra vez las (peligrosas) vacas

Según la Australian Commonwealth Scientific and Industrial Research Organization, el ganado eructa tanto metano que podría estar cambiando el clima del mundo.

Bombo de estrellas

Abandonemos por un momento la falsa humildad, dejemos de buscar desesperadamente nuevas noticias o libros enterrados, y con un estentóreo "¡Vamos Péndulo, todavial!" pasemos a un breve intervalo de autopromoción, orgullo y fanfarroñismo.

No es para menos. En un extenso, jugoso y documentado artículo titulado "Adventures in the Pulp Jungle" (Aventuras en la jungla *pulp*), publicado por la revista británica *Foundation* (dirigida por David Pringle y muy respetada por el alto nivel de su contenido crítico y ensayístico sobre el género), el sueco Sam J. Lundwall realiza un polémico y extenso análisis de la influencia—negativa o positiva—que han tenido los revistas de ciencia ficción en el desarrollo del género. Lundwall es presidente de la agrupación World SF, ha



Orwell

publicado varias novelas (*King Kong blues* entre otras) y cuentos ("Aquí solamente sombras" en *El Péndulo 1*, "Llévame río abajo" en *El Péndulo 6*), dirigió revistas de ciencia ficción y realizado una amplia tarea de difusión de la historia del género.

Después de describir las características y excesos de la "época dorada" norteamericana, Lundwall pasa a las publicaciones especializadas: "La mejor revista estadounidense *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, es una de las tres mejores del mundo. Las otras dos son la argentina *El Péndulo*, sin duda la mejor revista de ciencia ficción en contenido, presentación y diseño que se haya publicado jamás en cualquier sitio, y la húngara *Galaktika*". Y tengase en cuenta que Lundwall aún no conocía esta tercera vida de *El Péndulo*.

Orwell entero

El periodista y novelista británico George Orwell sufrió en vida vicisitudes dignas de la antiutopía en la que vivían los personajes de su novela *1984*. Pero no en manos de un omnipotente Ministerio de la Información, sino en las más individuales y temerosas de sus editores. La censura que ejercieron sobre sus originales por miedo a juicios o persecución de determinados sectores abarcó a gran parte de su obra, incluyendo sus libros más célebres, como *Rebelión en la granja* y *1984*. En este último se debió a un tremendo "error de imprenta": la empresa encargada de editar la novela perdió parte del texto preparado para ser impreso.

Los editores ingleses y estadounidenses han decidido recuperar la versión original de esa

obra, y han encargado la dura tarea a Peter Davidson, un profesor de inglés retirado de la Universidad de Kent, que ha pasado los últimos cinco años leyendo 40 ediciones de la obra de Orwell, coma por coma, y que ha revisado originales mecanografiados, pruebas y prolijos archivos de la correspondencia entre Orwell y sus editores. Una costumbre de Orwell, la de librarse de sus manuscritos, excepto una parte de *1984*, ha complicado la tarea, ya que muchos de los tramos eliminados por Orwell y sus editores no podrán ser restaurados. En esos casos, sólo la correspondencia puede determinar qué se perdió y en qué zonas.

La moraleja que no escribió Shekley

"Dominar es nunca tener que pedir perdón."

Dólares: verdes pero distintos

El Departamento de Tesoro norteamericano se ha visto enfrentado con un problema: la extrema facilidad con que han llegado a falsificarse las clásicas divisas verdes norteamericanas, más conocidas como dólares, gracias a las sofisticadas máquinas copiadoras de reciente aparición. Ya desde comienzos del '86 circulaban rumores acerca de cambios a realizar en el modelo original para dificultar la tarea de copistas en germen. Se llegó a especular incluso con un cambio de color.

Pero los dólares seguirán siendo verdes, tal vez por exigencia de Hollywood, en cuyos filmes adquieren tanta importancia las volijas repletas de los ya clásicos fajos de billetes color lechuga.

Al fin se decidió conservar el tono actual, y realizar algunos cambios en el diseño, los primeros en más de medio siglo.

Los cambios no serán advertidos por la vista, pero sí impedirán que las máquinas copiadoras ultrasofisticadas creen réplicas casi idénticas al original. El cambio principal será una hebra transparente de poliéster tejida en sentido vertical sobre el papel, y visible sólo cuando se lo alce a la luz. A dicho elemento se agregarán las palabras "United States of America" impresas repetidas veces alrededor del retrato de turno, en tipos tan pequeños que las copiadoras no podrán reproducirlo.

Peces bisexuales

Si una tarea se vuelve en extremo difícil, o aburrida, suele oírse decir, a quien la ejecuta, que está a punto de "volverse mono". Si la tarea continúa, más tarde su protagonista estará dispuesto a decir muy suelto de cuerpo que si las cosas siguen así "se volverá homosexual" (nos resistimos a asentar en letra impresa la versión más breve y popular de la última palabra).

Cuando determinadas especies acuáticas enfrentan momentos semejantes, actúan con ese radicalismo que suele caracterizar la naturaleza a secas, sin atajos metafóricos: directamente cambian de sexo. Es lo que ocurre si un cardumen de peces de coral pierde a su único macho: la hembra más grande empieza a actuar como el macho perdido en pocas horas, y comienza a producir

esperma en apenas diez días. Cambios semejantes ocurren con los peces de aguas profundas: especies a las que les resulta difícil encontrar parejas potenciales para aparearse recurren al cambio de sexo como atajo para sobrevivir. Si en otros tiempos se creía que el cambio era excepcional, ahora se han identificado al menos especies de 14 familias donde la hembra pasa a ser macho, y de 8 donde se produce la transformación inversa.

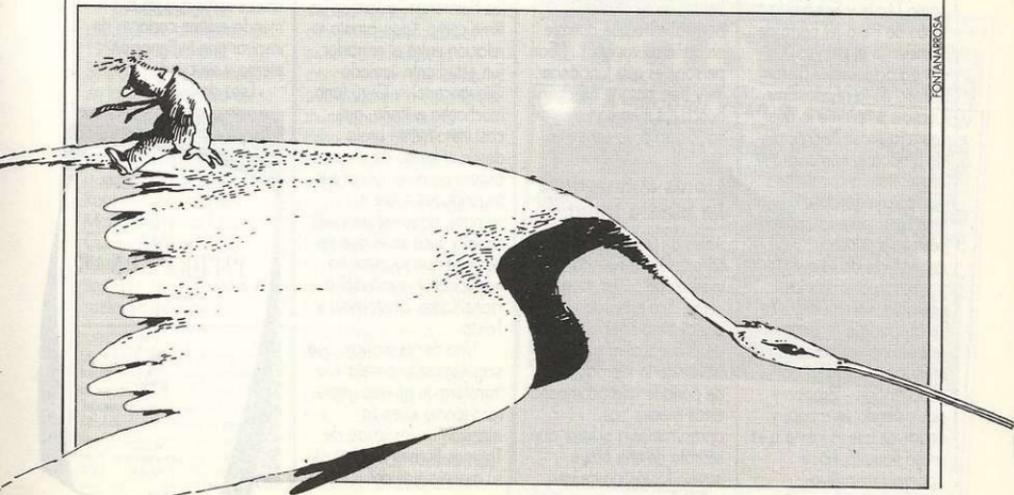
Hasta el momento los científicos no han podido descubrir el mecanismo que actúa en tales circunstancias. Se sabe de todos modos desde hace tiempo que el género sexual es mucho más inestable en peces y reptiles que en aves y mamíferos: un cambio de temperatura puede definir el sexo de un reptil en proceso de maduración, y basta agregar una

determinada hormona al agua para que todo un cardumen de truchas tenga sexo masculino.

El halcón marciano

Después de un período considerable sin presentar un nuevo libro, Ray Bradbury, el creador de las inolvidables *Crónicas marcianas*, dio a conocer una extensa novela en setiembre del año pasado. La novedad principal la constituye el género: se trata de una policial negra. El hecho de que el protagonista sea un joven escritor de relatos de ciencia ficción para revistas, y de que viva en Venice, un pueblito de California donde transcurrió la adolescencia del autor, agrega al texto indudables resonancias autobiográficas.

La crítica ha sido un tanto irónica con su intento, que desde el título, *Death is a Lonely Business* (La muerte es un asunto solitario), preannuncia un



FONTANAROSA



Bradbury

pastiche de Chandler y Hammett, a quienes la novela está dedicada, entre otros. "Pero *El halcón maltés* y *El sueño eterno* están tan cerca de esta *vaudeville* de balneario como Marte y Saturno lo están de Plutón (el perro de Disney, no el planeta)", ironizó ácidamente Stefan Kanfer, de la revista *Time*. Como ejemplo de lo que llama la prosa "púrpura" de Bradbury, Kanfer cita una metáfora chiriante: "Su cara redonda era una luna que contemplaba los vastos territorios imperativos de su cuerpo."

Unos párrafos más adelante, sin embargo, se ve obligado a reconocer que el popular maestro mantiene en alto su poder de invención: "Bradbury sigue siendo un mago, y cada vez que la trama o la prosa flaquea, hace aparecer un nuevo

personaje: el peor barbero del mundo; un 'hombre-circo' que traslada consigo su feria de perros, gatos, gansos y pericos en invierno, sin hablar nunca con la gente: sólo les canta; un alcohólico boquiabierto que duerme en bañeras vacías. (...) Son personajes que funcionan muy bien porque Bradbury nunca los mira con ojos de sociólogo o de cantante folk."

Libros enterrados: La piedra lunar

Antes de que el lector se sorprenda de nuestra ingenuidad al recomendar como libro enterrado la celeberrima novela policial de Wilkie Collins (si no ha advertido la reproducción de portada que acompaña estas líneas), nos apresuramos a aclarar que se trata de una breve novela fantástica de un

autor italiano hasta hoy poco conocido en nuestra lengua: Tommaso Landolfi. Quien no debe ser confundido, a su vez, con Massimo Pandolfi, otro italiano de quien publicamos un breve relato en *El Pendulo 7*.

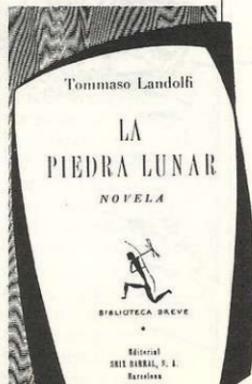
Tommaso Landolfi nació en 1908 y murió en 1979. Era adicto al juego de salones y casinos, y publicó gran parte de su obra en los suplementos dominicales de los periódicos italianos, como ocurrió también con Dino Buzzati y Alberto Savinio, otros dos grandes narradores italianos, con los que Landolfi tiene más de un punto de contacto.

La piedra lunar es un relato de licantrópica, pero narrado con un sesgo muy particular. Si por una parte todo arranca con el tono del relato campesino culto, con la mitología de las pequeñas ciudades del interior italiano, en el mejor estilo de lo que han hecho los hermanos Taviani en un filme como *Kaos*, pronto la relación entre el narrador (un estudiante llamado Giovancarolo), y Gurú (una muchacha extraña, que casi literalmente brota desde el fondo de un jardín oscuro para complicar sus seguridades sobre el mundo), adquiere un vuelo visual y lírico en el que se advierte que su autor ha traducido (y asimilado) a Franz Kafka, Dostoievski y Tolstói.

Uno de los matices que singularizan la novela y la transforman en una gema rara (como lo es *La mansión de las rosas*, de Thomas Burnett Swann) es su manejo sutil del

erotismo. Las relaciones entre los protagonistas alcanzan un equilibrio muy difícil entre los impulsos animales, la búsqueda del calor y la caricia corporal, y la sofisticación delicada con que el autor describe esos afectos o introduce bruscamente parte de su conocimiento de *gourmet* sobre el eterno femenino. Como cuando Giovancarolo se asoma a la ventana de su cuarto y opina sobre algunas de las mujeres que ve pasar por la calle: "Tales hembras, en el mejor de los casos, pertenecían al tipo llamado 'belleza triunfante', que irrita como apenas cabe imaginar más: aquellas mujeres altas, membrudas y bien formadas, de pecho majestuoso y proporciones perfectas que, serenas la frente y la mirada, se posean por los salones en medio de la profunda veneración de todos los aficionados a las 'buenas carnes', son en rigor los únicos seres que en el mundo existen capaces de inspirar una indignación eterna y sin cuartel."

Esos datos, sin

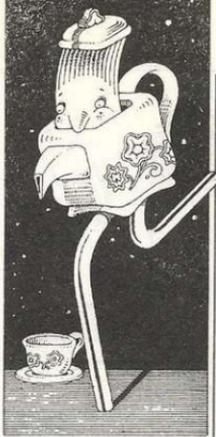


embargo, son sólo el preanuncio de la extensa noche de luna llena que Giovancarlo y Gurú pasan en la montaña, y en donde la numinoso, salvaje y sobrenatural se desencadena con la libertad de un sueño entre delicioso y pesadillesco, centro irradiante y misterioso de la novela. Un apéndice reproduce el "juicio del señor Giacomo Leopardi sobre la presente obra", aunque el gran poeta haya muerto exactamente un siglo antes de ser escrita. El texto del autor de los *Cantos* explica sin embargo con claridad la elección de la palpitation secreta que se opone a la cordura y la experiencia pragmáticas, que son "la muerte de la poesía", meticulosamente atacadas en *La piedra lunar*, que en su original llevaba el muy resacuado y a la vez engañoso subtítulo de "Escenas de la vida provincial".

La traducción al español fue publicada en 1956 por la editorial Seix-Barral de Barcelona, en la época heroica de su colección Biblioteca Breve, que sirvió para dar a conocer tempranamente autores como Robbe-Grillet, Carson McCullers y Max Frisch. Cuando aparece en librerías de viejo y liquidaciones su precio suele ser muy sensato.

FUENTES

Los datos y opiniones de esta sección fueron recogidos de las siguientes publicaciones: *Time*, *New York Times*, *Herald Tribune*, *Esquire*, *Foundation*, y los libros *Movimiento perpetuo* de Augusto Monterroso, *Extraterritorial* de George Steiner, *Only Apparently Real: The World of Philip K. Dick* de Paul Williams.



LA VUELTA AL MUNDO

Se agranda la fiesta

Brian Aldiss publicó en 1973 una famosa historia de la ciencia ficción, *Billion Year Spree* (La fiesta de un billón de años). Al concluir, a principios del año pasado, la escritura de la trilogía de Heliconia (véase pág. 54 de este número), decidí revisar por completo aquel trabajo, pues "la mitad de la ciencia ficción que se ha publicado en la historia del mundo ha aparecido después de 1970". El ensayo (para cuya preparación contó con la ayuda de otro especialista, David Wingrove), totalmente reescrito, aparecerá en breve bajo el título de *Trillion Year Spree* (La fiesta de un trillón de años). Sobre él ha declarado Aldiss: "Considero a este libro como una celebración, por todo lo que hemos visto ocurrirle a la ciencia ficción en el curso de nuestro vida. Pienso que deberíamos

estar tremendamente orgullosos. Sin duda es una fortuna estar asociado con esta cosa que, como todos sabemos, salió del albañal. Me pareció que la crítica feroz no cabía en *Trillion Year Spree*. Pero sabe Dios que no lo considero un libro complaciente. Son 890 páginas de manuscrito, más de doscientas cincuenta mil palabras. Algo verdaderamente grande. Pero la ciencia ficción es grande. Y si esta versión sólo tiene el doble del tamaño de la anterior, debe tomarse como un reflejo del actual estado de cosas."

El auge de los libros de ciencia ficción

La excelente revista *Locus* (publicada en Oakland, California, por Charles N. Brown) dedicó buena parte de su número de febrero al fenomenal crecimiento de

la producción de libros de ciencia ficción en Estados Unidos. Ese crecimiento, constante en los últimos años, fue en 1985 del trece por ciento con respecto a 1984: 1332 títulos publicados (la cifra récord de todos los tiempos), de los cuales 715 eran novedades y el resto reimpressiones. Lo más interesante es que algunos de esos libros llegaron a vender casi un millón de ejemplares. La suerte, sin embargo, no parece acompañar a las revistas, cuya tirada promedio descende un poco cada año. Pero vale la pena mostrar cuál fue la cantidad de ejemplares (promedio) vendidos de cada número de esas revistas durante 1985: *Amazing*: 12.323; *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*: 54.249; *Isaac Asimov's SF Magazine*: 83.848; *Analogue*: 97.184; *Twilight Zone*: 100.770; *Omni*: 903.549.

LOCUS

ISSN 0047-4699 \$2.50

19th Year of Publication
10 Times Hugo Winner

THE NEWSPAPER OF THE SCIENCE FICTION FIELD ISSUE 1301 • VOL. 15, NO. 2 • FEBRUARY 1986

1985: A RECORD YEAR IN SCIENCE FICTION

Book Summary

It's no use... (text continues)

Magazine Report

It's no use... (text continues)

Recommended Reading

Both you... (text continues)

Cinema Summary

It's no use... (text continues)

El premio Karel

Durante los días 27 y 28 de junio tuvo lugar en la Universidad de la Columbia Británica (Vancouver) la reunión anual de World SF, la asociación internacional de profesionales de la ciencia ficción. El italiano Gianfranco Viviani resultó electo presidente, y sucedió en ese cargo al sueco Sam J. Lundwall. Entre los presidentes anteriores (la función dura un año) se cuentan Frederik Pohl, Harry Harrison y Brian Aldiss. Los premios Karel 1985, "a la excelencia en la traducción", fueron otorgados a Francisco Porrúa (director de Ediciones Minotauro) de España, Roland Adlerberth de Suecia, Lev Djanov de la URSS, Marek Marson de Polonia y Joe Randolph de Estados Unidos. Entre los proyectos inmediatos de World SF se cuentan dos antologías de ciencia ficción internacional: la primera, preparada por Sam Lundwall y Brian Aldiss, será editada este año por Penguin en Inglaterra y por Editrice Nord en Italia; la segunda, *Tales from the Planet Earth* (Cuentos del planeta Tierra), compilada por Frederik Pohl y Elizabeth Anne Hull, aparecerá antes de fin de año en Estados Unidos con el sello de St. Martins Press.

El premio Más Allá

El 1º de agosto, en la sala D del Centro Cultural General San Martín fueron entregados los premios correspondientes a obras y publicaciones argentinas del año pasado. Votados,



ILUSTRACION RAUL FORTIN

por los socios del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía, éstos son los ganadores:

Mejor novela: *Un paseo con Gerónimo*, Daniel Barbieri

Mejor cuento: "Defensa interna", Eduardo J. Carletti

Mejor libro: *Cuerpos descartables*, Sergio Gaut vel Hartman

Mejor revista: *Sinergia*
Mejor fanzine: *Cuasar*
Mejor ilustrador: Carlos A. Sánchez

Mejor historieta: "Ficcionario", Horacio Altuna

Mejor ensayo: *El Señor de la Tarde*, Pablo Capanna

El premio Locus

Decidido por el voto de los lectores de la prestigiosa revista informativa del mismo

nombre, recayó este año sobre los siguientes autores y obras:

Mejor novela de ciencia ficción: *The Postman*, David Brin

Mejor novela de fantasía: *Trumps of Doom*, Roger Zelazny

Mejor novela inicial:

Contact, Carl Sagan

Mejor libro de ensayo/referencia:

Benchmarks: Galaxy Bookshelf, Algis Budrys

Mejor novela corta: "The Only Neat Thing to Do", James Tiptree, Jr.

Mejor cuento largo: "Paladin of the Lost Hour", Harlan Ellison

Mejor cuento corto: "With Virgil Oddum at the East Pole", Harlan Ellison

Mejor libro de cuentos: *Skeleton Crew*, Stephen King

Mejor antología:

Medea: *Harlan's World*, comp. Harlan Ellison

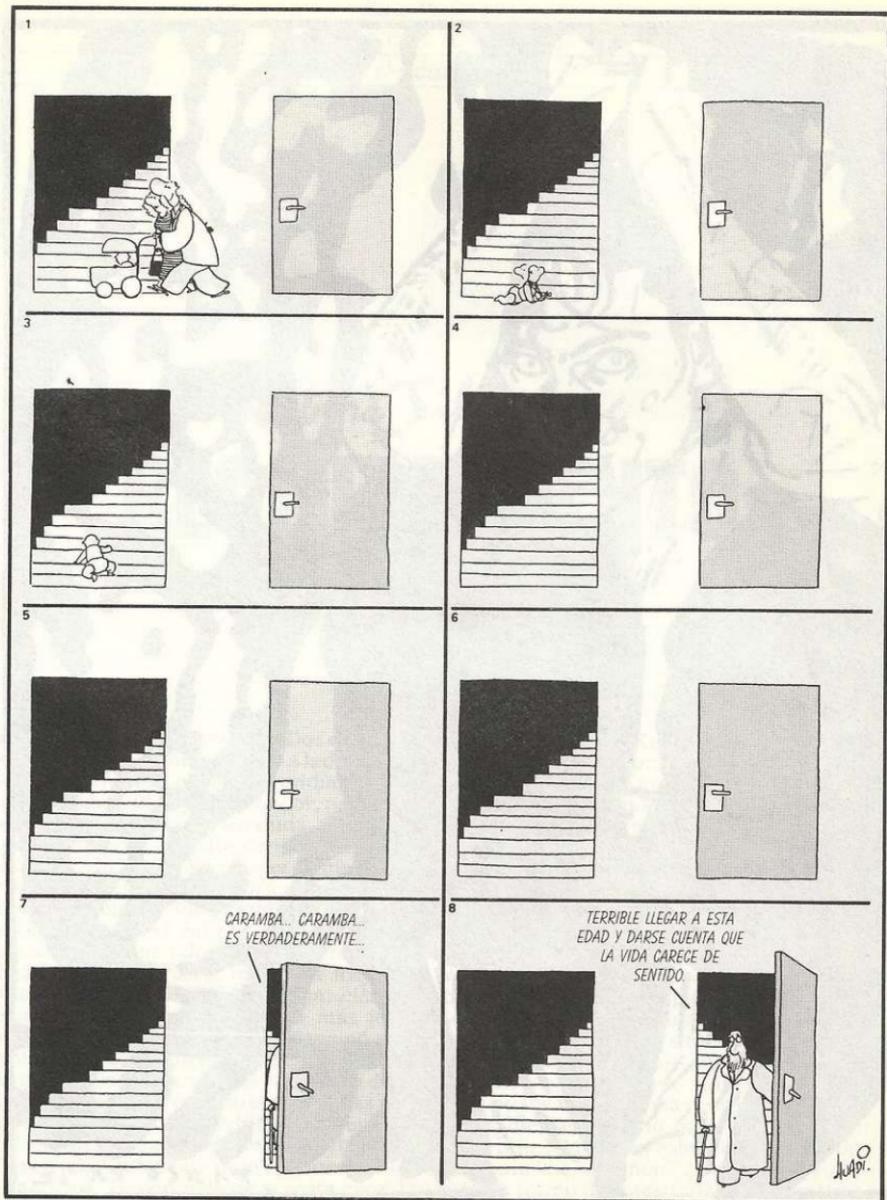
El premio Nebula

El 26 de abril, en un hotel de Berkeley, California, durante el banquete anual del sindicato norteamericano de escritores de ciencia ficción (SFWA), fueron entregados los premios correspondientes a las mejores obras del año pasado según el voto de los socios de la entidad.

Mejor novela: *Ender's Game*, Orson Scott Card
Mejor novela corta: "Sailing to Byzantium", Robert Silverberg

Mejor cuento largo: "Portraits of His Children", George R. R. Martin

Mejor cuento corto: "Out of All Them Bright Stars", Nancy Kress





*La vida se
paga con monedas
de carne.*

Robert Silverberg

RECLUTAMIENTO FORZOSO

ILUSTRO PABLO PAEZ

Mira allí, Kate, en la avenida. Dos espléndidos ancianos, caminando lado a lado junto a la orilla. Irradian poder, autoridad, riqueza, seguridad. Él es juez, senador, presidente de una corporación, sin duda, y ella es... ¿qué? Profesora emérita de derecho internacional, digamos. Van hacia la plaza, caminando serenamente, sonriendo, saludando grácilmente a los peatones. ¡Cómo les brilla el sol en el cabello blanco! Apenas aguanto el resplandor de esa aureola reflejada: me enceguece, me irrita los ojos. ¿Cuántos años tienen? ¿Noventa, cien? A esta distancia parecen mucho más jóvenes... Van erguidos, la espalda tiesa, no aparentan más de cincuenta o sesenta. Pero los distingo. Esa confianza, ese equilibrio delatan quiénes son. Y cuando estaban más cerca les vi las mejillas marchitas, los ojos hundidos. Ningún cosmético puede ocultar eso. Tienen edad suficiente para ser nuestros tarabuelos. Tenían más de sesenta cuando

nosotros nacimos, Kate. ¡Qué bien funcionan sus cuerpos! ¿Por qué no? Podemos adivinarles el historial médico. Ella tuvo por lo menos tres corazones, él está usando su cuarto juego de pulmones, solicitan riñones nuevos cada cinco años, les refuerzan la quebradiza osamenta con fragmentos de esqueleto de los brazos y piernas de infortunados jóvenes, les aguzan el apagado aparato sensorial con un sinfín de injertos nerviosos obtenidos del mismo modo, les revisten las viejas arterias con lustroso teflón. Ensamblajes ambulantes de partes humanas de segunda mano, mezcladas aquí y allá con órganos de reemplazo sintéticos o mecánicos, eso son. ¿Y qué soy yo, o qué eres tú? Jóvenes de diecinueve, vulnerables. Para ellos no soy más que una reserva de órganos saludables, esperando para servirlos. Ven aquí, hijo. ¡Qué joven robusto eres! ¿Puedes obs-¿quiarme un riñón? ¿Un pulmón? ¿Un selecto tramo de intestino? ¿Diez centime-

EL PENDULO-15

tros de nervio cubital? Necesito algunas partes de ti, muchacho. No negarás lo que te pide un distinguido y anciano dirigente, ¿verdad? ¿Verdad?

Hoy mi nota de reclutamiento, un documento pequeño y erujente, de aspecto muy oficial, salió disparado por la ranura de datos cuando teclé para pedir la correspondencia de la mañana. La estuve esperando toda la primavera: ninguna sorpresa, ninguna conmoción, sino más bien cierta distensión ahora que llegó. En seis semanas debo presentarme en la Casa de Trasplantes para mi examen médico definitivo—una mera formalidad, no me habrían reclutado si ya no tuviera una excelente calificación como potencial suministro de órganos—y luego responder a la convocatoria. La convocatoria suele tardar un par de meses. En otoño me empezarán a trinchar. Come, bebe y sé feliz, pues pronto el cirujano llamará a tu puerta.

Un desordenado grupo de ancianos se reúne ante el cuartel general de la Liga de la Santidad Corporal. Es una antimanifestación, una protesta antiantitrasplante, la peor clase de declaración política alimentada en las emociones negativas más detestables. Los manifestantes portan letreros reucientes que dicen:

SANTIDAD CORPORAL... ¿O EGOÍSMO CORPORAL?

Y:

DEBÉIS VUESTRA VIDA A LOS DIRIGENTES

Y:

ESCUCHAD LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

Los manifestantes son ancianos de bajo escalafón; su calificación apenas supera el límite y no pueden estar seguros de conseguir trasplantes. No es de extrañar que la Liga los tenga a mal traer. Algunos van en silla de ruedas y otros están metidos hasta las cejas en sistemas portátiles de mantenimiento vital. Graznan y gritan amargas inyectivas y sacuden los puños. Observando el espectáculo desde una ventana superior del edificio de la Liga, tiritó de miedo y consternación. Esas gentes no sólo quieren mis riñones y pulmones. Me arrancarían los ojos, el hígado, el páncreas, el corazón, cualquier cosa que necesitaran.

Lo conversé con mi padre. Él tiene cuarenta y cinco años: demasiados como para

haber sido afectado por el reclutamiento de órganos, demasiado pocos como para haber necesitado trasplantes. Eso lo coloca en una posición neutral, como quien dice, excepto por un pequeño detalle: su categoría de trasplantes es 5-G. Es un puntaje muy elevado en la lista de selección, no la clase prioritaria pero casi. Si mañana se enferma y el Comité de Trasplantes decreta que su vida correría peligro si no le dieran un nuevo corazón, pulmón o riñón, le conseguirán uno en seguida. Esa situación tiene que influir en su objetividad acerca del problema del trasplante de órganos. No obstante, le dije que planeaba apelar y tal vez resistirme.—Sé razonable—dijo—, sé racional, no te dejes aturdir por las emociones. ¿Vale la pena arriesgar tu futuro por semejante cosa? A fin de cuentas no todos los reclutas pierden órganos vitales.

—Muéstrame las estadísticas—dije—Muéstrame.

No conocía las estadísticas. Tenía la impresión de que sólo una cuarta o quinta parte de los reclutas era convocada. Eso indica en qué medida la generación anterior se mantiene al corriente... Y mi padre es un hombre culto, esclarecido, bien informado. Ninguna persona de más de treinta y cinco años pudo mostrarme estadísticas cuando las pedí. Así que yo les mostré a ellos. Tomadas de un folleto de la Liga, es verdad, pero basadas en informes certificados del Instituto Nacional de Salud. Nadie escapa. Siempre te echan el guante, si reúnes las condiciones. La necesidad de órganos jóvenes inexorablemente se expande hasta equipararse con la reserva de órganos disponibles. A la larga nos atraparán a todos para hacernos pedazos. Tal vez quieran eso, de todos modos. Librarse de los miembros más jóvenes de la especie, siempre tan molestos, canibalizándonos para obtener repuestos, y reciclándonos, pulmón por pulmón, páncreas por páncreas, en sus cuerpos decadentes.

Fig. 4. El 23 de marzo de 1964 se extirpó el hígado de este perro para reemplazarlo por el hígado de un donante mestizo no emparentado con él. El animal fue tratado con atiprina por 4 meses y luego se interrumpió toda terapia. Conserva una perfecta salud 6 2/3 años después del trasplante.



La guerra continúa. Desde hace catorce años, creo. Claro que ya no se dedican a matar. No hubo combates desde alrededor del '93; por cierto no los hubo desde que cobró vigencia la legislación sobre reclutamiento de órganos. Los viejos no pueden darse el lujo de desperdiciar preciosos cuerpos jóvenes en el campo de batalla. De modo que los robots libran nuestras guerras territoriales, embistiéndose de cabeza con gran ruido metálico, sembrando minas terrestres y dirigiendo los sensores a las minas del enemigo, cavando túneles bajo sus defensas, etcétera, etcétera. Más, desde luego, la actividad cuasimilitar: sanciones económicas, bloqueos de terceras potencias, emisiones de propaganda desde despiadados satélites orbitales que anulan otras emisiones, y cosas similares. Es una guerra más sutil que las que se libraban antes: nadie muere. Aun así, dreña los recursos nacionales. Los impuestos aumentarán de nuevo este año, el quinto o sexto año consecutivo, y acaban de inventar un Recargo de Paz especial sobre todas las mercancías que contengan metal, a causa de la escasez de cobre. Hubo un tiempo en que podíamos abrigar la esperanza de que nuestros locos y viejos dirigentes murieran o al menos se retiraran por razones de salud, para irse tambaleando a sus villas campestres con úlceras, calvicie, sarna o escrúpulos, y permitir que los nuevos y jóvenes pacificadores se hicieran cargo. Pero ahora continúan en sus puestos, inmortales y dementes, nuestros senadores, nuestros ministros, nuestros generales, nuestros planificadores. Y la guerra también continúa, esta guerra absurda, incomprensible, diabólica y autocomplaciente.

Conozco a gente de mi edad, o un poco mayor, que ha pedido asilo en Bélgica, Suecia o Paraguay, o cualquiera de los otros países donde se han sancionado leyes de Santidad Corporal. Hay una veintena de esos países, la mitad de ellos las naciones más progresistas del mundo, y la mitad las más reaccionarias. Pero ¿de qué sirve escapar? No quiero vivir en el exilio. Me quedaré aquí para luchar.

Naturalmente, no piden a un recluta que entregue el corazón, el hígado u otro órgano esencial para la vida, digamos la médula oblongada. Aún no hemos llegado a esa etapa de esclarecimiento político en que el go-

bierno se siente capaz de legislar una conscripción fatal. Los riñones y los pulmones, los órganos pareados, los órganos prescindibles, son por ahora los objetivos principales. Pero si estudiamos la historia de la conscripción a través del tiempo vemos que siempre puede proyectarse en una curva que se eleva desde la necesidad racional a la locura absoluta. Dale el dedo y toman el brazo. Dale una pulgada de entraña y te arrancan las tripas. En cincuenta años más reclutarán corazones y estómagos, y quizá cerebros, estoy seguro; si resuelven la tecnología del trasplante de cerebros ningún cráneo estará a salvo. Volveremos a los sacrificios humanos. La única diferencia entre nosotros y los aztecas está en el método: nosotros tenemos anestesia, antisepsis y asepsia, usamos escalpelos en vez de puñales de obsidiana para arrancar el corazón de las víctimas.

MEDIOS PARA SUPERAR LA REACCIÓN HOMOIÑERTO

La senda que condujo desde la demostración de la naturaleza inmunológica de la reacción homoiñerto y su universalidad hasta el desarrollo de medios relativamente eficaces pero no del todo satisfactorios de superarla con propósitos terapéuticos es interesante pero sólo puede exponerse someramente. El año 1950 introdujo una nueva era en las inmunobiología del trasplante; el descubrimiento de diversos medios para debilitar o abrogar la reacción del huésped ante el homoiñerto -tal como una irradiación x subletal de todo el cuerpo, o el tratamiento con ciertas hormonas adrenales corticoesteroides, principalmente la cortisona- comenzó a influir en el rumbo de las investigaciones y a generar confianza en que no se estuviera lejos de una solución clínica viable. A fines de la década se había demostrado que potentes drogas inmunosupresivas, tales como la mercaptopurina 6, eran capaces de contener la reactividad de los perros a los homoiñertos renales, y poco

después este principio se extendió exitosamente al hombre.

¿Mi resistencia al reclutamiento se basa en un arraigado repudio abstracto por la tiranía en todas sus formas o en el mero deseo de mantener mi cuerpo intacto? ¿En ambas cosas, tal vez? ¿Necesito acaso una racionalización idealista? ¿No tengo un derecho inalienable a andar por la vida usando los riñones con que nací?

La ley fue decretada por una administración de viejos. Ten la certeza de que todas las leyes que afectan el bienestar de los jóvenes son obra de ancianos chochos y moribundos con angina de pecho, aterosclerosis, prolapsos del infundíbulo, ventrículos fulminados y viaductos dilatados. El problema era éste: no moría suficiente cantidad de jóvenes saludables por accidentes de carretera, intentos exitosos de suicidio, saltos de trampolín mal calculados, electrocuciones y heridas en el fútbol; por lo tanto, escaseaban los órganos trasplantables. La campaña para restaurar la pena de muerte con el propósito de crear una provisión permanente de cadáveres controlados por el Estado fracasó en los tribunales. Los programas de donación voluntaria de órganos no funcionaban muy bien, pues la mayoría de los voluntarios eran delincuentes que firmaban un contrato para que los liberaran antes: un pulmón acortaba la sentencia en cinco años, un riñón representaba tres años menos, y así sucesivamente. El éxodo de convictos de las cárceles gracias a esta cláusula no era tan popular entre los votantes de los suburbios. Entretanto había una urgente y creciente necesidad de órganos; muchos ancianos importantes podían morir si no se actuaba con rapidez. Así que una coalición de senadores de los cuatro partidos impuso la reglamentación de reclutamiento de órganos en la Cámara Alta a despecho de la amenaza dilatoria de unos pocos miembros que favorecían a la juventud. Fue mucho más fácil en la Cámara de Representantes, pues en la Cámara nadie presta demasiada atención al texto de una ley que se somete a votación, y se había corrido el rumor de que si ésta se aprobaba, todos los mayores de sesenta y cinco años con alguna influencia política podrían contar con veinte o treinta años de vida adicional, que para un representante significa la posibilidad de diez o quince períodos adicionales. Desde luego

hay objeciones de los tribunales, pero ¿de qué sirven? La edad promedio de los once jueces de la Corte Suprema es 78. Son humanos y mortales. Necesitan nuestra carne. Si, anulan ahora el reclutamiento de órganos, firman su propia sentencia de muerte.

Durante un año y medio dirigí la campaña antirreclutamiento en nuestra universidad. Fuimos la sexta o séptima sucursal de la Liga de la Santidad Corporal organizada en este país, y éramos activistas fervientes. Marchábamos frente a las oficinas de reclutamiento enarbolando estas proclamas:

QUEREMOS NUESTROS RIÑONES

Y:

EL CUERPO DE UN HOMBRE ES SU CASTILLO

Y:

EL PODER PARA RECLUTAR ÓRGANOS
ES EL PODER PARA DESTRUIR VIDAS

Sin embargo, nunca tomamos medidas extremas como poner bombas en centros de trasplante o secuestrar camiones refrigeradores. Agitación pacífica era nuestro lema. Cuando un par de nuestros simpatizantes intentó volcarnos hacia una política más violenta, di un extemporáneo discurso de dos horas reclamando moderación. Desde luego, me reclutaron en cuanto fui elegible.

—Comprendo tu hostilidad al reclutamiento —dijo mi profesor consejero—. Por cierto es normal que la entrega de órganos corporales importantes te cause aprehensión. Pero deberías tener en cuenta las ventajas compensatorias. En cuanto cedes un órgano te clasifican como 6-A, Receptor Preferencial, y permaneces para siempre en la lista 6-A. Advertirás que esto significa que si alguna vez necesitas un trasplante, te elegirán automáticamente, aunque tus otras aptitudes personales y laborales no te eleven hasta el nivel óptimo. Supón que tus planes profesionales no resultan bien y terminas por ser un trabajador manual, por ejemplo. Comúnmente ni siquiera te tendrían en cuenta si desarrollaras una enfermedad cardíaca, pero tu categoría de Receptor Preferencial te salvaría. Nacerías de nuevo, muchacho.

Señalé la falacia inherente del argumento. Es decir, a medida que aumente la cantidad de reclutados, abarcará la mayoría, aun la totalidad de la población y, eventualmente, todos tendrán la categoría 6-A de Recep-

tor Preferencial por haber sido donantes, y el término Receptor Preferencial dejará de tener sentido. Se crearía una escasez de órganos trasplantables a medida que cada donante reclamara su trasplante por problemas de salud, y con el tiempo habría que calificar a los Recipientes Preferenciales por orden de méritos personales y profesionales, para llegar a algún tipo de prioridad dentro de la clase 6-A, y estaríamos de vuelta donde estamos.

Fig. 7. El curso de un paciente que recibió globulina antilinfocítica (ALG) antes y durante cuatro meses después de un homotrasplante renal. El donante era un hermano mayor. Al principio no hubo rechazo. La terapia con prednisona se inició 40 días después de la operación. Nótese el insidioso advenimiento de un rechazo tardío al interrumpirse la terapia globulínica. Esto se trató mediante un moderado incremento en las dosis de esteroides de mantenimiento. Esta complicación tardía se presentó en sólo 2 de los primeros 20 receptores de homoinjertos intrafamiliares a quienes se trató con ALG. Se ha observado con una frecuencia igualmente baja en casos subsiguientes. (Con autorización de Surg. Gynec. Obstet. 126 [1968]: p. 1023.)

Así que hoy fui a la Casa de Trasplantes, con toda puntualidad, para someterme al examen médico. Un par de amigos pensaron que cometía un error táctico al presentarme; si vas a resistir, dijeron, resiste desde el principio. Oblígalos a llevar a la rastra. En términos puramente idealistas (e ideológicos), supongo que tienen razón. Pero aún no es preciso que arme un escándalo. Esperaré a que digan: Necesitamos su riñón, joven. Luego podré resistir, si opto por la resistencia. ¿Por qué vacilo? ¿Temo los perjuicios de la resistencia podría ocasionar a mis planes laborales? ¿No estoy del todo convencido de la injusticia del sistema de reclutamiento de órganos? No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de vacilar. Presentarse a un examen médico no es venderse al sistema.) Fui, de todos modos. Extrajeron esto y radiografiaron eso y examinaron

aquello. Bostece, por favor. Agáchese, por favor. Tosa, por favor. Extienda el brazo izquierdo, por favor. Me hicieron pasear frente a una batería de máquinas de diagnóstico y tuve la esperanza de que relampagueara la luz roja —¡tilt, largo de aquí!— pero, tal como suponía, estaba en perfecto estado físico, y era apto para el servicio. Después me encontré con Kate y caminamos por el parque, nos tomamos de la mano y observamos la gloria del poniente y hablamos sobre lo que haré si viene la convocatoria. ¿Si viene? ¡Expresión de deseos, muchacho!

Si llaman tu número te eximes del servicio militar, y te acreditan una deducción impositiva especial de 750 dólares por año. Gran negocio.

También están orgullosos del programa de donación voluntaria de órganos no pareados. Esto no tiene nada que ver con el reclutamiento que, al menos hasta ahora, sólo requisa órganos pareados, órganos que pueden entregarse sin perder la vida. En los últimos doce años ha sido posible entrar en cualquier hospital de los Estados Unidos y firmar un simple formulario que autoriza a los cirujanos a descuartizarte. Ojos pulmón corazón intestinos páncreas hígado, cualquier cosa, les entregas todo. Este procedimiento se conocía como suicidio en una época más simple y era reprobado por la sociedad, especialmente en tiempos de escasez de mano de obra. Ahora tenemos exceso de mano de obra, pues aunque nuestro crecimiento demográfico ha sido bastante lento desde mediados de siglo, la proliferación de aparatos mecánicos y procesos de eliminación de personal ha sido muy rápida, incluso exponencial. Por lo tanto ofrecerse para esta clase de donación total se considera un acto de utilidad social suprema, pues elimina un cuerpo joven y saludable de la atestada fuerza laboral y al mismo tiempo brinda a un estadista de edad la certeza de que el suministro de órganos vitales no sufrirá una merma inoportuna. Desde luego hay que estar loco para ofrecerse, pero nunca hubo escasez de lunáticos en nuestra sociedad.

Si por algún golpe de suerte no te han reclutado hasta los veintiuno, estás a salvo. Y unos pocos logran escabullirse, según me han dicho. Hasta ahora hay más de nosotros en la reserva total de reclutamiento que pa-



cientos con necesidad de trasplantes. Pero las proporciones cambian aceleradamente. La ley de reclutamiento es relativamente nueva. En poco tiempo habrán agotado la reserva de reclutas elegibles. ¿Qué pasará entonces? Las actuales tasas de natalidad son bajas; el suministro de reclutas potenciales es finito. Pero las tasas de mortalidad son aún más bajas; la demanda de órganos es esencialmente infinita. Sólo puedo donar un riñón, si he de sobrevivir; pero mientras te aferras a la vida, tal vez requieras más de un trasplante de riñón. Algunos receptores tal vez necesiten cinco o seis pares de riñones o pulmones antes de quedar finalmente desahuciados e irreparables alrededor de los ciento setenta años. Cuando los que han donado órganos lleguen a requerirlos, la presión sobre los grupos de menos de veintinueve aumentará aun más. Los que necesitan trasplantes superarán en número a los que puedan donar órganos, y ningún recluta se eximirá. ¿Y luego? Bien, podrían reducir la edad de reclutamiento a diecisiete, dieciséis o aun catorce. Pero aun ésa es apenas una solución de corto plazo. Tarde o temprano, no habrá suficientes órganos disponibles.

¿Me quedo? ¿Huyo? ¿Me presento en los tribunales? El tiempo se agota. Mi convocatoria llegará sin duda en pocas semanas. Siento un cosquilleo en la espalda, a veces, como si alguien me observara silenciosamente buscando mis riñones.

Canibalismo. En Chou-kou-tien, Colina del Hueso del Dragón, cuarenta kilómetros al sudoeste de Pequín, los paleontólogos que excavaban una caverna a principios del siglo veinte descubrieron los cráneos fósiles del Hombre de Pequín, el *Pithecanthropus pekinensis*. Los cráneos estaban rotos en la base, lo cual indujo a Franz Weidenreich, director de las excavaciones, a especular que el Hombre de Pequín era un canibal que mataba a los de su especie, extraía el cerebro de las víctimas por aberturas en la base del cráneo, cocinaba y devoraba la carne cerebral —había restos de hogueras y fragmentos de carbón en la zona— y dejaba los cráneos en la caverna como trofeos. Comer la carne del enemigo: absorber sus habilidades, su fuerza, su conocimiento, sus logros, sus virtudes. La humanidad tardó quinientos mil años en dejar atrás el canibalismo.

Pero nunca perdimos ese antiguo vicio, ¿verdad? Aún se puede obtener una fácil comodidad devorando a los más jóvenes los más fuertes, los más ágiles. Hemos mejorado las técnicas, eso es todo. Así que ahora los viejos nos comen crudos, nos engullen, órgano tras órgano palpitante. ¿Es de veras una mejora? Al menos el Hombre de Pequín cocinaba la carne.

Nuestro mundo feliz, donde todos compartimos equitativamente los triunfos de la medicina, y los meritorios ancianos no deben temer que la recompensa a sus logros y su prestigio sea sólo una fría tumba... todo el tiempo cantamos alabanzas a nuestra sociedad. ¡Qué contentos están todos con el reclutamiento de órganos! Con excepción, por cierto, de unos pocos reclutas resentidos.

La delicada cuestión de las prioridades. ¿Quién obtiene los órganos almacenados? Tenemos un complejo sistema que define las jerarquías. Presuntamente lo organizó un gran computador, garantizando así una absoluta y olímpica imparcialidad. Ganas la salvación por tus obras: logros en tu carrera y benevolencia en la vida diaria suman puntos que te empujan escalafón arriba hasta que llegas a una de las clasificaciones de alta prioridad, 4-G o una mejor. Sin duda el sistema de clasificación es imparcial y está administrado con justicia. Pero, ¿es racional? ¿A qué necesidades sirve? En 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, hubo escasez de penicilina, una droga recién descubierta, entre las fuerzas militares norteamericanas de África del Norte. Dos grupos de soldados eran los más necesitados: los que padecían por heridas de combate infectadas y los que habían contraído enfermedades venéreas. Un joven oficial médico, partiendo de obvios principios morales, dictaminó que los héroes heridos eran más merecedores del tratamiento que los autocomplacientes sifilíticos. El oficial médico en jefe no aprobó la medida, pues observó que los sifilíticos podían regresar más rápidamente al servicio activo si se los trataba; además, si no recibían tratamiento servirían como focos de contagio. Por lo tanto le dio la penicilina y dejó a los heridos gimiendo en sus lechos de dolor. La lógica del campo de batalla, incontrovertible, inexplorable.

La gran cadena de la vida. Las pequeñas criaturas del plancton son devoradas por otras más grandes y el plancton, mayor que ellas, es presa de peces pequeños, y los peces pequeños de peces más grandes, y así hasta el atún, el delfín y el tiburón. Yo como la carne del atún y crezco y florezco y engordo, y almaceno energía en mis órganos vitales. Y a la vez soy devorado por los marchitos y achacosos ancianos. Toda la vida está encañada. Veo mi destino.

En los viejos tiempos el problema era el rechazo del órgano trasplantado. ¡Qué desperdicio! El cuerpo no atinaba a distinguir entre un órgano benéfico aunque extraño y un microorganismo intruso y hostil. El mecanismo conocido como respuesta inmunológica se movilizaba para echar al invasor. En el momento de la invasión las enzimas entraban en juego, una guerra en pequeña escala destinada a desgarrar y disolver las sustancias ajenas. Corpúsculos blancos se desplazaban por el sistema circulatorio, fagocitos vigilantes en marcha, por la red linfática acudían anticuerpos, proyectiles proteínicos de alta potencia. Antes del desarrollo de la tecnología de los injertos orgánicos, hubo que elaborar métodos para anular la respuesta inmunológica. Drogas, tratamiento por radiación, shock metabólico... De un modo u otro, el problema del rechazo de los órganos se resolvió hace mucho tiempo. Yo no puedo resolver mi problema del rechazo al reclutamiento. Os rechazo, viejos y rapaces legisladores, y también rechazo vuestra legislación.

Hoy llegó mi convocatoria. Necesitan uno de mis riñones. La solicitud habitual. "Tienes suerte -dijo alguien durante el almuerzo-, podrían haber necesitado un pulmón."

Kate y yo caminamos por las colinas verdes y relucientes y nos detenemos entre florecientes adelfas, coriandros, franchipanieiros y demás. ¡Es bueno estar vivos, respirar esta fragancia, mostrar nuestros cuerpos al sol brillante! La piel de Kate es bronceada y reluciente. Su belleza me hace llorar. Ella no se salvará. Ninguno de nosotros se salvará. Primero yo, luego ella. ¿O ella estará antes que yo? ¿Dónde harán la incisión?

¿Aquí, en su espalda tersa y torneada? ¿Aquí, en el vientre chato y liso? Veo al sumo sacerdote de pie ante el altar. Con el primer fulgor del alba una sombra cae sobre ella. El puñal de obsidiana que él aferra en la mano alzada chispea ferozmente. El coro ofrenda un himno discordante al dios de la sangre. El puñal desciende.

Mi última oportunidad de escapar por la frontera. Pasé la noche en vela, evaluando las opciones. No hay esperanzas de apelar. Huir me deja un gusto feo en la boca. Mi padre, mis amigos, aun Kate, todos dicen quédate, quédate, quédate, da la cara. La hora de la decisión. ¿De veras tengo opción? No tengo opción. Cuando llegue el momento, me entregaré dócilmente.

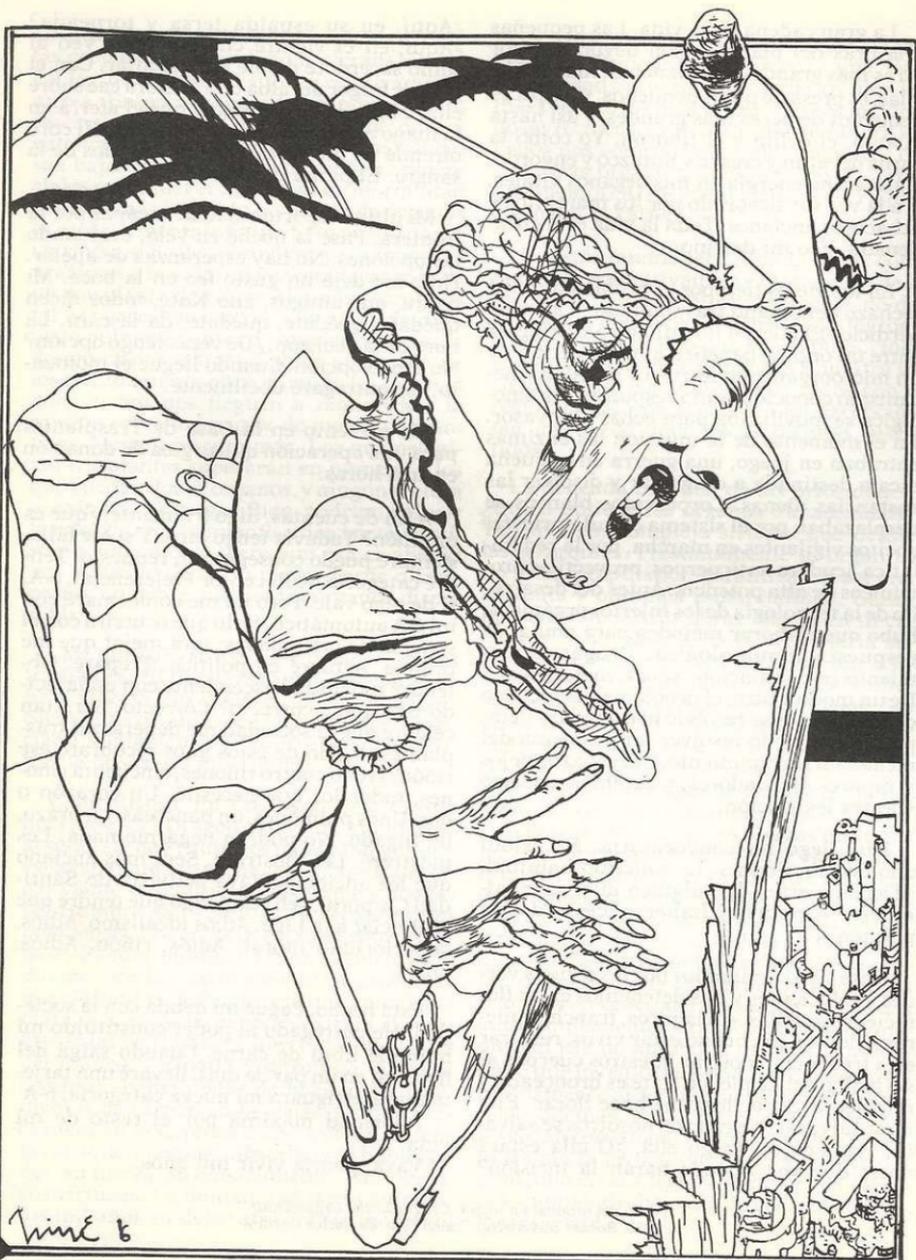
Me presento en la Casa de Trasplantes para una operación quirúrgica de donación en tres horas.

A fin de cuentas, digo fríamente, ¿qué es un riñón? Todavía tengo otro. Y si ése falla, siempre puedo conseguir un repuesto. Tendré categoría de Receptor Preferencial, 6-A, si de algo vale. Pero no me conformaré con mi 6-A automático. Sé lo que ocurrirá con el sistema de prioridades; será mejor que me proteja. Actuaré en política. Prepararé. Obtendré movilidad ascendente con esclarecido egoísmo, ¿correcto? Correcto. Seré tan célebre que la sociedad me deberá mil trasplantes. Y uno de estos años recobraré ese riñón. Tres o cuatro riñones, cincuenta riñones, todos los que necesite. Un corazón o dos. Unos pulmones, un páncreas, un brazo, un hígado. No podrán negarme nada. Les mostraré. Les mostraré. Seré más anciano que los ancianos. Vaya activista de Santidad Corporal, ¿eh? Supongo que tendré que renunciar a la Liga. Adiós idealismo. Adiós, superioridad moral. Adiós, riñón. Adiós, adios.

Está hecho. Pagué mi deuda con la sociedad. He entregado al poder constituido mi humilde libra de carne. Cuando salga del hospital en un par de días, llevaré una tarjeta que atestiguará mi nueva categoría, 6-A. Prioridad máxima por el resto de mi vida.

Vaya, podría vivir mil años.

Título del original en inglés: *Caught in the Organ Draft*.
© 1972, Robert Silverberg. Traducción de Carlos Gardini.



*El mundo de los
deseos no es imposible:
sólo hay que construirlo.*

Carlos Gardini

HISTORIA DE LUNARIO, O EL PAJARO DEL AMANECEER

ILUSTRO CARLOS NINE

Ahora lo recuerdan pocos —dijo el viejo Grul—, pero hace mucho tiempo no había viento en Vendavalia. Había piedras, árboles, pájaros, mares, llanuras y montañas, y por cierto había hombres. Todo era como ahora, pero, como no había viento, nada era como ahora.

En esos tiempos vivía en Roncote, un pueblo de casas cuadradas y chatas como el nombre del pueblo, un niño llamado Lunario. Le habían puesto Lunario porque siempre andaba en la luna. Como en Vendavalia hay tres lunas, nunca se sabía en cuál andaba. Pero andar en la luna no es ser bobo. Desde la luna las cosas se ven de otra manera, y a veces es bueno ver las cosas de otra manera.

Entonces el aire estaba quieto, y la vida era aburrida como el aire quieto, porque no se sentía. Pero había que trabajar mu-

cho, y la gente no notaba el aburrimiento.

Había que traer agua, y el aire no se movía. Si se moviera el aire, pensaba Lunario, buscaría un modo de llevar el agua hacia las casas, para no cargar baldes.

Había que cuidar el rebaño, y el aire no se movía. Si se moviera el aire, pensaba Lunario, los árboles cantarían y uno no se aburriría mirando este cielo tan quieto.

Había que aguantar el calor, y el aire no se movía. Si se moviera el aire, pensaba Lunario, esas nubes que se ven siempre a lo lejos vendrían hacia aquí, llovería y nos refrescaríamos.

Lunario soñaba con un mundo de viento, aunque entonces no había viento y ni siquiera se conocía la palabra.

—Cuando hablo—decía a sus amigos y hermanos mientras charlaban—, el aire se mueve un poco; Si se moviera todo el aire, sería

como si el mundo hablara. El mundo sería una gran palabra. —Se reían de él, y con las risas el aire se movía un poco, pero no tanto como él quería.

—Cuando como —decía a sus padres y abuelos mientras cenaban—, el aire se mueve un poco. Si se moviera todo el aire, sería como si el mundo comiera. El mundo sería un gran festín. —Le tiraban migajas de pan, y con las migajas el aire se movía un poco, pero no tanto como él quería.

—Cuando corro —decía a otras personas de Roncote, mientras trajinaban de aquí para allá cargando fardos—, el aire se mueve un poco. Si se moviera todo el aire, sería como si el mundo corriera. El mundo sería una gran carrera. —Se burlaban de él, y con las burlas el aire se movía un poco, pero no tanto como él quería.

Y así era la vida de Lunario, una vida de un poco pero no tanto. La gente se fastidiaba con esa historia del aire en movimiento, que parecía cosa de loco o imbécil. Pero Lunario no era loco ni imbécil. Era soñador, y un poco remolón, pero ni loco ni imbécil.

Un día Lunario miraba el cielo y una cosa le pegó en la cabeza. La cosa venía desde atrás, y Lunario cayó de cara al suelo. Si el aire se moviera, pensó, no se movería con tanta fuerza. Se dio vuelta para mirar y descubrió que la cosa, en efecto, no era aire, sino una piedra negra. Satisfecho con el descubrimiento, Lunario se desmayó del golpe.

Esa piedra negra tuvo dos efectos importantes: primero, produjo en la cabeza de Lunario un chichón que pronto fue más grande y más duro que la piedra negra; segundo, como veremos enseguida, cambió el destino de Vendavalía.

Lunario tuvo que pasar varios días en cama, acostado entre las paredes de su casa chata y cuadrada. Pero esos días no fueron tristes para Lunario. Al contrario, le dieron tiempo para soñar a sus anchas. Lunario soñaba mientras golpeaba la piedra negra y se acariciaba el chichón. A veces se confundía: acariciaba la piedra y se golpeaba el chichón, y entonces decía ay. Después de varias veces de decir ay, se puso a calcular la trayectoria de la piedra por la forma del chichón. La piedra negra había bajado casi verticalmente, y con demasiada fuerza. Nadie me la tiró, pensó Lunario, porque en ese lugar no había dónde esconderse y habría visto al culpable. Además, en esa región no había piedras negras. Había casas y arena y agua y

rebaños, pero no había piedras negras. La piedra había venido de lejos, y así la llamó Lunario: La Piedra Que Vino De Lejos.

En cuanto pudo levantarse, Lunario fue al lugar donde lo había golpeado la piedra y se quedó varias horas mirando el cielo. Los demás habitantes de Roncote pronto se reunieron allí para burlarse de él, pero no pudieron. Les dio lástima verlo tan pensativo. Creyeron que la piedra lo había dejado más loco e imbécil que antes.

—Esta piedra vino de lejos —explicó Lunario, señalando el cielo.

—Claro, claro —decían todos—. Pero no lo tomes así. No hay que preocuparse por esas cosas. —Y se miraban conteniendo la risa. Los padres de Lunario lloraban, y también los hermanos, y los abuelos, y los amigos.

Esa noche Lunario se fue de la casa. No dejó una nota porque en esa época no había papel y nadie dejaba notas. Pero dejó una lágrima en el suelo de piedra de la casa cuadrada y chata. La lágrima señalaba el lugar de donde había llegado la Piedra Que Vino De Lejos. Ese fue el rumbo que tomó Lunario.

Lunario atravesó un desierto amarillo, una pradera verde, un bosque blanco. El sol rojo de Vendavalía lo acompañaba de día, y las lunas azules lo acompañaban de noche. Comía plantas, frutas, lo que había en el camino. Encontró a muchos seres que hoy ya no existen o han cambiado de forma: los hombres-oso, las plantas de hielo, los pájaros de arena. A cada uno que encontraba le mostraba la Piedra Que Vino De Lejos.

—¿De dónde vino esta piedra? —preguntaba.

—Vino de lejos —le respondían. Unos movían la cabeza (cuando tenían cabeza) porque no sabían, otros señalaban el horizonte (cuando tenían dedos o algo parecido), algunos ponían cara de miedo (cuando tenían cara).

Lunario llegó al fin a una llanura rocosa. Desde allí vio una gran montaña negra que escupía piedras al cielo. Comprendió que ese era el lugar que buscaba.

Siguió caminando hasta el pie de la Montaña Negra. En la cima de la Montaña Negra vio a unos hombres grises. Escaló la montaña, pensando que los hombres grises buscaban lo mismo que él. Se alegró de no ser el único. Sin embargo, cuando llegó a la cima, vio que los hombres grises eran hombres-piedra que acumulaban piedras sobre



la boca de la montaña. La montaña escupía piedras, y los hombres-piedra corrían a buscarlas y volvían a amontonarlas en la abertura.

Un hombre-piedra mayor que los demás se le acercó.

—Veo que has venido a devolver una piedra —le dijo con voz cascada—. Así me gusta. —Y se presentó—: Yo soy Pedregoso.

—Yo soy Lunario —dijo Lunario—. Pero no vine a devolver la piedra, sino a buscar el lugar de donde venía la piedra.

—Vino de esta montaña —dijo Pedregoso—, y esta montaña es nuestra. De modo que la piedra es nuestra.

—Pero cayó en esta cabeza —dijo Lunario—, y esta cabeza es mía. De modo que la piedra es mía.

El hombre-piedra frunció las cejas de piedra.

—No vamos a discutir por una piedra más o menos —suspiró al fin—. Pero no estorbes. Estamos trabajando.

—¿Trabajando?

—¡Tapamos la boca de la montaña. Es un trabajo interminable.

—¿Y cuándo han empezado?

—¿Cuándo? ¡Qué pregunta! Los hombres-piedra nos dedicamos a tapan la boca de la montaña desde que existimos. La montaña escupe piedras y nosotros las traemos de vuelta. Piedra va piedra viene, así es nuestra vida.

—¿Y por qué tapan la boca de la montaña? —preguntó Lunario.

—¿Cómo por qué? Si no la tapáramos ocurriría algo terrible. Si no fuera por nosotros, que nos pasamos la vida piedra va piedra viene, quién sabe qué ocurriría.

—¿Qué ocurriría?

—Quién sabe. Pero sería terrible. Por eso estamos aquí, piedra va piedra viene.

—¿Pero qué hay adentro de la montaña? El hombre-piedra tembló como una hoja de piedra.

—¿Qué hay adentro? —exclamó—. Adentro hay aire.—Bajó la voz como para confiarle un secreto—: Aire en movimiento.

—¿Aire en movimiento? —repitió Lunario, y se echó a reír.

—No le veo la gracia —dijo Pedregoso, sorprendido.

—Es precisamente lo que buscaba —explicó Lunario—. Aire en movimiento. Hay que soltar ese aire.

—¿Soltarlo? ¿Estás loco? ¡Quién sabe qué

pasaría! Nosotros aquí, piedra va piedra viene, y él habla de soltarlo. ¡Guardias, a él!

—¿Pero por qué? ¿Qué pasaría?

—¡Quién sabe qué pasaría! El mundo ya no sería como antes, todo cambiaría.

—¿Quién quiere que el mundo sea como antes? —dijo Lunario.

—¡Guardias, a él! —repitió el hombre-piedra. Y tres hombres-piedra ataron a Lunario a una piedra con una soga de piedra.

Esa noche Pedregoso se le acercó para llevarle cascos en un plato de piedra.

—Yo no como cascos —dijo Lunario.

—Qué lástima —dijo Pedregoso—. Entonces me los como yo. —Y se puso a comer cascos, crunch crunch.

—Estás equivocado con lo del aire —dijo Lunario— El mundo está en peligro.

—¿Ah sí? —dijo Pedregoso—. Crunch crunch.

—Sí. ¿Ves esas tres piedras que hay en el cielo? —Lunario señaló las lunas.

Trabajosamente, el hombre-piedra alzó al cielo los ojos de piedra. El resplandor azul lo encandiló.

—Nunca las había visto —dijo—. Siempre piedra va piedra viene. Nunca había visto esas tres piedras. Con ese tamaño, cualquiera de ellas taparía la boca de la Montaña Negra.

—Esas tres piedras se mueven —dijo Lunario.

—Me estás tomando el pelo —dijo Pedregoso, aunque no tenía pelo—. Esas tres piedras están en el aire. El aire está quieto. Las piedras están quietas. Crunch crunch.

—Se mueven —insistió Lunario—. ¿Dónde las ves ahora?

—En el centro del cielo —dijo Pedregoso.

—Bien, pronto las verás bajar. Se estrellarán contra el suelo y nos harán pedacitos.

El cuerpo del hombre-piedra tembló,

—Es mentira —dijo.

—Es verdad. ¿Miramos?

—Miremos —dijo Pedregoso, poco convencido.

Se quedaron mirando las lunas. Todo era azul bajo el resplandor: la llanura rocosa, la Montaña Negra, los hombres-piedra que tapaban con piedras la boca de la montaña. Pedregoso terminó de comer los cascos y después se comió el plato de piedra. Al fin se quedó dormido, roncando como piedra. Lunario lo despertó con un grito.

—¿Qué pasa? —rezongó el hombre-piedra.

—¡Allá! —exclamó Lunario, señalando el cielo con la cabeza.

El hombre-piedra miró. Las lunas casi tocaban el horizonte. Del otro lado despuntaba la luz del sol rojo. El hombre-piedra, que se había pasado la vida piedra va piedra viene y nunca había mirado el cielo, soltó un grito de miedo. Los cascotes sin digerir se le revolvían en el estómago con un ruido rechinante.

—¡Es cierto! —dijo—. Se estrellarán contra el suelo.

—Te lo previne —dijo Lunario—. Pero si soltamos el aire en movimiento, las empujará hacia otra parte.

—Quién sabe qué pasaría —murmuró Pedregoso.

—Nada puede ser peor que el choque de esas tres piedras —replicó Lunario.

—Sí, es verdad. Vamos pronto. —Y Pedregoso se apresuró a desatar a Lunario.

Ambos corrieron juntos montaña arriba.

—Pronto —gritaban—, pronto. Hay que sacar las piedras. Hay que destapar la boca de la montaña.

Los hombres-piedra, acostumbrados a tapar durante tanto tiempo, no entendían nada. Ni siquiera sabían qué era “destapar”.

—¡Esas tres piedras chocarán contra el suelo y nos harán pedazos! —exclamó Pedregoso—. ¡Pronto!

Y de golpe, muy asustados, los hombres-piedra empezaron a apartar las piedras negras de la cima de la Montaña Negra. Lunario, muy satisfecho de haberlos engañado, los ayudaba con entusiasmo.

Al ensancharse la abertura, la montaña expulsaba más y más aire. Roncaba como una fiera, y temblaba cada vez más. Los hombres-piedra tenían miedo, pero más miedo tenían de que esas tres piedras azules se partieran contra el mundo. Vientos rugientes y remolinos salvajes escapaban silbando por la abertura cada vez más grande. Lunario sabía que las tres lunas no chocarían contra el suelo, pues muchas veces las había visto poniéndose en el horizonte, pero de pronto tuvo miedo de lo que había hecho.

—¡No! —gritó arrepentido—. ¡No sigan! ¡Les he mentido! —Y corría de aquí para allá tratando de que los hombres-piedra no

apartaran más piedras de la boca de la montaña. Pero ya era demasiado tarde.

Las tres lunas caían en el oeste. El sol asomaba en el este. El cielo era rojo y azul.

La montaña tembló como un gran budín negro. Una columna de viento saltó al cielo como un chorro de vapor. Piedras negras volaron hacia todas partes. La boca de la montaña se abrió en un grito inmenso. Escupió remolinos, vendavales, tifones, huracanes, tornados, brisas, ráfagas, corrientes y ventoleras. El cielo se agitó como agua.

Nadie podía resistir esa furia. Nadie la resistió. Los hombres-piedra rodaron como piedras por la montaña. Rodaron y rodaron, gastándose hasta ser hombres de carne y hueso, hombres grises y duros.

Lunario voló al cielo, succionado por un remolino. El viento lo tironeaba de aquí para allá. Sintió los tirones en la piel, los músculos y los huesos. La cara se le alargó, los brazos se le ensancharon, las piernas se le acortaron: pico en vez de cara, alas en vez de brazos, patas ganchudas en vez de piernas. Ya no tenía una tez color blanco tiza, sino un plumaje del color del cielo. Cuando quiso gritar le salió un graznido. Ya no era Lunario: era el pájaro azul y rojo que al amanecer surca los cielos de Vendavalía persiguiendo las lunas hasta el horizonte mientras despunta el sol. Temblando, el pájaro del amanecer nadó en el aire turbulento, y desde el aire vio que hombres, animales, plantas, peces y rocas temblaban como él. Era un espasmo de miedo y dolor, pero también de alegría. Los árboles murmuraban, los pájaros aleteaban, las aguas se revolcaban, y aun la tierra, en su secreta oscuridad, celebraba sus húmedas ceremonias con renovado vigor.

El pájaro del amanecer sobrevoló Ronco-te y la lágrima que Lunario había dejado en el suelo de piedra de su casa se convirtió en un cristal vetado de azul y rojo. Sus padres, hermanos y amigos supieron que el pájaro era Lunario y lo saludaron con gratitud y emoción. Reunidos alrededor de la lágrima de cristal, escucharon el eco de sus graznidos. Y mientras el pájaro se perdía en el resplandor azul de las lunas, la roja luz del sol alumbraba una mañana de transformaciones y nacimientos. El mundo era una gran palabra, un gran festín, una gran carrera.



E N R I Q U E . B R E C C I A

*Llegó antes
que nosotros.*

James Tiptree, Jr.

EL JOVEN QUE ESQUIO HASTA LA ETERNIDAD

ILUSTRO ENRIQUE BRECCIA

*No todas sus honduras son odiadas,
alegres andan sus sicarios;
y el humano aún puede trocar un alma
por su inhumano amor.
Y el que ella ha aceptado
puede despachar a su raza
por insospechados portales
hacia otro tiempo y lugar.*

Esto ocurrió el año en que terminaron la carretera de la costa.

Durante ocho años, un camino abierto a machete y sembrado de rocas enormes había corrido detrás de la plantación de cocos y terminado en la boca que unía la laguna con el mar. Ahora el gobierno de Yucatán había construido un puente sobre la boca e inaugurado un camino de un carril hacia el sur, hasta la colonia pesquera del faro de Pájaros. Fue un acto maligno.

Ahora, cada noche, los grandes camiones refrigeradores pasaban rugiendo rumbo al sur; en las horas previas al alba regresaban gruñendo, cargados hasta los ejes de ilegales frutos del mar, raros y deliciosos peces y cangrejos capturados en las últimas zonas de desove de la bahía para los estómagos codiciosos de los turistas del nuevo balneario de Cancún, ciento cincuenta kilómetros al norte. Saber que este tráfico no duraría mucho era un magro consuelo, pues su final significaría que la pesca había extinguido esas especies. El ocaso de otra belleza natural.

Pero había una pequeña y egoísta compensación: la nueva carretera permitía que un gringo de edad llegara en bicicleta a una pequeña bahía hasta entonces inaccesible. Era un mágico e intacto paraíso del buceo que yo había localizado desde el aire. Ame-

nazadores arrecifes lo separaban del mar, y pantanos de mangle antes impenetrables lo aislaban de la tierra. Ese año yo había pedalado dos veces hasta esa zona. Tapaba laboriosamente las ruedas para no dejar huellas y me abría paso hasta la costa guiado por el ruido del mar. Pero en ambas ocasiones llegué demasiado tarde y apenas pude saborear el Edén antes de iniciar mi agotador viaje de regreso al rancho.

Ese día partí bastante temprano. Era poco después del mediodía cuando llegué al borde rocoso de la cautivante y pequeña caleta. El agua era un cristal de cuatro metros que revelaba un rico mundo submarino. Tres espátulas rosadas miraron sin curiosidad desde la otra orilla mientras me quitaba la camisa y los pantalones, y una avecilla investigó mis zapatos. No había rastros de otros visitantes ni sendas extrañas, y el equipo de buceo que yo había ocultado allí en el último viaje estaba intacto. Revisé los documentos y el dinero ya guardados en el bolsillo hermético de mi cinturón y con gran deleite me deslicé desde las rocas hasta el tibio Caribe: allí podía bucear perfectamente, y olvidar que la edad me había incapacitado para esas inmersiones.

Las primeras horas volaron como instantes; la realidad era aun mejor que la promesa. Visité primero los pocos lugares que conocía: la saliente donde dos enormes angelotes negros habían instalado su hogar. Y allí estaban, desliziándose sobre la arena pálida cuando mi sombra se acercó, revolviendo los grandes ojos en lo que parecía una súplica, pero que sin duda resultaba amenazadora para sus enemigos naturales. Luego estaban las diminutas nubes de color que se elevaban desde donde los brillantes escaros mascaban y trituraban una piedra. Y el suelo de arena blanca, de donde una raya de un metro surgió de golpe para detenerse en una quieta invisibilidad a poca distancia. Obviamente nadie había usado aquí un arpón.

Luego me puse a explorar dejando que el suave oleaje me llevara encima de perfectos campos de coral, deslumbrado por ángeles azul neón, admirando el imposible color rosa del mal llamado y delicioso pez cerdo; otra prueba, si era necesaria, de que nadie había cazado en este arrecife. Nubes de escaros de cabeza azul se alimentaban de mi sombra: me detuve para una larga inspección, esperando ver a una de las hembras jóvenes, que se aparean en cardúmenes, en

la fase de convertirse en un macho monógamo, mucho más grande, rojo y amarillo. Hasta hace poco se consideraba que ambas formas eran especies diferentes, y nunca las veo sin preguntarme cómo sería nuestro sistema social si los humanos hubieran evolucionado con esta característica.

Imaginemos nuestro mundo si todos los varones de edad, los O. J. Simpson, los Walter Cronkite y los Leonid Brezhnev hubieran comenzado como niñas y madres jóvenes. Justo a tiempo, me acordé de no reír para no ahogarme.

El mundo submarino nunca había sido tan cautivante; me deslicé serenamente a través de ese aire líquido y turquesa, notando que la luz estaba teñida de oro pálido. Hasta la cabeza maligna de una murena que asomaba de su escondrijo en el arrecife era un emblema heráldico, oro y verde, de la villanía, y la enorme escorpiña que me miraba estúpidamente a tiro de arpón estaba incrustada con joyas oscuras.

El mar estaba tan calmo que decidí cruzar el arrecife interior para echar un vistazo a las cabezas de coral donde en ocasiones se ocultan los llamados tiburones durmientes. Tenía compañía; tres barracudas jóvenes me rodeaban, desapareciendo por instantes para reunirse conmigo en otra parte, las bocas abiertas, como de costumbre, en dentados gestos de asombro. Yo había tomado la normal precaución de desechar todo material brillante, incluso mi cadena con la placa médica, pero un bicho grande demostraba tanto interés en mi reloj sumergible que pensé en ocultarlo dentro del traje. Se dice que las barracudas de la región son inofensivas. Me habían aconsejado que al encontrarme cara a cara con una bajo el agua le gritara "¡Bu!". Pero me habría resultado difícil, especialmente con el snórkel. El sonido que emití fue un opaco "¡Urc!".

Encontré un paso en el arrecife interior y lo atravesé, dejando momentáneamente atrás a mis amigos carnívoros. La bahía interior era una planicie monótona, adornada aquí y allá por una estrella de mar gigante color naranja, una flotilla de percas o un enorme caracol. Lo que me interesaba eran las aisladas cabezas de coral. Avancé corriente arriba; los viejos aprenden rápidamente a iniciar el viaje contra el viento o cuesta arriba, para que la naturaleza los ayude en el regreso. Buscaba una gran co-

lumna con una caverna en la base, donde pudiera ocultarse un tiburón durmiente.

La mayoría eran demasiado pequeñas, así que seguí nadando hacia el segundo arrecife. Desde allí pude atisbar el brillante punto blanco sobre la brumosa costa sur: la blanca torre de Tuloom, alta sobre el risco. Tuloom es nuestra principal ruina local, un mediocre vestigio de grandeza cuyos derechos a la fama son su glorioso entorno y una extraña talladura, única en todo Yucatán, que quizá se relacione con esta historia, o quizá no.

En el centro del segundo arrecife encontré exactamente lo que buscaba. Era perfecto. Grandes pedrejones redondeados, con una enorme y penumbrosa caverna o túnel en la base, como aquéllos donde había encontrado a los durmientes en mis años mozos, antes que mi quisquilloso oído me despidiera para siempre de las inmersiones más profundas. Éste estaba a sólo cinco metros de profundidad. Al observar, tuve la certeza de que el sol iluminaba algo redondo y ambarino que flotaba en la caverna. Más aun, mi séquito de barracudas parecía haber encontrado otra ocupación. ¿Podría sumergirme para mirar?

Titubeando, me quité la máscara para limpiarla y noté que los rayos del sol eran oblicuos. No había mucho tiempo para el largo regreso. Dilema: ansiaba fuertemente mirar ese tiburón, y ansiaba fuertemente no hacerlo. No era sólo el dolor que sufriría en ese lugar y ese momento, y si resultaba ser la hora en que el tiburón despertaba... Pero —esa pregunta que me carcomía en la vida— estaba innecesariamente asustado? ¿Era... bien, un cobarde?

Mientras yo vacilaba, dos cosas ocurrían casi simultáneamente. La primera fue auditiva: oí el motor de un barco que rodeaba el cabo. Esto ahuyentó al tiburón de mi mente; no hay vergüenza en ocultarse de los maniáticos que aceleran a lo largo del arrecife para matar el tiempo, confiando en que el dios del machismo impida que choquen contra una cabeza de coral. Muchos de ellos también se divierten obligando a los nadadores a sumergirse. Nadé con la mayor rapidez posible hacia el agua blanca del arrecife intermedio, sintiéndome como el conductor de una silla de ruedas en una pista de Indianapolis.

Aquí me topé con el segundo y más im-

portante acontecimiento: en la base del gran arrecife había algo largo que se movía. El agua se enturbió, y al principio creí ver un fantástico e interminable ciempiés caminando hacia el sur. Luego un intervalo de claridad me mostró qué era: langostas tropicales de todo tamaño y edad, una tras otra en una hilera incesante a lo largo de la base del arrecife. Observaba un misterio recientemente descubierto: la migración de las langostas, viniendo de Dios sabía dónde, en viaje hacia un destino igualmente desconocido, algo que poca gente ha presenciado.

Me quedé mirando, y conté centenares antes de despertar del trance para advertir que no había aparecido ninguna lancha deportiva con su cola de espuma. En realidad, ahora oía con mayor claridad y no era una lancha, sino el pistoneo de una nave mucho más grande desplazándose a lo largo del arrecife exterior. Correcto: la forma de caja desvencijada de una lancha langostera rodeaba el cabo. La pintura blanca lucía enganosamente elegante en el sol de la tarde, y el viejo motor eructaba una cacofonía sincrónica. Remolcaba un par de chinchorros.

El rugido cesó cuando la nave se acercó al arrecife de enfrente; rechinaron cadenas, y los chinchorros, cada cual tripulado por un par de hombres, avanzaron a lo largo del arrecife con inusitada velocidad. Cuando el más cercano ancló, una figura con shorts rojos y brillantes se incorporó y se echó hacia atrás la larga melena antes de ponerse la máscara. Inconfundible.

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo Caseco! ¿Qué tal?

Como de costumbre, me saludó con un ademán despreocupado; hacía rato que me había visto y reconocido. Lorenzo era una de nuestras superestrellas locales del buceo, lo cual significaba que la langostera era el *Angélique*. Yo conocía bien al capitán.

Pero el ademán de Lorenzo era menos despreocupado que de costumbre, y se zambulló en el agua sin pérdida de tiempo. El otro buzo, a quien yo no había visto claramente, ya estaba sumergido y trabajando. El otro chinchorro también estaba vacío. Los cuatro buzos exploraban el arrecife exterior y el espacio intermedio, donde normalmente hay pesca.

Miré mi procesión de extrañas y pequeñas criaturas. Mientras nadie cruzara el arrecife intermedio por el lugar adecuado, estaban a salvo.

Nadé hasta el chinchorro de Lorenzo,

elaborando un plan. El otro nadador arrojó al bote dos langostas pequeñas y un respetable mero. Para mi sorpresa, era mi amigo el capitán y propietario del barco, una figura demacrada y bronceada, con pelo blanco y un distinguido y fino bigote blanco.

—¡Manuel! ¿Se acuerde de tu viejo amigo?

Me han dicho que mi español es singularmente desastroso; tal vez eso, más que mi aspecto, le permitió reconocerme. Me saludó cálidamente y apoyó los codos en la borda, y noté que estaba muy cansado. Tal vez había realizado esfuerzos que hubieran llevado al hospital a cualquier gringo.

—¿Cómo va?

El capitán Manuel meneó la cabeza cana, desnudando los dientes en una mueca de desesperación, fatalismo y odio. Parecía feliz de charlar un momento mientras descansaba, así que hice más preguntas.

Al parecer, había zarpado antes del alba y había hecho todo el trayecto desde Punta Rosa.

—Buena pesca, espero. —Pero yo había notado que el *Angélique* estaba demasiado alto sobre el agua.

Manuel hizo un comentario intraducible cuya esencia era que un tal Carlos Negrón y su nuevo barco podían tener comercio sexual con el diablo. Parecía que Carlos se le había adelantado en todo el camino, aprovechando los mejores sitios, e incluso había chocado al chinchorro de Manuel.

—La ironía del asunto es que Carlos ni siquiera sabe dónde pescar. Es un novato. Pero contrató a ese loco Arturo, a quien despedí por ebriedad. Que el diablo se los lleve. Después de las que pasé con Arturo, enseñándole...

—Un mal viaje. Lo lamento.

Él miró sombríamente el *Angélique*. Su cara delgada era una máscara estoica.

—Peor que eso. Ni siquiera gané para el combustible. Y había depositado tantas esperanzas en este viaje.

—¿Pasas necesidades?

Se echó el pelo blanco hacia atrás con orgullo; sin duda pensaba desdeñosamente que sabía un gringo de necesidades. Pero nuestra larga amistad prevaleció.

—Paso necesidades —dijo simplemente, cabeceando—. Muchas dificultades en casa. Mi niña y mi esposa están enfermas. Necesitan especialistas, ¿entiendes? Muy pronto. Con el gobierno no se puede hacer nada.

Durante este diálogo la visión de mis indefensas langostas, desfilando doscientos metros costa adentro, se había presentado con insistencia en mi mente. Marchando por millares, en un viaje enigmático muy anterior a la trivial raza del hombre. Un viaje que era, tal vez, esencial para la supervivencia. En otras partes ya se las pescaba en exceso; tal vez en ese preciso instante enfrentaban el fin.

Pero la trivial raza del hombre era mi raza, y Manuel era mi amigo. La amenaza para él y los suyos también era real. Aun así... Si yo no hubiera estado allí por casualidad, ¿Manuel no habría debido depender de su propia pericia? Yo ni siquiera habría sabido de Carlos Nerón, ni de la enfermedad de la familia de Manuel.

Mientras yo flotaba en medio de esa belleza, alicaído, el otro chinchorro se acercó. Lo capitaneaba un joven llamado Ruffino. —Nada —dijo, gesticulando expresivamente—. Y empieza a faltar la gasolina. ¿Nos vamos?

El capitán Manuel cerró los ojos un instante, una expresión de desesperación que yo nunca le había visto en la cara enérgica. Y en ese momento comprendí una cosa.

“Mis” langostas no estaban a salvo, de ningún modo. Irían directamente hacia las redes y arpones del depredador Carlos en cuanto doblaran Punta Rosa, por no mencionar los estragos que causarían otros cazadores en más de cien kilómetros.

—Espera, Manuel —dije—. Díles que esperen. Quiero que me sigas hasta allá. —Señalé el arrecife interior, pensando que había tiempo suficiente para capturar al menos unas pocas para beneficiarlo. Me sentí como un Judas y se me hizo un nudo en la garganta; tuve que despejar el snorkel dos veces antes de llegar ante la gran horda de peregrinos, iluminada por el sol de costa adentro.

Tiempo... pero yo no había contado con la velocidad y la resistencia de los mayas, la aguda visión maya... ni los focos submarinos que Manuel y Ruffino llevaron para alumbrar el lugar.

El *Angélique* se desplazó dos veces antes de terminar. La línea de flotación había bajado y el viejo maderamen gruñía cuando Manuel dio por terminada la tarea.

—¿Cómo podré agradecerte, amigo mío? —preguntó Manuel cuando izaron los chinchorros y el *Angélique* se dispuso a partir—.

¿Quieres que Lorenzo te lleve de vuelta al rancho en el esquife?

—No. Muchas gracias, pero preferiría ir contigo a Cozumel esta noche. Tengo que atender un pequeño asunto en Cozumel. ¿Me prestarías una camisa y me ayudarías a buscar el Maya Cozumel? Tengo una vieja maleta de ropa en casa de la señora Blaustein.

Manuel cabeceó aprobatoriamente. El Maya Cozumel no es un típico palacio del turismo, sino una sobria y barata posada para viajeros de comercio mexicanos, regentada por una de las formidables hispanoteutónicas que dirigen buena parte de la invisible vida comercial de México.

—Con gusto —dijo Manuel—. Pero la gente del rancho te buscará.

—Ah, pero don Pa'ó tiene ahora una radio de onda corta en la que deben escuchar a la Guardia Aérea, una hora, a las nueve, todas las noches. ¿Podrás cambiar los cristales y decirle que me busque mañana a la mañana en el ferry de Playa del Carmen? Puedes decir que me rescataste del mar, para evitar problemas con la Guardia.

—Oh, no hay problema. Todos usan esa banda para vender motores y comprar patos. Es una idea excelente, amigo. Pero no te quedarás en el Maya. Vendrás a casa conmigo para celebrar.

—Planearemos eso después, amigo Manuel. Sabes que no tengo tus fuerzas para celebrar y necesitarás ver a tu esposa.

Y así fue como Manuel y yo nos recostamos en el puente del *Angélique* mientras la nave avanzaba crujiendo y gruñendo hacia Cozumel por los estrechos bañados por la luna. Los otros buzos, tras comer pez frío sazonado con algo que tenía sabor a brasas vivas, se habían dirigido prontamente a sus hamacas. Manuel sin duda estaba doblemente fatigado, pero el orgullo lo obligaba a permanecer en su puesto de capitán. El mar estaba calmo, pero nada es de fiar en Quintana Roo.

Para que él no se durmiera, charlamos tranquilamente en nuestra habitual mezcla de idiomas: de la vida de amigos comunes, de la iniquidad del gobierno, de todo lo que había cambiado desde los días en que él era el joven capitán de una lancha deportiva y yo un ávido enamorado del mar. Su inglés era un poco mejor que mi español, pero siempre nos habíamos entendido bien, y la

siguiente historia refleja ese entendimiento tanto como las palabras literales.

Comentábamos la destreza de los diversos buzos, especialmente de Lorenzo, el capataz.

—Ah sí. Lorenzo Canseco. Es muy bueno, muy bueno. Pero tendrías que haber visto a K'ó. —Manuel cabeceó y repitió con especial deleite y marcado acento maya:— Audomaro K'ó. Maya puro, entiendes; él se enorgullece de eso aun entonces. K'ó, K'ou, significa algo parecido a Señor, o joven dios, tal vez. Nos criamos juntos en esa época, cuando aquí recién llegaban los equipos de buceo. —Manuel rio, meneando la cabeza.— Nadie había oído hablar jamás de seguridad; atábamos nuestro equipo con soga sisal. Pero K'ó fue el primero en comprar un reloj adecuado. Nunca habrá otro como él.

—¿Se ha... ido?

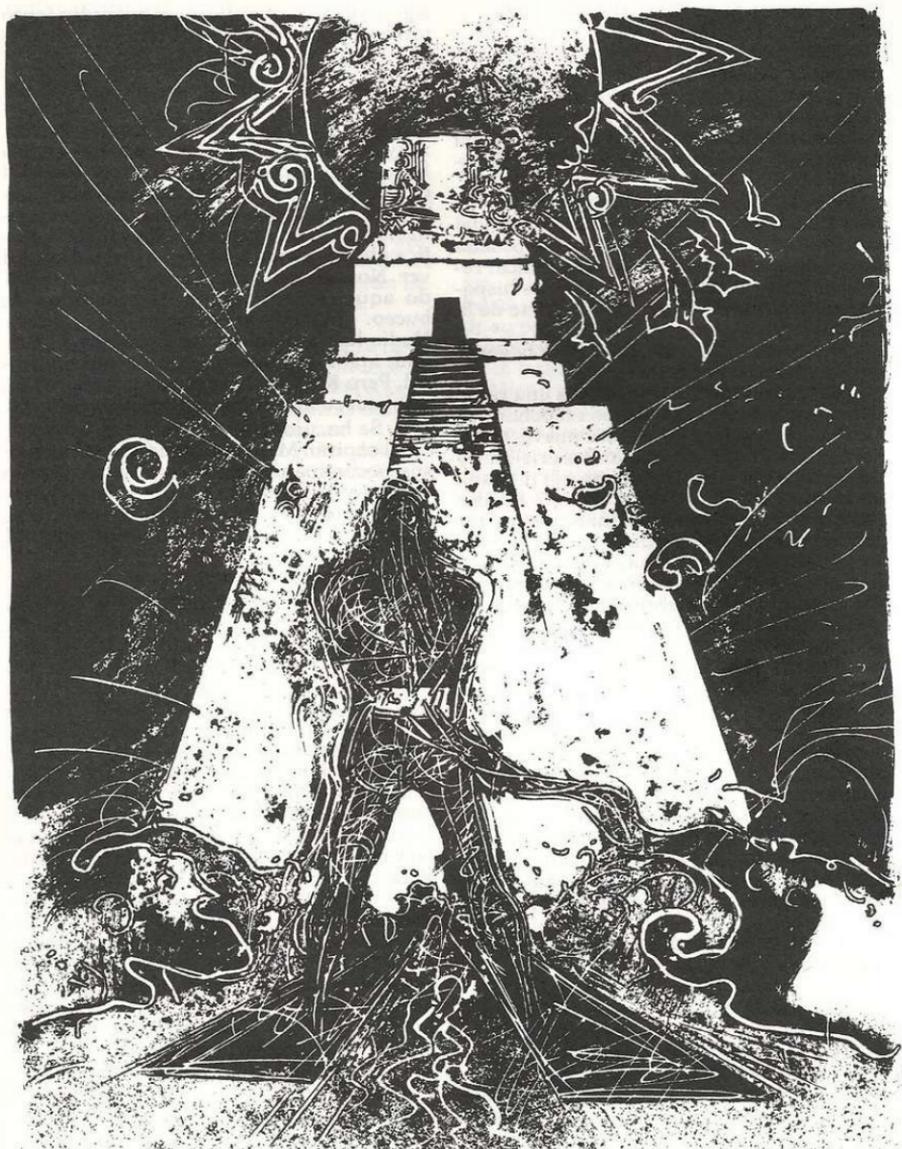
El capitán Manuel titubeó y soltó uno de sus pocos manierismos mayas, un sonido chillón y gutural. Pertenecía a la vieja escuela, antes que estuviera en boga ser más maya que español. —Sí, se ha ido —dijo al fin—. Yo lo vi irse. Pero...

—¿Un accidente en el mar?

—Oh, no. Debes entender que K'ó nunca tenía accidentes. Era fuerte, apuesto, podía hacer cualquier cosa. Y además tenía cabeza. —Se tocó la frente.— Los otros hacían tonterías, él no. Te digo que era increíble. Una vez, por debajo de los cien metros, se rompió la cántula de aire del compañero y K'ó lo rescató, usando su máscara para que respirara el otro, luego él, luego el otro, mirando constantemente el reloj para que ninguno de los dos sufriera parálisis. Tardó casi una hora en subir así. Y el mar estaba picado y caía la noche. ¿Quién podía hacer eso? Y la semana siguiente, Marco, el madito tonto que él salvó, bajó hasta los doscientos metros y sufrió la fascinación del abismo. Se desató antes que nos diéramos cuenta. La última vez que vimos a Marco se estaba sumergiendo en la corriente de Cuba, que pasa frente al arrecife norte. Pudimos ver su luz por un rato, sumergiéndose cada vez más de prisa. Luego desapareció. Ni siquiera encontraron el cuerpo.

—Cielos.

—Sí. Oh, hay un sinfín de historias sobre K'ó. Era *bueno*. Cuando el capitán Cousteau vino aquí, escogió a K'ó para que buceara con él. De veras. Pero la anécdota más gra-



E N R I Q U E - B R E C C I A

ciosa fue con la gente de cine, cuando K'o hizo de tiburón con la muchacha.

—¿Qué?

—Sí. Todos estaban locos entonces, y la gente de cine estaba loca de remate. En esta historia una bella y joven actriz es perseguida por un tiburón que la atrapa y... —El capitán Manuel me miró expresivamente.— El tiburón, bien, le hace el amor. ¿Te imaginas? Bien, pusieron a K'o en un cuerpo de tiburón y él persiguió a la muchacha. Ella era una puta, pero era una belleza, la amante del director. K'o la atrapó, claro que sí, pero después, cielos, hizo muy bien su papel. Allí mismo, en el agua. Con ese absurdo disfraz de tiburón. Faltó poco para que la muchacha se ahogara, además. Ella chillaba como un perico. Y el director brincaba en el barco... no podía hacer nada excepto aullar y gritar y despedir a K'o, a quien le importaba un cuerno. Siempre quise ver esa película. Pero creo que algo pasó con la cámara, todos reían como locos.

Y nosotros reíamos también, mientras el viejo barco seguía adelante, en pos de la luna que subía. Un cardumen de marsopas jugueteaba en la ola de proa, y sus estelas fosforescentes se mecían con el claro de luna. Detrás de nosotros la chispa lunar que era Tuloom se hundía en el horizonte. Era la última hora de verdadera noche, antes que el cielo, más allá de Cozumel, isla del amanecer, se agrisara.

Animado por la anécdota de la estrella de cine, decidí probar una muy diluida muestra del quemante tequila del capitán, mientras él hacía su libación normal.

—Ah sí, historias de la juventud —dijo el viejo cuando nos acomodamos de nuevo—. Éramos jóvenes, la vida podía derrocharse. Tantos se han ido. Recuerdo algo que nos asustó a todos, sin embargo. Estábamos explorando el gran arrecife que se desvía hacia el norte, aquél desde donde Marco saltó al abismo, y algo pasó con el tanque de uno de los muchachos. Su compañero, que no era K'o, se asustó y le cortó el cable, y el pobre Pedro salió disparado a la superficie como una bala. K'o estaba en el barco. Subimos a Pedro; parecía estar bien pero ya era cadáver, entiendes. Sabía que le quedaban sólo unos minutos. Envié mensajes a su madre y a su hermana, y luego, cuando el nitrógeno empezaba a surtir efecto, entregó su reloj a K'o. Era una baratija. Lo recuerdo bien, porque K'o lo usaba siempre, en la

muñeca izquierda. Luego, por supuesto, la enfermedad lo venció, y cada célula del cuerpo de Pedro empezó a desgarrarse y derrumbarse, y el muchacho gritaba y gritaba; al final parecía una bolsa de gelatina gritando... Te digo que todos fuimos más prudentes después de eso.

—Realmente espantoso. ¿Pero qué ocurrió con K'o?

—Ah... —El viejo bebió un largo sorbo de tequila.— Bien, para esa época estaban llegando los turistas, y toda clase de equipo nuevo, y buenos barcos. Y los esquís acuáticos. ¡Vaya! si hubieras visto a K'o esquiando en el agua... bailaba, saltaba, se erguía de cabeza, usaba los esquís como tablas de surf, llevaba muchachas... cualquier cosa. Y recuerdo que él tuvo los primeros de esos shorts brillantes y rayados, lo que llaman madrás. Todas las turistas enloquecían por él. Pero era inútil. K'o era para el mar. Sólo el mar. Todo lo que tuviera que ver con el mar le interesaba, pero fuera de eso... —Manuel soltó de nuevo el sonido maya.— Te aseguro que hubo muchas muchachas infelices. K'o tomaba lo que quería, y luego se marchaba como un dios.

—Era la época en que el esquí acuático estaba de moda. K'o me tenía simpatía porque nunca me faltaba un barco. A veces pedía prestado uno grande. Además, se dedicaba las horas que él quería a perfeccionar cada cosa. Y luego me contó cuál era su verdadero plan.

—Quería ser el primer hombre que fuera en esquí acuático desde Cozumel hasta la tierra firme. Tal vez hoy día no parezca una hazaña, pero aun ahora se requeriría mucha fuerza. ¡Y con el equipo que teníamos entonces...!

—Siempre está muy picado. Las aguas son turbulentas en ese estrecho.

—Sí, pero éramos jóvenes y alocados. Y además él no planeaba tomar el camino más corto. Quería ir un poco hacia el sur, corriente arriba, para llegar a Tuloom. No era una estupidez; el ángulo de las olas grandes sería más favorable así.

—Claro que entonces no había gente en Tuloom. Era antes de los arqueólogos mexicanos y los turistas. Ni siquiera los ladrones tenían nada para robar. Pronto desaparecería todo. Y sin embargo, mucho después de la decadencia de Chichén y Uxmaal, Tuloom era todavía un sitio importante, con

comercio marítimo, muchos edificios y habitantes. Pero no religiosos, creo... Siempre hubo algo misterioso en Tuloom. Las mujeres estériles aún suelen peregrinar hasta allá para observar el amanecer. Usan el nombre antiguo, Zamá, el Alba.

—Pobre Tuloom —suspiré—. ¿Has leído lo que dijo de ella el conquistador Grijalva, cuando navegó por enfrente en 1518? No desembarcó, sabes. Descubrieron en cambio la gran bahía de Ascensión.

—No. ¿Qué dijo de Tuloom?

—Que había visto allí una ciudad blanca y brillante, tan grande que Sevilla no habría parecido más grande ni más bella. Y habla de una torre muy alta, y de multitudes de indios portando estandartes.

—No había oído hablar de eso. —El capitán Manuel me miraba, pero sin fijar los ojos.— Blanca, más bella que Sevilla. —Lo repetió en voz tan queda que pensé que el sueño lo estaba venciendo.

—¿Así que intentaron ese viaje, el cruce?

—El pestañeo, cabeceó. —Claro que sí.

—Aún estaba oscuro cuando zarpamos, en una mañana como la que tendremos hoy, con una luna pequeña en el amanecer. Yo había conseguido la mejor lancha que conocía. Tenía siete metros, y motores fuera de borda de doscientos caballos. Muy moderna para su época. Y cómo trabajamos con esas sogas y arneses. Podríamos haber arrastrado potros. Esquies de repuesto, desde luego, por si uno se rajaba o él chocaba contra algún resto de naufragio. Incluso algunas barras de caramelo y una provisión de agua que le sujetamos a la cintura. Así nos alejamos del muelle en el claro de luna, y él me hizo un ademán impaciente y se subió a los esquíes, y yo aceleré y la lancha echó a volar. Oh, Dios, éramos jóvenes. Y lo extraño es que, aunque K'o estaba tan resuelto a ser el primero, no habló con nadie de sus planes salvo conmigo. Era un asunto entre él y el mar, creo.

—Bien, por largo tiempo fue mero trabajo, mientras el mundo palidecía alrededor de nosotros, y yo trataba de encontrar el mejor camino. Él estaba muy serio, después de un floreo en el momento de partir. Se concentró en la tarea de lograrlo. Las marpas nos encontraron con las primeras luces. Yo las veía jugar alrededor de él. Pero no había problema; ellas parecían entender el asunto, nunca se interponían. La luz era muy engañosa cuando cruzamos la primera

corriente fuerte, y yo temía que él lo pasara mal, pero cada vez que miraba hacia atrás él me urgía a seguir adelante.

—Y luego, por supuesto, todo se empezó a colorear, una bella aurora que nos alentó. Desde luego, viajábamos en sentido contrario al sol. Pero sabes que el oeste también es bello en el amanecer.

—Mi español no era apto para intentar decirle: "Cuando llega la mañana, la luz no entra por las ventanas del oriente", así que me limité a asentir.

—Cruzamos la segunda corriente fuerte con elegancia y llegamos a una gran extensión de agua calma. Decidí que era tiempo de que él comiera y bebiera. Así que disminuí la velocidad y le hice señas. Él no quería. Se enfureció y me amenazó con el puño, urgiéndome a seguir. Pero yo también era terco, y él advirtió que yo no continuaría si él no comía algo. Así que obedeció, mientras yo seguía un curso uniforme. Además lo observaba, para cerciorarme de que comiera. Aún recuerdo que veía el reflejo de la luz en esos relojes, el bueno y la baratija que le había dado el muchacho muerto.

—Luego arrojó la cantimplora vacía y me hizo señas para que siguiera, y yo aceleré y anduvimos a gran velocidad en ese mar terco. El cielo era increíble: castillos de colores, ciudades del cielo; y flores de color bañadas por grandes rayas de luz que caían desde atrás de nosotros, desde el este. Y cuando llegamos a la última corriente fuerte, vi que la línea de colores más baja eran los cocoteros de la costa. Y allí, encima del risco, estaba la brillante torre de Tuloom, y supe que si tenía cuidado llegaríamos de veras.

—Pero aún no estábamos allá, faltaba un buen trecho. Hay muchas osamentas de barcos y de hombres entre donde estábamos y el castillo de Tuloom.

—Hay aguas turbulentas hasta el arrecife principal, frente a Tuloom, encrespándose a lo largo de los pasos de la bahía; pueden ser traicioneras. Y los pasos no son sencillos; parece haber varios, aunque sólo dos sirven. Pero la luz brillaba cada vez más, y la visibilidad era magnífica. Avancé esos últimos kilómetros con gran cautela, tratando de que K'o tomara bien cada ola. Me sentía como un borracho con la última botella de tequila del mundo. Cada vez que miraba hacia atrás, él me hacía señas para que fuera más de prisa. Y en realidad tenía razón.

Se necesita cierta velocidad en esas aguas. Pero yo estaba preocupado porque tendríamos que reducir la marcha para el paso, y el peligro de que las olas siguientes me embistieran... Estaba en tal estado que ni siquiera sabía si encontraría el paso correcto, aunque lo conocía como la oreja de mi esposa. ¡Y los colores del alba, y los delfines jugando! Nunca me volveré a sentir como en ese momento. Pero íbamos de prisa, muy de prisa.

"Tenía que perder velocidad sin que las líneas de K'o se aflojaran, ¿entiendes? Pero claro que él lo comprendía tanto como yo. Vi claramente que comenzaba a cruzar la estela, de atrás para adelante, siempre con las líneas hermosamente tensas, pero con suavidad. Siempre haciéndome señas para que acelerara, haciendo señas como loco. Pensé que por primera vez estaba fuera de sus cabales. Y luego, cielo santo, justo cuando encontré la boca del paso principal, lo vi alejarse hacia un costado y comprendí lo que planeaba.

"No iba a seguirme, ¿entiendes? Iba a salir disparado paralelo a mi trayectoria a través del otro paso. Por eso quería la velocidad. Así que aceleré, sin importarme que se estrellara la lancha, y las líneas se tensaron cada vez más, con la velocidad que él necesitaba. Y sin embargo, por Dios, cuánto cansancio debía de sentir en los brazos.

"El giró y siguió de largo chasqueando en una gran curva, como la punta de un látigo. Erguido como un príncipe, te aseguro. Incluso me saludó con la mano cuando entró en su paso montado en la cresta de una ola. ¿Te conté que había aprendido a usar los esquís como tablas de surf, mucho antes que llegaran los surfistas? Podía verlo con tanta claridad como te veo a ti, y las líneas tenían la tensión necesaria. Los delfines lo acompañaban, además.

"Era el extraño momento del amanecer, el instante en que el sol se eleva falsamente. Oh sí, sé que lo vemos por refracción antes que esté allí de veras, mientras todavía está bajo la curva del mar. Y a veces se muestra deforme. Aunque sea el verdadero sol, es siniestro por unos segundos. Un momento espectral que me causa inquietud. Y ese sol ardía sobre él cuando atravesé el paso. Recuerdo que una pequeña nube lo cortaba en tres gordos fragmentos, como una papaya, fría pero hermosa. Y en ese momento algo raro ocurrió con el arnés de K'o. Aún estaba

tenso, y yo veía que él lo aferraba, pero la parte cercana a mí se esfumó anormalmente, se volvió borrosa como vapor.

"Y luego pasaron muchas cosas al mismo tiempo, aunque nunca aparté los ojos de K'o. El planeaba o cabalgaba a tremenda velocidad por el paso que entraba en la bahía de Tuloom. Tenía que dirigirse hacia una terrible caída en el coral. Por un instante aún parecía asir la cuerda; por lo que sé, los delfines lo empujaban. La ola formaba crestas alrededor, pero él aún estaba erguido, perfectamente bien en un gran estallido de sol pese a la colisión que se aproximaba. Y advertí que no había más cuerda. Adoptó la postura de un surfista, pero un poco diferente. Espléndido hasta el fin.

La voz de Manuel se volvió lenta y queda, casi solemne. —Amigo mío, no podría jurarte que él no estaba de pie o montado sobre los delfines, dirigiéndose rectamente hacia la costa. Pero la costa también se había vuelto extraña. No sólo había un castillo sobre nosotros, sino más. Y en un atisbo creí ver obras en marcha, no el mísero andamiaje de los arqueólogos, sino la edificación de algo nuevo. Y voces, gentes gritando. Mayas que corrían por el sendero del risco, precipitándose en el mar hacia K'o. Y todos extrañamente ataviados, mejor dicho, ornamentados. Todo era brillo y color. Pero luego no tuve más tiempo de mirar, porque mis dos motores se habían detenido.

"Oh sí, justo cuando lo vi entrar en la bahía, un motor se apagó, y luego el otro. Estaban muertos como perros, y las aguas me bamboleaban y me arrastraban hacia la entrada del paso. Por suerte, o por desgracia, la marea estaba bajando y me llevó consigo. Yo estaba tan confundido que ni siquiera advertí el peligro que corría. Todo parecía estar contra la naturaleza. Al menos tuve la sensatez de tomar la pértiga para alejarme de las rocas más peligrosas mientras era arrastrado por la correntada y la marea...

"Eché un último vistazo a la gloria, las torres brillantes, nobles como Sevilla, como decía ese español. Así debió lucir hace cientos de años, quizá antes que la vieran mis malditos ojos. —Por un instante el viejo mestizo maya, que normalmente se consideraba hispano, se permitió un odio que nunca le había visto demostrar.— Sí. Y cuando pude mirar de nuevo, no había nada sino nuestra pobre y vieja Tuloom.

motores, los gemidos, los crujidos ni el doble ronquido. Sólo el viento del alba, hendiendo por el chillido de un águila, sólo el glorioso amanecer sobre el muelle, ahora visible adelante, desde donde llegaba el casi imperceptible cencerreo de un mariachi en la radio de un madrugador.

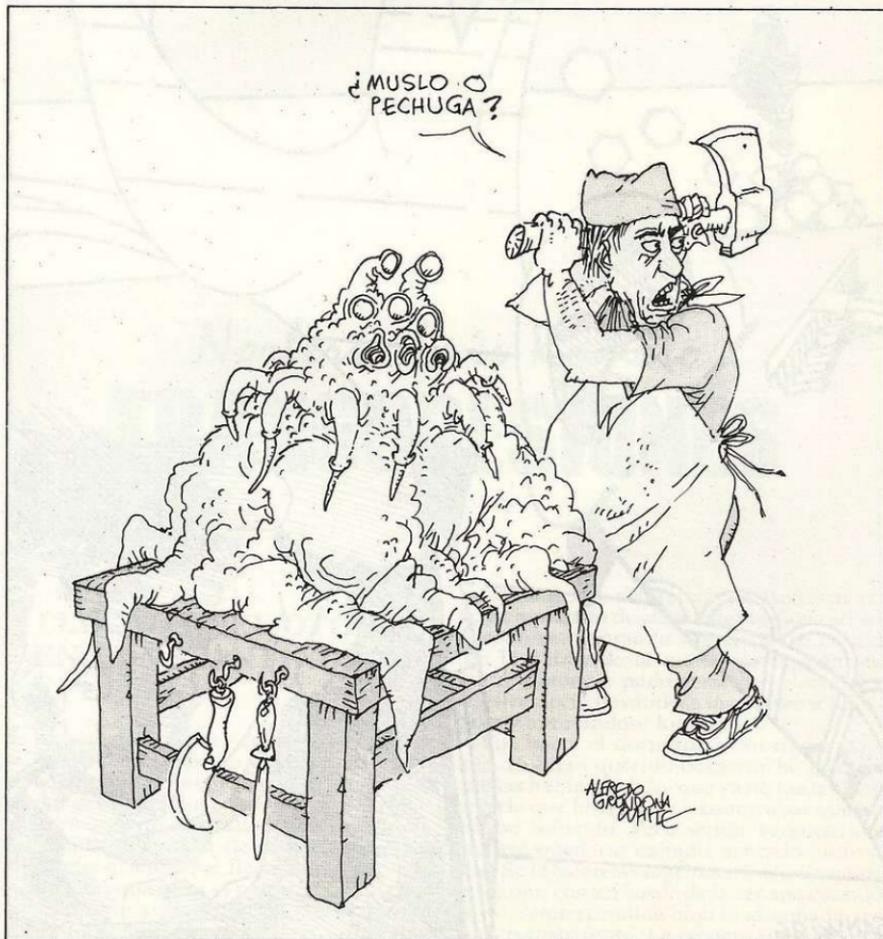
Luego suspiré.

—¿De veras crees que él llegó, Manuel?

—Sé lo que he visto, amigo mío —dijo quedamente Manuel—. Y cada palabra que he dicho es verdadera. Creo que sin duda fue el primer hombre que esquió desde Cozumel hasta la tierra firme. Por varios cientos de años, o tal vez mil. Mil años, más o menos. Quién sabe.

Titulo original en inglés: *The Boy Who Waterskied To Forever.*

©1983, Mercury Press, Inc. Traducción de Arturo Casals.





*Para contribuir
al desconcierto
general.*

Norberto Luis Romero

TRANSGRESIONES

ILUSTRO SANYU

1

LLEGADA DEL OTOÑO EN CONSTANTINOPLA

Para H. E. Francis

Se levantó de la cama y como todos los días se metió bajo la ducha caliente. El agua, como siempre, se le coló en los oídos, y fue al querer destapárselos cuando lo notó. Primero creyó que aún estaba dormido y soñando, luego que se trataba de un error; de una falsa información que llegaba a su cerebro todavía perezoso por el madrugón. Volvió a comprobarlo y un sudor helado se mezcló con el agua caliente.

Lentamente, con temor, se asomó al espejo empañado desde donde surgió la silueta confusa. Limpió la superficie del cristal con la palma de la mano y otra mano lo imitó. Entonces pudo verse con claridad y se estremeció llevándose las manos a la cabeza y apretándose los oídos.

Fue hacia el dormitorio. Su mujer dormía. Hubiera querido despertarla, gritarle que las había perdido, que ya no las tenía, y pedirle que le ayudara a comprobar que no estaba soñando. Pero sentía vergüenza y prefirió quedarse callado, sentado junto a ella. Se le caían las lágrimas. Fue a limpiarse los ojos con un borde de la sábana cuando la vio, semiescondida bajo la almohada, un poco transparente. La recogió sin asco; era

una de sus orejas. Buscó la otra y la encontró en el suelo.

Cuando tuvo el par, en una acción instintiva y vana, quiso volver a ponérselas. Se encerró en el cuarto de baño y allí se puso a observarlas con detenimiento: no sangraban; estaban como resacas y quebradizas. Volvió a mirarse al espejo y se sintió ridículo. Ensayó varias veces su imagen anterior —cuando estaba completo— sujetándose las con la punta de los dedos. También, en un arranque de inconsciencia, se las probó al revés y en varias partes de la cara. Después se puso serio.

Cuando despertó su esposa él se encontraba de nuevo sentado a su lado, con la cabeza envuelta en una toalla.

—Susana —la llamó en voz baja—. Susana, ¿estás despierta?

Ella respondió con un murmullo.

—Se me cayeron las orejas —le dijo con mucha tristeza mientras se quitaba la toalla.

—No me extraña, hace tres días que comenzó el otoño.

Pero cuando abrió los ojos y pudo ver que no había sido una broma; cuando vio la cabeza de su marido ovalada y sin relieves ni protuberancias, con aquellos dos agujeritos a cada lado, redonditos y casi obscenos, tuvo un ligero desvanecimiento.

A los niños se lo ocultaron y les dijeron que su padre se había golpeado contra el grifo de la ducha: que había resbalado y caído. Pero ellos miraban la venda con desconfianza como presintiendo que les estaban mintiendo.

Las orejas las guardaron en una cajita que escondieron en uno de los cajones de la cómoda. Por las noches se sorprendían mutuamente fuera de sus camas espíandolas en silencio, observándolas sin aprensión, más bien con curiosidad y asombro. Las orejas se fueron empujando y arrugando cada día más. Una noche descubrieron que las polillas las estaba devorando. Susana las limpió y les puso naftalina.

Durante algunos días, desde que Manuel perdió las orejas, estuvieron dando excusas en el trabajo.

—Tarde o temprano tendrás que ir a la oficina o vencer ese pudor y llamar a un médico.

Él se negaba pero al fin ella pudo convencerlo para que telefonara a un médico amigo. La secretaria respondió y les dijo que el

doctor hacía dos días que no iba por la consulta.

No tenían más alternativa que llamar al médico de la Seguridad Social para que le diera la baja en el trabajo.

—Se van a reír de mí: "Certifico que fulano de tal no puede concurrir al trabajo por haber perdido las orejas..." No. No lo llamaremos. Además no me duelen... ni siquiera siento molestias, ni las echo de menos.

—Tienes razón, no puedo llamar y decir: Doctor, lo llamo para que venga a ver a mi marido porque se le han caído las orejas...

Y decidieron mentir y llamarlo aludiendo un fuerte dolor de oídos. Pero la secretaria rogó a Susana que avisara a otro médico o que esperara unos días porque el doctor llevaba una semana de mucho trabajo y no podía atenderlo de inmediato. Manuel se alegró mucho, pero ella insistió:

—Algún día tendrás que quitarte esa ridícula venda y salir a la calle. Se lo diremos a los niños y volverás a la oficina antes de que te despidan.

Una mañana llamó Marta, una amiga de la casa, preguntando cómo estaban. Susana la notó algo nerviosa: era evidente que en un momento quiso decirle algo que ella no pudo comprender del todo. A su vez, estuvo a punto de contarle lo de su marido y pedirle consejo, pero se calló porque él estaba escuchándola y porque, en ese momento, entró Marcelita llorando y pidiéndole a su padre que se las volviera a poner en la cabeza. Traía las orejitas en una mano, como una mariposa trémula recién atrapada.

Vencidos pudores y recelos llamaron a un médico y no le ocultaron nada. Por él se enteraron de que todos en la ciudad de Constantinopla habían perdido las orejas con la llegada del otoño. A Susana y a Gustavo se les cayeron al mismo tiempo al día siguiente. Ya no se asustaron; pusieron todas las orejas juntas en la cajita donde estaban las de Manuel, y Susana las acondicionó entre algodones y reforzó la naftalina.

Al principio los ciudadanos de Constantinopla, al igual que Susana y Manuel, se habían recluso en sus casas avergonzados de sus cabezas redondas y lisas, pero con el tiempo y cuando se enteraron de que era común en todas las personas, comenzaron a salir, a retomar sus empleos y la vida cotidiana. Llevaron sombreros y gorras, o boinas encasquetadas hasta el lugar donde ha-

*La mirada de la Gorgona
produce la muerte.*

bían estado las orejas, pero luego fueron abandonando sombreros y bufandas enrolladas como turbantes y salieron a la calle con la cabeza descubierta. Como es natural hubo miradas indiscretas y risitas solapadas durante un tiempo; pero se fueron acostumbrando y hasta se convirtió en estético el carecer de orejas. Solamente los niños, con su natural malicia, siguieron con las burlas.

Los tenderos, que no carecían de tacto en Constantinopla, serrucharon las orejas a los maniqués y retiraron de sus escaparates las fotos de vestidos lucidos por señoritas con orejas. El cabello volvió a llevarse corto y peinado con naturalidad. Habían comprendido que las orejas no son más que órganos caprichosos sin utilidad alguna. Curiosamente, surgió una ciencia nueva dedicada al estudio de las orejas.

Y este hecho, en apariencia inofensivo y sin importancia, como puede ser la pérdida de las orejas en Constantinopla, repercutió en alguno de los aspectos del pensamiento de los ciudadanos: las frutas secas y en particular los orejones, se dejaron de comer porque hacerlo era una falta de ética, casi una inmoralidad.

También en el aspecto económico hubo cambios: dos fábricas de orejeras presentaron quiebra. Las acciones de la Sombrerera Nacional subieron cinco puntos y medio en los primeros días del otoño. El diseño industrial de gafas se vio forzado a recurrir a antiguos modelos del más puro estilo "quevediano". Se agotaron en pocos días todas las ediciones de *Vida de Van Gogh*, y la moda hizo lo imposible por imponer el uso de pendientes en la nariz y otras partes de la cara.

En los parques y las calles los montículos de hojarasca, que eran juntados a diario para ser quemados, variaron ligeramente su tamaño.

Fue pasando el otoño y parte del invierno en una ciudad tranquila y rutinaria como es Constantinopla, y los habitantes recuperaron su ritmo y sus costumbres. No obstante la alegría habitual, podían encontrarse en las casas numerosos almanaques donde las personas iban tachando, en secreto, los días que pasaban. Esperaban la llegada de la primavera: los pájaros cantarines, las flores, y los árboles desnudos volviéndose a cubrir de hojas.

Apenas había abierto la puerta y franqueado la entrada noté que alguien había estado y silencio en los que uno se habitúa a reconocer de inmediato el orden de los objetos; colocados siempre en el mismo lugar, sitios rigurosamente precisos en los que los objetos se afincan como si hubieran nacido allí, y sólo admiten desplazamientos provisionales o rutinarios, pero vuelven siempre a su lugar de origen, un lugar casi sagrado.

Son, por lo general, las llaves el único objeto que deambula, se pierde por la casa. Son las llaves lo único que no posee un sitio propio, son el único objeto trashumante de este orden riguroso que rige en las habitaciones. Pero fue un cenicero (objeto también sometido a peregrinajes) el indicio de que alguien o algo había penetrado en la casa durante mi ausencia. A pesar de estar en su lugar habitual, se encontraba un poco desplazado de su sitio; demasiado cercano al borde la mesa, donde yo nunca lo hubiera dejado por temor a que se cayera. Instintivamente lo puse en su lugar y comprobé si estaba limpio como lo había dejado la noche anterior, y como estaba esa mañana antes de salir a la oficina como todos los días. Lo primero que hice fue quedarme muy quieto y en silencio para escuchar algún ruido que delatara la presencia de otra persona. Pero los ruidos eran los mismos de siempre (igual que los lugares de los objetos): las pisadas de los transeúntes provenientes de la calle y el leve, monótono ronroneo de los automóviles. Ya más tranquilo, fui recorriendo el resto de las habitaciones buscando algún indicio que me permitiera comprobar que no estaba solo, o que alguien había entrado durante mi ausencia. No encontré rastro alguno de una presencia ajena. No obstante, la intranquilidad me dominó esa noche y me levanté varias veces para comprobar que no faltaba nada de valor, ya había verificado las cerraduras y las ventanas y no habían sido forzadas.

Pronto me desentendí del asunto aunque, al entrar en casa, adquirí la costumbre de mirar hacia la mesita donde se encontraba el cenicero para comprobar si se hallaba en



su sitio justo. En algunos momentos tuve, quizás, el vago deseo de que se repitiera aquel pequeño incidente.

Al regresar una noche, volví a tener la misma sensación. De inmediato fui a comprobar el cenicero, pero lo encontré como siempre: limpio y en el lugar donde lo había dejado la noche anterior. Me tranquilicé y hasta me sentí un poco ridículo. Y esa noche dormí sobresaltado hasta que desperté en medio de una pesadilla: había avanzado hacia el espejo como todas las mañanas, para mirarme en él, cuando descubría que me faltaba el rostro: que mi cara era un hueco, un vacío o una transparencia. Al intentar encontrarlo con las manos me daba cuenta de que mi rostro era el de múltiples hombres que, como yo, se miran en el espejo cada día. A la mañana siguiente vacilé antes de enfrentarme a mi propio rostro reflejado en el cristal empañado, y pude comprobar que en la pesadilla había habido algo de realidad puesto que mi cara no difería en nada de la de muchos hombres que, simultáneamente, estarían haciendo lo mismo en innumerables lugares de la ciudad.

Antes de salir a trabajar tuve que buscar las llaves porque ignoraba dónde las había dejado; las busqué en la sala, en la bandejita de la mesa de la entrada, luego en el dormitorio, sobre la mesilla de noche y en el cajón, hasta que por fin di con ellas en la biblioteca donde había estado leyendo la noche anterior antes de ir a dormir y de tener esa pesadilla. Era raro; por primera vez las había olvidado en este lugar de la casa que tanto frecuente, por otra parte el único donde se puede advertir cierto desorden provocado, justamente, por el uso continuo. Pero un desorden aparente, ya que en el fondo conozco de memoria dónde están las cosas, y en particular los libros; la biblioteca la manejo con total conocimiento y, si se quiere, es mi verdadera intimidad.

La pesadilla volvió al cabo de un tiempo pero con una variante: no era ya el espejo del cuarto de baño donde me miraba y veía innumerables rostros ajenos, sino uno muy pequeño que tengo en la biblioteca. De inmediato fui hasta allí a mirarme y no encontré más que mi cara hinchada por el sueño. Estaba a punto de marcharme cuando tuve esa misma sensación que había tenido aquel primer día cuando encontré el cenicero fuera de su sitio. Volví a tener la impre-

sión de que no había estado solo, volví a intuir otra presencia. Una ligera mirada por la biblioteca me lo confirmó: había un libro fuera de su estante y estaba seguro de no haber sido yo quien lo había retirado, hacía años que lo había leído y que no lo consultaba.

Ese día en la oficina estuve intranquilo; me costaba concentrarme y a menudo me encontraba aislado entre pensamientos que escapaban a mi voluntad. No sólo era el cenicero y el libro fuera de sus lugares habituales, era la pesadilla del espejo y la casi plena seguridad de que no era mi imaginación sino una presencia la que ocupaba mi casa durante mi ausencia. Y esa tarde entré directamente a la biblioteca con la certeza de que encontraría el mismo volumen usado fuera de su estante, donde lo había vuelto a colocar. Cerrado, en la mesita junto al sillón de lectura, el libro se desplegaba ligeramente en las primeras páginas, como si hubiera sido leído recientemente. Volví las hojas una por una buscando alguna marca o indicio que hubiera hecho el supuesto lector, pero no hallé más que mis propias anotaciones, mi escritura minúscula en los márgenes.

Hice un recuento minucioso de mis escasas amistades, pero ninguna de ellas poseía copia de las llaves, con lo que descartaba la posibilidad de que alguien estuviera gastándome una broma. Motivos como el robo también los había excluido pues nunca había desaparecido nada de valor y las cerraduras no tenían señales de haber sido forzadas. Era nada más que ese libro que tendía a abrirse levemente en la página setenta y seis. Ya no me sorprendí, al día siguiente, cuando descubrí que se desplegaba ligeramente un centenar de páginas más adelante. Además me sentí íntimamente halagado al saber que él compartía mis gustos literarios. Pronto no necesité encontrar libros en desorden para darme cuenta, nada más al entrar, de que él había estado en casa. Y a ese libro siguieron otros ejemplares que también coincidían con mis gustos. Este hecho despertó aun más mi curiosidad por aquel huésped furtivo y alejé todo temor o inquietud hacia él. Quería saber quién era aquel que se apropiaba de mis libros y de mi casa, y busqué una manera para poder comunicarme con él. En un trocito de papel anoté: "Me agradaría mucho conocerlo personalmente." Y lo introduje entre las pági-

nas del libro que él estaba leyendo. Esa tarde creo que hasta salí unos minutos antes de mi trabajo, para llegar a casa lo antes posible, entrar en la biblioteca y abrir el libro esperando hallar alguna respuesta. Mi decepción fue muy grande; no encontré nada. Desesperé pensando que él podía haberme abandonado, intimidado por mi aventurada actitud, por haberse sentido descubierto, como si considerase su presencia como un delito. Y esa noche la pesadilla volvió a repetirse y desde entonces él dejó de frecuentar la casa. Me arrepentí porque creí haberlo perdido para siempre; revolví de arriba abajo todas las habitaciones, y en especial la biblioteca, buscando algo que me permitiera creer que aún venía, que se cuidaba de dejar alguna señal de su presencia. Pero habían terminado las pequeñas sorpresas cotidianas; ya no hubo más libros fuera de los anaqueles ni páginas marcadas por el uso. También terminó la pesadilla del espejo y los rostros. Todo volvió a la normalidad, al orden y la rutina.

Me había vuelto a acostumbrar —y no sin cierta dificultad— a la soledad y al silencio de mi casa, hasta que, una tarde, regresé antes de lo habitual. Apenas entré me di cuenta de que él había vuelto; de inmediato miré hacia el cenicero, como esperando encontrarlo cambiado de lugar, pero estaba donde lo había dejado. No me atreví a entrar en la biblioteca pues tenía la certeza de que él estaría allí, leyendo no sé qué cosas, interrumpido por mi inesperada presencia, quizás tan nervioso como yo. Creí oír una respiración sobresaltada que no era la mía propia, y sin pensarlo volví a abrir la puerta de la calle y me fui. Temía haberlo asustado, haber violado su intimidad como él había violado la mía propia, como yo me había asustado de él las primeras veces, y pensé que los dos estábamos viviendo situaciones similares. Finalmente me decidí a volver, pero el corazón me latía con violencia y antes de entrar carraspeé, como para anunciarme y darle tiempo, si aún estaba, para que se marchara o, al menos, que no se sorprendiera con mi llegada. Cuando entré supe de inmediato que él ya no estaba en casa.

A partir de entonces no dejó de venir y de leer mis libros (que ya no eran tan míos). Yo nunca regresaba antes de lo habitual para no volver a romper esa especie de tácito acuerdo que nos unía y nos impedía encontrarnos.

Ahora eran varios los libros en uso; al aparente desorden se agregaba uno más, apenas apreciable; quizás una acotación en el margen de una página, o una hoja doblada en una esquina. Y esas señales ajenas a mí, a menudo se confundían con las mías propias, y no faltó la ocasión en la que mezcláramos las lecturas y continuáramos leyendo libros que no habíamos empezado.

Por entonces comencé a ausentarme también los sábados y domingos con la expectativa de que él se diera cuenta de esto y viniera a casa también esos días. Salía a dar un paseo, a caminar por las calles, a meterme en algún cine o a sentarme en un parque. No tardé en darme cuenta de que había comprendido mi juego y había comenzado a venir también esos días.

Pronto nos acostumbramos a esta nueva modalidad y me era grato saber que al llegar a casa encontraría algún nuevo indicio de su presencia. Un incidente ajeno como la lluvia nos unió para siempre. Como otros domingos, había salido a dar un paseo a la hora convenida, pero me vi forzado (quizás lo deseaba) a regresar antes de lo habitual. Cuando abrí la puerta y entré no le di tiempo a marcharse. Él estaba allí, en alguna de las habitaciones, probablemente en la biblioteca, según la costumbre. De inmediato lo supe refugiado en el dormitorio, casi podía percibir su respiración contenida y los latidos de su corazón tan agitado como el mío. No tuve coraje para ir hasta allí, tampoco él salió a mi encuentro. Mi primer impulso fue recoger un paraguas intentando con esto justificar mi presencia y salir de inmediato a la calle. Había dejado de llover y el cielo estaba despejado.

Confieso que cuando regresé temía no volver a sentirlo cerca de mí jamás. Al día siguiente estaba aturrido, deseaba quedarme a esperarlo para pedirle perdón por haber llegado antes de lo pactado. Pero tuve miedo y no me atreví más que a dejar una nota entre las páginas del libro que él estaba leyendo en la que me disculpaba. Me pareció una estupidez y la rompí. Enseguida redacté otra que también destruí de inmediato. Por fin me marché. Creo que hubo unos días de ausencia, o al menos él se cuidó mucho de no dejar rastros de su presencia. Fueron días en los que creí desesperar, en los que la soledad volvió a invadirme y los sueños (aquellos de espejo) volvieron a repetirse.

Entonces opté por retomar mi vida habitual y despreocuparme de él procurando acostumbrarme de nuevo a la soledad y el silencio. Hice mi vida como de costumbre y dejé de salir los sábados y domingos para refugiarme en la lectura como siempre lo había hecho. Fue entonces, no sé cómo, que él regresó. Entonces comprendí que él no deseaba nada de mí, solamente que no cambiara mi vida por la suya, ya que él tampoco la cambiaría por la mía.

Con el tiempo nos habituamos a los cambios, progresivamente nos amoldamos a ellos y dejaron de convertirse en una sorpresa o una anomalía para pasar a formar parte de la nueva rutina. Ya no es necesario que me ausente de casa para que él acuda aquí a leer como siempre. Es más: está continuamente en casa. No obstante, ambos respetamos en parte ese antiguo pacto. Si uno de nosotros está en una habitación el otro no entra en ella. Nuestros espacios están perfectamente delimitados—igual que el de los objetos—, nuestros recorridos nunca son los mismos ni coinciden. Pero hay veces que lo siento a mis espaldas, muy cerca, casi puedo percibir su respiración y el calor de su aliento. Entonces el deseo de volverme y mirarlo, de conocerlo y hablarle es casi irresistible, pero me contengo; me contengo pensando que si llegara a verlo, a enfrentarme a su figura y al rostro que tantas veces he imaginado, podría abandonarme para siempre.

3

EL NACIMIENTO DE FERNANDO MARIA

A Olga y Jorge Cardoso

El día treinta de julio, la comadrona, la señora Roberta, realizó el parto más inusual de sus cuarenta años de profesión. Ese niño viene mal—había dicho la abuela—, mal colocado, pero será un niño excepcional. En efecto, Doña Roberta no tuvo más que palpar la enorme barriga de Marina para asegurar y jurar, por todos los santos patronos de las parturientas, que el niño venía mal colocado. Después de enormes dolores y grandes esfuerzos, Marina, primeriza en aquella ocasión, dio a luz un huevo blanco y enorme, al que pusieron por nombre Fernando, por parte del abuelo paterno, y Ma-

ría en memoria de la bisabuela materna que había sido muy querida y que se había dedicado toda la vida a la fabricación de huevos de pascua.

La abuela fue la primera en observar que el niño, o la niña, era diferente del resto de los niños que nacían en el pueblo. Esto le valió como argumento para corroborar sus vaticinios: “Ya os decía yo que el niño sería excepcional.” Pero no tardó en encontrarle parecido con su difunto esposo, que había tenido la piel muy suave y blanca, y en aceptar y querer más que nadie al niño.

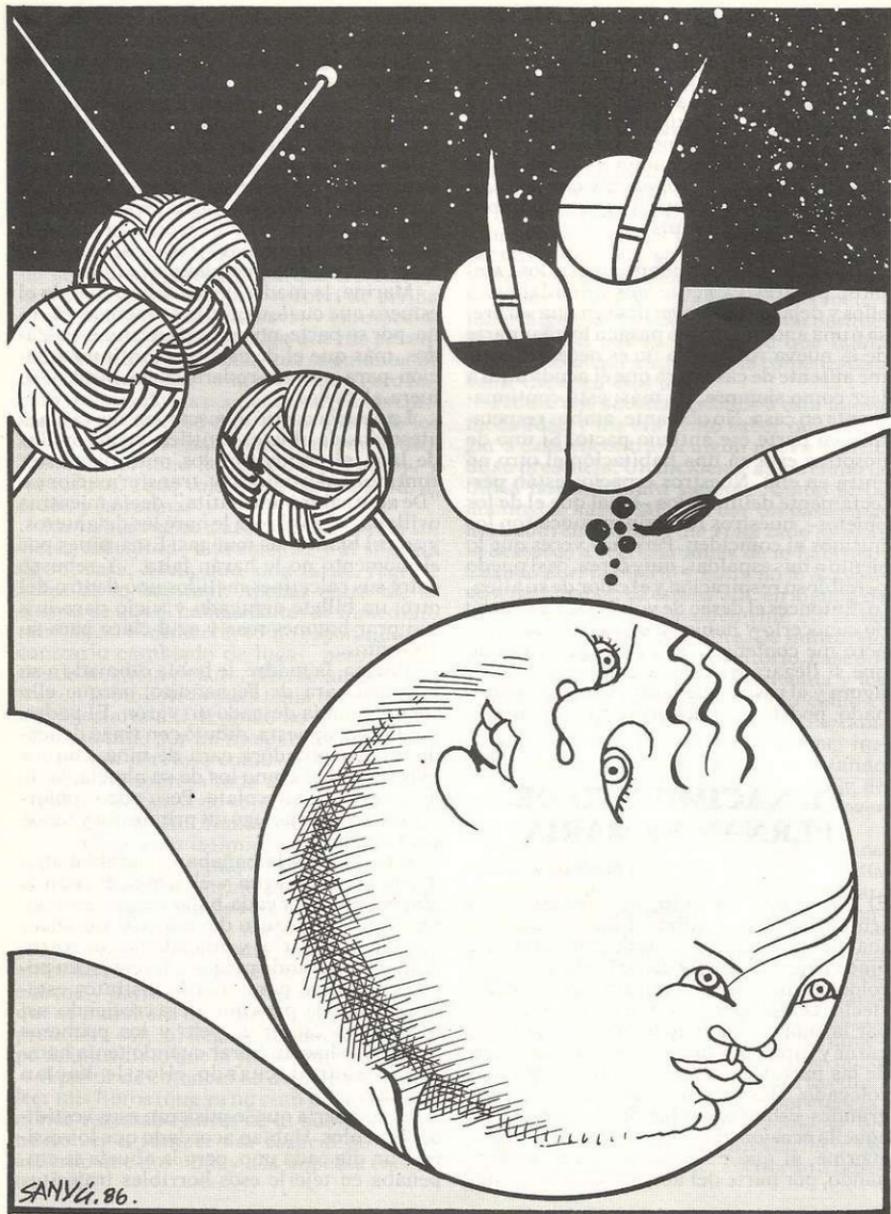
Marina, la madre, lo cuidaba con todo el esmero que cualquier hijo se merece. El niño, por su parte, no requería grandes cuidados, más que el de estar en continua atención para que no rodara de la cama y se fuera al suelo.

La abuela corrió a buscar, en sus cajones atestados de objetos inútiles, viejos ovillos de lana retorcida por los múltiples usos, continuos destejidos y transformaciones. “De aquí saldrá una batita”, decía mientras ovillaba. “Con el rosa le haré los delanteros, y con el blanco las mangas. Escarpines por el momento no le harán falta.” Y rebuscó entre sus calcetines metidos uno dentro del otro, un billete arrugado y sucio para ir a comprar botones rosa y azul claro para su nietecito.

Marina, la madre, le había dibujado a su hijo una cara de Fernando, porque ella siempre había deseado un varón. El padre, por la cara opuesta, dibujó con trazo delicado una encantadora cara de niña, con los ojos marrones como los de su abuela, la de los huevos de chocolate. Pero poco conforme con esto, le agregó un primoroso y tenue sexo de mujer.

A la criatura la bañaban y cambiaban a diario, y con el agua y el jabón, Fernando María perdía en cada baño sus encantadores rostros y su sexo de muñeca. Entonces volvían a pintarlo, y en cada nuevo rostro iban incorporando rasgos diferentes, un poco cambiados, para crearle distintos estados de ánimo y para que fuera creciendo; así le hicieron crecer el pelo y los primeros dientes, lo hacían llorar cuando tenía hambre, o sonreír cuando ellos le hacían muecas.

Él no quería que le pusieran esos vestidos ridículos. Habían acordado que lo vestirían un día cada uno, pero la abuela se empeñaba en tejerle esos horribles trajecitos



llos de volantes anticuados, y Fernando María era tan redondo que se le resbalaban por arriba o por abajo y le borrraban las caras pintadas con tanto empeño. Hicieron las cosas con equidad: por la mañana, y hasta medio día, la criatura era Fernandito, vestido de azul cielo con almidonados lazos cerca de la curva de la cara y abotonadura a lo largo del contorno menor; y a partir del mediodía, María estaba siempre de punta en blanco con sus caprichosos vestidos llenos de puntillas rosas que le daban aspecto de confitura.

Fernando María continuó sano y duro y con el tiempo llegó a ser una hermosa criatura.

Pasaba de mano en mano, de casa en casa. Marina recomendaba siempre: "Tened cuidado de que no se os caiga, pues podría romperse." Y la criatura se malcriaba de brazo en brazo entre los abundosos pechos de las matronas más cariñosas.

—Tienes que darme dinero para ir por lana —era el estribillo de la abuela—. Lana roja, lana verde, lana azul cielo para mi nieto adorado. Uno del derecho, uno del revés, menguo uno, menguo dos, menguo tres —a todas horas se oía, y la abuela mostraba a todas sus amigas las ropitas que ella tejía, los puntos fantasía que inventaba para su nieto del cielo.

La criatura se mantuvo rozagante y sana, con las mejillas bien coloreadas con polvos, pero sus padres fueron perdiendo, poco a poco, el entusiasmo por el hijo. La única que estaba cada vez más encariñada con él era la abuela.

—Tengo que darme prisa —suspiraba—, menguo uno, menguo dos, menguo tres, lazada y uno a la izquierda.

Marina poco comprendía el afán desmedido con que la abuela tejía todo el tiempo y llenaba cajones de ropita absurda.

—El niño la gasta muy poco, abuela, ¿para qué tanta ropa?

—Yo sé lo que hago —respondía la abuela sin levantar la mirada del tejido—, yo me lo sé muy bien.

Tampoco faltaron (al igual que cariños) malas lenguas y pensamientos malintencionados entre los vecinos que aseguraban que el niño sería toda su vida un huevo blanco e insulso. Otros rumoreaban que no tardarían los padres en encontrar, el día menos pensado, un enorme pajarraco en la cuna de Fernando María. Los más atrevidos corrie-

ron la voz de que aquello sería un basilisco, y que lo mejor habría sido deshacerse de él. Estos rumores, inevitablemente, llegaron a oídos de los padres, que se indignaron. La abuela no hizo caso, y se reía de las habladoras asegurando que su nieto era el mejor del mundo y que no tardarían en verlo con sus propios ojos.

Algunos de estos comentarios debieron de haber sido hechos en presencia de Fernando María, ya que con el tiempo, y por ese entonces, comenzó a cambiar ligeramente de color, su aspecto apenas si se alteraba visiblemente; incluso sus padres ni lo habían notado hasta que la abuela, al desnudarlo, percibió unas manchitas azuladas y verdes, a la manera de pequeños lunares agrupados, en toda la superficie de la criatura, y se lo comunicó a los padres. El médico diagnosticó sarampión, pero la abuela no le creyó y esa tarde volvió de compras con un paquete escondido en su bolso. En secreto lo abrió y se puso a leer el libro que había comprado y que se llamaba *El mimetismo*. Así corroboró lo que ella se temía: que su nieto Fernando María estaba atemorizado por los comentarios que de él se hacían, y pretendía pasar inadvertido mimetizándose con el color de las sábanas o el de sus propias ropas. La abuela advirtió a los padres lo que estaba sucediendo, para que se abstuvieran de hacer comentarios delante del niño, sobre todo lo del basilisco, y para que dejaran de darle friegas con ungüentos inútiles. Poco caso le hicieron. Entonces la abuela puso en la cuna sábanas floreadas con intensos colores y al cabo de unas horas llamó a los padres y les enseñó la superficie de Fernando María llena de grandes flores de colores idénticas a las de las sábanas.

Desde que pararon de hablar del tema, Fernando María fue dejando de camuflarse, pero no obstante confiaba en su abuela más que en nadie, en ella, que se pasaba horas a su lado cantándole nanas que inventaba, nanas que contaban historias de huevos y de niños mientras tejía especies de túnicas.

Poco a poco los padres abandonaron el cuidado de Fernando María, y dejaron de pintarle las caras y el sexo de muñeca, permitiéndole ser un simple huevo blanco al que ya nadie hacía ningún caso. Pero la abuela había percibido tenues movimientos; leves balanceos que para los demás pasaban inadvertidos, y que se fueron convirtiendo en verdaderos giros completos sobre sí mis-

mo. Fernando María había pasado al estado de la peonza, según pensaba la abuela, y ése era un buen síntoma. Así comenzó a andar y a desplazarse por la habitación, y a esconderse debajo de algún mueble para gustarle bromas a su abuela o simplemente para investigar la topografía de la casa. A veces lograba revolucionar a toda la familia cuando desaparecía y la abuela era incapaz de encontrarlo; todos debían ponerse en busca de Fernando María, mirando debajo de los muebles, dentro de los armarios y detrás de las cortinas.

Todas las tardes la abuela se marchaba de paseo. Según decía, iba a visitar a un antiguo amigo suyo, jefe de estación del pueblo. A Marina le dio por pensar en un romance senil, pero pronto descartó la idea pues el único amor de la abuela era, a todas luces, Fernando María.

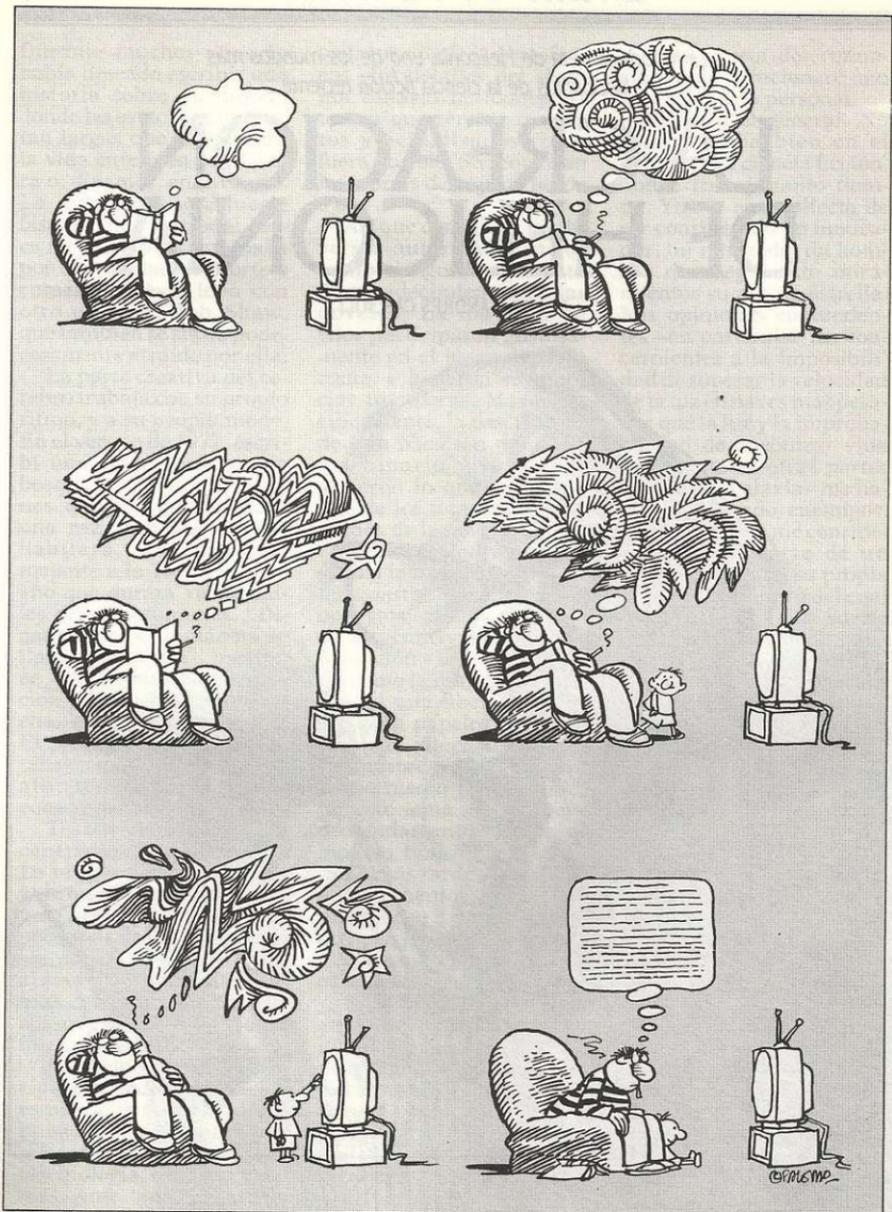
Un día llegó un vecino trayendo a Fernando María en brazos, y diciendo que lo había encontrado en su jardín, oculto debajo de los jazmines. Cercaron la casa con una valla de maderas verticales que pintaron de verde, y el niño pudo rodar por toda la casa y por el jardín con entera libertad, pero siempre bajo la vigilancia de la abuela, que cuidaba que no se resbalase desde una gran altura, o que los niños no le arrojaran piedras para romperlo. Los primeros días algunos vecinos iban a ver cómo rodaba Fernando María por el jardín, pero no tardaron en aburrirse y no hacerle más caso, y la criatura se crió libremente bajo el cuidado y vigilancia de su abuela. Esta, por su parte, ya había aprendido de su amigo lo suficiente de morse como para poder dialogar con su nieto dándole unos golpecitos en el cascarón. A veces los diálogos eran muy largos y a la abuela se la notaba muy inquieta, tejía más aprisa que de costumbre y preparaba todas las ropitas repasándolas y contándolas a diario.

Una noche en la que estaban las mujeres solas en la casa, Marina, en medio de la

oscuridad del pasillo, sorprendió a su madre, que se dirigía de puntillas a la habitación donde dormía el niño, con un martillo en la mano. Creyó que su madre se había vuelto loca y corrió a proteger a su hijo encerrándose con él. Desde afuera la abuela trataba de persuadir a Marina para que le abriera y la dejara entrar, le dijo que ya había llegado el momento y que su presencia era muy necesaria. Marina la dejó pasar con la condición de que se deshiciera de aquel martillo y le explicara lo que se proponía hacer. La abuela aceptó el trato pero se cuidó de no deshacerse del martillo, que ocultó entre sus ropas. Dio una larga explicación a Marina de lo que habría de suceder esa noche, pero ésta no la creyó, más bien pensó que se trataba de otra de las demencias de la abuela, una rareza más como la de tejer túnicas con agujeros en la espalda, o la de visitar a aquel viejo amigo para aprender morse. Cuando regresó su marido se lo contó todo y él le aseguró que no había nada de qué preocuparse, que la abuela quería al niño demasiado como para que le hiciera algún daño, que sin lugar a dudas eran fantasías de ésta y que muy pronto se le pasarían.

A la mañana siguiente Marina y su esposo tuvieron que rendirse ante la evidencia; primero, cuando vieron el suelo lleno de cascarones blancos desparramados; y luego, cuando un suave rumor de aleteo les hizo levantar la mirada hacia el techo. Fernando María, con su frágil cuerpecito aún húmedo y protegido con una de las amorosas túnicas tejidas por la abuela, aleteaba torpemente por la habitación. Hicieron señas al niño para que descendiera hasta ellos y lo llamaron por su nombre. Pero el niño parecía no oírlos.

La abuela le sonreía y le hacía señas con la mano mostrándole la ventana abierta. Por allí se fue, aleteando con mayor firmeza, obedeciendo a un llamado más urgente y profundo.

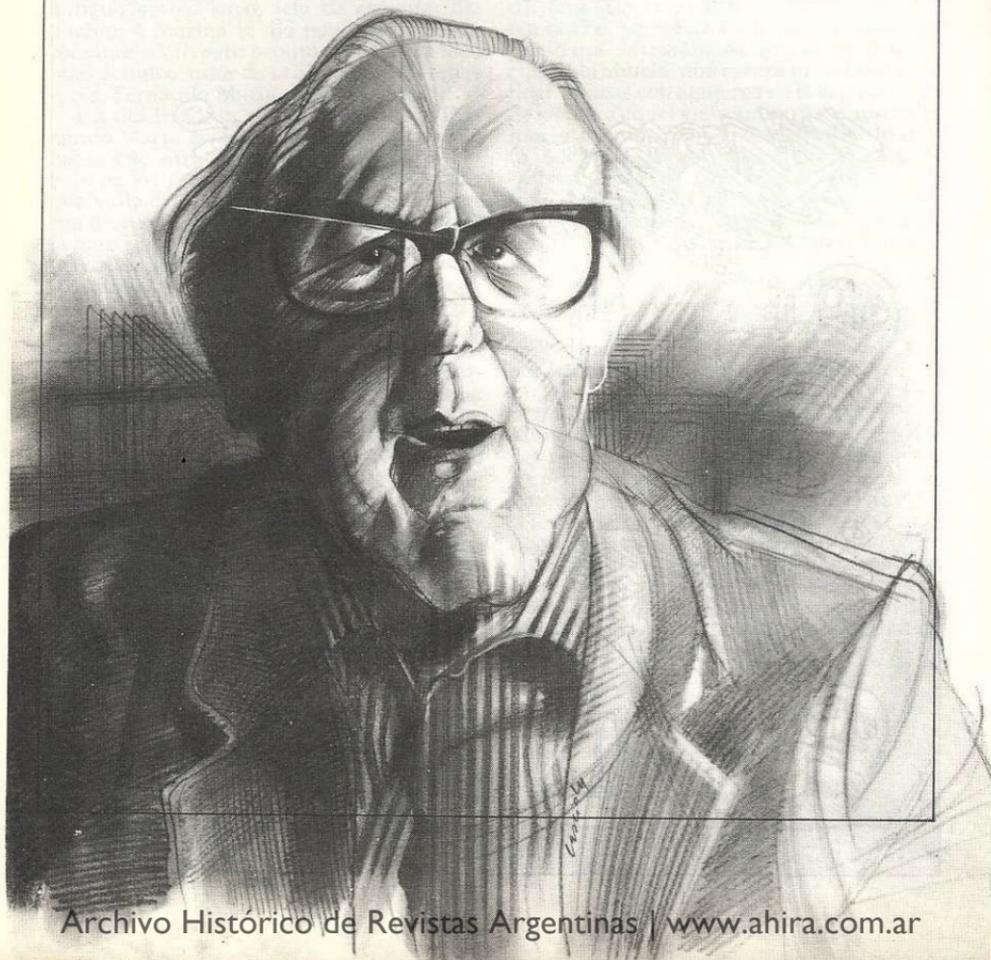


Brian W. Aldiss

La historia secreta de Heliconia, uno de los mundos más fascinantes de la ciencia ficción reciente.

LA CREACION DE HELICONIA

ILUSTRO ANDRES CASCIOLI



Durante muchos años yo había deseado escribir una historia sobre un mundo donde las estaciones fueran tan largas que uno pasara la vida entera en primavera o, digamos, en invierno. La idea tenía una fuerte fascinación emocional. Hace un tiempo yo caminaba por una ciudad del norte y comentaba esta idea con otro escritor, Bob Shaw, que también se sintió poderosamente atraído por ella.

La parte creativa del cerebro trabaja con su propio ritmo, y a su propio modo. En el verano de 1977, escribí una carta a un amigo bosquejando las condiciones que imaginaba para una raza humanoide que habitara un planeta semejante a la Tierra con un año que durara varios miles de años comunes. "Digamos que este planeta se llama Heliconia", escribí, en un arrebato de inspiración. La palabra estaba dicha, el nombre invocado. El proceso de creación estaba en marcha. A partir de allí, tenía que proceder conscientemente.

Trabajé con gran concentración y dedicación. La novela debía tener tres volúmenes, y cada volumen debía completarse en poco más de dieciocho meses, con un promedio aproximado de 150.000 palabras cada uno. La historia entera estuvo terminada a fines de junio de 1984.

Fue obvio desde el principio que necesitaría asesoramiento en todas las disciplinas necesarias para fortalecer la narración: historia, biología, filología y demás. Ante todo, los aspectos

astronómicos y geofísicos —los detalles del sistema binario heliconiano— tenían que ser tan correctos y actualizados como fuera posible. Se requerían las teorías de hoy, no las de ayer.

Así que consulté a las diversas autoridades cuyos nombres figuran en la lista de agradecimientos de las novelas. La mayoría de ellos participaron gustosamente en el juego de Heliconia, e hicieron sugerencias fructíferas. Más específicamente, la descripción de Iain Nicolson del sistema binario y su origen abrieron lo que considero uno de los temas más profundos de la novela, el proceso de enantiomorfía, por el cual las cosas se convierten constantemente en sus opuestos; el conocimiento es alternativamente una bendición y una maldición, así como la religión; el cautiverio y la libertad intercambian papeles; los phagors son alternativamente conquistadores y esclavos. Como medio para concretar este tema amorfo pero profundamente sentido, el modelo binario era ideal. (Sólo más tarde volví a uno de mis cuentos, "Criaturas del apogeo", para percibir que ya había desplegado ese proceso en pequeña escala.)

Me embargó la ambición de construir una gran historia, una nueva clase de novela científica que luciera sustancial aun comparada con la épica del escritor de ciencia ficción que más admiro, Olaf Stapledon.

Diversos factores fo-

mentaron esta determinación. Sólo mencionaré uno general y uno personal.

Primero el general. No todo andaba bien en el campo de la ciencia ficción, donde trabajé tanto tiempo. Yo me enorgullecía de ser considerado un innovador, un renegado, un hombre que seguía sin miramientos su propia estrella. Mis opiniones contundentes —en particular las concernientes a la imposibilidad de superar la velocidad de la luz y la improbabilidad de encontrar vida inteligente en otras partes de nuestra galaxia— me habían granjeado enemigos. No obstante yo me consideraba como parte de un campo que tenía su propia dinámica, y dentro del cual se desarrollaba una suerte de debate racional.

Ahora el macizo central de la ciencia ficción se desmoronaba. La ciencia ficción sometida a principios racionales era cada vez más rara. Los escritores jóvenes, sobre todo en mi propio país, evitaban riesgos escribiendo una forma de ciencia ficción que podría, con suerte, pasar por ficción común, o creando textos que se ambientaban cómodamente en un pasado nostálgico y no en el futuro. Por doquier se escribía fantasía; abundaban las novelas en que el héroe —o el héroe con su pandilla miscelánea— es imposiblemente heroico, donde prevalece un aire de implausibilidad general o, por dar a la implausibilidad su nombre eufemístico, de magia. En pocas palabras, parecía

que lo racional había caído en desgracia, junto con el antiguo arte de narrar historias.

Esta crisis puede atribuirse a varias causas, algunas propias del género, otras externas. La ciencia ficción tradicional, atenta a un futuro en expansión, es difícil de escribir en la deprimida década del ochenta, cuando el mundo sufre recesión. La insistente amenaza de la guerra nuclear, además, nos hace parecer triviales o falsamente optimistas si escribimos sobre un futuro próspero. Con el Tercer Mundo en nuestra conciencia, los sueños de futura gloria tecnológica pueden sonar huecos. Demasiados planes que antes parecían alentadoramente utópicos han terminado en desastres y desquicios, como el plan de "desarrollar" (una palabra hoy vista con escepticismo) la cuenca amazónica.

Y ahora, el factor personal. Aun mis primeras novelas, tales como *La nave estelar*, *Invernáculo*, y la novela-crónica (como la denominaron sus primeros editores) *Galaxias como granos de arena*, reflejaban mi interés en la paradoja de que la humanidad, siendo parte de la naturaleza, se haya apartado de la naturaleza, y opuesto a la naturaleza. Es una percepción errónea que conduce al desastre, y en efecto ha conducido al desastre. Cuando yo definía la ciencia ficción como "Hybris apaleada por Némesis", pensaba en ese elemento divorciado de la psique humana, que en el pasado definí en términos toynbee-

“ Los lectores saben lo que los críticos a menudo olvidan: que es extrañamente confortante leer acerca de sufrimientos ficticios.”

nos como la división entre la cabeza y el corazón.

Padecemos este divorcio fatal en cuanto individuos, no sólo en cuanto especie. En la actualidad hemos perdido, en general, la conciencia de nuestros lazos con la Tierra. Nuestra perspectiva se ha estrechado. Nuestra razón no nos ayuda a ver que estamos sostenidos por una cantidad de fuentes no racionales tales como nuestros instintos, nuestro sentido de la empatía, y todas esas gratas insinuaciones acerca de la vida, el nacimiento, la muerte y el nivel mitológico de la vida (en breve, esas cualidades numinosas que otrora se denominaban "Dios", o algo similar, en tiempos en que el corazón predominaba sobre la cabeza). Las ciudades han difundido el veneno. Somos criaturas más débiles de lo que deberíamos ser. No podemos ver las estrellas a causa de las luces callejeras. Vivimos en un mundo de cercas. Construimos las cercas para ocultar nuestra inconclusión.

Estos atisbos fueron más claros cuando descubrí que mi existencia había pasado de una fase de perturbación a una fase más ricamente productiva, la que Carl Jung denomina

"individuación". Pensé que lo que se percibía con mayor claridad se podría expresar con mayor claridad, así que esta vez podría añadir un diagnóstico. Tuviere razón o no, por cierto me tenía confianza.

Así que estaba la voluntad de hacer una crónica general de Heliconia de, digamos, naturaleza semi-científica. Y estaba la voluntad de trascender eso y construir un drama que pudiera albergar mi diagnóstico de los males del mundo. Pero, más importante aun, estaba la voluntad del novelista de adueñarse del gran escenario de Heliconia para contar ese drama del modo más eficaz.

Al principio tenía esperanzas de emparcarlo todo en un libro. Pronto comprendí que era imposible. Para dar una idea adecuada de la escala de la vida en Heliconia, había que tomar por lo menos tres instantes—tres muestras—del potente arco del Gran Año y desplegarlos con todo el vigor de que dispusiera. Eso significaba contar historias sobre personajes con los que el lector común se pudiera compadecer: gente que no adorara el heroísmo, aunque a veces fuera heroica; no gente sin defectos, aislada por la virtud; sino gente, hombres y mujeres, atrapada en los trajes de la vida, a menudo desorientada, y apasionada en sus sentimientos por los demás; en pocas palabras, gente valiente sin una gran comprensión. Y esta gente contrastaría con el gigantesco trasfondo de su planeta en períodos en que cambiaban tanto el clima como la historia.

Desde el principio, fue evidente que mis personajes sufrirían vicisitudes aún mayores que los de mis novelas anteriores. Los lectores saben lo que los críticos a menudo olvidan: que es extrañamente confortante leer acerca de sufrimientos ficticios. No obstante, yo quería recompensar a mis lectores con el escaso optimismo inherente al sistema: la posibilidad de que la vida humana fuera feliz, y el camino para lograrlo. Como había llegado a un período de estabilidad y felicidad personal, ese camino podía hallarse, y el hallazgo modeló el diseño de la historia en general.

Todo parecía claro una vez que me familiaricé con mis propias intenciones. Pero antes de empezar a escribir, decidí complicar un poco el juego escenificando el drama en más de un plano. Esta torta tendría cuatro capas.

Exploraríamos la vida en Heliconia. Bien. Pero esto no tenía relevancia a menos que también aprendiéramos algo sobre la vida en la Tierra. Y, como intermediación entre los dos planetas, debíamos tener la Estación Observadora Terrestre, en órbita de Heliconia, donde los seres humanos están suspendidos como almas en el limbo. Pero para aventurarnos más, hasta la tercera capa, veamos qué sucede con los heliconianos cuando mueren, sigámoslos hasta el tras-mundo.

Y como en gran medida éste es un drama evolutivo, veamos qué dioses poscristianos controlan Heliconia y la Tierra. Así que llega-

**“Heliconia
es presentado
como un planeta
extraño y maravilloso.
Y lo es.
Pero también
lo es la Tierra...”**

mos al nivel más alto, el nivel de las deidades tutelares, que se manifiestan plenamente en el tercer volumen.

Una vez que empecé a escribir, todo quedó olvidado salvo el interés en la historia, la saga de Yuli vagando desde el desierto nevado hasta la oscura ciudadela de Pannoval; a continuación el crecimiento de Embruddock, y la gente que vive allí, la tenaz Shay Tal, el intransigente Aoz Roon, el apocado Laintal Ay, y todos los demás, cuyas vidas transcurren mientras se desarrolla la primavera y la pradera emerge de las llanuras de nieve.

En el segundo volumen, cuando Heliconia y su sol Batalix se acercan a Freyr en el momento del perihelio, el drama es más sutil y complejo, y concierne a la retención de territorios y reinos, el triunfo y el eclipse de las religiones, y las dificultades de un fuerte rey que se divorcia de su bella reina, la Reina de Reinas, para concertar una boda dinástica con una niña. De paso, esta historia —o su germen— fue tomada de la historia del primitivo estado servio y el reinado de los malogrados Nemanijas. El rey Milutin tomó como

cuarta esposa a la niña Simonida, hija del emperador bizantino Andrónico. En Tesalónica desposó a su prometida de seis años. Simonida aún nos mira fijamente, tensa y con aire de muñeca, desde frescos de Yugoslavia, notablemente en el encantador monasterio de Gracánica. Pero las bodas con niños eran comunes en la Edad Media.

El segundo volumen tiene la prosa más rica. Entre otras cosas, leí y asistí a representaciones del *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare mientras me preparaba para escribirlo.

El volumen final relata lo que ocurre en el hemisferio norte de Heliconia, Sibornal, después de una campaña, cuando el ejército regresa con la peste en sus filas. El personaje central es Luterin, un joven que no entiende la verdad acerca de su ascendencia, un eco de la situación que afecta a la humanidad misma. Está alternativamente infatuado con dos damas, su prometida, Insil Esikananzi, y una esclava a cuyo esposo él mató, Toress Lahl. La novela tiene fuertes elementos románticos, aunque el final es antirromántico; lo mismo ocurre con los dos primeros volúmenes.

Heliconia es presentado como un planeta extraño y maravilloso. Y lo es. Pero también lo es la Tierra, y en Heliconia ocurren pocas cosas que de un modo u otro no hayan ocurrido en la Tierra. La principal diferencia consiste en que en Heliconia existen otras especies inteligentes o semiinteligentes: principalmente los phagors, la raza

de dos filos, en guerra perpetua con la humanidad por la posesión del planeta.

Aunque enemigos mortales, phagors y humanos existen en una relación mutuamente complementaria. Buena parte de la historia alude a esta dolorosa relación, que debe romperse pero que sería fatal romper. En la Tierra no tenemos phagors, sólo el lado animal de nuestra naturaleza, con el cual también estamos en guerra, y con el cual debemos celebrar algún tipo de acuerdo. Este problema, tan interesante como un encuentro con un jinete phagor, halla un sitio explícito en el último volumen.

Para mí, uno de los momentos más felices de toda la historia se presenta cuando un ser humano terrestre, uno de nuestros descendientes, señala los alrededores de Heliconia en el cielo tropical nocturno, en la constelación de Ofiuco. Es un modo de indicar que el libro no es una fantasía. Heliconia tiene, por usar la frase de Shakespeare, "una morada y un nombre". Es un mundo donde uno puede ir a la cárcel por una deuda. Por estas razones, y a causa del fuerte subtema del progreso evolutivo, utilicé el término de H.G. Wells y llamé al libro *cientific romance*, "novela científica".

Pero entre líneas ha quedado espacio suficiente para que cada lector interprete lo que quiera. La mitad del atractivo de un lienzo tan amplio consiste en poder llenarlo con terrores, aventuras y entusiasmos. Los lectores preguntan si cada parte de los tres volú-

“Parte del atractivo de un lienzo tan amplio consiste en poder llenarlo de terrores, aventuras y entusiasmos.”

menes estaba planeada antes que yo comenzara a escribir. La respuesta es no. Sabía qué debía suceder y adónde tenía que ir. Y tenía los lineamientos sugeridos por mis expertos. Pero la mayor parte fue mi propia creación, y me permití sorprenderme día tras día.

Al fin llegué, con cierto asombro, adonde me había propuesto. Pero durante mis siete años de trabajo, el mundo mismo se había desplazado. Dos especialidades del descubrimiento científico trajeron noticias particularmente interesantes.

Ahora se cree que nuestro Sol tiene una compañera, bautizada Némesis, que cuando está más cerca llega a medio año-luz de distancia de la Tierra. Su tránsito perturba la nube cometary de Oort, así que la Tierra es bombardeada por material cometary, lo cual resulta en una especie de breve y natural "invierno nuclear", con un enfriamiento de la superficie terrestre suficiente para provocar la extinción de varias especies. Estas conclusiones están respaldadas por hallazgos en la documentación fósil que revelan extinciones masivas cada 26 millones de años (los dinosaurios fueron las víctimas de

la extinción más famosa), y por patrones de cráteres de impacto en la superficie terrestre.

Otra investigación, relacionada con el probable efecto de la detonación de armas nucleares en nuestra atmósfera, ha conducido al acunamiento de la desagradable aunque pintoresca expresión utilizada en el párrafo anterior, invierno nuclear. El impacto de una guerra nuclear "modesta", digamos en la gama de los diez mil megatonnes, sería tal que la suciedad lanzada a las capas superiores de la atmósfera precipitaría cambios en el clima del hemisferio norte. La fotosíntesis no podría realizarse. No sólo morirían los seres humanos sino los árboles y muchas otras especies. Europa terminaría por parecerse a Groenlandia o, en el mejor de los casos, a una estepa helada. Estos efectos no se limitarían necesariamente a la circulación atmosférica del hemisferio norte.

Sentado en mi estudio de Oxford, yo no había tenido originalmente en cuenta estos dos interesantes avances en el conocimiento. Pero no podía decirse que no estaba preparado: mi narración y sus preocupaciones tenían características tales que ambos hallazgos entraron cómodamente en el libreto. En rigor, el paisaje del invierno nuclear servía para reforzar la metáfora de las crudas estaciones de Heliconia.

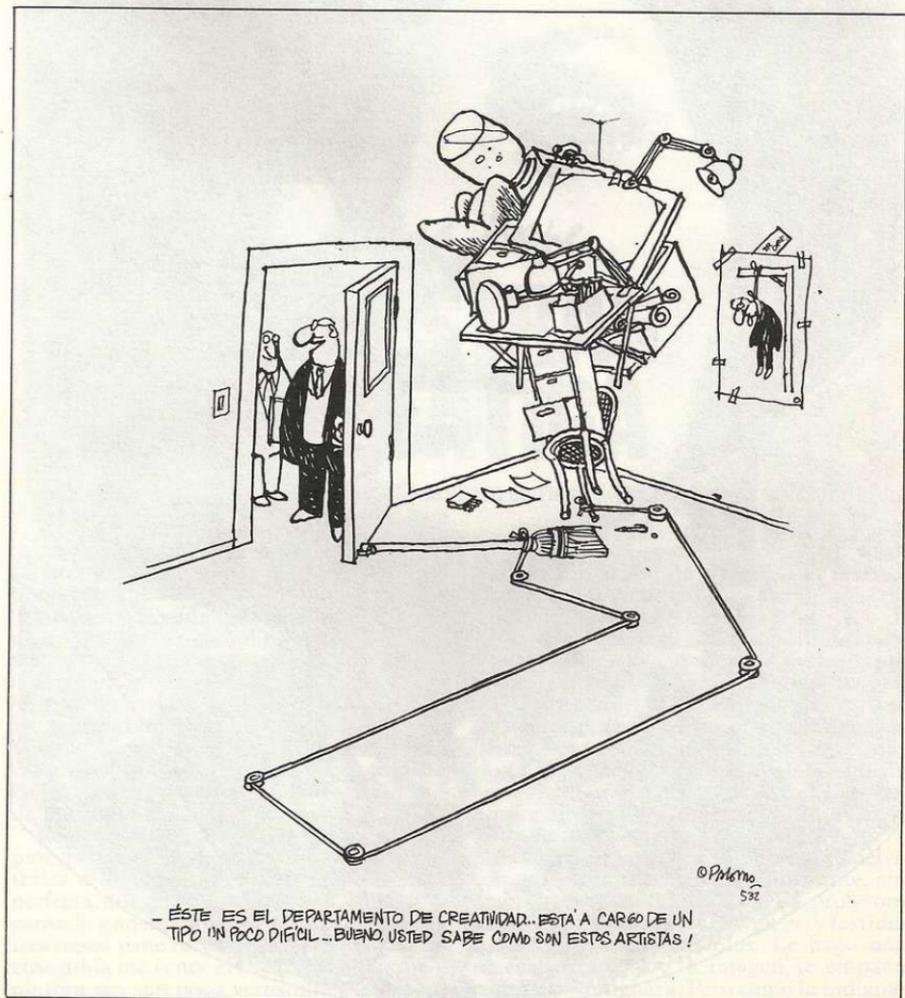
Alentado por este acto de descubrimiento casual, decidí ir más lejos de lo que me había propuesto y desa-

rollar hasta cierto punto las hipótesis de James Lovelock; así mi novela cumpliría todas las obligaciones de la verdadera ciencia ficción al abarcar no sólo

conocimiento científico aún controvertido, sino especulaciones basadas en ese conocimiento. El tiempo pondrá a prueba la exactitud de mi conjetura. Al

menos la conjetura es optimista. Y sería una pena terminar este desfile de gallardía y locura en tres volúmenes en algo que no fuera una nota optimista.

Título del original en inglés: *Conjuring Helliconia*.
© 1985, Brian W. Aldiss. Traducción de Néstor Dietrich.





Tampoco ellos
saben parar a
tiempo.

Luisa Axpe

MUESTRAS DE FATIGA

ILUSTRO ALBERTO CIUPIAK

La cara pulida del espejo me va mostrando lo que no fui.

Aparezco vestida de bailarina, ejecutando mi momento más aplaudido. Los aplausos no se oyen, pero sé que están. Al terminar, saludo y desaparezco detrás del telón. Enseguida vuelvo y ya no soy más la bailarina; soy una famosa abogada que firma hojas tamaño oficio detrás de un importante escritorio de estilo inglés. Como esa imagen no me gusta demasiado, me hago la distraída hasta que viene la siguiente.

Con una paleta en la mano izquierda y un pincel en la derecha, doy los toques magistrales a una pintura casi terminada, casi perfecta, que casi me pertenece. Como estoy cansada y además me lo merezco, retrocedo tres pasos y me recuesto en el diván, donde enseguida me vence el sueño. Mis sueños de pintora son tan poco verosímiles como los

colores que acabo de poner en la tela. Al despertar lo recuerdo vagamente; sólo estoy segura de haber soñado.

No hay tiempo para pensar en eso, porque ya el espejo me muestra rodeada de niños, lavando pilas de ropa mientras una olla humea en el fuego. Al sacar de la soga una camisa, compruebo que le faltan dos botones y la pongo en el montón de la costura. El resto, en el montón de planchado. Y entre montón y montón, peino trenzas, sueño mocos y espanto fantasmas nocturnos. Y otra vez desaparezco.

Luego de una espera impaciente, vuelvo con anteojos gruesos y el pelo tirante, sin nada de maquillaje. Mi cara de profesora tranquiliza a los padres inseguros y fastidia a los adolescentes discolos. Le hago una mueca al espejo, y la imagen se empaña como si se indignara. Pero como la indigna-

ción no cabe en este espejo, enseguida me veo vendiendo fruta entre el griterío de la feria, con las manos enrojecidas por el frío y un delantal con un bolsillo grande donde guardo el dinero para los vueltos. Cuando estoy a punto de enojarme con una clienta, dejo de moverme entre cajones de fruta y ya no hay más feria: ahora es un ómnibus de turismo, y acomodada en el primer asiento junto al chofer les hablo a los pasajeros por un micrófono que siempre funciona, aunque algunos prefieren dormir. Mi charla es entretenida y certera, doy datos acerca de lugares, población, profundidades y alturas. Y de vez en cuando intercalo alguna anécdota divertida, algo que a ellos nunca les ha pasado ni les pasará jamás. Cuando la digo en inglés, la mitad que no entendió se ríe igual. Todo es como debe ser, hablo con los encargados de los hoteles (que ya me conocen), organizo todo para la hora exacta.

Cuando estoy a punto de aburrirme de tanta exactitud, desaparezco y vuelvo como actriz. Doy vueltas con el libreto en la mano, tratando de memorizar mi parte. Es un papel importante y difícil, el primero de mi carrera. Siempre tuve partes de poca monta, y ahora me voy a poner a prueba, y a lo mejor me sale bien y tengo éxito, y entonces me llaman para hacer otros papeles importantes y difíciles, como éste. Aunque quién sabe si me va a gustar que siempre me toquen papeles difíciles. Porque entonces voy a estar siempre muy cansada y nerviosa, y ni siquiera podrán servirme de consuelo los aplausos y las críticas.

Es así como dejo de ser actriz, y ahora el espejo me muestra con un delantal blanco de doctora, entre camas alineadas contra paredes lisas de las que a veces cuelgan crucifijos. Me detengo frente a una, miro la historia clínica, hago preguntas, prescribo inyecciones. Las camas son muy respetuosas de mi condición de médica, se quedan en silencio y acatan todo lo que digo. Un camillero pasa mirándome las piernas pero a la vez saluda muy serio, buenos días, doctora. Leo en las otras camas: todo está en orden. De repente, alguien llama a gritos, dice no sé qué cosa de su papá. En una de las camas hay una cara violeta, cianótica. Pido urgente el oxígeno, dos enfermeras salen corriendo y vuelven con los tubos. Pero no sé qué pasa, parece que los tubos están gastados, todo está mal en este hospital, y al de la cara cianótica le falta poco: se me está muriendo

asfixiado. Le hago respiración boca a boca hasta que lleguen los otros tubos, mientras pienso cuántos minutos habrá estado así. Si estas cosas siguen pasando me va a salir una úlcera.

Entonces ya no soy más doctora; soy periodista y hago entrevistas a personas famosas. Políticos, deportistas, actores. Sostengo el micrófono cerca de un ministro, el ministro camina, los otros periodistas y yo también, las cabezas de todos los micrófonos se juntan alrededor del ministro, le apuntan y le disparan toda la técnica. Algunos se separan del redil por un momento, pero enseguida vuelven a integrarse y conforman un grupo muy animado de cabezas de micrófonos. Claro que yo me preocupo sólo del mío, y pregunto tan rápido como puedo para no perder el lugar. Después, los micrófonos se separan y la dispersión es inmediata, casi sorprendente; el ministro acaba de traspasar una puerta que estaba al final de un pasillo, algunos periodistas han entrado con él, otros nos quedamos afuera. Pero yo no me conformo; pongo el grabador en pausa, y avanzo resuelta hacia la puerta. Una mano firme sostiene mi brazo por detrás, me para en seco. Consigo soltarme y avanzo, mostrando credenciales. Pero entonces soy zamarreada y arrastrada, y alguien me saca el grabador y lo estrella contra el piso; mientras tanto, algunos colegas toman fotos de la escena desde lejos. Me dejan sola con mi grabador roto y los brazos doloridos. Me van a salir moretones, seguro. Y en la garganta tengo algo que me duele y no me deja tragar bien, pero ya se me va a pasar cuando lllore.

En cuanto empiezan a salir las primeras lágrimas, y ya no queda nadie a mi alrededor, dejo de ser periodista. En el espejo sigo estando, pero ahora manejo un auto a toda velocidad por una ruta solitaria. Es necesario que mi pie derecho no se despegue del acelerador, aunque estoy casi en el límite. A doscientos metros, otro auto con cuatro hombres corpulentos adentro se ha convertido en el motivo central de mi espejo retrovisor. Ha empezado a llover, y el asfalto está resbaladizo. De repente, luego de una curva, un auto que viene por la otra mano se enloquece y se me tira encima; con un envión de todo mi cuerpo desvío hacia la banquina, hago dos trompos, me detengo. Cuando mirando para el otro lado, hacia el lugar de donde viene el otro que me sigue. No puedo moverme, el susto me ha paralizado; sólo

puedo mirar por el parabrisas, luego por la ventanilla izquierda, y ver cómo los cuatro hombres corpulentos se bajan del auto que se ha detenido a mi lado. "Es el fin", pienso, de este lado del espejo. Y desaparecen los autos, la ruta, los cuatro hombres y yo.

El silencio total de un teatro lleno me suaviza los oídos. Estoy sentada frente al piano, vestida de blanco, con toda la música que me colma y me sale por las puntas de los dedos. El piano es dócil y ablanda el teclado para mí. Los cuellos están inmóviles, las cabezas erguidas hacia el escenario; no se oye ni una sola tos. En las filas de atrás, sin embargo, ha comenzado un movimiento, como un hormigueo susurrante que aumenta y contagia a las filas de adelante. Algunos se levantan y salen corriendo, otros al verlos hacen lo mismo, dicen cosas incomprensibles, se empujan, caen. Yo sigo tocando,

acompañada por la atención respetuosa de las primeras filas, que pronto comienzan a inquietarse y a volver la cabeza. Se siente un olor extraño, y hace calor; pero yo sigo tocando. Mi música sube por encima del griterío, los acordes más bajos dejan oír la palabra fuego, se oyen también pasos que se pierden detrás del escenario y el calor se vuelve insoportable. Grandes gotas de sudor me corren por el cuello, deslizándose como por un tobogán hasta el borde del escote que empieza a tomar un tinte indefinido, grisáceo. Las manos también me transpiran, pero sigo tocando. Un crepitar de maderas se eleva por encima de la música. Del techo del escenario cae una tabla encendida que golpea el piano y me impide seguir tocando. No puedo respirar.

Es hora de dar vuelta el espejo: ha comenzado a dar muestras de fatiga.

© 1986, Luisa Axpe.





RAUL FORTIN

AGOSTO 1986

Ven sólo
lo que uno les
permite ver.

Patrice Duwic

LOS OJOS DE LAS ALAS DE LAS MARIPOSAS

ILUSTRO RAUL FORTIN

Todos esperaban. Tal vez la mariposa se fuera...

La mariposa con ojos en las alas, observando.

Pero, en el fondo, sabían que se quedaría. O fingiría que se iba y luego regresaría sigilosamente. Así que no dijeron nada. Ni siquiera hablaron de otra cosa.

Y temieron que el silencio delatará lo que estaban pensando. Si estaban pensando...

Intentaron no hacerlo. Más o menos lo consiguieron. Menos. Más. Pero no podían evitar mirarse unos a otros. Se preguntaban: *¿Por qué él mueve los dedos? ¿Por qué me mira? ¿Por qué no deja de pensar? Sé que está pensando. ¡Con esa mariposa en la habitación! ¿Por qué no DEJA de pensar? ¿Por qué no puedo dejar de pensar?*

Observarse unos a otros revelaría demasiado. Y sin tener la certeza de que engañaban a la mariposa ni de que la mariposa se

había ido, no se atrevían a cerrar los ojos.

Así que clavaron los ojos en las alas de la mariposa. Y se sumieron en un trance hipnótico. Estar en trance era seguro y, a fin de cuentas, mañana sería otro día.

Un muy lento batir de alas. Y esperar a que cesara, o casi. Una disminución, una pausa, y luego de nuevo. Una y otra vez.

Luego, al cabo de un rato, la mariposa salió de la habitación.

Ellos también. De todos modos, ya no tenían ganas de hablar. Preferían dormir.

Soñar.

Colores.

Él estaba a punto de despertar, y aún tenía imágenes ante los ojos. Colores. Como si anduviera en el corazón del bosque. Y bajo los árboles, flores que en realidad no eran flores sino que parecían mariposas en un tallo, mariposas hechas de plumas.

Trató de permanecer dormido o, mejor

dicho, en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Quedarse en la cama un rato. Y recordar el sueño.

Para recordar un sueño, le había dicho una vez un amigo, hay que retroceder, hay que tratar de recordar la imagen anterior a la que se tiene en mente. Nunca te dejes atrapar por la escena que viene a continuación, porque pronto descubrirás que estás totalmente despierto y el sueño se esfuma. La escena anterior; una vez que la tienes, retrocede, sigue retrocediendo.

Me duele la vejiga.

Camino por el bosque, buscando un castillo. No. En realidad no es un castillo, sino una casa muy grande, una mansión colonial pero con algo muy arábigo. Arcadas, mosaicos dispuestos en el piso como un intrincado dibujo de Escher.

Cerca hay una piscina. El agua es verde, con pequeñas plantas flotantes. Pero la han vaciado. Y la escalerilla no llega hasta el fondo de cemento. Estoy allí jugando con mi pelota. Lo hago a menudo. Y me cuento historias, inventando aventuras imaginarias. No recuerdo cuáles.

Soy un niño, y mis padres están allí arriba, frente a la mansión colonial. Desde donde están no pueden verme. *La vejiga me duele cada vez más*, y no quiero saltar para aferrar la escalerilla, subir y caminar hasta la casa, hasta el baño azulejado.

El piso de cemento de la piscina aún está húmedo en algunas partes, verde con algas. No se notaría. Y tengo que orinar.

¡Despierta! Sabes qué clase de sueño es éste, en que sueñas que estás orinando. Pero no es sólo un sueño, y despertarás entre sábanas mojadas y frías.

Así que fue al baño, aún medio dormido, con el vago recuerdo de haber soñado. Pronto, sin embargo, no sabría describir el sueño. Sólo que había colores.

Al rato, ni siquiera estuvo seguro de eso. Fue a la cocina, puso agua en un recipiente, encendió el hornillo eléctrico y abrió la ventana.

Algunas mariposas salieron por la ventana abierta. Quién sabía cuánto hacía que estaban ocultas en el apartamento.

Y cuántas quedaban detrás de uno u otro mueble.

Se contaban historias extrañas y aterradoras sobre las mariposas, rumores que na-

die se atrevía a comentar pero que todos habían oído en un momento u otro. Y uno se preguntaba por qué esas historias se propagaban tan fácilmente.

Se decía que esas historias comenzaban como datos tomados de antiguos libros de entomología. Presuntamente tomados de antiguos libros de entomología. Pero ya nadie se atrevía a ir a una biblioteca a pedir un libro de entomología. Habría despertado sospechas.

¿Existía alguna razón legítima para tratar de aprender algo más sobre los insectos? ¿Por qué razón se interesaría uno en la entomología? A menos...

Así que era difícil saber si los rumores eran confiables. Por cierto olian a paranoia pseudocientífica. Pero...

No obstante, antes de extinguirse, cuando aún se los encontraba frente a los museos de historia natural, los pájaros se alimentaban de insectos, de toda clase de insectos, incluso mariposas. Al menos, ciertas especies de pájaros lo hacían. Porque también había aves de rapiña que se alimentaban de pájaros más pequeños, de los pájaros que se alimentaban de las mariposas.

Así que las mariposas, para protegerse, aprendieron (o tal vez no aprendieron tal vez fue sólo una especie de selección darwiniana, pero eso no modificaba nada) a imitar a las aves de rapiña.

Un gorrion intentaba atrapar una mariposa y de pronto se encontraba frente a un águila y huía. Pero el águila no era un águila de veras, sólo una pequeña mariposa que fingía ser un águila, una mariposa con ojos en las alas. Y esa clase de mariposas sobrevivía, se reproducía y se propagaba por todo el mundo. Millones, miles de millones, de mariposas con ojos en las alas.

Las mariposas eran realmente hábiles para sobrevivir. Pero los gorriones no eran el único problema, pues antes de transformarse en adultos alados, en imagos, las mariposas eran gusanos, y los granjeros consideraban que los gusanos que devoraban las cosechas eran una plaga. Así llegó el tiempo de los pesticidas. Y al principio eran muy eficaces.

Sólo que los insectos, y especialmente las mariposas, se adaptaron muy de prisa. Y los gusanos no sólo empezaron a paladear los pesticidas sino que se volvieron adictos y necesitaron cantidades cada vez mayores.

Y ¿dónde podían encontrar concentraciones muy altas?

¿Alguien oyó hablar de las cadenas alimentarias?

La más alta concentración de pesticidas se encuentra en los órganos vitales de los animales carnívoros. El hombre, por ejemplo.

Por lo visto, estas historias se parecían mucho a las historias que los padres siempre cuentan a los hijos para asustarlos. —Si no te comportas, si no tomas la sopa, si sigues molestando, vendrá la mariposa. Depositará sus huevos en tu hígado, tus riñones y tu cerebro. Y los gusanos te comerán. Y lo lamentarás mucho, mucho...

"Pero no podremos hacer nada. Será demasiado tarde. Sentiremos pena por ti, pero será demasiado tarde.

—Pero papá, la mariposa no sabrá que soy malo. Si no le dices, no lo sabrá.

—¡Oh!, sí sabrá. ¿No ves que tiene ojos en las alas?

Pero los adultos ya no son niños. Por lo pronto, saben que sería casi imposible —no, totalmente imposible— que una mariposa depositara los huevos en un cerebro humano y que un gusano sobreviviera en un cuerpo humano.

A menos que los ayudaran.

Y a veces ocurre que si necesitas ayuda, aunque seas mariposa, encuentras a gente dispuesta a ayudarte. Especialmente si tienes algo que ganar.

Y si la gente pudiera usar estas mariposas para espiar a todo el mundo, por cierto tendría algo que ganar.

Cuando buscó los cigarrillos en el bolsillo, encontró la hoja cuidadosamente plegada. Se suponía que debía fotocopiarla. Veinte copias, en lo posible más. Mientras tomara las precauciones necesarias. Para difundir el pensamiento revolucionario en todo el mundo. Ni siquiera la había leído, lo cual, debía admitirlo, era muy significativo. Un año antes, cuando había ingresado en el Movimiento, apenas podía esperar para leerlas, incluso corría riesgos para leerlas cuanto antes. Entonces tenían gran importancia para él. Pero ya no le interesaban. Y tampoco los mítines.

Ni siquiera sabía por qué aún asistía a ellos, y tenía la clara impresión de que nunca conducirían a nada excepto a más mítines.

Mítines que, como el último, se interrumpían en medio de una frase apenas entraba una mariposa en el cuarto.

Extraño pensamiento, pero en cierto modo necesitamos creer que nos observan, y nos sentiríamos muy defraudados —ellos, al menos— si descubriéramos que no es así, porque eso confirma nuestra convicción de que somos importantes, de que constituimos un peligro para el Sistema. De que somos peligrosos y estamos trabajando en la dirección adecuada.

Tal vez las mariposas sirven para eso, no sólo para espiarnos sino también para convencernos de que podemos ser peligrosos para el orden establecido.

Pero ¿por qué?

¡Para que sigamos haciendo lo que siempre hicimos! Veinte fotocopias de pensamiento fotocopiado...

Pensamiento fotocopiado. La idea le hizo sonreír.

El problema era que no sabía qué otra cosa hacer.

Al entrar en la sala de fotocopiado, con el panfleto oculto en medio de un fajo de otros documentos, vio que ya había alguien allí, lo cual era inusitado en esa hora del día. Decidió regresar más tarde.

—¡No, espere! Ya termino. Cinco minutos a lo sumo. Pero si tiene prisa, haga sus copias ahora. Esperaré. De veras.

—No, no tengo prisa. Pero tengo muchos documentos para fotocopiar, así que será mejor que usted termine con los suyos primero.

—De acuerdo.

No sabía exactamente por qué, pero algo no le gustaba en ese individuo. Era demasiado afable, y tenía demasiado interés y curiosidad en los ojos. Hacía pensar en una araña amigable.

Justamente la situación que temía. Sobre todo ahora, que había tomado una decisión. El próximo mitin del Movimiento sería el último para él. Y el fotocopiado de esos textos sería su última tarea. Sería demasiado estúpido meterse en apuros precisamente ahora, después de un año de fotocopiado clandestino.

Pero tenía que hacerlo. No quería que los demás pensarán que renunciaba por cobardía. Quería que eso quedara bien claro. De hecho lo ideal sería hacer una gran cantidad de copias, diez veces lo que le habían pedi-

do, docientas copias, arrojárselas a la cara o hacerlas trizas frente a ellos.

No. Que reciban sus malditas copias y hagan con ellas lo que quieran; mejor aun tomaré lo que escribieron y haré correcciones, insertaré comentarios propios, y les llevaré copias de eso.

De veras le gustaría hacerlo.

Pero sabía a qué conduciría eso. Acusaciones, discursos sobre los lineamientos correctos, sobre los peligros de la herejía política, los peligros del pensamiento individual, de la iniciativa individual, del compromiso *objetivo* con el orden establecido, los peligros del izquierdismo.

¿Y qué decir de los peligros de la estupez?

Era como hablar con una pared de ladrillo. Discusiones interminables. *Están tan seguros de saber la verdad. Siempre desempeñan el papel de juez, siempre ansían encontrarte culpable.* Por eso estaba hartado. La sola idea le retorcia el estómago. Tenía la garganta seca. Intentó tragar, no pudo.

En cierto sentido el Movimiento es casi idéntico al Sistema. ¿Mimetismo?

Como las mariposas.

Tratando de protegerse, de pasar inadvertido, el Movimiento comienza a asemejarse a lo que presuntamente debe combatir.

¿O siempre ha sido así? ¿Tal vez yo estaba demasiado ciego para verlo?

Esa idea lo inquietó aun más. El sudor le perlaba la frente y, desde luego, la araña amigable lo notó.

—Hace mucho calor aquí ¿verdad? ¿Algún problema con la calefacción?

—Sí —En cuanto lo dijo, supo que era un error. Supo lo que ese individuo diría a continuación.

—Creo que abriré la claraboya. Si me ayuda a mover esa caja, me subiré encima y lo haré.

—¿Está seguro de que...?

—Sí. Tengo que seguir trabajando aquí esta tarde. Y si no hay nadie para ayudarme...

—Bien, lo ayudaré.

—Gracias.

Abrió la claraboya. Cada vez se parecía más a una pesadilla. *Si abre la claraboya...*

Un minuto después, había por lo menos quince mariposas volando alrededor de ellos.

—¡Oh, mariposas! —El hombre estaba fas-

cinado. —Son tan bellas, ¿verdad? ¡Tan bellas! Esos colores...

—Ajá.

—Criaturas de Dios. Ángeles. Sabe, lo creo de veras. Ángeles de la guarda. Mensajeros de la paz y la belleza, la viva imagen del paraíso en la Tierra, ayudando a los hombres a seguir la buena senda. Todos somos pecadores, y todos somos débiles.

"Quién sabe qué nos habría ocurrido si Dios no las hubiera enviado en nuestra ayuda. La humanidad habría marchado hacia la inevitable destrucción. Violencia, asesinatos, disturbios, desorden, anarquía..."

"Y son tan bellas. Puedo pasarme horas mirándolas.

Dios mío. ¡ÉL las observa a ELLAS! ¿Qué hice para merecerlo? ¡Está loco!

Los ojos le brillaban con una convicción interior, un impulso obsesivo. Tal vez el hombre consideraba eso alegría, convenciendo de que era feliz. Pero los ojos le brillaban demasiado para revelar felicidad, para revelar cualquier cosa salvo locura.

Fanático religioso.

Y ama a las mariposas.

¿Cómo se puede amar a las mariposas? Bicharracos que están allí para observarnos, para espiar a la gente. ¡Y se supone que deberíamos amarlas!

Pero la gente amaba a Dios, ¿verdad? ¿Cuál es la diferencia? Pensándolo bien, Dios es el máximo dictador, su universo es el máximo estado policial. Él lo sabe todo; es imposible ocultarse. Todo lo que haces, tus pensamientos más íntimos. Él mata, puede matar (no, recibir en su seno, vaya eufemismo) a cualquiera, cuando quiera. Ni siquiera muerto puedes escapar; tiene su cámara de torturas. El infierno, donde puede encarcelarte para siempre.

Por suerte no creía en Dios, al menos en esa clase de Dios.

¿Seguro que no?

En realidad, los estados policiales usan esa semejanza —¿de nuevo mimetismo?—, usan nuestra superstición para controlarnos, usan nuestro temor a Dios, aunque esté tan hondamente sepultado en nuestro cerebro que ignoramos su existencia, para manipularnos.

Mariposas por doquier. Los Ojos de Dios por doquier. Congeniaba. Tenía su lógica.

—Más fresco, ¿verdad?

—Disculpe, no estaba...

—Dije que está más fresco. ¿Verdad?

—Sí. Claro que sí.
—Pero veo que interrumpo sus reflexiones. ¿Qué me iba a decir?

—No, nada. Sólo pensaba en lo que usted decía... Las mariposas como ángeles...

—Lo son. De veras lo son. Muchos gustan de ellas, las temen, pero se equivocan. No hay nada que temer. He oído historias increíbles sobre mariposas que comían a la gente. Eso es absurdo. Son tan bellas, y nos aman, realmente nos aman.

—Como Dios...

—Exactamente. ¿Sabe una cosa? Yo también les tenía miedo. No me sentía bien. No estaba cómodo conmigo mismo. Dudas y demás. No podía comunicarme con los otros, con mis hermanos. La vida no tenía sentido. Hasta pensé en unirme a uno de esos movimientos políticos clandestinos.

Cielos, lo sabe.

—Y entiendo por qué muchos lo hacen. No los culpo.

Lo sabe, no hay ninguna duda.

—Porque aún no han encontrado a Dios, y no saben la Verdad. Pero yo sé la Verdad ahora. Y soy feliz.

Los ojos le brillaban más que nunca.

Me hipotonizaría si pudiera. El también cree saber la verdad, la única Verdad verdadera. Todos están aislados de la realidad, todos, presos en sus capullos de verdad.

—Bien, debo irme. —Casi le aplastó los dedos, le puso algo en la mano y salió. —Adiós, hermano, y no vacile en visitarme.

Se encontró solo en la sala de fotocopia. Él y la Xerox, rodeados por mariposas. Estaba al borde de un colapso nervioso, aún preguntándose por qué se había callado. Con todas las pamplinas que el otro había dicho.

La araña amigable también usaba la máquina para hacer panfletos. Tal vez era gracioso, pero no tenía ganas de reír.

Ahora había por lo menos veinte mariposas en la sala. Podían haber seguido a ese individuo que las amaba tanto, pero no lo habían hecho. Habían preferido quedarse. Obviamente, preferían quedarse con él, un pobre diablo lleno de problemas y aprensiones. Estaban tan llenas de amor que no podían dejarlo en paz.

Quizá querían mostrarle el camino hacia Dios, hacia la Verdad última que le cambiaría la vida para siempre.

Demonios.

No supo por qué lo hizo. Se sintió turba-

do después, turbado pero mejor. Toda la tensión se alivió, desapareció de pronto.

Todo se había sumado: su culpa ante el Movimiento, ese fulano que parecía tan satisfecho con el Sistema, su miedo... y las mariposas que revoloteaban alrededor, por todas partes. Había llegado al extremo en que de todos modos hubiera hecho las copias, aun con las mariposas, cientos de ellas, fueran cuales fuesen las consecuencias. Tan sólo para demostrarse que no caería en la paranoia, no permitiría que la paranoia fuera más fuerte que él. Las mariposas no leían, y menos aún cuando sólo veían el dorso del panfleto.

Pero no le dejaban usar la fotocopidora. Siempre había cuatro o cinco en el vidrio. Esperando, burlándose de él. Cuando trataba de ahuyentarlas, venían más.

Siempre el mismo movimiento hipnótico.

Y no se marchaban, como si la situación las divirtiera.

Se vio a sí mismo, como si fuera otra persona, cerrando la tapa. Aplastando las mariposas. El ruido apenas perceptible de los tórax triturados. No las dejó escapar.

Puso la perilla de la fotocopidora en COLOR.

Y apretó el botón. Un relampagueo. Una copia de las mariposas muertas salió de la máquina. Los ojos de las alas, las salpicaduras verdeamarillentas de los abdómenes aplastados, un ala plegada, como si una de las mariposas hubiera intentado escapar a último momento.

Una imagen muy impresionante.

Hizo una copia más, luego otra, luego diez más.

Alzó la tapa, extendió el panfleto sobre criaturas muertas y puso la máquina en AUTOMÁTICO.

Se sentó a mirar cómo salían las copias. Chac-todó, chac-todó, chac... Parecía una película de animación, como si las mariposas aún vivieran y trataran de huir en vano de las hojas de papel. Trataban y fallaban. Una y otra vez.

Al cabo de un rato se terminó el papel. La máquina se detuvo. Las mariposas fotocopiadas se detuvieron para siempre.

Esperó a que el fulano regresara para matarlo, a que el rayo lo fulminara, a que algo sucediera. Nada sucedió.

Así, muy tranquilamente, tan tranquilamente que se sorprendió, tomó las maripo-

sas muertas, las puso en un sobre, arrojó el sobre al incinerador, limpió el vidrio, juntó todas las copias y se marchó.

Despertó gritando.

Y esta vez no fue difícil recordar la pesadilla. Las imágenes eran tan vívidas que creyó que nunca las olvidaría, aunque al principio no parecían tener sentido.

Caminaba por una superficie de vidrio transparente. Era enorme y llegaba hasta el horizonte. Bajo sus pies, muy abajo, una luz flameante se movía de aquí para allá, de aquí para allá.

El cielo era uniformemente rojo, excepto por una nube amarilla con bordes negros. Y la nube avanzaba hacia él. Hubo una voz. No una voz tonante, sino una voz amistosa cuyo sonido le recordó a su padre.

—Ahora tenemos todos los datos que necesitamos para fotocopiarte. Y eso haremos contigo, haremos una copia de ti, una copia tridimensional. Y nadie notará la diferencia. Sólo tú sabrás que es una copia. Pero tú ya no estarás allí.

—No será una marioneta ni un robot ni un zombi. Será algo más y algo menos. Una imagen.

—Y, al igual que tú, esta imagen pensará, amará, sentirá alegría y miedo. Y lo gracioso es que incluso temerá que la reemplacen por una copia.

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

Tenía todo el cuerpo cubierto de sudor. Las gotas caían en la superficie de vidrio, salpicándola de manchas verdes y aceitosas.

La voz respondió.

—El cambio es el Mal. Así las cosas no cambiarán. Cuando todos hayan sido copiados, el mundo será perfecto, un mundo de imágenes donde ya nadie morirá. Un mundo que durará para siempre.

Luego, más nubes cubrieron el horizonte. Y de pronto todo el cielo fue como goma negra, una tapa gigante que iba a aplastarlo contra la superficie de vidrio.

Y esa tapa estaba hecha de mariposas, miles de millones de mariposas, con ojos en las alas.

Trató de escapar, echó a correr. Llegó a un bosque profundo, una jungla.

Sabía que dentro de los límites del bosque estaría a salvo. Y encontró una aldea muy, muy primitiva, un mero apiñamiento

de chozas. Los pobladores celebraban un mitin en la plaza. Supo que esas personas eran los últimos incas. Y pensó que debería tomar fotos de ellos y de la aldea. Apuntó la cámara. Los pobladores volvieron la cabeza, ocultaron el rostro detrás del sombrero, detrás de las tocas hechas de plumas de colores y alas de mariposas tropicales, alas azules y plateadas como espejos.

Había oído hablar de eso, de que los primitivos no querían que los fotografiasen. Temían que les robaran el alma. Qué tonteería. Pensamiento mágico. Miedo de que un médico brujo usara las fotos para hechizarlos. Sintió pena por ellos y fue a explorar la aldea.

A poca distancia del mitin había un hombre sentado frente a su casa. Quiso tomar una foto de la cara del hombre, pero el hombre estaba de espaldas. Se le acercó con sigilo, silencioso como un felino, para no asustarlo. Luego corrió, sorprendiéndolo, y tomó la foto. El hombre no tuvo tiempo de taparse la cara. En realidad ni siquiera lo intentó. Sólo sonrió.

Entonces comprendió, y se aterró. El hombre era él mismo, o mejor dicho su doble, su imagen en el espejo.

Y pensó: "Ahora ya no tienes alma, sólo la fotocopia de un alma."

Y entonces despertó gritando.

No es difícil deducir de dónde surgieron esas imágenes con fotocopias.

Pero había algo más. Algo que se conectaba con todos sus temores conscientes e inconscientes, con los temores de todos. *El temor de no ser más yo mismo, de ser reemplazado por algo que ni siquiera sabría que no soy yo mismo.*

Un temor tan antiguo como la humanidad, tal vez más antiguo.

Existía la creencia tradicional de que uno veía a su propio doble antes de morir. O, mejor dicho, de que durante toda la vida ese doble formaba parte de uno, y poco antes de la muerte, un mes, una semana, tal vez unas horas, se separaba.

Los primitivos que tenían miedo de la cámara.

En cierto modo, compartimos el mismo temor.

Ya no hay médicos brujos. Hay computadoras.

Y tenemos que una computadora obtenga una imagen precisa de nosotros. Sí, tan

precisa como para usarla en magia imitativa.

No más muñecos atravesados por agujas, sino cintas magnéticas, grabaciones de video, tarjetas perforadas, bancos de datos.

Hizo su primer intento al comienzo del mitin, con mucha torpeza. Alzó la mano y dijo: —Quiero contar algo sobre las mariposas. Estuve pensando, y...

—Lo lamento. No está en carpeta. No trataremos asuntos no incluidos en la orden del día. No podemos perder tiempo. No sabemos cuánto nos queda para continuar con el mitin. Así que respetaremos las prioridades. ¿De acuerdo?

Así que trataron las prioridades, hasta que advirtieron que, desde luego, había una mariposa en la habitación.

Todos esperaron.

Todos menos él.

Ese era el momento que había aguardado tanto.

—Bien, parece que nadie tiene nada que decir, así que es mi turno.

Lo miraron como si estuviera loco. Miradas aprensivas hacia la mariposa.

Él, por su parte, no las tenía todas consigo, y habló como un autómatas, muy de prisa, sin mirarlos.

—Como trataba de decir antes, estuve pensando. Tal vez ustedes sepan que las mariposas, es decir ciertas especies de mariposas, tienen un sentido del olfato muy desarrollado, de modo que, por ejemplo, una mariposa macho puede oler a una mariposa hembra a más de quince kilómetros de distancia e ir en su busca.

—Ahora bien, cuando estamos enfadados, o angustiados, cuando no nos sentimos bien, y casi nunca nos sentimos bien, si no nos agrada la sociedad tal como está, y si queremos cambiarla, hacer algo al respecto, es decir, mítines como éste, aunque no creo que conduzcan a nada, nos causan temor. ¿Correcto? Estamos colmados de angustia, muy excitados y consternados. Y cuando estamos así, despedimos un olor muy específico.

—Ustedes se sienten así ahora. Yo no puedo olerlo, pero sé que es así.

—Cállese. Está loco. ¿Qué quiere? ¿Comprometernos a todos? No queremos saber nada de usted. Ni siquiera lo conocemos.

—Yo tampoco. Pero no me callaré. Porque no tengo miedo de las mariposas. Y no creo que ustedes deban temerlas. No les tengo miedo, y no creo que nos estén espiondo. Creo que sólo vienen cuando tememos que nos espíen, cuando despedimos ese olor específico que dice: "Tengo miedo de que me observen." El orden establecido, la dictadura, o como ustedes quieran llamarlo, no necesita espionarnos. Sólo necesita hacernos creer que nos espía. Porque así nos paraliza; no nos atrevemos a actuar, ni siquiera a pensar.

—Y los ojos de las alas de las mariposas no están allí para observarnos, sino para hacernos creer que nos observan.

—Somos como ratones hipnotizados por una serpiente, esperando que nos devoren.

Lo miró. Sabía que no era un buen discurso, pero había creído que causaría alguna reacción. Y ellos hacían lo posible para no verlo, para no escuchar lo que decía. Era como interpelar a una asamblea de estatuas de sal.

—Bien, pido disculpas por haberlos contrariado. Ha sido un día difícil. Adiós.

Fue hacia la puerta y la abrió. Nadie se movió. En cierto modo habría preferido que lo atacaran, aunque lo mataran, pero, irónicamente, la presencia de la mariposa lo protegía.

La habitación debía de apestar con el tufo de la angustia, el miedo y el odio, pues en cuanto abrió la puerta entró un centenar de mariposas.

—Pido disculpas otra vez. Olvidé algo.

Arrojó todos los panfletos en medio de la habitación, hacia el cielo raso. Cuando cerró la puerta, mariposas vivas y fotocopiadas revoloteaban en un intrincado y casi surrealista ballet aéreo. Se marchó.

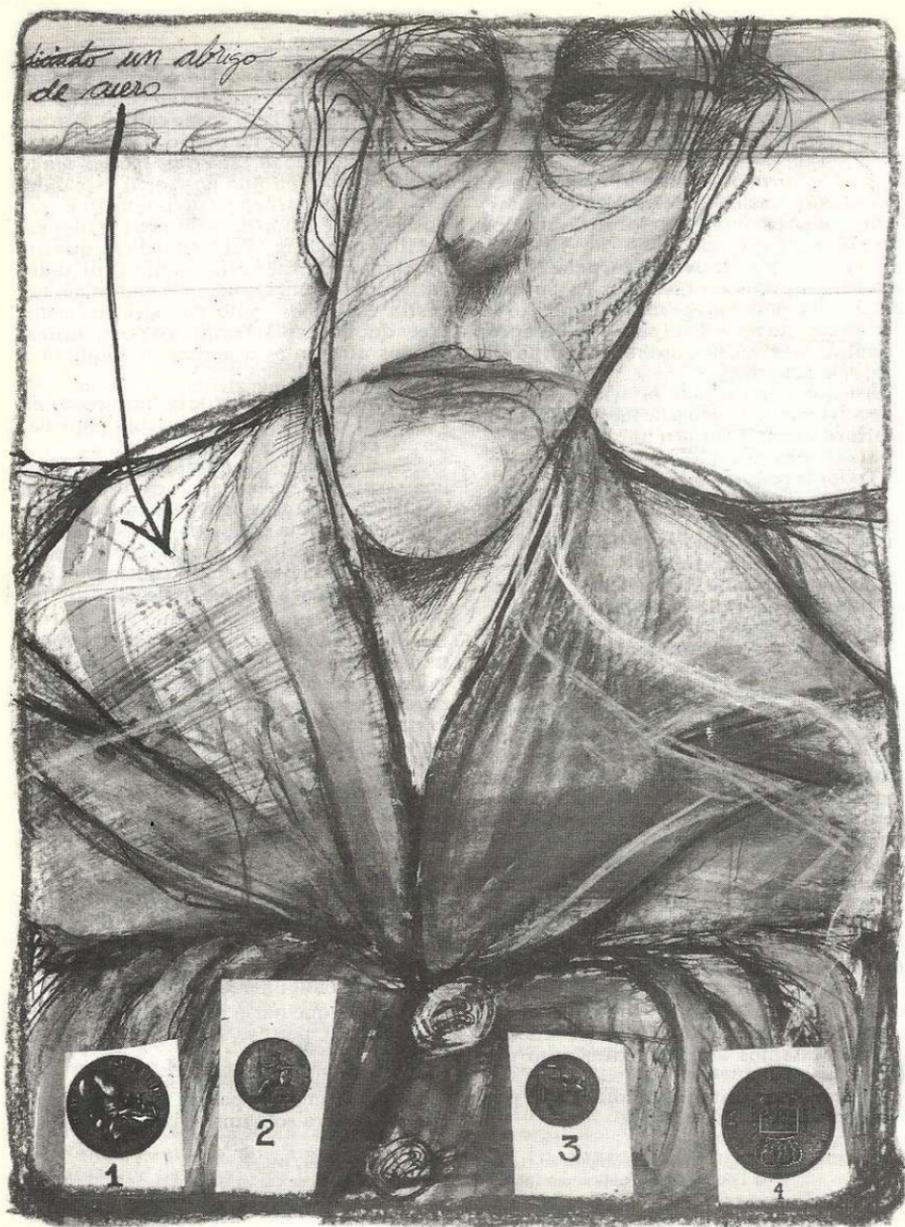
No sabía qué haría después, ni cómo sería el futuro, pero se sentía mejor que en años.

Ni una sola mariposa lo siguió.

Lo siguió una avispa, sin embargo. Aunque tal vez era sólo una avispa común.

Titulo del original en inglés: *The Eyes on Butterflies' Wings*.

© 1982 by Omni Publications International Ltd. Traducción de Carlos Gardini.



hicido un abrigo
de cuero



O'KIF B

Rafael Flores
**UN SERVIDOR
DEL REY**

ILUSTRO ALEJANDRO O'KEEFFE

De mañana había codiciado un abrigo de cuero en la boutique de una amiga. Costoso era, pero no tanto como para impedir la compra. Quizá tuviera muy altos los pliegues que marcan la cintura. ("Casi en la base del esternón", había dicho.) Quizá las solapas anchas le dieran apariencia de abrigo antiguo... Por razones diversas y confusas, no lo compró.

Luego de almorzar se acostó. Soñó que el Rey de la Alhambra lo citaba al palacio de Comares. Bajo esa colosal techumbre de carpintería nazarí, le fue confiada una delicada misión. Viajaba por esa fecha, desde la otra costa mediterránea, una embajada con los tributos de oro destinados al reino de Granada. El Rey quería mostrar dureza: no marcharía a encontrarlos, ni tampoco los recibiría en palacio. Lo enviaba de embajador.

Saliendo de Granada al día siguiente, debía encontrar a los tributarios en el camino, por las regiones del desierto almeriense. Su tarea era recibir aquello y traerlo a palacio. Ningún mensaje llevaba: sólo la autorización del Rey.

Encontró a los bereberes y recibió de ellos una bolsa con monedas de oro. Luego de las reverencias, se despidieron, alejándose espalda contra espalda.

Camino a Granada, se le cayó la bolsa y las monedas se dispersaron. Cuando fue a recogerlas, se hundieron en la arena. Todas.

Su desesperación no conocía límites; a manotazos frenéticos intentó recuperarlas. Sin embargo advirtió que, de continuar, él mismo acabaría hundiéndose en la arena. Resolvió emprender el camino de retorno, mordido por las imaginaciones de los casti-

gos en palacio. No le cortarían una mano, porque no era robo lo suyo. Prisión tampoco habría. Lo seguro era la muerte. Entre esos tortuosos enredos del sueño, se despertó.

Abrumado, fue a lavarse la cara. Pensó que lo mejor era salir a la calle, hacer algo diferente que le despejara las imágenes del sueño. Casi contento pensó en el abrigo visto por la mañana: las fallas que había creído encontrarle quizá fueran obra de algún pa-

sajero mal humor. Además, en las tiendas de Granada, seguramente, no existiría otro mejor.

Fue a comprarlo. Pero su amiga le dijo que de verdad lo lamentaba mucho; ya no lo tenía. Unos marroquíes, casi a la hora del cierre, se lo habían llevado. Y a buen precio, porque ella no había querido cobrarles en dirhan: no conocía ese dinero, ni su cotización. Le habían dejado unas monedas de oro.

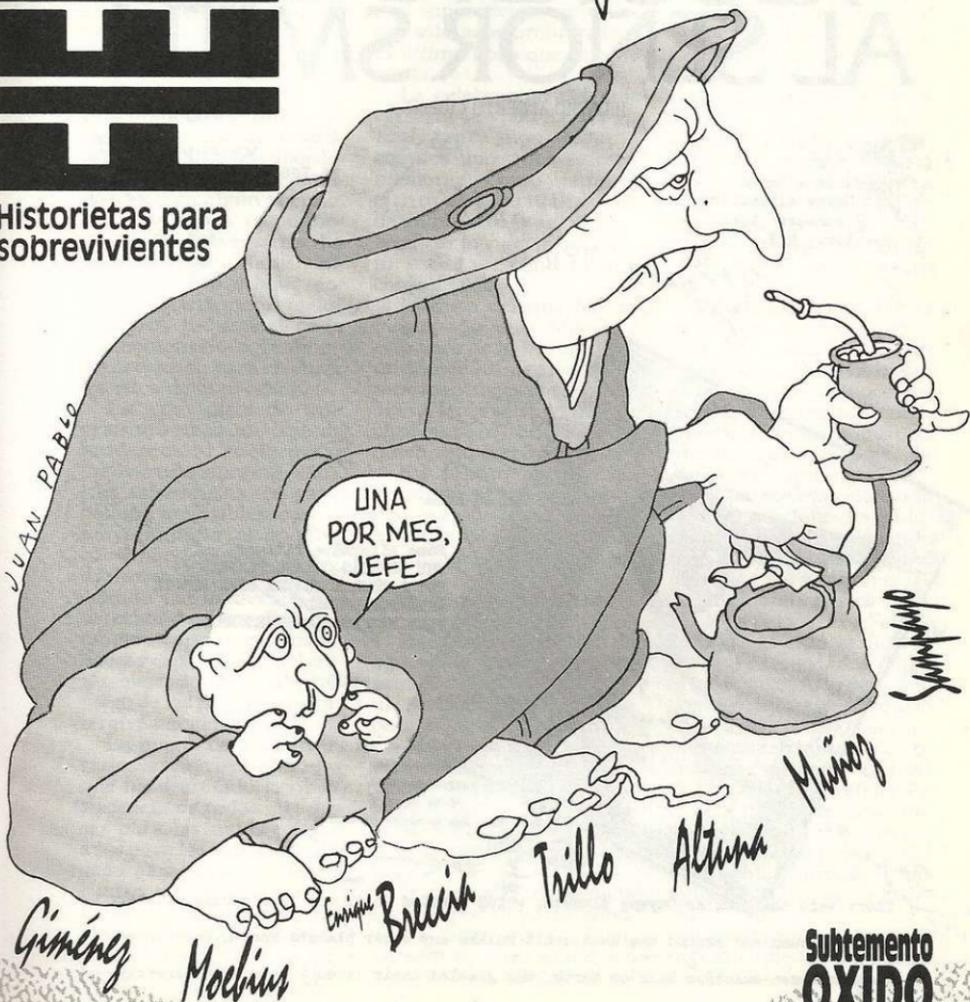
© 1983, Rafael Flores.



FERRO

Historietas para sobrevivientes

¿CADA CUÁNTO SALE ESA
ESPANTOSA REVISTA?
HACE MILENIOS QUE ESPERO...



Subtema
OXIDO

Pablo Capanna

Al cumplirse veinte años de la muerte de uno de los indiscutibles maestros de la ciencia ficción, su mayor estudioso nos revela algunas claves nuevas para descifrar su obra.

RECORDANDO AL SEÑOR SMITH

ILUSTRO ALBERTO CIUPIAK

Cordwainer Smith
c/o Harry Altshuler,
Authors' Agent
New York, N.Y.

15,700 words

Capanna 1969

books

4/24

Feb
Solari 10/11 Book

Under Old Earth

THE SUN IS NULL

Some alternate titles:
THE DOUGLAS-OUYANG PLANETS
PUT A DOUBLE ON THE DARK REMOTE
AKHINATON RETOLD
FLUMINESCENT, LUMINESCENT

Cordwainer Smith

I need a temporary dog
for a temporary job
in a temporary place
Like Earth?
The Song from The Merchant of Venice

1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990

There were the Douglas-Ouyang planets, which circled their sun in a single cluster, riding around and around the same orbit unlike any other planets known. There were the gentlemen-suicides back on Earth, who gambled their lives, even more horribly, gambled sometimes for things worse than their lives, against different kinds of

Todo lo que yo hago es manejar los símbolos.

La magia y la belleza vendrán de tu propio pasado, de tu presente, de tus esperanzas y experiencias. Esto podrá parecer extraño, pero en realidad lo tienes tan cerca como los dedos de tu propia mano. A algunos les gustará mucho. Otros no lo entenderán, y lo harán a un lado. Peor para ellos...

Cordwainer Smith

Una mala costumbre, quizá no totalmente injustificada, hace que nos acordemos de los escritores cuando obtienen algún premio, cuando mueren, o con motivo de sus aniversarios. La cultura urbano-industrial, atosigada de cifras, encuentra cierta magia en los números redondos; cada cincuentenario o centenario es ocasión para celebrar los ritos de la evocación.

La aparición de una gran novela o un tratado fundamental suele pasar inadvertida durante años. Los aniversarios, en cambio, son previsible; permiten planificar el aparato comercial y lanzar las reediciones, especialmente cuando han caducado los derechos de autor. En tales momentos aparecen los albaaceas espirituales del autor evocado, y se abre el juego de las relecturas y las tergiversaciones.

La magia de los aniversarios fascina a una cultura que ha decretado la obsolescencia de todo: seis meses para las modas, cinco años para los autos, una década para las ideas, tres o cuatro para los hombres. El aniversario parece llamar al asombro: "¿Cómo? ¿Todavía vale la pena leer libros viejos?"

Los dos mil años de Virgilio, los quinientos del *Quijote*, de Copérnico o Lutero, el centenario de tal o cual escritor son hechos que provocan un respeto casi supersticioso en quienes sólo acostumbran leer el último libro que está de moda.

La celebración del aniversario se vuelve pues ritual, tanto más solemne cuantos más años se conmemoran. Como siempre, el rito es la actualización de un mito: el ritual viene a verificar la vigencia del mito, y a la vez contribuye a consolidarlo.

El mito del que hablamos es aún embrionario, y está lejos de haber sido admitido en los panteones literarios. Aún es apenas una brasa, sobre la cual muchos soplan; entre ellos, quien esto escribe.

En cuanto al rito, las costumbres vigentes mandan que nos acordemos de celebrar los primeros veinte años de su mitificación.

Un hombre influyente

Hace veinte años, el 6 de agosto de 1966, moría el profesor Paul Linebarger, un conocido analista de la política del Lejano Oriente y a la vez oficial de los servicios de inteligencia norteamericanos. En ese momento, fuera del mundo académico y de la alta política, su nombre significaba poco.

Los lectores de ciencia ficción, por su parte, conocían el nombre de Cordwainer Smith, pero sólo dos o tres personas sabían que él

y Paul Linebarger eran la misma persona.

Con el tiempo, y después de despejarse esa incógnita, el mito empezaría a crecer, a un ritmo lento pero también sostenido. Cordwainer Smith pasó a revisar entre los maestros de la ciencia ficción, y se hizo costumbre incluir su nombre entre los famosos, aunque siempre estuvo entre los menos leídos y los menos comprendidos. Hoy, a juzgar por la expresión un tanto displicente de Isaac Asimov, Cordwainer Smith es objeto de "un verdadero culto".

La ciencia ficción está aún lejos de haber sido aceptada como forma cultural válida. Quienes hacen esfuerzos por reconocer si quiera su magnitud como fenómeno, la ven como una literatura obsolescente, como mera "anticipación". Nada parece más viejo que las anticipaciones formuladas diez años atrás, cuando la tecnología hace realidad tanto los sueños como las pesadillas en plazos cada vez más cortos. Los "clásicos" de la ciencia ficción son más recordados como documentos históricos que como productos perdurables de la imaginación; pensemos en la escasa emoción que despertó el 1984 de Orwell, al ser releído en el año 1984; sus ideas habían perdido fuerza, agotado el contexto político del cual habían surgido, y sus valores literarios palidecían.

Resulta pues tanto más extraño que un mito crezca en un terreno donde se

hace cada vez más difícil seguir el ritmo de la historia. Sin embargo, el mito de Cordwainer Smith se afirma en la medida en que su influencia se hace sentir entre los escritores de cf. Es común reconocer el clima de sus más logrados textos, especialmente los del ciclo de la Instrumentalidad, en la obra de una creciente cantidad de imitadores, de epígonos, de admiradores o de plagiarios.

Pero casi inevitablemente, los que creen haber apresado algo de su espíritu por haber tomado prestados elementos de su escenografía, poblándola de personajes nostálgicos, apenas logran despertar una sensación de *déjà vu*. Aquella magia irreproducible, lograda con los medios más modestos, trasciende olímpicamente las circunstancias y los conocimientos de la época en que fue gestada, para arraigar en las situaciones liminares de la existencia; ya no la encontramos siquiera en los textos póstumos, terminados por la mano de Geneviève Linebarger. Esto es lo que hace de Cordwainer Smith un *clásico*: la fórmula irreplicable con la cual supo conjugar los arquetipos decantados por la cultura de Oriente y Occidente con los interrogantes del presente y un fuerte sello personal. La síntesis de sus convicciones, sus contradicciones y sus intuiciones es el espíritu que vivifica toda su obra, y sólo perdura como un eco en los textos inconclusos.

A veces, la imitación (de liberada o no) alcanza el homenaje: allí es cuando más respetuosa se muestra.

Es lo que ocurre con "Música lenta" (1980), de James Tiptree, Jr. (Alice Sheldon). Todos los elementos cordwainerianos están allí, sobre un esquema argumental que parece sacado de "Alpha Ralpa Boulevard"; los paisajes de un mundo abandonado, con mucho de Smith y algo de Ballard, las referencias a la gran poesía inglesa, los oráculos: una paráfrasis que no aporta ninguna sugerencia nueva, salvo alguna escena de sexo puesta donde Smith hubiese optado por la alusión.

Otras veces, el imitador es decididamente plagario. El difunto Frank Herbert, con su interminable saga de *Duna*, sobre la cual Dino de Laurentis hizo una ópera bufa con pretensiones de drama, ha saqueado el patrimonio cordwaineriano. *Duna* es un mundo feudal y desértico, al estilo de Norstrilia, donde unos gusanos enfermos secretan la droga de la inmortalidad, aquí llamada *spice*; en Norstrilia eran el *stroon*, y la producían las ovejas. Volvemos así a encontrar la imagen de un ser enfermo que entrega su vitalidad, una imagen acuñada por Smith en su dura experiencia como paciente, convertida ahora en simple, recurso de ciencia ficción. Todo está como estirado y bañado de seudsolemnidad, para ponerse al alcance del lector más pasivo.

Otros escritores, al decir de J. J. Pierce, más que reconocer sus virtudes, parecen haber imitado los defectos de Smith, quizás por falta de sintonía con su pensamiento. Ecos (deliberados o no) de la creación

cordwaineriana pueden descubrirse en los escenarios de *Alas nocturnas*, de Robert Silverberg, en la *Trilogía de las Torres*, de Samuel Delany o en el cuento "Las Furias", debido a un confeso admirador de Smith, Roger Zelazny. En Silverberg, en Delany o en Brian M. Stableford, que a su vez imita a Delany, reconocemos ciertos ambientes y personajes. Pero son piezas de utilería desgajadas de su contexto, a las cuales les falta el aliento épico, la dimensión ética, el humor y el sentido lúdico que eran ingredientes de la magia cordwaineriana.

Una obra es tanto más inimitable cuanto más *personal* es. En realidad, no se trata de ser original o "creativo", como suele decirse; se puede ser original sin crear belleza ni sentido; además, quedan muy pocos temas por inventar en el arte. También se puede ser creativo, sin lograr que esa creatividad personal armonice con las invisibles redes de sentido que una cultura ha decantado durante siglos. Una obra es, en cambio, *personal*, cuando agrega una nota distinta a una sinfonía cuyos ejecutantes van y vienen a lo largo de la historia.

Cordwainer Smith es uno de los primeros autores de cf que han sido capaces de crear una obra personal, con un sello estilístico único e irreplicable.

Recordemos las objeciones clásicas contra la cf. Se dice que carece de personajes con carnadura humana: no hay lugar en ella para esa señora Brown mentada por Virginia Woolf,

Galaxy Collection
Seal 645

Cordwainer Smith
c/o Harry Altshuler,
Authors' Agent

12,000 words

HARRY ALTSHULER
AUTHORS' AGENT
225 WEST 86th STREET
NEW YORK 24, N. Y.

Galaxy
2/18/61

A Planet Named Shayol
~~PEOPLE NEVER LEAVE FOREVER~~

by

Cordwainer Smith

≡ I ≡

in Mercer's treatment

L1
11T

There was a tremendous difference between the liner and the ferry. On the liner, the Go-Captain had always turned his back when speaking to Mercer. The stateroom had been stripped and reinforced. His manacles had been welded to his wrists and the chain set into a rib of the ship. The attendants had made gibes when they brought him his food.

"Scream good and loud," said one rat-faced steward, "and then we'll know it's you when they broadcast the sounds of punishment on the Emperor's birthday." The fat steward ran the tip of his wet red tongue over his ^h tick purple-red lips one time and said, "Stands to reason, man. If you hurt all the time, the whole lot of you would die. Something pretty good must happen, along with the ^h whatchamacallit. Maybe you turn into a woman. Maybe you turn into two people. Listen, cousin, if it's ~~so~~ real crazy fun, let me know..." Mercer said nothing, ^h the man hinted at monstrous orgies and went away with his crude mind filled with dreams of strange, unnatural pleasure. Mercer had enough troubles of his own not to wonder about the daydreams of nasty men.

At the ferry ^h it was different. The biopharmaceutical staff was deft, impersonal, quick in removing his shackles. They took off all his ^h prison clothes and left them on the liner. When he boarded the ferry, ^h they looked him over as if he were a rare plant or a body on the operating table. They were almost kind in the clinical deftness of their touch. They did not treat him as a criminal, but as a specimen.

Página 1 del manuscrito de "A Planet Named Shayol"
("Un planeta llamado Shayol")

que sirviera de argumento a Ursula K. Le Guin; sus tramas son acertijos científicos o problemas filosóficos formulados con el lenguaje del mito.

Tampoco faltan los consejeros que, desde afuera, aportan la solución dogmática. Basta recordar la aberración propuesta por Michel Butor: la formación de un Plan Maestro del futuro, dentro del cual una eventual burocracia asignara a cada escritor un período y un campo.

Amigos y enemigos del género parecían negarle a la cf la posibilidad de hacerse literatura, cuando aparecieron hombres como Cordwainer Smith.

Smith consiguió crear una obra coherente y única, trazada para un escenario cósmico que sólo la cf podía ofrecer, pero poblada de intrigas chinas, personajes shakespeareanos, escenas del Dante, ecos de Rimbaud y Coleridge, dotada de una "humanidad" que pocas veces se había visto.

En realidad, todo esto se hacía posible luego de haberse agotado el despliegue de la cf científicista gobernada por Campbell durante veinte años.

El primer cuento escrito por Cordwainer Smith en la escuela secundaria data de 1928, en la era de Gernsback y de los BEMs; los últimos cuentos pertenecen a las postrimerías de la llamada Edad de Oro, cuando la cf afrontaba su primera crisis de crecimiento.

Pero esa crisis no se resolvió del modo totalitario que había imaginado Butor; algo parecido ya ha-

bían intentado Heinlein y Asimov con sus Historias del Futuro. Se resolvió cuando alguien atinó a tomar todos esos símbolos surgidos de las páginas de las revistas baratas que leían jóvenes en busca de evasión, y vincularlos con arquetipos perdurables, creando su propia trama épica y milenaria, de la cual simulaba rescatar leyendas, canciones o borrosas memorias. Fue el canto de cisne de esa cf que muchos querían domesticar, y su expansión hacia la gran literatura.

Es significativo que Smith haya sido admirador de Stapledon, y que sus obras hayan influido incluso en la formación de su personalidad. Stapledon había intentado crear una *Divina Comedia* moderna, basada en las sugerencias de la cosmología; en la estela que dejó a su paso, quedaron chispas que alimentaron la imaginación de sus innumerables epígonos, durante décadas. Toda esa vulgarización de las ideas stapledonianas se cierra cuando un discípulo suyo, Cordwainer Smith, retoma el hilo conductor y compone otra epopeya, con menor solemnidad pero con igual fuerza espiritual.

En estos casos, ¿es posible seguir usando los rótulos habituales de la "ciencia ficción"? Stapledon fue quizás uno de los primeros en practicar el "excurso" imaginativo, la construcción de un mundo coherente, marginal respecto del discurso científicista, al cual supo insuflarle un aliento metafísico. Contemporáneo de Smith fue Tolkien, quien aborrecía la

ciencia ficción, pero creó otro memorable "excurso", la Tierra Media; esto, curiosamente, habría de influir sobre muchos escritores que suelen situarse en la ciencia ficción.

Lo que luego se convertiría en la moda de las trilogías y tetralogías, más de una vez wagnerianas y pomposas, fue entonces un gesto creador. Así como la fotografía parecía haber decretado la muerte de las artes plásticas como mimesis de la realidad, los medios de información, las ciencias sociales y el periodismo habían herido de gravedad a la narrativa realista; se imponía descubrir nuevos ámbitos para la imaginación creadora, mundos sintéticos como la Tierra Media o la galaxia de la Instrumentalidad, donde el autor-demiurgo pudiera recrear los viejos dramas humanos sin someterse a la fidelidad histórica.

Cordwainer Smith es uno de los que lo hicieron, abriendo caminos nuevos pero engañosos, que parecen transitables pero exigen una pericia fuera de lo común. Esto es lo que le ha permitido adquirir la dimensión de un mito literario, para quienes lo han descubierto; fue un Colón que encontró nuevos mundos mientras intentaba hallar una ruta hacia el pasado, usando las carabelas del presente.

El joven Paul

Poco hay que pueda agregar este escriba, tras haber dedicado un libro entero al estudio de la fascinante personalidad de

Cordwainer Smith; lo que me ha quedado sin decir en *El Señor de la Tarde*¹ no es mucho, a menos que aparezcan nuevos elementos de juicio.

Algunos ya han aparecido, y quizá permitan iluminar mejor ciertos momentos de su carrera; la lectura de los textos inéditos, editados por la voluntariosa pluma de Mrs. Linebarger, no aporta grandes novedades para su comprensión, aunque sí alienta la nostalgia y la pasión del coleccionista.

La fecha que se recuerda es la de la muerte de Smith, una muerte anunciada en su último cuento, "Bajo la Vieja Tierra". Ya me he referido a esas circunstancias, y al carácter profético y testimonial de ese texto, en un artículo publicado por *El Péndulo* en una de sus anteriores oscilaciones.² Pero recordar una muerte no es algo demasiado grato como para reincidir. Más oportuno me ha parecido recordar sus orígenes, los sueños del adolescente Linebarger o la tímida aparición del primer cuento de Cordwainer Smith. También recordaría el texto que me hizo descubrirlo, "Alpha Ralpa Boulevard", pero eso sólo tiene un interés personal. Los comienzos son más esperanzados que los finales, y ayudan a que los finales no sean tan tristes.

Evocaré pues el primer cuento de Paul Linebarger, que se reproduce en estas

¹Pablo Capanna, *El Señor de la Tarde: Conjeturas en torno de Cordwainer Smith*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

²Pablo Capanna, "La muerte del Señor Sto Odín", *El Péndulo* número 4 (segunda época), octubre 1981.

“La fuerza de Smith consiste en elevar los lugares comunes de la cf (mediante formas orientales o los recursos de la poesía) a la categoría de verdaderos símbolos.”

páginas. Después de muchas búsquedas erradas, el texto ha sido localizado al fin, y hoy podemos asomarnos a esa joven cabeza, imbuida de experiencias cosmopolitas, para observar el nacimiento de un escritor.

El cuento "La guerra número 81-Q" tiene su propia leyenda, hecha de ocultamientos y falsas pistas. A lo largo de su vida, Smith sólo concedió un reportaje, cuidadosamente camuflado para que los lectores no sospecharan su identidad. Éste apareció en la columna de libros de un diario de Baltimore.³ Allí, el cronista mencionaba el primer texto de cf de Smith, aparecido en 1928, apenas dos años después de que Hugo Gernsback fundara *Amazing Stories* y le diera nombre al género. La nota incluía una trampa para aficionados y coleccionistas, armada por el propio Smith. "Quien pueda hallar un ejemplar de ese cuento —se decía— tendrá su

³James H. Brady, columna "Books and Authors", diario *The Sun*, Baltimore, setiembre 26, 1965.

premio, pues el autor aparece sin seudónimo, con su propio nombre, auténtico y registrado en el acta de nacimiento y certificado de bautismo."

Puestos sobre la pista, los aficionados rastrearon infructuosamente los catálogos de publicaciones de la época, como el *Index* de Bleiler y Dikty, sin poder encontrarlo.

Pocos años después, ya muerto el autor, Marcial Souto entrevistó a Mrs. Genevieve Linebarger, quien le sugirió que el cuento podía estar firmado por "Anthony Bearden". La versión era consistente, pues "Anthony" era el tercer nombre de Linebarger y "Bearden" su apellido materno. Al parecer, la misma versión, obtenida de la misma autorizada fuente, fue recogida por J. J. Pierce en la edición definitiva de *Norstrilia* (1975): "Según Geneviève, la viuda del autor, el cuento fue firmado por Anthony Bearden, un seudónimo que más tarde usaría para algunos poemas publicados en revistas de poca circulación; dos muestras pueden hallarse en *Norstrilia*."⁴ Efectivamente, los poemas de *Norstrilia* son atribuidos a "Anthony Bearden, antiguo poeta americano, 1913-1949".

En ese mismo año, Pierce sostenía, siempre apoyándose en la opinión de Geneviève Linebarger, que el texto de "La guerra número 81-Q" ya hacía referencia a la Instrumentalidad.⁵ Como puede compro-

⁴J. J. Pierce, "About the Author", en *Norstrilia*, Ballantine, New York, 1975.

⁵J. J. Pierce, "Cordwainer Smith: The Shaper of Myths", en *The Best of Cordwainer Smith*, Ballantine, New York, 1975.

barse ahora, nada de esto era cierto, y cuando el cuento fue descubierto no estaba en ninguna revista conocida, sino en un boletín estudiantil,⁶ y el seudónimo del autor no era el previsto, sino un extraño "Karloman Jungahr".

Reléido hoy, el cuento no presenta mayores sorpresas literarias aunque, si consideramos la edad del autor (catorce años), no deja de ser "prometedor". Su valor es más histórico que artístico, pero no por ello deja de ser interesante.

En el curso de sus años de estudios cosmopolitas (escuela primaria en Honolulu, Shanghai y Baden-Baden), Linebarger había descubierto la ficción científica, probablemente a partir de Stapledon, pero sus lecturas habían sido predominantemente alemanas; aun la escuela de Shanghai, donde estuvo en 1926, era una escuela alemana: la Kaiser Wilhelm Schule. Esta atmósfera germánica se refleja en la elección del seudónimo "Karloman Jungahr", y no puede dejar de asociarse con ese gusto por los enigmas y los acertijos verbales que habrían de caracterizar su estilo.

"Karloman" (Carloman) fue el nombre de dos reyes merovingios, de uno de Baviera y otro de Francia; el más conocido fue el hermano de Carlomagno, que murió a tiempo para permitirle llegar a Emperador. En cuanto a "Jungahr" se me ocurre que podría ser una forma arcaica de *jünger*, "el menor", o al-

go más poético, *junge ähre*, "espiga joven".

Conociendo la única pista ("una guerra donde luchan máquinas, sin pérdida de vidas humanas") y asociándola con el resto de la obra cordwaineriana, muchos imaginamos un combate entre *menschenjäger* guerreros, pesados tanques-robots u otras armas de superficie. En cambio, nos encontramos con una escenografía muy en el estilo de H. G. Wells: hay aquí dirigibles artillados, que parecen "aerópielos" tomados de *La guerra en el aire*; lo novedoso es que combaten por control remoto.

En sí, el cuento es una típica fantasía de omnipotencia surgida de una mente adolescente; la misma de los que hoy juegan con los *video games*. El joven héroe si se llama Jack (?) *Bearden*; él es quien salva el prestigio de América, en una competencia bélico-deportiva en la cual se enfrentan las dos mitades de la identidad personal del autor: China y América. Es cierto que las potencias beligerantes se conocen como "Naciones Unidas Americanas" y "Alianza Mongol", pero los nombres de las naves aéreas son más explícitos. Las naves occidentales se llaman Próspero, Ariel y Calibán; son nombres que proceden de *La tempestad*, el drama "americano" de Shakespeare; Oberon y Titania, salen del *Sueño de una noche de verano*. En cuanto a las orientales, sus nombres son los de dinastías imperiales que cubren toda la historia de China, desde Han (siglo III antes de Cris-

to) hasta Tsing, del siglo XVIII.

Este futuro enfrentamiento entre China y América como potencias definitivas es, por fin, un tema stapledoniano; es importante señalarlo porque *Últimos y Primeros Hombres* y, sobre todo, *Los Últimos Hombres en Londres* son los libros que más profundamente influyeron en la génesis de esas fantasías de omnipotencia que mucho más tarde llevarían a Linebarger al diván del doctor Lindner, su analista.

Este cuento casi escolar preanuncia pues, de algún modo, ciertos recursos de estilo de Cordwainer Smith, especialmente el manejo de los nombres y el juego de alusiones con que hace cómplice al lector.

El primer Cordwainer Smith

Veintidós años más tarde, al nacer Cordwainer Smith, Linebarger ya era un hombre, y tenía a sus espaldas una experiencia rica, compleja y conflictiva.

Venía de cumplir una meteórica carrera académica y política (representante del gobierno chino a los dieciséis, doctor en ciencia política a los veintitrés, iniciador de la "inteligencia" militar en la segunda guerra mundial); había sufrido su mayor crisis de personalidad, internándose en la esquizofrenia para salir limpiamente con la ayuda del doctor Lindner; por último, había probado el éxito como escritor. Con un segundo seudónimo, "Felix C. Forrester", había publicado dos bue-

⁶Karloman Jungahr, "War No. 81-Q", *The Adjutant*, vol. IX, nº 1, junio de 1928.

Akhnaton— twelve

These wonderful engines, these brilliant lights which never go dim? How did we do it, when we pass so swiftly, each of us, all of us? Do you know?"

20
The robots did not answer. Pity had not been programmed into their systems.

The Lord Sto-Odin haranged them, none the less. "You are taking me to a wild place, a free place, an evil place, perhaps. They are dying there too, as all men die, as I shall die, so soon, so brightly and simply. I should have died a long time ago. I was the people who knew me, the brothers and comrades who trusted me, the women who comforted me, the children whom I loved so bitterly and so sweetly many ages ago. Now they are gone. Time touched them, and they were not. I can see everyone that I ever knew racing through

these corridors, see them young as toddlers, see them proud and wise and full with business and maturity, see them old and contorted as time reached out for them and they passed hastily away. Why did they do it? How can I live on? When I am dead, will I know that I once lived? I know that some of my friends have cheated and lie in the icy sleep, hoping for something which they do not know. I've had life, and I know it.

What is life? A bit of play, a bit of learning, some words well-chosen, some love, a trace of pain, some more work, some memories, and the dirt rushing up to meet the sunlight. That's all we've made of it, we, who have conquered the stars! Where are my friends? Where is my me that I once was so sure of, when the people who knew me were time-swept like storm-driven rags toward darkness and oblivion? You tell me. You ought to know! You are machines and you were given the minds of men. You ought to know what we amount to, from the outside in."

"We were built," said Livius, "by men and we have ~~nothing more~~ whatever men put into us. How can we answer talk like yours? It is rejected by our minds, good though our minds may be. We have no grief, no fear, no fury. We know the names of these feelings but not the feelings themselves. We hear your words but we do not know what you are talking about. Are you trying to tell us what life feels like? If so, we already know. Not much. Nothing special. Birds have life too, and so do fishes. It is you people who can talk and who can knot life into spasms and puzzles. You guess things up. Screaming never made the truth truthful, at least, not to us."

"Take me down," said Sto-Odin. "Take me down to the HAN Gebiet, where no well-mannered man has gone in many years. ~~Take me down~~ I am going to judge that place before I die."

nas novelas, que aún merecen ser leídas, cuando resolví empezar de nuevo desde cero.

Frederik Pohl, que junto con Judith Merrill y Algis Budrys fue uno de los iniciados que primero conocieron la identidad de Smith, nos aporta una hipótesis para entender esta decisión. Linebarger/Forrest, que como todo escritor auténtico no pensaba en el mercado sino en sus propias necesidades expresivas, había imaginado a un lector idealizado para sus novelas. Cuando conoció al auditorio real de Felix C. Forrest, se decepcionó y descubrió que no podía seguir escribiendo para esa gente que esperaba de él algo que no estaba dispuesto a darle. Eligió pues el anonimato y, ocultando su copioso *curriculum*, apeló a las revistas populares de cf; esto explica sus ocultamientos posteriores y su desapego del *fandom* y los escritores "profesionales". Smith tenía miedo de que su nuevo público lo decepcionara también (lo cual inevitablemente le hubiera ocurrido al conocer el *fandom* real); prefirió no establecer ningún vínculo con ellos, quizás a la espera de que el tiempo trajera al lector ideal.

De la humildad con que emprendió este nuevo camino dan cuenta algunos datos. Remitió el primer cuento ("Los observadores viven en vano",⁷) a casi todas las grandes revistas del género, las cuales lo rechazaron invariablemente. Por fin, el cuento fue aceptado por *Fantasy Book*, una

revista de publicación irregular, calificada como semiprofesional (un eufemismo para indicar que no se regalaba). *Fantasy Book*, que se jactaba de lanzar "ejemplares de colección" en papel ordinario, ni siquiera le pagó por la colaboración. Pero en el mismo número incluyó un cuento escrito en equipo por Pohl y Asimov ("El hombrequito del subterráneo"). Asimov recuerda el hecho casi con desdén, perplejo ante la fama alcanzada por ese ignoto competidor; Pohl lo hace con orgullo.

De todos modos, fue Pohl quien dio el espaldarazo decisivo a Smith. Convencido de que estaba en presencia de un maestro, creyó al principio que se trataría de un seudónimo de Sturgeon o Van Vogt. Al poco tiempo, aún impresionado por el cuento, quiso incluirlo en una antología; fue entonces cuando estableció contacto con el agente literario de Smith, que por ese entonces era Forrest J. Ackerman. Pohl cuenta que había llegado a pensar algo tan absurdo como atribuirle el cuento al viejo Forry Ackerman, cuando recibió un llamado del propio Linebarger; ése fue el comienzo de una larga amistad, y también de una carrera literaria discreta pero sólida.

"Los observadores..." no era, en rigor, el primer cuento cordwaineriano; existía un inédito de 1946, titulado "Himsel in Anachron", que Smith nunca publicaría.⁸ Ambos habían sido escritos en la inmediatez posguerra, durante lar-

⁷Harlan Ellison anuncia la aparición de este cuento en su postergada antología *Last Dangerous Visions*.

gas horas de ocio en el Pentágono.

El cuento era tan anómalo para los editores que resulta comprensible su rechazo. Tenía elementos claramente identificados con la cf: naves espaciales y astronautas, distintos engendros tecnológicos apenas mencionados, aunque faltaban los habituales discursos didácticos. Pero también había un contorno mítico insinuado; se mencionaban entidades llamadas Bestias, Implacables, o "Menshenyaggers"; se hablaba de los antiguos estados sin explicar qué había pasado con ellos; todo esto hacía referencia a un marco histórico que se intuía más amplio y rico, y contribuía a despertar la curiosidad del lector.

Lo más claramente cordwaineriano, sin embargo, era el tema: una cerrada cofradía que poseía las llaves del Espacio, y cerraba filas ante un cambio que la volvía inútil y convertía su sacrificio y su orgullo en anacronismos. El tema era pues la consolidación del poder y su anquilosamiento, la resistencia al cambio, la muerte de la utopía a manos de sus propios hijos; es el mismo tema que cobraría altura cuando cristalizara en torno al símbolo de la Instrumentalidad y el subpueblo. Era también el tema de la "vitalidad", que abandona las instituciones endurecidas, la entropía del poder. Precisamente Adam Stone, el hombre a quien los Observadores quieren matar porque ha hecho que sus mutilaciones sean en vano, afirma que el secreto de su hallazgo había sido "poner

⁸Véase: *El juego de la rata y del dragón*, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1983.

vida" en las naves espaciales.

También era el drama de un individuo comprometido con la cofradía que ante una opción ética, sacrifica los intereses corporativos y comete "traición" a las reglas que ha jurado obedecer, antes que permitir una injusticia y la muerte de un inocente. Martel (curiosamente, Carlos Martel fue el nombre del padre de Carlomán) prefigura al Señor Jestocost, que movido por el amor de C'mell sacrifica los intereses de la Instrumentalidad para darle derechos al subpueblo.

De allí en adelante, todo el mito de la Instrumentalidad tendrá por eje el poder, el amor y la justicia, en sus conflictos eternos.

Se dice que en la Universidad de Syracuse, que guarda todos los manuscritos de Cordwainer Smith, debe encontrarse uno con las claves políticas de todos sus cuentos, cuidadosamente anotadas. Algunas son de fácil desciframiento, como las que menciono en *El Señor de la Tarde*; otras le fueron explicadas a Pohl por el propio autor, quien anotó para él en el margen de un cuento todos los refe-

rentes reales que había tomado de la política libanesa de entonces.

Descubrir esas claves puede ser un ejercicio apasionante; encontrar el manuscrito con las claves puede servir para que alguien elabore un erudito *paper*, y eventualmente se doctora en Letras o en Ciencia Política. Sin embargo, transcurridas varias décadas, aquellas circunstancias políticas han pasado al olvido; pocos recuerdan a los coroneles egipcios y el rey Faruk, que sólo interesan a los historiadores. Y sin embargo, las historias de Cordwainer Smith siguen apasionando, porque detrás de la anécdota asoma el perfil de situaciones y conflictos que se repiten una y otra vez en la historia. Así es como sólo los helenistas conocen a fondo la historia de los Atridas, pero la tragedia griega sigue teniendo toda su fuerza.

La fuerza de Smith está precisamente en eso: partiendo de una anécdota que sólo el autor conoce en detalle, aplicando formas orientales a una narración occidental, o los recursos de la poesía a la prosa, eleva los lugares comunes de

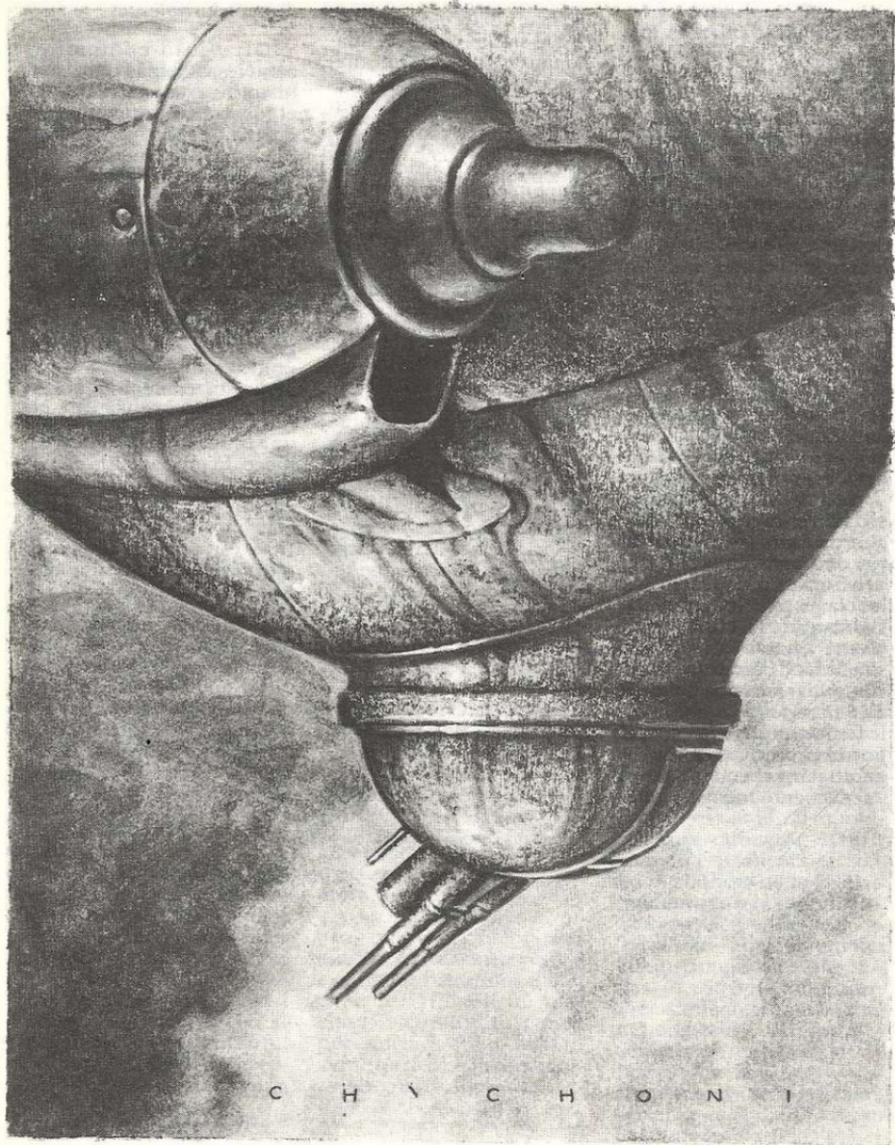
la cf a la altura de verdaderos símbolos, para jugar con ellos y aludir a verdades perdurables.

Otro hilo conductor atraviesa además toda esta historia: a los catorce años, el joven Paul imagina una guerra "deportiva", concebida como un modo de canalizar la violencia salvando al hombre; a los treinta y cinco, el oficial Linebarger opone, en su manual de guerra psicológica, la acción psicológica a la guerra cruenta; a los cuarenta y cinco el profesor Linebarger traduce los conflictos políticos de la era de Kennedy a un contexto bíblico.

Al principio, fue la idea de una guerra sin muertos; luego, la propaganda como medio de ahorrar vidas enemigas; más tarde, el reconocimiento de que la justicia está por encima del poder: en todos los momentos, la defensa de la vida.

Esta continuidad personal está entre las cosas que alimentan el mito de un escritor que a los veinte años de haber muerto y a casi cincuenta de publicarse sus primeros textos sigue vivo y esperando ganarse un lugar entre los grandes.

© 1986, Pablo Capanna.



C H O N I

*Como todas las
de la serie, tuvo algunas
ventajas obvias.*

Karloman Jungahr

LA GUERRA NUMERO 81-Q

ILUSTRÓ OSCAR CHICHONI

La guerra fue inevitable.

Tibet y Norteamérica, reclamando el Monopolio del Calor Radiante, solicitaron un Permiso de Guerra para el 2127 de nuestra era.

El Comité de Guerra Universal lo otorgó, estipulando, por cierto, las condiciones. Tras algunas componendas y enmiendas, las naciones beligerantes lo aceptaron.

Las condiciones eran:

a. Sólo combatirían aeronaves de 22.000 toneladas, combinaciones de aeroplano y dirigible.

b. Estarían armadas con ametralladoras que sólo dispararían balas no explosivas.

c. Ambas naciones, las Naciones Norteamericanas Unidas y la Alianza Mongol, alquilarían el Territorio de Guerra de Kerguelen durante las dos horas de la guerra, que

comenzaría el 5 de enero de 2127 al mediodía.

d. La nación vencida pagaría todos los costos de la guerra, excepto el Alquiler del Territorio de Guerra.

e. No habría seres humanos en el campo de batalla. Los controles mongoles estarían en Lhasa; los norteamericanos, en la Ciudad de Franklin.

Las naciones beligerantes no tuvieron dificultad para alquilar el Territorio de Guerra de Kerguelen. La tarifa impuesta por la Liga Austral fue, como de costumbre, de cuarenta millones de dólares por hora.

Espectadores de todo el mundo se precipitaron a las fronteras del Territorio, ansiosos de obtener buenos lugares. Hubo gran demanda de telescopios de rayos Q.

Los mecánicos trabajaron cuidadosa-

mente en las gigantescas máquinas de guerra.

Los controles de radio, delicados como relojes, se ajustaron con precisión, tanto en las estaciones de control de Lhasa y la Ciudad de Franklin como en las aeronaves de guerra.

Las naves llegaron en el minuto decidido.

Controlados por sus pilotos a miles de kilómetros de distancia, los grandes aeroplanos revoloteaban y planeaban. Ninguna de ambas flotas se decidía a iniciar el ataque.

Había cinco naves norteamericanas, *Próspero*, *Ariel*, *Oberón*, *Calibán* y *Titania*, y cinco naves chinas alquiladas por los mongoles, *Han*, *Yuen*, *Tsing*, *Tsin* y *Sung*.

La flota mongol se granjeó la antipatía de los espectadores al arrojar una cortina de humo que obstaculizó la visión. El *Próspero*, las armas palpitantes, se arrojó en la cortina de humo y salió del otro lado, fuera de control, temblando con su maquinaria incoordinada. Al acercarse al límite, fue destruido por su piloto, que estaba sano y salvo a miles de kilómetros de distancia. Pero el sacrificio no fue en vano. El *Han* y el *Sung*, seriamente averiados, emergieron lentamente de la bruma. El *Han*, con una inclinación que mostraba claramente su deterioro, recibió un afortunado disparo del *Calibán* y cayó varios cientos de metros, el ala izquierda en llamas. Pero por un par de segundos, el piloto recobró el control y, con un solo disparo, inutilizó el *Calibán*; luego el *Han* se precipitó a las rocosas islas.

El *Calibán* y el *Sung* continuaron a la deriva, disparándose uno al otro. En cuanto se vio que ninguno prestaría más utilidad en la batalla, fueron retirados del campo por común acuerdo.

Ahora quedaban tres naves de cada bando, que entraban y salían de la cortina de humo, subiendo a veces para enfriar los motores.

El entusiasmo cundió entre los espectadores, pues desde la Ciudad de Franklin se anunció que un piloto nuevo y casi desconocido, Jack Bearden, se haría cargo de las tres naves al mismo tiempo. ¡Nunca un solo piloto había dirigido, por radio, más de dos naves! Además, dos célebres ases mongoles, Baasrtek y Soong, participaban en la batalla, mientras que una persona aun más famosa, el mercenario chino T'ang, piloteaba el *Yuen*.

Los espectadores norteamericanos declararon que no se debía permitir que un piloto tan joven e inexperto pusiera las naves en peligro.

El gobierno respondió que tenía plena confianza en la destreza de Bearden.

Pero cuando el joven piloto llegó ante la pantalla de televisión donde se proyectaba la batalla, y ante el laberinto de controles, advirtió que tanto él como los demás habían sobrevalorado esa destreza.

Se encaramó al alto taburete y buscó las palancas de control de velocidad, que estaban directamente a sus espaldas. Se reclinó... ¡y cayó! Su cabeza chocó contra dos botones; y vio cómo estallaban el *Oberón* y el *Titania*.

Las tres naves enemigas lanzaron un ataque combinado contra el *Ariel*. Bearden hizo girar la nave y la lanzó hacia la cortina de humo.

Vio la enorme mole del *Tsing* descendiendo sobre él. Disparó instintivamente, y acertó en el centro de control.

Virando hacia un costado mientras el *Tsing* caía, lo esquivó por cuestión de pulgadas. El piloto del *Tsin* disparó contra los refuerzos del ala derecha del *Ariel*, aflojándola.

Por unos instantes quedó solo o, mejor dicho, el *Ariel* quedó solo. Pues él estaba en el tablero de control del Edificio de Guerra de la Ciudad de Franklin.

El *Yuen*, controlado por el maestro piloto T'ang, se elevó detrás de él, le arrancó la punta del ala izquierda y se perdió en las brumas de la cortina de humo antes que el atónito Bearden pudiera efectuar un solo disparo.

Tuvo mejor suerte con el *Tsin*. Cuando éste bajó hacia el *Ariel*, le inutilizó el control de armamentos. Luego, cuando esta nave se elevó intentando embestir el *Ariel*, Bearden arrojó la mitad de las ametralladoras por la borda. Chocaron contra el *Tsin*, que estalló de inmediato.

¡Ahora sólo quedaban el *Ariel* y el *Yuen*! Un maestro piloto enfrentaba a otro maestro piloto.

Bearden lanzó una afortunada descarga que dio en el timón del *Yuen*, pero sólo lo inutilizó parcialmente.

El *Yuen* arrojó más bombas de humo por la borda.

Bearden se elevó; no, él seguía sano y

salvo en Norteamérica, pero el *Ariel* se elevó.

Los espectadores, desde sus helicópteros, soplaron silbatos, dispararon pistolas, lanzaron hurras.

T'ang hizo descender el *Yuen* hasta pocos cientos de metros del agua.

Él también recibió ovaciones.

Bearden inspeccionó su nave con la autotelevisación. La menor tensión la destruiría.

Dirigió la nave hacia la derecha, preparándose para el descenso.

La tensión le partió el ala izquierda: y el

Ariel comenzó a caer en picada. Enfocó su autotelevisación en el *Yuen*, sin atreverse a ver la nave, que llevaba su reputación y su futuro hacia el desastre.

Su ala izquierda, que caía como piedra, chocó contra el *Yuen*. El *Yuen* estalló y el *Ariel* se estrelló cuarenta y seis segundos más tarde.

Y, por ley internacional, Bearden había ganado la guerra para Norteamérica, y con ella los honores de la guerra y la posesión de los enormes réditos del Calor Radiante.

Todo el mundo aclamó a este Lindbergh del siglo veintidós.

Titulo del original en inglés: *War No 81-Q*, e 1979 by Genevieve Linebarger.

Traducción de Pedro Kavalán.

Publicado por acuerdo con el agente del autor, Scott Meredith
Literary Agency, 845 Third Avenue, New York, N.Y. 10022, USA.



DE PUÑO Y 4 HIERBAS



*El era la nave.
Y atravesaba
un espacio nuevo.*

Cordwainer Smith
BARCO EBRIO

ILUSTRO LUIS SCAFATI

Tal vez sea la historia más triste, más loca, más descabellada de la larga historia del espacio. Es verdad que nadie había hecho nada semejante, viajar tan lejos, y a tal velocidad, y por tal medio. El héroe parecía un hombre común... cuando la gente lo miraba por primera vez. La segunda vez, ¡ah!, era diferente.

Y la heroína. Era menuda, y rubia cenicienta, inteligente, alerta, y dolida. Dolida... sí, ésa es la palabra exacta. Parecía necesitar consuelo o ayuda, aunque estuviera perfectamente bien. Los hombres se sentían más hombres cerca de ella. Se llamaba Elizabeth.

¿Quién habría imaginado que ese nombre vibraría claro y resonante en la nada salvaje y vomitiva del espacio tres?

Él tomó un viejo, viejo cohete de antiguo diseño. Con él voló, corrió y brincó más que todas las máquinas que habían existido antes. Casi se pensaría que iba tan de prisa que sacudió las grandes bóvedas del cielo, de modo que el antiguo poema se podría haber escrito para él solo. "Todas las estrellas arrojaron sus lanzas e irrigan el firmamento con sus lágrimas."

Fue tan de prisa, tan lejos, que la gente al principio no lo creyó. Se pensó que era una broma contada por los hombres, una farsa tejida por el rumor, una historia descabellada para distraerse en las tardes de verano.

Ahora sabemos su nombre.
Y nuestros hijos y sus hijos lo sabrán para siempre.

Rambó. Artyr Rambó de Tierra Cuatro.

Pero él siguió a su Elizabeth adonde no había espacio. Fue adonde los hombres no podían ir, no habían estado, no se atrevían, no querían pensar.

Lo hizo por voluntad propia.

Claro que al principio la gente pensó que era una broma, y se dedicó a inventar canciones bobas sobre el presunto viaje.

"¡Cávame un agujero para ese feo mar-eo...!", decía una.

"¡Hazme una llamada al número del número...!", decía otra.

"¿Dónde está la nave del chusco parduso...?", decía una tercera.

Luego la gente de todas partes descubrió que era verdad. Algunos se quedaron de una pieza, con carne de gallina. Otros se volcaron rápidamente a las cosas cotidianas. Se había encontrado el espacio tres, y se había perforado. El mundo nunca más sería el mismo. La roca sólida se había convertido en puerta abierta.

El espacio mismo, tan limpio, tan vacío, tan pulcro, ahora lucía como un millón de millones de años-luz de pastel de tapioca: gomoso, poroso, pegajoso, inadecuado para respirar, inadecuado para nadar.

¿Cómo sucedió?

Todos se adjudicaron el mérito, cada cual a su modo.

1

—Vino a buscarme —dijo Elizabeth—. Yo morí y él vino a buscarme porque las máquinas me embrollaron la vida cuando intentaron curar mi terrible e inútil muerte.

2

—Fui porque quise —dijo Rambó—. Me engañaron, me mintieron, me embaucaron, pero yo tomé la nave y fui la nave y llegué allá. Nadie me obligó. Yo estaba furioso, pero fui. Y regresé, ¿verdad?

Tenia toda la razón, aunque se retorciera y gimiera en la verde hierba de la tierra, con la nave perdida en un espacio tan remoto y extraño que podría haber estado bajo su mano viviente, o a media galaxia de distancia.

¿Cómo saber, con el espacio tres?

Fue Rambó quien regresó, en busca de su Elizabeth. La amaba. Así que el viaje fue suyo, y el mérito suyo.

Pero el señor Crudelta dijo, muchos años más tarde, cuando hablaba en voz baja y charlaba confidencialmente entre amigos: —El experimento fue mío. Yo lo diseñé. Escogí a Rambó. Enloquecí a los selectores tratando de encontrar a un hombre que cumpliera esos requisitos. E hice construir ese cohete según viejos, viejos, planos. Era lo que usaban los seres humanos cuando saltaron por primera vez del aire, brincando como peces voladores de una ola a otra y pensando que ya eran águilas. Si yo hubiera usado una común nave de planoforma, habría desaparecido con un gorgoteo invertido, dejando lechoso el espacio por un rato mientras se esfumaba en la revulsión y la obliteración. Pero no corrí ese riesgo. Puse el cohete en una rampa de lanzamiento. ¡Y la rampa de lanzamiento era una nave interestelar! Ya que usábamos un cohete antiguo, lo hicimos en regla, con la vieja, vieja escritura, letras misteriosas impresas en toda la máquina. Incluso llevaba el nombre de nuestra Organización —I y H, "la Instrumentalidad del Hombre" —escrito con elegancia y claridad.

¿Cómo iba a saber —continuó el señor Crudelta— que tendríamos más éxito del que deseábamos, que Rambó arrancaría el espacio mismo de sus goznes y dejaría esa nave atrás, tan sólo porque amaba a Elizabeth con tanto fervor, con tanta ferocidad?

Crudelta suspiró.

—Lo sé y no lo sé. Soy como ese hombre antiguo que trató de llevar una nave marítima por la senda equivocada alrededor del planeta Tierra y en cambio descubrió un nuevo mundo. Se llamaba Colón. Y el lugar era Australia o América o algo parecido. Eso hice yo. Envié a Rambó en ese antiguo cohete y él atravesó el espacio tres. Ahora nadie sabrá quién podría irrumpir por el piso o materializarse en el aire ante nosotros.

Crudelta añadió, casi con melancolía. —¿De qué sirve contar la historia? Todos la saben, de cualquier modo. Mi participación no es muy gloriosa. Aunque el final es muy bonito. La cabaña junto a la cascada y los maravillosos hijos que otras gentes les dieron, se podría escribir un poema sobre eso. Pero poco antes del final, cuando él apareció en el hospital, deshecho y demente, buscando a su Elizabeth. Eso fue triste e inquietante, aterrador. Me alegra que todo terminara

en el final feliz de la cabaña junto a la cascada, pero se tardó muchísimo en llegar allí. Y hay partes que jamás comprenderemos, la piel desnuda contra el espacio desnudo, los ojos cabalgando en algo mucho más rápido que la luz. ¿Sabéis qué es un *aoudad*? Es una antigua oveja que vivía en la Vieja Tierra, y aquí estamos, mil años después, con un absurdo poema infantil sobre eso. Los animales pasaron pero el poema queda. Así ocurrirá con Rambó algún día. Todos recordarán su nombre y su barco ebrio, pero olvidarán el umbral científico que él cruzó, buscando a Elizabeth en un cohete antiguo que no podía volar de aquí hasta allí. ¿Ah, el poema? ¿No lo conocéis? Es una bobería.

Dice así:

Apunta el arma a ese rabo.

(*¡Esto no es jamón ni pavo!*)

Mata un *aoudad* moribundo.

(*¡No preguntes si es inmundo!*)

No me preguntéis qué significan "jamón" y "pavo". Tal vez partes de animales antiguos, como bistec o lomo. Pero los niños aún repiten las palabras. Algún día harán lo mismo con Rambó y su barco ebrio. Es posible que también cuenten la historia de Elizabeth. Pero nunca contarán cómo él llegó al hospital. Esa parte es demasiado terrible, demasiado real, demasiado triste y maravillosa al concluir. Lo encontraron en la hierba. ¡Desnudo en la hierba, y nadie sabía de dónde había venido!

4

Lo encontraron desnudo en la hierba y nadie sabía de dónde había venido. Ni siquiera sabían acerca del antiguo cohete que el señor Crudelta había enviado más allá del confin de ninguna parte con las letras I y H escritas en él. No sabían que éste era Rambó, que había atravesado el espacio tres. Los robots lo vieron primero y lo llevaron adentro, fotografiando todo lo que hacían. Habían sido programados así, para garantizar que cualquier anomalía quedara documentada.

Luego las enfermeras lo encontraron en una sala externa.

Pensaron que estaba vivo, pues no estaba muerto, pero tampoco podían probar que estuviera vivo.

Eso ahondó el enigma.

Se llamó a los médicos. Médicos verdaderos, no máquinas. Eran hombres muy importantes. El ciudadano doctor Timofeyev, el ciudadano doctor Grosbeck y el director mismo, el señor y doctor Vomact. Tomaron el caso.

(*En la otra ala del hospital Elizabeth esperaba, inconsciente, y nadie lo sabía. ¡Elizabeth, por quien él había saltado en el espacio, y atravesado las estrellas, pero aún nadie lo sabía!*)

El joven no podía hablar. Cuando examinaron las huellas oculares y las huellas digitales en la Máquina de Población, descubrieron que era oriundo de la Tierra, pero que lo habían enviado congelado, como bebé nonato, a Tierra Cuatro. A un costo tremendo, interrogaron a Tierra Cuatro con un "mensaje instantáneo", sólo para descubrir que el joven que yacía ante ellos en el hospital se había perdido en una nave experimental durante un viaje intergaláctico.

Perdido.

Sin nave ni rastros de nave.

Y aquí estaba.

Ellos, en el linde del espacio, y no sabían qué estaban mirando. Eran médicos y se ocupaban de reparar o reconstruir a la gente, no de hacerla viajar. ¿Cómo podían esos hombres saber algo del espacio tres cuando ni siquiera sabían nada del espacio dos excepto que la gente aborrecía las naves de planoforma para recorrerlo? Buscaban enfermedad cuando estaban viendo ingeniería. Lo sometían a tratamiento cuando estaba bien.

Sólo necesitaba tiempo para recobrar de la conmoción del viaje más tremendo jamás realizado por un ser humano, pero los médicos lo ignoraban y trataron de acelerar su recuperación.

Cuando lo vistieron, él pasó del coma a una suerte de espasmo mecánico y se arrancó la ropa. Nuevamente desnudo se tendió en el suelo y se negó a comer o hablar.

Lo alimentaron con agujas cuando toda la energía del espacio (si tan sólo lo hubieran sabido) manaba de su cuerpo en formas nuevas.

Lo dejaron solo en una habitación con cerrojo y lo observaron por un orificio.

Era un joven apuesto, aunque tenía la mente en blanco y el cuerpo rígido e inconsciente. El pelo era muy rubio y los ojos eran celestes pero la cara revelaba carácter: mandíbula cuadrada; boca elegante, resuel-

ta, huraña; viejas arrugas que parecían decir que, estando consciente, había vivido muchos días o meses al borde de la furia.

Cuando lo estudiaron en el tercer día de hospitalización, el paciente no había cambiado.

Se había arrancado el pijama y yacía desnudo, de bruces en el suelo.

Tenia el cuerpo tan inmóvil y tenso como el día anterior.

(Un año después, esta habitación sería un museo con una placa de bronce que diría: "Aquí estuvo Rambó después de abandonar el Viejo Cohete por el Espacio Tres", pero los médicos aún no sabían de qué se trataba.)

Tenia la cara tan abruptamente torcida hacia la izquierda que se le notaban los músculos del cuello. El brazo derecho estaba estirado hacia adelante. El brazo izquierdo formaba un ángulo recto con el cuerpo; el antebrazo y la mano izquierdas señalaban rigidamente hacia arriba a noventa grados del brazo. La posición de las piernas era la grotesca parodia de una carrera.

El doctor Grosbeck dijo: —A mí me parece que está nadando. Arrojámoslo a un tanque de agua para ver si se mueve. —Grosbeck a veces optaba por soluciones drásticas.

Timofeyev reemplazó a Grosbeck ante el orificio. —Espasmo, aún —murmuró—. Espero que el pobre diablo no esté sintiendo dolor con las defensas corticales bajas. ¿Cómo puede un hombre combatir el dolor si ni siquiera sabe lo que le está pasando?

—Y usted, señor y doctor —le dijo Grosbeck a Vomact—, ¿qué ve usted?

Vomact no necesitaba mirar. Había ido temprano y había mirado larga y calladamente al paciente a través del orificio antes que llegaran los otros médicos. Vomact era un hombre sabio, de gran sagacidad y rica intuición. Deducía en una hora más de lo que una máquina diagnosticaba en un año; ya comenzaba a comprender que se trataba de una enfermedad que ningún hombre había sufrido antes. Aun así, ciertos remedios esperaban.

Los tres médicos los probaron.

Probaron hipnosis, electroterapia, masajes, subsonido, atropina, surgital, una familia entera de digitalinidos, y virus cuasi-narcóticos cultivados en órbita, donde mutaban de prisa. Obtuvieron un atisbo de reacción cuando probaron hipnosis de gas

combinada con un telépatá amplificado electrónicamente; esto indicó que algo sucedía aún dentro de la mente del paciente. De lo contrario el cerebro habría parecido un mero tejido grasoso, sin nervios. Los otros intentos no habían mostrado nada. El gas mostró un ligero retroceso ante el temor y el dolor. El telépatá comentó visiones de cielos desconocidos. (Los médicos prontamente entregaron al telépatá a la Policía del Espacio, que intentó codificar los patrones estelares que él había visto en la mente del paciente, pero los patrones no concordaban. Aunque el telépatá era hombre de inteligencia aguda, no podía recordar los detalles para cotejarlos con las muestras de las hojas de pilotaje.)

Los médicos volvieron a sus drogas y probaron remedios antiguos y simples: morfina y cafeína para que se contrarrestaran mutuamente, y un toscó masaje para que soñara de nuevo y el telépatá pudiera captar el sueño.

No hubo más resultados ese día, ni el siguiente.

Entretanto las autoridades de la Tierra se inquietaban. Pensaban, con razón, que el hospital había reunido pruebas convincentes de que el paciente no estaba en la Tierra hasta poco antes que los robots lo encontraran en la hierba. ¿Cómo había aparecido en la hierba?

El espacio aéreo de la Tierra no había sufrido ninguna intrusión: ningún vehículo trazando un arco llameante de aire incandescente contra metal, ningún susurro de las descomunales fuerzas que impulsaban una nave de planiforma por el espacio dos.

(Crudelta, usando naves ultralumínicas, regresaba a la Tierra con lentitud de babosa, ansioso por ver si Rambó había llegado primero.)

El quinto día hubo un comienzo de cambio.

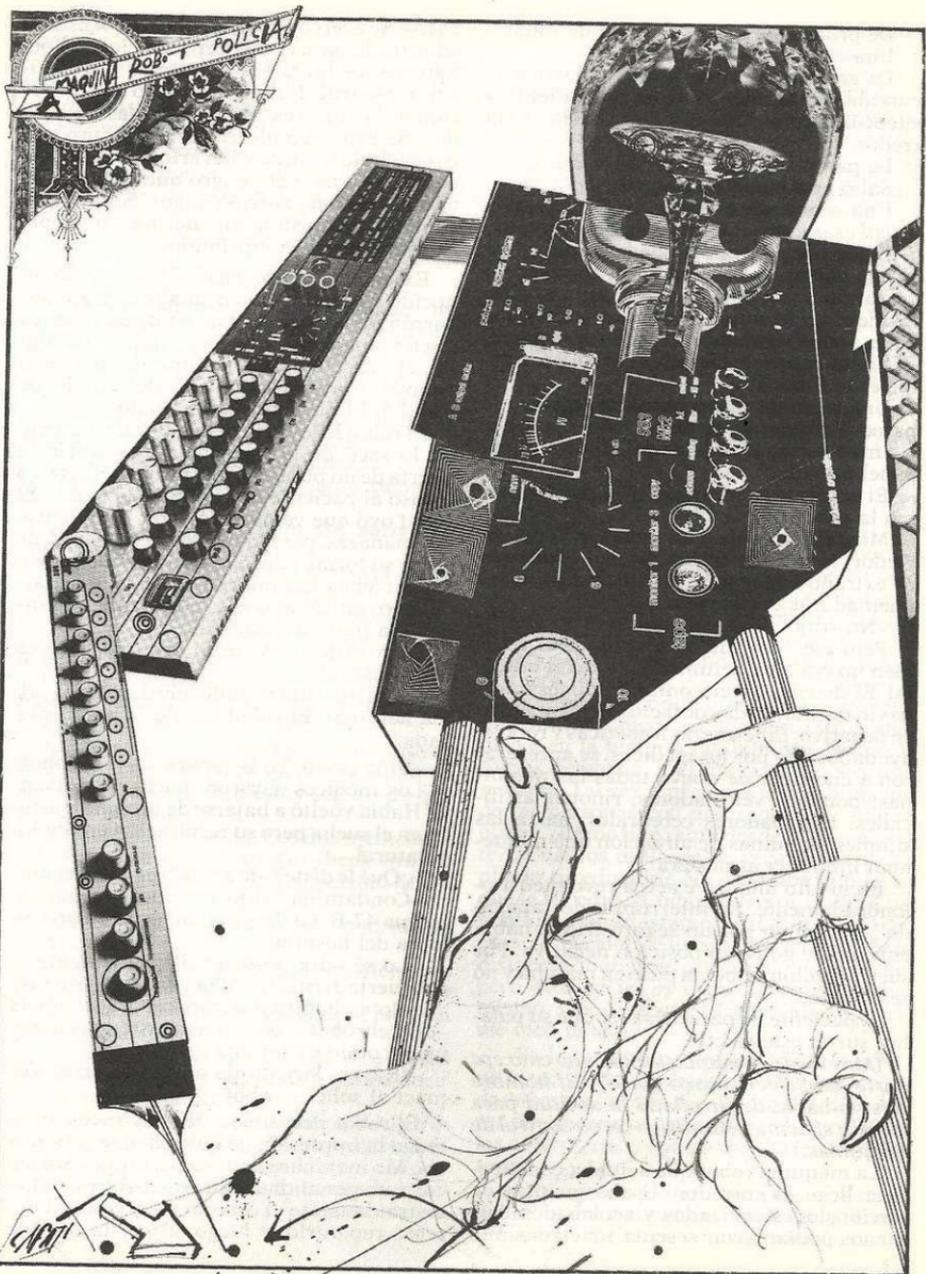
5

Elizabeth había muerto.

Esto sólo se averiguó mucho más tarde, mediante una atenta revisión de los archivos del hospital.

Los médicos sólo sabían esto:

Trasladaban a pacientes por el corredor, siletas arropadas e inmóviles en camas con ruedas.



De pronto las camas dejaron de rodar. Una enfermera gritó.

La gruesa pared de acero y plástico se curvaba hacia adentro. Una fuerza lenta y silenciosa empujaba la pared hacia el corredor.

La pared se rasgó.

Salió una mano humana.

Una avispada enfermera gritó: *-¡Empujad esas camas! Quitadlas del camino.*

Enfermeras y robots obedecieron.

Las camas se bambolearon como botes cruzando una ola cuando llegaron al sitio donde el suelo, unido a la pared, se curvaba hacia arriba siguiendo el rasgón de la pared. El fulgor rojizo de las luces parpadeó. Aparecieron robots.

Una segunda mano humana atravesó la pared. Empujando en direcciones opuestas, las manos rasgaron la pared como si fuera papel mojado.

El paciente encontrado en la hierba asomó la cabeza.

Miró ciegamente a un lado y otro del corredor; la mirada turbia, la piel exudando un extraño fulgor pardo rojizo a causa de las quemaduras del espacio abierto.

-No -dijo. Sólo esa palabra.

Pero ese "no" fue oído. Aunque el volumen no era alto, retumbó en todo el hospital. El sistema de telecomunicaciones internas lo repitió. Cada contacto del lugar entró en negativo. Enfermeras frenéticas y robots, ayudados aun por los médicos, se apresuraron a encender de nuevo todas las máquinas: bombas, ventiladores, riñones artificiales, regrabadores cerebrales, hasta las simples máquinas de aireación que mantenían limpia la atmósfera.

En lo alto una nave aérea revoloteó atollonadamente. Su interruptor de "apagado", protegido por un seguro triple, había entrado de golpe en posición negativa. Por suerte el piloto robot la puso en marcha y no se estrelló.

El paciente no parecía saber que su palabra surtía este efecto.

(Más tarde el mundo sabría que esto era parte del "efecto barco ebrio". El hombre mismo había desarrollado la aptitud para usar su sistema neurofísico como control de máquinas.)

La máquina robot que actuaba como policía llegó al corredor. Usaba guantes de terciopelo, esterilizados y acolchados. Sus manos podían alzar sesenta toneladas mé-

tricas. Se acercó al paciente. El robot estaba adiestrado para reconocer toda clase de peligro en los humanos delirantes o psicóticos; más tarde declaró que captó una sensación de "peligro extremo" en todas las bandas. Se proponía aferrar al prisionero con irreversible firmeza y llevarlo de vuelta a la cama, pero ante el peligro que bullía en el aire el robot no corrió riesgos. Su muñeca contenía una pistola hipodérmica que operaba con argón comprimido.

Extendió el brazo hacia el hombre desconocido y desnudo que ocupaba el gran desgarrón de la pared. El arma de su muñeca siseó y una enorme inyección de condamina, el narcótico más potente del universo conocido, atravesó la piel del cuello de Rambó. El paciente se desplomó.

El robot lo levantó delicada y tiernamente, lo sacó de la pared rasgada, abrió la puerta de un puntapié que rompió el cerrojo y puso al paciente de vuelta en la cama. El robot oyó que venían médicos, así que usó las manazas para devolver a la pared de acero su forma adecuada. Robots obreros o subpersonas terminarían la tarea más tarde, pero entretanto era mejor poner en orden esa parte del edificio.

Llegó el doctor Vomact, seguido de cerça por Grosbeck.

-¿Qué sucedió? -aulló, perdiendo su calma habitual. El robot señaló la pared rasgada.

-Él la rasgó. Yo la reparé -dijo el robot.

Los médicos giraron hacia el paciente. Había vuelto a bajarse de la cama y estaba en el suelo, pero su respiración era ligera y natural.

-¿Qué le diste? -le gritó Vomact al robot.

-Condamina -dijo el robot-, según la norma 47-B. La droga no debe mencionarse fuera del hospital.

-Lo sé -dijo Vomact distraídamente, y con cierta irritación. Puedes irte. Gracias.

-No es habitual agradecer a los robots -dijo el robot-, pero puede usted registrar un encomio en mi foja si lo desea.

-¡Rayos, lárgate de aquí! -le gritó Vomact al solícito robot.

El robot parpadeó. -No hay rayos, pero tengo la impresión de que usted se refiere a mí. Me marcharé, con su permiso. -Sorteó con rara gracia a los dos doctores, palpó distraídamente el cerrojo roto, como si deseara repararlo, y luego, al ver la mirada

fulminante de Vomact, se marchó del cuarto.

Un instante después se overon golpes blandos y sordos. Ambos médicos escucharon un instante y se resignaron. El robot estaba en el corredor, alisando suavemente el suelo de acero. Era un robot pulcro, tal vez animado por un cerebro de gallina amplificado, y cuando se ponía pulcro era obstinado.

—Dos preguntas, Grosbeck —dijo el señor y doctor Vomact.

—¿A su servicio, señor!

—¿Dónde estaba el paciente cuando empujó la pared hacia el corredor, y de dónde sacó las fuerzas?

Grosbeck entornó los ojos con asombro. —Ahora que lo menciona, no tengo idea de cómo lo hizo. En rigor, no pudo hacerlo. Pero lo hizo. ¿Y la otra pregunta?

—¿Qué opina de la condamina?

—Peligrosa, desde luego, como siempre. La adicción puede...

—¿Puede haber adicción sin actividad cortical? —interrumpió Vomact.

—Desde luego —dijo prontamente Grosbeck—. Adicción de los tejidos.

—Búsquela, entonces —dijo Vomact.

Grosbeck se arrodilló junto al paciente y buscó el extremo de los músculos con las yemas de los dedos. Palpó los nudos de la base del cráneo, las puntas de los hombros, la zona estriada de la espalda.

Luego se levantó con expresión de asombro. —Nunca antes palpé un cuerpo humano como éste. Ni siquiera estoy seguro de que aún sea humano.

Vomact no dijo nada. Los dos médicos se miraron de hito en hito. Grosbeck titubeó bajo la calma mirada del superior. Al fin exclamó:

—Señor y doctor, sé lo que podríamos hacer.

—Y eso —murmuró Vomact, sin alentarle ni disuadirlo—, ¿qué es?

—No sería la primera vez que se hace en un hospital.

—¿Qué? —dijo Vomact, y los ojos, ¡esos temidos ojos!, obligaron a Grosbeck a decir lo que no quería decir.

Grosbeck se sonrojó. Se inclinó hacia Vomact como para susurrar, aunque no había nadie cerca de ellos. Sus palabras, cuando atinó a decirlas, tenían la apresurada indecencia de la atrevida propuesta de un amante.

—Mate al paciente, señor y doctor. Mátele. Tenemos bastantes grabaciones de él. Podemos tomar un cadáver del sótano y transformarlo en un buen simulacro. Quién sabe qué riesgos correrá la humanidad si permitimos que se recobre.

—Quién sabe —dijo Vomact sin tono ni expresión—. Pero, ciudadano y doctor, ¿cuál es el duodécimo deber de un galeno?

—“No tomar la ley en sus manos, reservando la curación para los que curan y dando al estado o la Instrumentalidad lo que incumbe al estado o la Instrumentalidad.”

—Grosbeck suspiró al retractarse de la sugerencia. —Señor y doctor, retiro mis palabras. Yo no hablaba de medicina, sino de gobierno y política.

—¿Y ahora...? —preguntó Vomact.

—Cúrelo, o déjelo estar hasta que se cure solo.

—¿Qué haría usted?

—Intentaría curarlo.

—¿Cómo?

—Señor y doctor —exclamó Grosbeck—, ¡no ponga a prueba mis flaquezas en este caso! Sé que usted simpatiza conmigo porque soy hombre audaz y confiado. No me pida que actúe normalmente cuando ni siquiera sabemos de dónde vino este cuerpo. Si fuera tan audaz como de costumbre, le daría tifoideo y condamina, apostando telepáticas en las inmediaciones. Pero esto es algo nuevo en la historia del hombre. Nosotros somos personas, y él quizá ya no sea una persona. Tal vez representa la combinación de las personas con una especie de fuerza nueva. ¿Cómo llegó aquí desde ninguna parte? ¿Cuántos millones de veces lo han ampliado o reducido? No sabemos qué es ni qué le sucedió. ¿Cómo podemos tratar a un hombre cuando estamos tratando el frío del espacio, el calor de los soles, la frigidéz de la distancia? Sabemos qué hacer con la carne, pero esto ya no es carne. ¡Tóquelo usted mismo, señor y doctor! Tocaré algo que nadie tocó jamás.

—Ya lo he tocado —declaró Vomact—. Tiene usted razón. Probaremos tifoideo y condamina por medio día. Dentro de doce horas nos encontraremos en este lugar. Diré a las enfermeras y robots qué hacer en el interin.

Ambos se despidieron con los ojos de la figura rojiza extendida en el suelo. Grosbeck miró el cuerpo con una mezcla de re-

pulsión y miedo; Vomact apenas torció la boca en una sonrisa de piedad.

En la puerta los esperaba la jefa de enfermeras. Grosbeck se sorprendió ante las órdenes de su superior.

—Enfermera, ¿tiene usted una bóveda a prueba de armas en este hospital?

—Sí, señor —dijo ella—. Guardábamos nuestros archivos allí hasta que telemetreamos todos nuestros registros a la Órbita de Computación. Ahora está sucia y desocupada.

—Límpiala. Conecte un tubo de ventilación. ¿Quién es su protector militar?

—¿Mi qué? —exclamó ella, sorprendida.

—Todos en la Tierra tienen protección militar. ¿Dónde están las fuerzas, los soldados, que protegen este hospital?

—¡Señor y doctor! —dijo ella—. ¡Señor y doctor! Soy una mujer vieja y me han permitido trabajar aquí durante trescientos años. Pero nunca antes pensé en esa idea. ¿Para qué necesitaría soldados?

—Averigüe quiénes son y avíseles que están alerta. Ellos también son especialistas, aunque practican un arte diferente del nuestro. Que estén alerta. Podemos necesitarlos antes del fin del día. Déle mi nombre, como autoridad, al teniente o sargento. Aquí tiene la medicación que debe aplicar a este paciente.

Ella abrió grandes los ojos cuando él siguió hablando, pero era una mujer disciplinada y aceptó las órdenes una por una. Los ojos de la enfermera lucían muy tristes y fatigados al final, pero era una experta y sentía gran respeto por la habilidad y la sabiduría del señor y doctor Vomact. También sentía una cálida y femenina piedad por el joven inmóvil que nadaba sin cesar en el duro suelo, nadaba entre archipiélagos que ningún hombre viviente había soñado jamás.

6

Esa noche hubo una crisis.

El paciente había impreso la huella de sus manos en la pared interna de la bóveda, pero no había escapado.

Los soldados, extrañamente atentos con armas que relucían en el brillante corredor del hospital, se aburrían mucho, como se aburren los soldados que están de servicio sin acción.

Llamaron al teniente. La punta de alambre que llevaba en la mano zumbaba como un insecto peligroso. El señor y doctor Vomact, que sabía más sobre armamento de lo que creían los soldados, vio que la punta de alambre estaba ajustada en ALTO, con la capacidad para paralizar personas cinco pisos hacia arriba, cinco pisos hacia abajo o un kilómetro a la redonda. No dijo nada. Sólo agradeció al teniente y entró en la bóveda, seguido de cerca por Grosbeck y Timofeyev.

El paciente también nadaba aquí.

Ahora movía ambos brazos, golpeando el suelo con las piernas. Era como si hubiera nadado en el otro piso con el mero propósito de mantenerse a flote y ahora hubiera descubierto hacia donde ir, aunque muy despacio. Los movimientos eran concentrados, tensos, rígidos, y tan lentos que apenas parecía moverse. El pijama rasgado yacía en el suelo junto a él.

Vomact miró en torno, preguntándose qué fuerzas habría usado el hombre para imprimir las manos en la pared de acero. Recordó que Grosbeck le había advertido que el paciente debía morir antes que someter a toda la humanidad a riesgos nuevos e inauditos, pero aunque compartía el sentimiento no podía aceptar la recomendación.

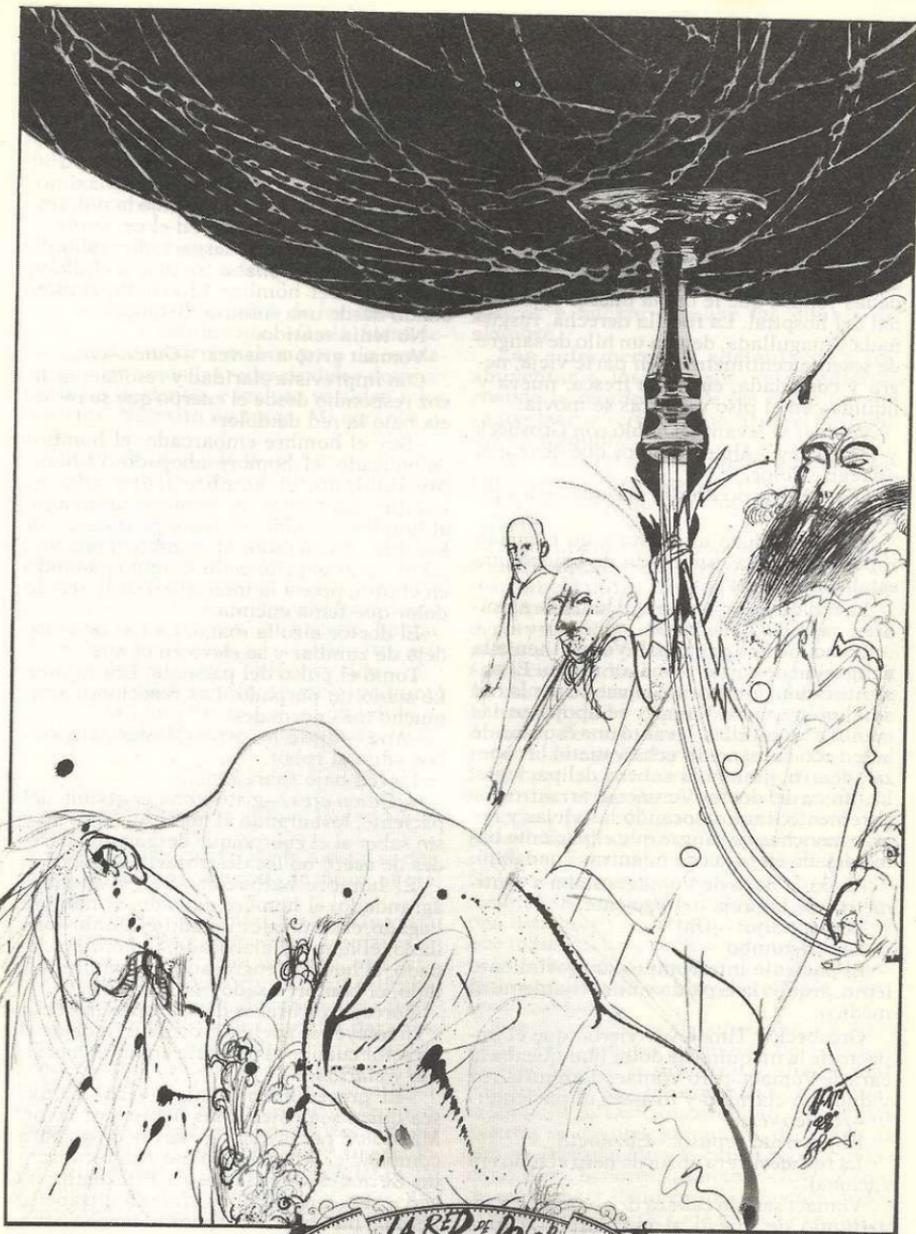
Casi con irritación, el gran médico se preguntó adónde iría ese hombre.

(A Elizabeth, a ella iba, a Elizabeth, que ahora estaba apenas a sesenta metros. Sólo mucho más tarde la gente comprendió lo que Rambó intentaba hacer... cruzar esos sesenta metros para llegar a su Elizabeth cuando ya había saltado un sinfín de años-luz para regresar a ella. ¡A su querida, a su amada que lo necesitaba!)

La condamina no dejó su característica marca de profunda lasitud y tez reluciente: tal vez el tifoideo la contrarrestaba con eficacia. Rambó parecía más vivo que antes. El nombre había llegado por el sistema regular de mensajes, pero aún no significaba nada para el señor y doctor Vomact. Pronto significaría algo.

Entretanto los otros dos médicos, instruidos de antemano, se pusieron a trabajar con el equipo instalado por los robots y las enfermeras.

Vomact murmuró a los demás: —Creo que está mejor. Que todos se dispersen alrededor. Probaré con gritos.



LA RED DE DOLOK

Estaban tan atareados que cabecearon apenas.

Vomact gritó al paciente: —¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

Los tristes ojos azules del hombre tendido en el suelo lo miraron de soslayo con sorprendente rapidez, pero no hubo otro indicio de comunicación. Seguía braceando y pateando contra el tosco piso de cemento de la bóveda. Se había vuelto a arrancar dos de las vendas que le había puesto el personal del hospital. La rodilla derecha, rasguñada y magullada, dejaba un hilo de sangre de sesenta centímetros —en parte vieja, negra y coagulada, en parte fresca, nueva y líquida— en el piso mientras se movía.

Vomact se levantó y habló con Grosbeck y Timofeyev. —Ahora veamos qué ocurre al aplicarle dolor.

Los dos retrocedieron sin que se les pidiera.

Timofeyev hizo una seña a un pequeño robot ordenanza esmaltado de blanco que estaba en la puerta.

La red de dolor, una frágil jaula de alambres, cayó del cielo raso.

Como médico principal, Vomact tenía la obligación de correr el mayor riesgo. El paciente estaba totalmente envuelto por la red de alambre, pero Vomact se apoyó en las manos y las rodillas, levantó una esquina de la red con la mano derecha y metió la cabeza adentro, junto a la cabeza del paciente. La túnica del doctor Vomact se arrastró por el cemento limpio, tocando las viejas y negras manchas de sangre que el paciente había dejado en la noche mientras "nadaba".

Ahora la boca de Vomact estaba a centímetros de la oreja del paciente.

Vomact dijo: —¡Oh!

La red zumbó.

El paciente interrumpió su movimiento lento, arqueó la espalda y miró fijamente al médico.

Grosbeck y Timofeyev vieron que el impacto de la máquina de dolor blanqueaba la cara de Vomact, pero Vomact dominó la voz y dijo con claridad y firmeza al paciente:

—¿Quién eres?

El paciente repuso: —Elizabeth.

La respuesta era absurda pero el tono era racional.

Vomact sacó la cabeza de abajo de la red, gritando de nuevo al paciente: —¿Quién eres?

El hombre desnudo respondió, hablando con mucha claridad:

—¡Mojón mojón, amigojo, me estoy sintiendo muy flojo!

Vomact frunció el ceño y murmuró al robot: —Más dolor. Pongo en dolor máximo.

El cuerpo se contorsionó bajo la red, tratando de seguir nadando en el cemento.

Un grito salvaje y desgarrador salió de abajo de la red. Sonaba como una chillona distorsión del nombre Elizabeth, retumbando desde una infinita distancia.

No tenía sentido.

Vomact gritó a su vez: —¿Quién eres.

Con imprevista claridad y resonancia, la voz respondió desde el cuerpo que se retorció bajo la red de dolor:

—Soy el hombre embarcado, el hombre embacado, el hombre ahogado, el hombre doblado, el hombre tropezado, el hombre inclinado, el hombre deslizado, el hombre lanzado, el hombre cortado, el hombre desgarrado, el hombre podado... ¡ahh! —Tras el grito calló y siguió nadando en el piso, pese a la intensidad de la red de dolor que tenía encima.

El doctor alzó la mano. La red de dolor dejó de zumbar y se elevó en el aire.

Tomó el pulso del paciente. Era rápido. Le subió un párpado. Las reacciones eran mucho más normales.

—Atrás —dijo a los otros—. Dolor para ambos —dijo al robot.

La red bajó sobre ambos.

—¿Quién eres? —gritó Vomact al oído del paciente, levantando al hombre del suelo y sin saber si el cuerpo que desgarraba paredes de acero no los destrozaría a ambos.

El hombre balbució: —Soy el hombre agrandado, el hombre enviado, el hombre llegado, el hombre esfumado, el hombre orillado, el hombre alardeado, el hombre dopado, el hombre engrosado, el hombre tostado, el hombre asado, ¡no, no, no!

Forcejó en brazos de Vomact. Grosbeck y Timofeyev se adelantaron para rescatar al director cuando el paciente añadió, con calma y claridad:

—El procedimiento es correcto, doctor, sea quien sea usted. Más fiebre, por favor. Más dolor, por favor. Algo de esa droga para combatir el dolor. Usted me está recobrando. Sé que estoy en la Tierra. Elizabeth está cerca. ¡Por amor de Dios, traiga a Elizabeth! Pero no me apresure. Necesito muchos días para reponerme.

La racionalidad era tan asombrosa que Grosbeck, sin esperar órdenes de Vomact, como médico jefe, ordenó que levantaran la red de dolor.

El paciente balbuceó de nuevo. —Soy el hombre tres, el hombre res, el hombre arnés, el hombre al biés, el hombre tres, el hombre tres... —La voz murió y el paciente se desplomó sin conciencia.

Vomact salió de la bóveda. No las tenía todas consigo.

Los colegas lo tomaron de los codos.

El sonrió débilmente. —Ojalá fuera legal... no me vendría mal un poco de condamina. ¡Con razón las redes de dolor despiertan a los pacientes e incluso sacuden a los muertos! Necesito un trago. Mi corazón es viejo.

Grosbeck lo ayudó a sentarse mientras Timofeyev iba por el corredor en busca de licor medicinal.

Vomact murmuró: —¿Cómo encontraremos a su Elizabeth? Debe haber millones. Y, además, él es de Tierra Cuatro.

—Señor y doctor, usted ha obrado milagros —dijo Grosbeck— al ponerse bajo la red. Al correr esos riesgos. Al hacerlo hablar. Nunca más veré algo así. Haber visto esta día es suficiente para toda una vida.

—¿Pero qué hacemos ahora? —preguntó Vomact fatigosamente, casi confundido.

Esa pregunta no necesitaba respuesta.

7

El señor Crudelta había llegado a la Tierra.

Su piloto hizo aterrizar la nave y se desmayó ante los controles de puro agotamiento.

De los gatos de escolta, que habían viajado junto a la nave espacial en las naves en miniatura, tres estaban muertos, uno estaba comatoso y el quinto escupía y deliraba.

Cuando las autoridades portuarias trataron de detener al señor Crudelta para cerciorarse de su autoridad, él invocó Emergencia Máxima, tomó el mando de las tropas en nombre de la Instrumentalidad, arrestó a todos los presentes salvo al comandante de las tropas y ordenó al comandante que lo llevara al hospital. Las computadoras del puerto le habían dicho que un tal Rambó, *sans origine*, había aparecido misteriosamente en la hierba de determinado hospital.

Frente al hospital, el señor Crudelta invocó de nuevo Emergencia Máxima, tomó el mando de todos los hombres armados, ordenó a un monitor de grabación que registrara sus actos por si luego lo sometían a corte marcial, y arrestó a todos los presentes.

El trote de hombres armados hasta los dientes en orden de combate sorprendió a Timofeyev cuando regresaba con el trago para Vomact. Los hombres marchaban a paso redoblado. Todos tenían cascos energéticos y hacían zumbir las puntas de alambre.

Las enfermeras se adelantaron para ahuyentar a los intrusos, retrocedieron cuando la mordedura de los rayos paralizantes las rozó cruelmente. Todo el hospital fue un tumulto.

Más tarde, el señor Crudelta admitió que había cometido un grave error.

La Guerra de los Dos Minutos estalló de inmediato.

Hay que entender la estructura de la Instrumentalidad para ver cómo sucedió. La Instrumentalidad era una corporación que se perpetuaba a sí misma, con enormes poderes y un código estricto. Cada Señor era la plenitud de la justicia baja, media y alta. Cada cual podía hacer lo que considerara necesario o adecuado para mantener la Instrumentalidad y conservar la paz entre los mundos. Pero si cometía un error o un ultraje, todo cambiaba de pronto. Cualquiera Señor podía provocar la muerte de otro Señor en una emergencia, pero se aseguraba la muerte y la vergüenza si asumía esta responsabilidad. La única diferencia entre la ratificación y el repudio consistía en que los Señores que mataban en una emergencia y resultaban estar equivocados se incluían en una lista muy vergonzosa, mientras que los que mataban a otros Señores correctamente (a la luz de un examen posterior) se incluían en una lista muy honorable, pero igual morían.

Con tres Señores, la situación era diferente. Tres Señores formaban un tribunal de emergencia; si actuaban juntos, actuaban de buena fe, e informaban a las computadoras de la Instrumentalidad, quedaban exentos de castigo, aunque no de culpa, ni aun de degradación a la categoría de ciudadano. Siete Señores, o aun todos los Señores de un planeta dado en un momento dado, estaban más allá de toda crítica excepto la de una versión dignificada de sus actos si

una reglamentación posterior demostraba que eran erróneos.

Esta era toda la tarea de la Instrumentalidad. La Instrumentalidad tenía la perpetua consigna: "Observa, pero no gobiernes; detén la guerra, pero no la libres; protege, pero no controles; ¡y ante todo sobrevive!"

El Señor Crudelta se había hecho cargo de las tropas —no sus tropas, sino las tropas ligeras y regulares del gobierno del Hogar del Hombre— porque temía que el mayor peligro en la historia del hombre viniera de la persona a quien él mismo había enviado por el espacio tres.

No esperaba que le arrebataran el mando, un poder dominante reforzado por telepatía robótica y la incomparable red de comunicaciones abiertas y secretas, reforzada por cientos de años de embustes, derrotas, secretos, victorias y mera experiencia, que la Instrumentalidad había perfeccionado desde que emergió de las Guerras Antiguas.

¡Dominante, dominado!

Estas eran las órdenes que la Instrumentalidad usaba desde antes que se iniciaran los tiempos documentados. A veces detenía a sus antagonistas con minucias legales, a veces con la diestra y fatal inserción de armas, en general interfiriendo los controles mecánicos y sociales de otros y haciendo su voluntad, sólo para abandonar los controles tan pronto como los había tomado.

Pero no las tropas que Crudelta había llamado apresuradamente.

8

La guerra estalló con un cambio de paso.

Dos escuadras entraban en esa parte del hospital donde Elizabeth esperaba los incansantes retornos a los baños de gelatina que le reconstruirían el cuerpo arruinado.

Las escuadras cambiaron el paso.

Los sobrevivientes no pudieron explicar lo ocurrido.

Todos admitieron una gran confusión mental... después.

En el momento pareció que habían recibido la clara y lógica orden de dar media vuelta y defender el sector de mujeres mediante un contraataque contra su propio batallón principal, a retaguardia.

El hospital era un edificio muy fuerte. De lo contrario se habría derretido o incendiado.

Los soldados que precedían la marcha de

pronto giraron, buscaron refugio y dispararon sus puntas de alambre a los camaradas de atrás. Las puntas de alambre estaban sintonizadas para material orgánico, aunque eran bastante inofensivas para lo inorgánico. Se alimentaban de la fuente de energía que cada soldado cargaba en la espalda.

En los primeros diez segundos de la media vuelta, veintisiete soldados, dos enfermeras, tres pacientes y un ordenanza murieron. Otras ciento nueve personas quedaron heridas en ese primer intercambio de disparos.

El comandante de las tropas nunca había participado en combate, pero estaba bien adiestrado. De inmediato desplegó sus reservas alrededor de las salidas externas del edificio y envió a su escuadrón favorito al mando de un tal sargento Lansdale, que le merecía mucha confianza, hacia el sótano, para que pudiera subir desde allí hasta el sector de las mujeres y averiguar quién era el enemigo.

Aún ignoraba que sus propias tropas de vanguardia habían dado media vuelta para luchar contra sus camaradas.

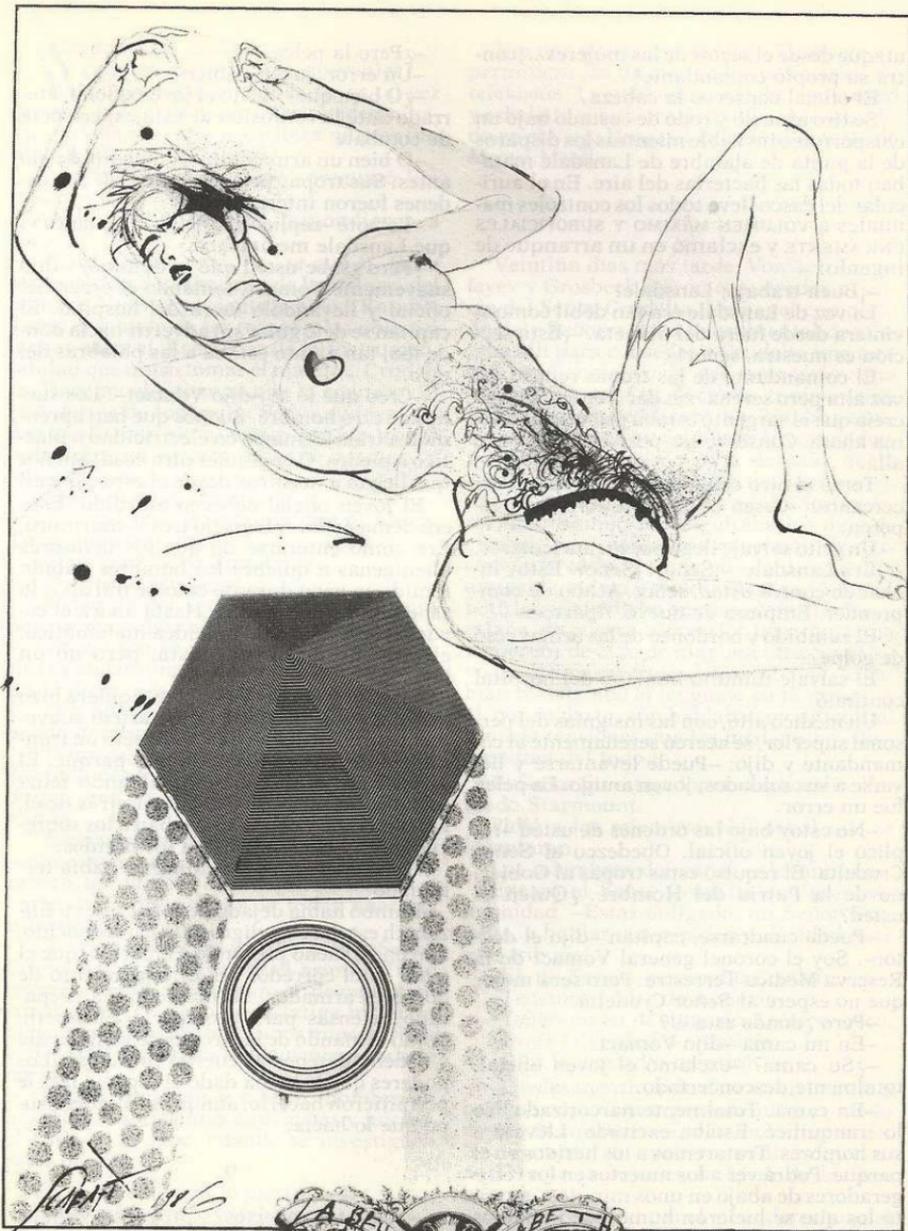
Más tarde atestiguó, en el juicio, que personalmente él no tuvo ninguna sensación de interferencia insólita con su propia mente. Sólo supo que sus hombres se habían topado con una imprevisible resistencia armada de antagonistas —identidad desconocida— que tenían armas idénticas a las de ellos. Como el Señor Crudelta los había traído por sí se entablaba combate con antagonistas no especificados, creyó correcto suponer que un Señor de la Instrumentalidad sabía lo que hacía. Ése era el enemigo, sin duda.

En menos de un minuto, ambos bandos estaban equilibrados. La línea de fuego había penetrado en las fuerzas del comandante. Los hombres de adelante, algunos de ellos heridos, simplemente giraban para defenderse de los que venían detrás. Era como si una línea invisible, moviéndose de prisa, hubiera dividido las dos secciones de la fuerza militar.

El humo negro y aceitoso de los cuerpos en disolución comenzó a tapan los conductos de aire.

Los pacientes gritaban, los médicos maldecían, los robots andaban sin ton ni son y las enfermeras trataban de comunicarse.

La guerra terminó cuando el comandante vio al sargento Lansdale, a quien él mismo había enviado arriba, al mando de un



ataque desde el sector de las mujeres... ¡contra su propio comandante!

El oficial conservó la cabeza.

Se tiró al suelo y rodó de costado bajo un chisporroteo invisible mientras los disparos de la punta de alambre de Lansdale mataban todas las baterías del aire. En el auricular del casco llevó todos los controles manuales a VOLUMEN MÁXIMO Y SUBOFICIALES ÚNICAMENTE y exclamó en un arranque de ingenio:

—¡Buen trabajo; Lansdale!

La voz de Lansdale era tan débil como si viniera desde fuera del planeta. —¡Esta sección es nuestra, señor!

El comandante de las tropas repuso, en voz alta pero serena, sin dar a entender que creía que el sargento estaba psicótico: —Calma ahora. Conserve esa posición. Voy para allá.

Tomó el otro canal y dijo a sus hombres cercanos: —Cesen el fuego. Cúbranse y esperen.

Un grito salvaje llegó por los auriculares.

Era Lansdale. —¡Señor! ¡Señor! Estoy luchando contra usted, señor. Acabo de comprender. Empieza de nuevo. Apártese.

El zumbido y bordoneo de las armas cesó de golpe.

El salvaje tumulto humano del hospital continuó.

Un médico alto, con las insignias del personal superior, se acercó serenamente al comandante y dijo: —Puede levantarse y llevarse a sus soldados, joven amigo. La pelea fue un error.

—No estoy bajo las órdenes de usted —replicó el joven oficial. Obedezco al Señor Crudelta. El requisito estas tropas al Gobierno de la Patria del Hombre. ¿Quién es usted?

—Puede cuadrarse, capitán —dijo el doctor—. Soy el coronel general Vomact de la Reserva Médica Terrestre. Pero será mejor que no espere al Señor Crudelta.

—Pero ¿dónde está él?

—En mi cama —dijo Vomact.

—¿Su cama? —exclamó el joven oficial, totalmente desconcertado.

—En cama. Totalmente narcotizado. Yo lo tranquilicé. Estaba excitado. Llévase a sus hombres. Trataremos a los heridos en el parque. Podrá ver a los muertos en los refrigeradores de abajo en unos minutos, excepto los que se hicieron humo por impactos directos.

—¿Pero la pelea...?

—Un error, joven, o bien...

—¿O bien qué? —gritó el joven oficial, aterrado ante la confusión de esta experiencia de combate.

—O bien un arma que ningún hombre vio antes. Sus tropas pelearon entre sí. Sus órdenes fueron interceptadas.

—Lo noté —replicó el oficial— en cuanto vi que Lansdale me atacaba.

—Pero ¿sabe usted qué lo dominó? —dijo suavemente Vomact, tomando el brazo del oficial y llevándolo fuera del hospital. El capitán se dejó guiar sin advertir hacia dónde iba, tan atento estaba a las palabras del otro.

—Creo que lo sé —dijo Vomact—. Los sueños de otro hombre. Sueños que han aprendido a transformarse en electricidad o plástico o piedra. O cualquier otra cosa. Sueños que llegan a nosotros desde el espacio tres.

El joven oficial cabeceó aturdido. Esto era demasiado. —¿Espacio tres? —murmuró. Era como enterarse de que los invasores alienígenas a quienes los hombres habían temido en vano durante catorce mil años lo esperaban en el parque. Hasta ahora el espacio tres había sido una idea matemática, el ensueño de un novelista, pero no un hecho.

El señor y doctor Vomact ni siquiera hizo preguntas al joven oficial. Acarició suavemente la nuca del joven y le inyectó un tranquilizante. Luego lo condujo al parque. El joven capitán quedó solo, silbando felizmente a las estrellas del cielo. Detrás de él, los sargentos y cabos apartaban a los sobrevivientes y hacían tratar a los heridos.

La Guerra de los Dos Minutos había terminado.

Rambó había dejado de soñar que su Elizabeth estaba en peligro. Había reconocido, aun en su sueño profundo y enfermo, que el trote en el corredor era el movimiento de hombres armados. Su mente había preparado defensas para proteger a Elizabeth. Tomó el mando de las tropas de vanguardia y ordenó detener al cuerpo principal. Los poderes que le había dado el espacio tres le permitieron hacerlo, aunque ni siquiera supo que lo hacía.

—¿Cuántos muertos? —preguntó Vomact a Grosbeck y Timofeyev.

-Alrededor de doscientos.

-¿Y cuántos muertos irrecuperables?

-Los que se hicieron humo. Doce, tal vez catorce. Los otros muertos se pueden reparar, pero la mayoría necesitará nuevos implantes de personalidad.

-¿Saben lo que ocurrió? -preguntó Vomact.

-No, señor y doctor -respondieron a coro.

-Yo sí. Creo que sí. No, sé que sí. Es la historia más descabellada de la historia del hombre. Nuestro paciente lo hizo... Rambó. Tomó el mando de las tropas y las obligó a luchar entre sí. Ese Señor de la Instrumentalidad que quiso tomar el mando... Crudelta. Hace mucho tiempo que lo conozco. Él está detrás de todo esto. Pensó que las tropas ayudarían, sin advertir que las tropas inducirían un ataque sobre sí mismas. Y hay otra cosa.

-¿Sí? -dijeron al unísono.

-La mujer de Rambó, la que él busca. Tiene que estar aquí.

-¿Por qué? -dijo Timofeyev.

-Porque *él* está aquí.

-Usted da por sentado que él vino aquí por propia voluntad, señor y doctor.

Vomact sonrió con la sabia y artera sonrisa de su familia; era casi una marca registrada de la casa Vomact.

-Doy por sentadas todas las cosas que no puedo demostrar de otra manera.

"Primero, doy por sentado que vino aquí desnudo desde el espacio mismo, impulsado por una fuerza que ni siquiera imaginamos.

"Segundo, doy por sentado que vino *aquí* porque quería algo. Una mujer llamada Elizabeth, que ya debe estar aquí. En instantes haremos un inventario de todas nuestras Elizabeths.

"Tercero, doy por sentado que el Señor Crudelta sabía algo sobre el asunto. Trajo tropas al edificio. Se puso a devanar en cuanto me vio. Conozco la fatiga histérica tanto como ustedes, hermanos míos, así que le di condamina para que durmiera toda la noche.

"Cuarto, dejemos a nuestro hombre en paz. Habrá suficientes audiencias y juicios, el Espacio lo sabe, cuando se investiguen estos hechos.

Vomact estaba en lo cierto.

Habitualmente lo estaba.

En efecto, hubo juicios.

Era una suerte que la Vieja Tierra ya no permitiera los diarios ni los noticiarios de televisión. La población se habría aterrado y rebelado si hubiera descubierto lo sucedido en el Viejo Hospital Principal al oeste de Meeya Meefla.

Veintiún días más tarde, Vomact, Timofeyev y Grosbeck fueron convocados al juicio del Señor Crudelta. Un panel completo de siete Señores de la Instrumentalidad estaba allí para conceder a Crudelta una amplia audiencia y, de ser necesario, una muerte súbita. Los doctores comparecían como médicos de Elizabeth y Rambó y también como testigos del Señor Investigador.

Elizabeth, que acababa de salir de la muerte, era tan bella como un bebé recién nacido en una exquisita y adulta forma femenina. Rambó no le quitaba los ojos de encima, pero ponía una expresión de desconcierto cada vez que ella le dirigía una amigable, calma y remota sonrisa. (A Elizabeth le habían dicho que era su muchacha, y estaba dispuesta a creerlo, pero no tenía recuerdos de él ni de ninguna otra cosa salvo las últimas sesentas horas, cuando le habían reinstalado el lenguaje en la mente; y él, por su parte, aún hablaba con dificultad y sufría tensiones que los médicos no comprendían del todo.)

El Señor Investigador era un hombre llamado Starmount.

Pidió a los miembros del panel que se levantaran.

Los miembros del panel se levantaron.

Encaró al Señor Crudelta con gran solemnidad. -Estás obligado, mi Señor Crudelta, a hablar con rapidez y claridad ante este tribunal.

-Sí, mi Señor -respondió Crudelta.

-Tenemos poder de sumario.

-Tenéis poder de sumario. Lo reconozco.

-Dirás la verdad o mentirás.

-Diré la verdad o mentiré.

-Puedes mentir, si lo deseas, en cuanto a hechos y opiniones, pero de ningún modo mentirás en cuanto a relaciones humanas. No obstante, si mientes, pedirás que tu nombre se incluya en la Lista de la Deshonra.

-Comprendo al panel y los derechos del panel. Mentiré si lo deseo, aunque no creo

que sea necesario... —y aquí Crudelta dirigió a todos una sonrisa fatigada e inteligente—, pero no mentiré en cuanto a las relaciones. Si lo hago, reclamaré mi deshonra.

—¿Has sido bien adiestrado como Señor de la Instrumentalidad?

—He sido bien adiestrado y quiero bien a la Instrumentalidad. En verdad, yo mismo soy la Instrumentalidad, tal como tú, y tal como los honorables Señores que te acompañan. Sabré comportarme mientras viva esta tarde.

—¿Creéis en él, Señores?—preguntó Starmount.

Los miembros del panel asintieron con las cabezas mitradas. Se habían vestido ceremonialmente para la ocasión.

—¿Tienes relaciones con esa mujer, Elizabeth?

Los miembros del panel contuvieron el aliento al ver que Crudelta palidecía. —¡Señores!—exclamó, y no habló más.

—La costumbre establece —dijo Starmount con firmeza— que respondas prontamente o mueras.

El Señor Crudelta se dominó. —Estoy respondiendo. Yo no sabía quién era, sólo que Rambó la amaba. La envié a la Tierra desde Tierra Cuatro, donde yo estaba entonces. Luego dije a Rambó que la habían asesinado y colgaba desesperadamente al borde de la muerte, necesitando sólo su ayuda para regresar a los verdes campos de la vida.

—¿Era verdad?—preguntó Starmount.

—Mi Señor y mis Señores, era mentira.

—¿Por qué lo dijiste?

—Para enfurecer a Rambó y darle una razón extrema para querer venir a la Tierra con mayor rapidez que ningún hombre antes.

—¡A-a-h! ¡A-a-h!—Rambó soltó dos gritos salvajes, más semejantes al llamado de un animal que al sonido de un hombre.

Vomact miró a su paciente, sintió que él mismo comenzaba a gruñir con una profunda furia interna. Los poderes de Rambó, generados en las honduras del espacio tres, comenzaban a operar de nuevo. Vomact hizo una seña. El robot que estaba detrás de Rambó había sido codificado para mantener calmo a Rambó. Aunque el robot estaba esmaltado como un blanco y reluciente ordenanza de hospital era en realidad un robot policía de alta potencia, que incluía un córtex electrónico basado en el mesencéfalo congelado de un viejo lobo. (El lobo era un

animal raro, parecido a un perro.) El robot tocó a Rambó, que se durmió. El doctor Vomact sintió que la furia se le borraba de la mente. Alzó la mano con delicadeza; el robot captó la seña y dejó de aplicar la radiación narcoléptica. Rambó durmió normalmente; Elizabeth miró preocupada al hombre que presuntamente era de ella.

Los Señores apartaron los ojos de Rambó.

Starmount preguntó glacialmente: —¿Y por qué lo hiciste?

—Porque quería que él viajara por el espacio tres.

—¿Por qué?

—Para demostrar que podía hacerse.

—¿Y afirmas, Señor Crudelta, que este hombre ha viajado por el espacio tres?

—Lo afirmo.

—¿Estás mintiendo?

—Tengo derecho a mentir, pero no deseo hacerlo. En nombre de la Instrumentalidad, digo que es cierto.

Los miembros del panel jadearon. Ahora no había escapatoria. O bien el Señor Crudelta decía la verdad, lo cual significaba que los viejos tiempos llegaban a su fin y una nueva era se iniciaba para todos los géneros del género humano, o bien él mentía frente a la más poderosa forma de afirmación que ellos conocían.

Aun Starmount adoptó un tono diferente. Su voz burlona, inquieta e inteligente, cobró un nuevo timbre de amabilidad.

—¿Aseguras pues que este hombre ha regresado desde el exterior de nuestra galaxia protegido sólo por su piel natural? ¿Sin instrumentos? ¿Sin energía?

—No dije eso —dijo Crudelta—. Otras personas pretenden que yo usé tales palabras. Os digo, mis Señores, que viajé en planofoma doce días y noches terrestres consecutivas. Algunos de vosotros recordareis dónde queda la estación Caimán Cazador. Bien, tuve un buen capitán de viaje, y él me llevó cuatro largos saltos más allá de ese lugar, al espacio intergaláctico. Dejé a ese hombre allí. Cuando llegué a la Tierra, hacía más o menos doce días que él estaba aquí. Supuse pues que su viaje había sido más o menos instantáneo. Yo regresaba a Caimán Cazador, midiendo por tiempo terrestre, cuando el doctor encontró a este hombre en la hierba frente al hospital.

Vomact alzó la mano. El Señor Starmount le dio derecho a hablar. —Mis Señores

res, no encontramos a este hombre en la hierba. Lo encontraron los robots, y registraron el hecho. Pero ni siquiera los robots vieron ni fotografiaron su llegada.

—Sabemos eso —dijo Starmount con enfado—, y nos han informado que nada llegó a la Tierra por ningún medio durante ese cuarto de hora. Adelante, señor Crudelta. ¿Qué relación tienes con Rambó?

—Él es mi víctima.

—¡Explicáte!

—Lo rastree con las computadoras. Pregunté a las máquinas dónde podría encontrar a un hombre con una gran dosis de furia, y me informaron que en Tierra Cuatro el nivel de furia se había conservado alto porque ese planeta necesitaba exploradores y aventureros en quienes la furia era un fuerte rasgo de supervivencia. Cuando llegué a Tierra Cuatro, ordené a las autoridades que averiguaran qué casos fronterizos habían excedido los límites de furia permitible. Me entregaron a cuatro hombres. Uno era demasiado corpulento. Dos eran viejos. Este hombre era el único candidato para mi experimento. Lo escogí a él.

—¿Qué le dijiste?

—¿Decirle? Le dije que su amada estaba muerta o moribunda.

—No, no —dijo Starmount—. No en el momento de la crisis. ¿Qué le dijiste para inducirlo a cooperar?

—Le dije —repuso con calma el Señor Crudelta— que yo era un Señor de la Instrumentalidad y lo mataría si no obedecía de inmediato.

—¿Bajo qué ley o costumbre actuaste?

—Material reservado —se apresuró a decir el Señor Crudelta—. Aquí hay telepatas que no forman parte de la Instrumentalidad. Suplico licencia de postergación hasta que estemos en un lugar protegido.

Varios miembros del panel asintieron y Starmount dio su acuerdo. Decidió hacer otras preguntas.

—¿Obligaste a este hombre, pues, a hacer algo que él no deseaba?

—Así es —dijo el Señor Crudelta.

—¿Por qué no fuiste tú mismo, si es tan peligroso?

—Mis Señores y Honorables, estaba en la naturaleza del experimento que el experimentador no se perdiera en el primer intento. Artyr Rambó ha viajado por el espacio tres. Yo lo seguiré oportunamente. —(Cómo viajó el Señor Crudelta es otra historia, con-

tada en otra ocasión.)— Si yo hubiera ido y me hubiera perdido, habría sido el fin de los experimentos con el espacio tres. Al menos en nuestra época.

—Describe las circunstancias exactas en que viste por última vez a Artyr Rambó antes que os encontrarais después de la batalla en el Viejo Hospital Principal.

—Lo habíamos puesto en un cohete de estilo muy antiguo. También hicimos inscripciones en el exterior, tal como los Antiguos cuando se aventuraban por primera vez en el espacio. ¡Ah, era una bella pieza de ingeniería y arqueología! Copiamos todo de los modelos correctos de hace quince mil años, cuando los paroskii y los murkins competían por llegar al espacio. El cohete era blanco, con un andamiaje rojo y blanco al costado. Llevaba las letras IH, aunque no importaban las palabras. El cohete se fue a ninguna parte, pero el pasajero está aquí. Se elevó en un tallo de fuego. El tallo se convirtió en columna. Luego la rampa de lanzamiento desapareció.

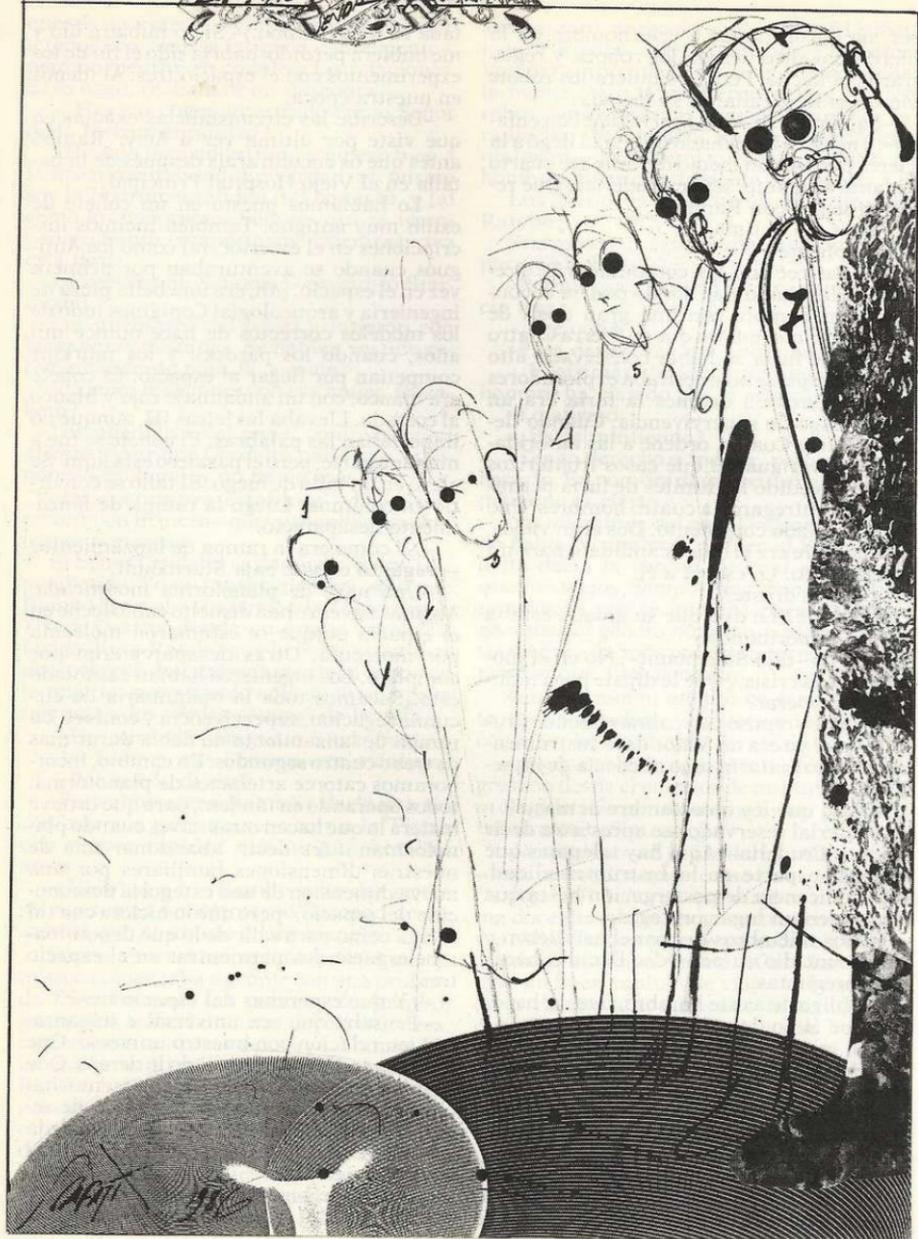
—¿Y cómo era la rampa de lanzamiento? —preguntó en voz baja Starmount.

—Una nave de planoforma modificada. Algunas naves se han disuelto como leche en el espacio porque se esfumaron molécula por molécula. Otras desaparecieron por completo. Los ingenieros habían cambiado esto. Sacamos toda la maquinaria de circunnavegación, supervivencia y confort. La rampa de lanzamiento no debía durar más de tres o cuatro segundos. En cambio, incorporamos catorce artefactos de planoforma, todos operando en tándem, para que la nave hiciera lo que hacen otras naves cuando planoforman... (es decir, abandonar una de nuestras dimensiones familiares por una nueva dimensión de una categoría desconocida del espacio); pero que lo hiciera con tal fuerza como para salir de lo que denominamos espacio dos para entrar en el espacio tres.

—¿Y qué esperabas del espacio tres?

—Pensaba que era universal e instantáneo, en relación con nuestro universo. Que todo era equidistante de todo lo demás. Que Rambó, deseando ver de nuevo a su muchacha, se desplazaría en un milésimo de segundo desde el espacio vacío más allá de la estación Caimán Cazador hasta el hospital donde ella estaba.

—¿Y qué te hizo pensar eso, Señor Crudelta?



—Una corazonada, mi Señor, por lo cual tienes derecho a matarme.

Starmount se volvió hacia el panel. —Sospecho, mis Señores, que es más probable que lo condenéis a larga vida, gran responsabilidad, inmensas recompensas y la fatiga de ser como es, difícil y complejo.

Las mitras se movieron suavemente y los miembros del panel se levantaron.

—Tú, Señor Crudelta, dormirás hasta que el juicio haya concluido.

Un robot lo tocó y lo durmió.

—El próximo testigo —dijo el Señor Starmount— en cinco minutos.

11

Vomact trató de impedir que Rambó compareciera como testigo. Discutió apasionadamente con el Señor Starmount en el intervalo. —Los Señores han atacado mi hospital; secuestrado a dos pacientes, y ahora se proponen atormentar a Rambó y Elizabeth. ¿Por qué no los dejáis en paz? Rambó no está en condiciones de dar respuestas coherentes y Elizabeth pude quedar lesionada si lo ve sufrir.

El señor Starmount le dijo: —Tú tienes tus reglas, doctor, y nosotros las nuestras. Este juicio se registra, pulgada por pulgada y momento por momento. Nada se le hará a Rambó a menos que descubramos que tiene poderes para destruir un planeta. Si eso es verdad, desde luego, te pediremos que lo lleses de vuelta al hospital y le des una muerte agradable. Pero no creo que ocurra. Queremos su historia para poder juzgar a mi colega Crudelta. ¿Crees que la Instrumentalidad sobreviviría si no tuviera una rigurosa disciplina interna?

Vomact cabeceó con tristeza; regresó a Grosbeck y Timofeyev y masculló: —Rambó deberá comparecer. No podemos hacer nada.

El panel volvió a reunirse. Los miembros se pusieron las mitras judiciales. Las luces de la sala se opacaron y se encendió la rara luz azul de la justicia.

El ordenanza robot condujo a Rambó hasta el banquillo de los testigos.

—Estás obligado —dijo Starmount— a hablar con rapidez y claridad ante este tribunal.

—Tú no eres Elizabeth —dijo Rambó.

—Soy el Señor Starmount —dijo el Señor

Investigador, optando por prescindir de las formalidades—. ¿Me conoces?

—No —dijo Rambó.

—¿Sabes dónde estás?

—La Tierra —dijo Rambó.

—¿Deseas mentir o decir la verdad?

—Una mentira —dijo Rambó— es la única verdad que los hombres pueden compartir, así que diré mentiras, tal como hacemos siempre.

—¿Puedes relatar tu viaje?

—No.

—¿Por qué no, ciudadano Rambó?

—Las palabras no podrían describirlo.

—¿Recuerdas tu viaje?

—¿Recuerdas tu pulsación de hace dos minutos? —replicó Rambó.

—Esto no es juego —dijo Starmount—. Creemos que estuviste en el espacio tres y deseamos que testifiques sobre el Señor Crudelta.

—¡Oh! —dijo Rambó—. No me agrada. Nunca me agradó.

—¿Intentarás, no obstante, contarnos qué te ocurrió?

—¿Debería hacerlo, Elizabeth? —preguntó Rambó a la muchacha, que estaba sentada entre los presentes.

Ella no titubeó. —Sí —dijo, con una voz clara que vibró en la gran sala—. Cuéntales, para que podamos reanudar nuestra vida.

—Contaré —dijo Rambó.

—¿Cuándo viste por última vez al Señor Crudelta?

—Cuando me sujetaron y acomodaron en el cohete, a cuatro saltos de la estación Caimán Cazador. El estaba allí. Me dijo adiós con la mano.

—¿Y qué ocurrió después?

—El cohete se elevó. Daba una sensación muy extraña, como ninguna nave en que yo hubiera estado antes. Yo pesaba muchas, muchas gravedades.

—¿Y luego?

—Los motores siguieron andando. Yo fui arrojado del espacio.

—¿Qué impresión tuviste?

—Dejé tras de mí las naves en funcionamiento, la vestimenta y el alimento que va por el espacio. Bajé por ríos que no existían. Sentí gente alrededor aunque no podía verla, gente roja tirando flechas a cuerpos vivos.

—¿Dónde estabas? —preguntó un miembro del panel?

—En el invierno donde no hay verano. En

un vacío como la mente de un niño. En penínsulas que se habían desprendido de la tierra firme. Y yo era la nave.

—¿Eras qué? —preguntó el mismo miembro del panel.

—La nariz del cohete. El cono. El barco. Yo estaba ebrio. Yo estaba ebrio y era el barco ebrio —dijo Rambó.

—¿Y adónde fuiste? —retomó Starmount.

—Adonde faroles locos miraban con ojos idiotas. Adonde las olas se mecían de aquí para allá con los muertos de todas las edades. Adonde las estrellas se convertían en un estanque y yo nadé en él. Adonde el azul se convierte en un licor más fuerte que el alcohol, más salvaje que la música, fermentado con los rojos rojos rojos del amor. Vi todas las cosas que los hombres creyeron ver, pero yo las veía de veras. Oí el canto de la fosforescencia y mareas que parecían vacas enloquecidas saliendo en estampida del océano, batiendo los arrecifes con los cascos. No me creeréis, pero encontré Floridas más salvajes que ésta, donde las flores tenían tez humana y ojos como grandes gatos.

—¿De qué hablas? —preguntó el Señor Starmount.

—De lo que encontré en el espacio tres —replicó Artyr Rambó—. Créase o no. Esto es lo que ahora recuerdo. Tal vez sea un sueño, pero es todo lo que tengo. Fueron años y años y fue un parpadeo. Soñé noches verdes. Sentí lugares donde todo el horizonte se convertía en una gran cascada. El barco que era yo encontré niños y les mostré El Dorado, donde viven los hombres de oro. Fui un barco donde todas las naves espaciales perdidas yacían arruinadas y quietas. Caballos de mar que no eran reales corrieron junto a mí. Los meses de verano vinieron a martillar el sol. Pasé frente a archipiélagos de estrellas, donde los cielos delirantes se abrían para los errabundos. Lloré por mí. Sollocé por el hombre. Quería ser el barco ebrio hundiéndose. Me hundí. Caf. La hierba me pareció un lago donde un niño triste, apoyado en las manos y las rodillas, hacía navegar un barco de juguete tan frágil como una mariposa en primavera. ¡No puedo olvidar el orgullo de banderas no recordadas, la arrogancia de prisioneros de los que yo sospechaba, los hombres de negocios nadando! Luego estuve en la hierba.

—Esto puede tener valor científico —dijo el Señor Starmount—, pero carece de importancia judicial. ¿Tienes algún comentario

sobre lo que hiciste durante la batalla del hospital?

Rambó respondió con rapidez y cordura. —Lo que hice, no lo hice yo. Lo que no hice, no puedo saberlo. Dejarme ir, porque estoy cansado de vosotros y del espacio, grandes hombres y grandes cosas. Dejarme dormir y dejad que me reponga.

Starmount alzó la mano pidiendo silencio.

Los miembros del panel lo miraron. Sólo los pocos telépatas presentes supieron lo que todos habían dicho: *Sí. Deja ir al hombre. Deja ir a la muchacha. Deja ir a los doctores. Pero más tarde trae de vuelta al Señor Crudelta. Le esperan muchos problemas, y deseamos complicarlos.*

12

Entre la Instrumentalidad, el Gobierno del Hogar del Hombre y las Autoridades del Viejo Hospital Principal, todos deseaban dar felicidad a Rambó y Elizabeth.

Cuando Rambó se repuso, recobró buena parte de sus recuerdos de Tierra Cuatro. El viaje se le borró de la mente.

Cuando llegó a conocer a Elizabeth, la odió.

Ésta no era su muchacha, la audaz y vivaz Elizabeth de los mercados y los valles, de las colinas nevadas y los largos paseos en bote. Era una persona dócil, dulce, triste y enamorada sin remedio.

Vomact curó eso. Envió a Rambó a la Ciudad del Placer de las Hespérides, donde mujeres audaces y parlanchinas lo perseguían porque era rico y famoso.

En pocas semanas —muy pocas, en verdad— quiso a su Elizabeth, la muchacha extraña y tímida a quien habían rescatado de los muertos mientras él cabalgaba en el espacio con sus frágiles huesos.

—Dí la verdad, querida —le dijo una vez, grave y serio—. ¿No preparó el Señor Crudelta el accidente que te mató?

—Dicen que él no estaba aquí —dijo Elizabeth—. Dicen que fue un accidente real. No lo sé. Nunca lo sabré.

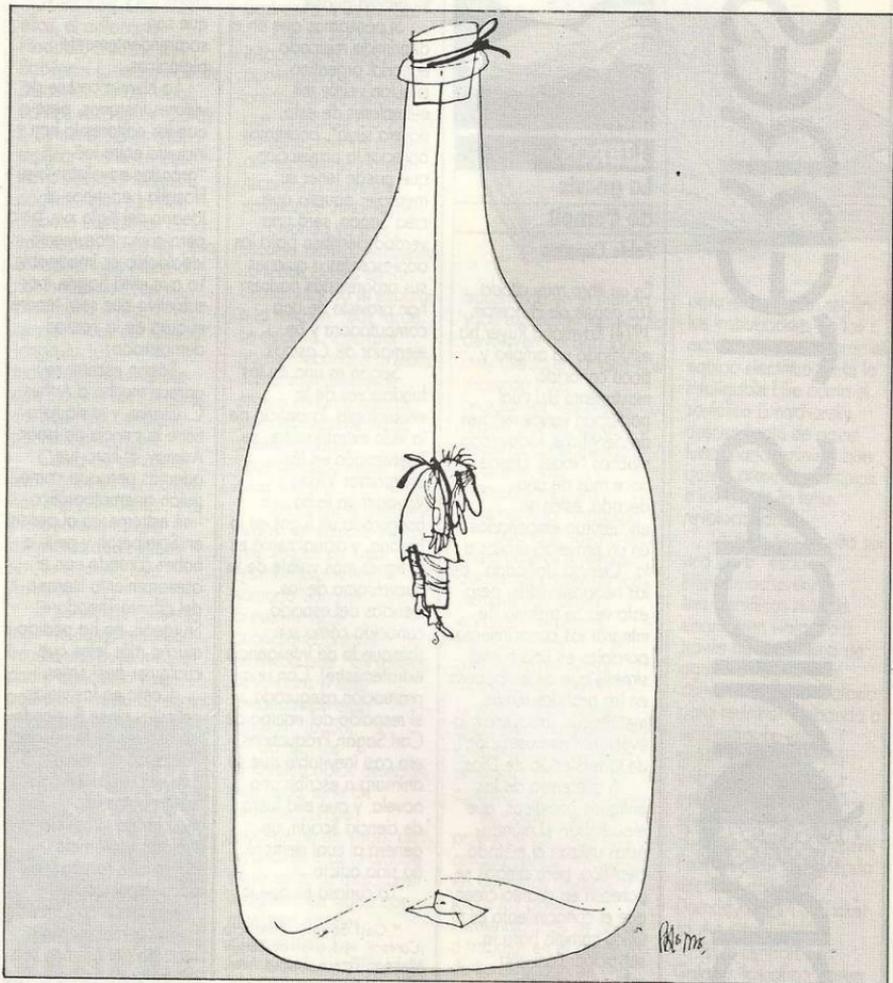
—Eso no importa ahora —dijo Rambó—. Crudelta está entre las estrellas, buscando problemas y encontrándolos. Nosotros tenemos nuestra cabaña, y nuestra cascada, y nos tenemos el uno al otro.

-Sí, querido—dijo ella—. El uno al otro. Y sin Floridas fantásticas.

Él parpadeó ante esta alusión al pasado, pero no dijo nada. Un hombre que atravesó el espacio tres necesita muy poco en la vida,

aparte de no volver al espacio tres. A veces soñaba que era de nuevo el cohete, el viejo cohete partiendo hacia un viaje imposible. Que sigan otros, pensaba. ¡Que vayan otros! Yo tengo a Elizabeth y estoy aquí.

Título del original en inglés: *Drunkboat*. © 1963 by Ziff-Davis Publishing Co.; © 1979 by Genevieve Linebarger. Traducción de Carlos Gardini. Publicado por acuerdo con el agente del autor, Scott Meredith Literary Agency, 845 Third Avenue, New York, N.Y. 10022, USA.



CRONICAS TERRESTRES



LIBROS

La gnosis de Cornell

Pablo Capanna

En un libro muy citado (*La gnosis de Princeton*, 1974) Raymond Ruyer ha estudiado un amplio y poco conocido movimiento del cual participan varios millares de científicos, incluyendo muchos Nobel. Desde hace más de una década, éstos se encuentran empeñados en un proyecto similar a la "Ciencia Unificada" de los neopositivistas; pero esta vez se trataría de integrar los conocimientos parciales en una nueva síntesis que desembocara en los grandes temas metafísicos, incluyendo la eventual "demostración" de la existencia de Dios.

A diferencia de los antiguos gnósticos, que repudiaban el mundo, éstos utilizan el método científico, pero ambos se parecen en cuanto creen que el conocimiento es el único camino para la salvación: casi una religión iluminista.

Con cierta sorpresa descubrimos hoy que Sagan, quien gracias a sus conocimientos, a la TV y a su simpatía personal parece encarnar la ciencia para la opinión pública, se encuentra en una posición análoga a la de Princeton y predica su propia gnosis.

Si pensamos que en el deprimido mercado editorial argentino circulan veinte mil ejemplares de esta novela suya*, podremos apreciar la proyección que puede tener su mensaje: aquello que crea Sagan, será una verdad científica para los adolescentes a quienes sus progresistas padres han provisto de una computadora y un ejemplar de *Cosmos*.

Sagan es uno de los fundadores de la exobiología, la ciencia de la vida extraterrestre; su intervención en los programas Viking y Voyager ya le ha asegurado un lugar en la historia, y actualmente es la figura más visible de la nueva rama de las ciencias del espacio conocida como SETI (búsqueda de inteligencia extraterrestre). Con una promoción asegurada, y el respaldo del equipo de Carl Sagan Productions, era casi inevitable que se animara a escribir una novela, y que ella fuera de ciencia ficción, un género al cual siempre ha sido adicto.

Lo curioso es que la

* Carl Sagan, *Contacto* (*Contact*); traducción de Raquel Albornoz; Emecé, Buenos Aires, 1986; 361 págs.

novela versa casi obsesivamente sobre el tema de la religión. Los lectores de *Cosmos*, acostumbrados a verlo como un escéptico científico, que se da el lujo de ignorar a Platón y a Aristóteles, pueden ahora conocer sus claves, creencias y supuestos, que son sorprendentemente platónicos.

La novela carece de valores literarios, pese a que los editores la han incluido entre los "grandes novelistas"; su filosofía pertenece al ideario del siglo XVII, pero como documento ideológico es impagable. Lo que crea Sagan, por subjetivo que sea, tendrá el aura de la verdad demostrada.

Sagan escritor se parece mucho a Arthur C. Clarke, y ni siquiera tiene la pericia de Isaac Asimov. El libro fue además pensado como guión cinematográfico (me estremezco al pensar en Spielberg), y pese a haber contado con el asesoramiento literario del difunto Theodore Sturgeon, no ha podido ir mucho más lejos que cualquier *best seller*.

Como en las viejas películas clase B, donde los actores se lo pasaban hablando del monstruo que sólo aparecerá en los instantes finales, la marcha de la novela es tediosa, y promete un climax que resulta muy poco espectacular. Parece poco convincente que el primer mensaje recibido del cosmos sea interpretado como la voz

de Dios o del diablo, cuando hace décadas que el mundo se ha acostumbrado a la idea de los hombrecitos verdes y otros visitantes.

La introducción de cada personaje da lugar a una tediosa digresión donde se nos cuenta toda su vida. Uno de ellos, el millonario Haddon, creador de Babilonia (una especie de Disneylandia del vicio), parece sacado de *Dallas* o *Dinastia*: no es fácil explicar qué hace aquí, salvo ocupar muchas páginas. Hay también algunas travesuras de la traductora, quien no atina a traducir *ring plane* o nos habla de "Los protocolos de los antepasados del Ozono" (capítulo 16), malgastando un chiste que alude a los "Sabios de Sión" del conocido panfleto antisemita.

Como homenaje al feminismo, en los EE.UU. hay una presidenta, y la protagonista es una astrofísica dedicada al SETI, la doctora Ellie Arroway.

El personaje presenta algunas complejidades freudianas, pues tuvo un padre agnóstico y un padrastro creyente; como

se dice que según Freud la idea de Dios derivaría de la imagen paterna, la pobre Ellie experimentará su crisis final cuando, tras haber pasado del escepticismo más radical a una nueva fe, descubra que quien había creído ser el padre era el padrastro, y viceversa.

Ellie es bastante insoportable, desde sus comienzos como genio precoz; su pedantería, que salpica el diálogo de fórmulas, teorías y leyes, por momentos parece recordar a aquellos *savants* de Julio Verne.

Cuando va a la escuela bíblica, encuentra contradicciones en las Escrituras y da la espalda a la religión. Más tarde, se declara "cristiana" porque reconoce a Jesús como un maestro de ética y un gran orador, pero habitualmente se presenta como "agnóstica, aunque no atea".

Ellie dirige el complejo Argos, un sistema de SETI ubicado en un lugar (¿simbólicamente?) llamado Socorro. En un breve mensaje publicitario, Sagan recuerda que "los fondos destinados a esta investigación eran magros" (p. 38).

Un día, los radiotelescopios detectan una larga serie de números primos procedente de Vega; en un análisis más profundo de la serie, se descubren imágenes de video que muestran a Hitler inaugurando las Olimpiadas de 1936; fue la primera imagen de TV



PALOMO

transmitida en el mundo, y los extraterrestres nos la devuelven: es una idea muy usada en cf, que nos recuerda "Los ondulantes" de Fredric Brown. Por fin, en un tercer nivel del mensaje, aparecen las instrucciones para construir una "máquina".

Todo esto suscita una vasta polémica religiosa, donde los creyentes (que siempre son torpes, obtusos y violentos, representados preferentemente por predicadores de TV) plantean una cerrada oposición al proyecto; sin embargo, cuando todo parece preannunciar un conflicto, no ocurre nada.

En cambio, las potencias deponen sus antagonismos, se olvidan los conflictos políticos y todos los países industrializados se ponen a trabajar en el proyecto de construcción de una Máquina que nadie sabe

para qué servirá, según las instrucciones de los extraterrestres. Integran el equipo científico tanto la infatigable Ellie como el soviético Lunacharsky, descendiente de aquel funcionario leninista que quería preservar templos e íconos de la furia revolucionaria.

La máquina resulta ser una nave "espacial". Ellie, Lunacharsky y tres científicos más se encuentran viajando a través de un sistema de agujeros negros que conectan toda la Galaxia, para terminar arribando a su Centro. La idea, propuesta por Adrian Berry, ya había sido aprovechada por numerosos escritores de cf, entre ellos por Frederik Pohl (*Pórtica*) y esbozada décadas atrás por Damon Knight ("A Ticket to Anywhere").

En el centro de la Galaxia, los cinco pasan unas horas en un paisaje

grandes novelistas

CARL SAGAN

El llamado de las estrellas

CONTACTO

emecé

casi terrestre donde se les aparecen los Guardianes, emisores del Mensaje, bajo la forma de sus parientes muertos; antes de devolverlos a la Tierra, les revelan que el sistema de "túneles" había sido construido por una raza anterior, extinguida; ellos tampoco fueron los creadores del Cosmos. Los Guardianes están intrigados por otro Mensaje, aparentemente inserto en los decimales de π .

Por supuesto, al regresar nadie les cree; durante un tiempo un malvado secretario de Defensa persigue a Ellie, pero al fin todo vuelve a la normalidad, después de haber movilizao el planeta entero y gastar miles de millones de dólares.

De pronto Ellie, que ahora cree en Dios, descubre tener afinidades intelectuales con Joss, el predicador fundamentalista con quien se había enfrentado en durísimos debates. Su computadora demuestra la existencia de Dios al detectar la figura de un círculo perfecto oculto tras los decimales de π . Al parecer, ésta es una nueva revelación; parece como si se hubiera fundado una nueva religión, opuesta a las "religiones burocráticas" (p. 133) o las "burocracias sectarias" (p. 238), como se llama a las religiones superiores.

Este nuevo Dios, descubierto a través de las matemáticas, no es otro que el Gran



Arquitecto, el dios geómetra de Galileo y Kepler, y sobre todo de Platón, quien ha creado el mundo *numero*, *pondere et mensura*, con el número, el peso y la medida. Sagan, que ignora a Platón, resulta ser más platónico que los académicos; como ocurría en la Academia, sólo pueden llegar a la doctrina secreta quienes sepan matemáticas, y sólo podrán sacrificar en los nuevos altares de silicio quienes dominen la computación.

Para explicar la actitud de los Guardianes de la Galaxia respecto del hombre, se recurre a analogías como la relación del hombre con las hormigas (p. 41), los conejos (p. 54) o una oruga, a la cual "es difícil matar cuando se ha demostrado su

inteligencia" (p. 128). En el último párrafo de la novela se establece una jerarquía de entes, al mejor estilo gnóstico: "los hombres, los demonios (?), los Guardianes, los Constructores de Túneles, Dios" (p. 359).

De este modo, la escéptica Ellie, que ha viajado al centro de la Galaxia con la palmera de los peregrinos, se transforma en apóstol de la nueva gnosis: una religión para científicos, la nueva elite sacerdotal, manoseada por burócratas y militares (los que, sin embargo, la financian). Según el predicador Joss, súbitamente convertido, este mensaje será comprendido fácilmente por las masas, porque no contradice sus creencias religiosas.

En la nueva fe, el

elemento intelectual será el determinante, y la posesión del conocimiento será la clave de la salvación, como en la antigua gnosis. Así, se critica a las religiones por haber insistido más en la sangre y el cuerpo que en el cerebro (p. 53).

La Revelación ocurre también en una fecha mística, el año 2000; gracias al Mensaje, "la humanidad ha sido promovida a la escuela secundaria" (p. 155). Ellie relaciona los grados del saber de las distintas especies, hombres Guardianes y Constructores, con su pasaje de la escuela secundaria a la Universidad y de allí al post-grado. La revelación se dará por los números primos, por π , o la espiral del ADN, que es

idéntica al caduceo de Asklepios: estas constantes universales son "la firma de Dios". Ni los sentimientos, propios de las especies inferiores, ni la ética (que no se menciona) parecen formar parte de esta nueva religión, la "gnosis de Cornell".

Como se ve, esto no es ciencia ni ciencia ficción; es toda una propuesta ideológica, que habrá que evaluar como lo que es.

Los nuevos mundos de la Física

Leonardo Moledo

La revolución física del siglo veinte comparte algunas características con la revolución newtoniana del siglo XVII y, entre ellas, el haber puesto en tela de juicio conceptos básicos sobre la naturaleza del tiempo, del espacio y de la causalidad.

La obra de los grandes científicos que contribuyeron a establecer la física clásica —Copérnico, Giordano Bruno, Galileo, Kepler, y finalmente Newton—, destruyó por completo la imagen del cosmos medieval y

estableció una nueva configuración del espacio y el tiempo. El universo aristotélico-medieval, cerrado, limitado e impregnado de teología, con su jerarquización absoluta de lugares, en cuya cúspide se situaban la Tierra y el hombre, se vio obligado a ceder el paso al espacio infinito y neutro, sin privilegios de localidad, ni direcciones o lugares especiales. Sobre él, el tiempo fluye, uniforme e idéntico a sí mismo. Es un cosmos geométrico, euclideo, laico, profano, donde los cuerpos se someten a la mecánica y al principio de causalidad, infinito en el espacio y en el tiempo, atrapado por la legalidad matemática y el rigor de las leyes universales. Un mundo de estricta causalidad, en el que todo instante futuro puede ser calculado a partir de las condiciones iniciales, y todo instante del pasado puede ser reconstruido a partir del estado presente del universo. Cuando se le hizo notar a Laplace que en su *Mecánica Celeste* no había mencionado alguna de Dios, Laplace respondió: "No he

tenido necesidad de esa hipótesis."

La revolución newtoniana no sólo implicó cierta cosmovisión del universo, sino que inició el proceso que entronizó a la ciencia como modo privilegiado de conocimiento del mundo, y a la física como modelo a seguir por todas las otras ciencias, combinando lo experimental con los desarrollos teóricos que proporcionaban las matemáticas. Durante doscientos años el formidable poder de predicción de la física newtoniana se vio día a día corroborado: cada nuevo descubrimiento, sobre la Tierra o en la profundidad del espacio confirmaba, una y otra vez, la aparente inviolabilidad y eternidad del modelo que Newton había establecido. A fines del siglo pasado, H. Poincaré decía: "Por más que se perfeccionen los telescopios, por más que se exploren regiones desconocidas del espacio, siempre se encontrarán astros sometidos a las leyes de Newton." No debe extrañar que este marco favoreciera la proyección de un cosmos perfectamente racional, cuyos primeros principios habían sido ya develados, y cuyos misterios requerirían solamente tiempo para transformarse en casos particulares de la teoría. La filosofía, por su parte, edificó la teoría del conocimiento necesaria para explicar cómo semejante grado de conocimiento era posible, y

se adaptó a la nueva visión no antropocéntrica, en la que la Tierra, con cada nuevo descubrimiento, se reducía cada vez más a una minúscula partícula. El Sol se transformaba en una estrella entre otras, situada en una galaxia cualquiera. La vida y la inteligencia, en un fenómeno químico.

Es importante comprender lo que significa una cosmovisión en la que lo esencial se supone conocido, para poder medir el impacto que produjo el resquebrajamiento de un edificio tan bien cimentado. Las experiencias de Michelson y Morley sobre la velocidad de la luz y el progresivo avance sobre el dominio atómico dieron pie para las dos teorías que englobaron y cuestionaron el edificio de la ciencia clásica durante las primeras décadas de nuestro siglo: la teoría de la relatividad (especial y general) y la mecánica cuántica. El surgimiento y las consecuencias de estas dos ramas de la física es lo que describen los libros que ahora nos ocupan.

*La frontera del infinito** explora la Relatividad General. Esta teoría, enunciada por Einstein en 1915, y considerada por muchos como la más bella de las teorías físicas, extiende los resultados de la Teoría Especial de la Relatividad de 1905, atacando el problema que afectaba a esta última: la

*Paul Davis: *La frontera del infinito (The Edge of Infinity)*; traducción de Manuel Saurama; Salvat, Barcelona, 1985; 212 págs.

PAUL DAVIES

LA FRONTERA DEL INFINITO

BIBLIOTECA CIENTÍFICA SALVAT

JOHN GRIBBIN

EN BUSCA DEL GATO DE SCHRÖDINGER

BIBLIOTECA CIENTÍFICA SALVAT

gravitación. La capacidad de los cuerpos para atraerse entre sí, piedra de toque de la física newtoniana, es descrita por Einstein como una alteración en el espacio-tiempo. La fuerza de gravedad newtoniana, que actuaba a distancia e instantáneamente entre dos cuerpos, ubicados en lugares cualesquiera del universo, y sobre cuya naturaleza el propio Newton "prefería no hacer hipótesis", se transforma en una alteración del continuo espacio-temporal, producido por la materia. La teoría de Einstein explicó uno de los problemas que la mecánica celeste del siglo XIX había dejado irresueltos, como el desplazamiento del perihelio de Mercurio, e hizo predicciones que entraban en abierta

contradicción con la mecánica clásica: si la gravedad no era el resultado de una fuerza, sino un efecto de la curvatura del espacio-tiempo, los rayos de luz deberían adaptarse a dicha curvatura, en contra de la predicción newtoniana según la cual la luz, inmune a la gravedad, se propaga siempre en línea recta. El experimento llevado a cabo durante el eclipse de 1919, en el que se comprobó que los rayos luminosos se curvaban en el campo gravitatorio solar, confirmó las predicciones de Einstein. Se cuenta que éste, al enterarse de los resultados del experimento, comentó que "la naturaleza había hablado". La mecánica clásica era, desde ese momento en adelante, un caso particular de la

mecánica relativista.

La concepción relativista tuvo vastas consecuencias en el terreno de la cosmología: ya en los años veinte Einstein presentó un modelo de universo finito e ilimitado; el descubrimiento de la expansión del universo y la serie de hallazgos que condujeron al *modelo standard* del universo, con su origen en una gran explosión inicial hace quince mil millones de años, iniciando una expansión que todavía dura (y que se ignora si será eterna o se detendrá en algún momento), y cuya descripción detallada se remonta hasta el primer millonésimo de millonésimo de millonésimo de segundo de vida, volvieron a poner sobre el tapete (físico y filosófico) cuestiones que involucran el infinito y las singularidades matemáticas en las ecuaciones de la relatividad general. Por otra parte, la predicción teórica del colapso de estrellas en agujeros negros —regiones de curvatura tan intensa que ni siquiera la luz puede abandonarlas— abren la posibilidad de concepciones totalmente nuevas sobre el significado del espacio y el tiempo.

La mecánica cuántica, cuyo desarrollo e historia se recrean en *En busca del gato de Schrödinger*,* cuestionan nuestra percepción de la realidad de una manera, si se quiere, mucho más radical.

*John Gribbin: *En busca del gato de Schrödinger (In Search of Schrödinger's Cat)*; traducción del Dr. Navarro Veguillas; Salvat, Barcelona, 1986; 245 págs.

Cuando a fines del siglo pasado y principios del nuestro comenzaron los descubrimientos sobre la naturaleza del átomo es difícil que se sospechara que la descripción de lo infinitamente pequeño —codificado en un corpus coherente por Heisenberg y Schrödinger en la década del veinte— contuviera implicancias tan contradictorias ya no sobre la percepción de los fenómenos, sino sobre los conceptos mismos de fenómeno y realidad. Las relaciones de incertidumbre introducidas por Heisenberg, según las cuales existen pares de magnitudes que no pueden ser medidas simultáneamente, la dualidad onda-corpúsculo de la mecánica ondulatoria de Schrödinger —y su interpretación probabilística—, permiten la formulación de preguntas ante las cuales la física clásica hubiera retrocedido, atrincherada en la causalidad. La posición y el momento de un electrón no pueden ser medidos al mismo tiempo: pero ¿qué ocurre cuando no se los mide? ¿Tiene el electrón un impulso y una posición definidos, independientemente de que se los mida o no? La cadena de causas y efectos se rompe: la mecánica cuántica no predice más que la probabilidad de que una transición entre estados se realice o no. El substrato filosófico de estas teorías, y en especial la "interpretación de



PALOMO

Copenhague", según la cual nada se puede decir de aquello que no es observado, y una pregunta sobre si determinada transición entre estados se ha producido o no carece de sentido hasta el momento de la observación, ha sido objeto de una sostenida controversia (que incluyó entre los detractores de la escuela de Copenhague al mismo Einstein, y entre sus defensores a Bohr), y al planteo de numerosas paradojas, una de las cuales, enunciada por el mismo Schrödinger, da título a este libro. Imaginemos una caja que contiene una fuente radioactiva, un contador Geiger, y un mecanismo que, al registrar el contador la desintegración de uno de los átomos del material radioactivo, libera un veneno que mata al gato. Si el detector registra ese suceso, el gato muere; si no, el gato vive. Supongamos que el experimento se extiende en el tiempo lo suficiente como para que haya una probabilidad del 50% de que uno de los átomos del material radioactivo se desintegre. Si no hoy forma de conocer el resultado del experimento hasta abrir la caja y mirar en su interior, según la interpretación de Copenhague, hasta que dicha medición se efectúe, dentro de la caja hay una muestra radiactiva que se ha desintegrado y no se ha desintegrado, y un gato que está muerto y vivo, y ni vivo ni muerto. Como bien

señala Gribbin, una cosa es imaginar que una partícula elemental (extraña a nuestra experiencia ordinaria) no está ni aquí ni allá, y otra muy distinta es pensar en un objeto macroscópico como un gato, compartiendo dos estados tan poco compatibles como la vida y la muerte.

La historia de la física del siglo veinte, la sensación de estar en el centro de una controversia que involucra la idea misma de realidad, los traslados en el tiempo, la ruptura de la causalidad, la posible existencia de singularidades en el espacio-tiempo, el abismo de la nada, la pregunta por el más allá, constituyen una aventura fascinante, sin duda. Ya no es tan seguro que el lector no azevado pueda recorrerla sin dificultades en estos libros. Pese a la pretensión de constituir textos para no iniciados, evitando el formulero, la comprensión razonable de lo que en ellos se cuenta requiere, si no un buen conocimiento de física, un cierto entrenamiento en el razonamiento físico y matemático. No contribuyen a la claridad la mala traducción y las erratas, a veces graves, que incluyen mal subtitulado de dibujos. Es decir, como libros de divulgación pura no cumplen su función (están lejos de la claridad que suelen exhibir, por ejemplo, Asimov, Sagan o las obras ya clásicas de Gamow), pero para quien esté

suficientemente informado como para seguirlos y sortear los escollos de comprensión, es verdad que abarcan una variedad de temas (como la supergravedad o el resultado de los experimentos en torno de la paradoja E.P.R.) que no es habitual encontrar en los libros de divulgación, y en ese sentido son extremadamente útiles. Si no de claridad, constituyen sin duda una buena fuente de información. Y desde el punto de vista conceptual —o mejor dicho de "toma de posición"— hubiera preferido un poco más de cautela sobre las teorías de realidades superpuestas de Wheeler y Everett (que me parecen un tanto estrambóticas, por cierto). Es verdad que buena parte de la física contemporánea y las especulaciones en torno de ella bordean (y probablemente superan) las más osadas creaciones de la ciencia ficción. La tentación es, en consecuencia, muy grande. Pero es bueno mantener el equilibrio.

Smith por Capanna

Luis Gregorich

La ciencia ficción es el único subgénero narrativo (creo que ya puede dejar de calificársela de forma "marginal") que no ha cesado de crecer y desarrollarse en las últimas décadas. Ya tiene su público lector propio, sus órganos de difusión y expresión peculiares, sus pioneros y jóvenes turcos, su mitología particular y su

universo de valores que se alimenta del desmoronamiento de un estilo de civilización caduco y de la consolidación de otra civilización nueva. Valdría la pena comparar la actual ciencia ficción con, por ejemplo, lo que es hoy la narrativa policial "negra": encontraríamos por un lado una rica floración y variedad de obras y autores, y por el otro una producción estandarizada que no ha podido sobrepasar los estrechos límites que le trazaron sus dos o tres creadores canónicos. En realidad, toda la policial "negra", todo el abanico de su potencialidad expresiva y comunicativa, está ya en el cuento "Los asesinos" de Ernest Hemingway. Ni las mejores páginas de Hammett o Chandler añaden algo sustancial a este magistral logro. El éxito de estas formas de la narrativa quizá pueda explicarse debido a su modo eficaz e implícito de canalizar la crítica social, o a su rápida repercusión en el mercado; pero ninguna de estas virtudes asegura la perdurabilidad. En cambio la ciencia ficción se despliega con una riqueza lujurante que excluye toda posibilidad de reducción fácil, fabrica insolentes mitos para el futuro en lugar de proponer plañideras fábulas morales acerca del pasado, y no rehúye ninguno de los desafíos que la literatura ha planteado desde los orígenes a sus cultores.

Personalmente debo a Cordwainer Smith buena parte de mi maduración —si

PABLO CAPANNA

Conjeturas en torno
de Cordwainer Smith

EL SEÑOR DE LA TARDE



Editorial Sudamericana

puedo llamarla así— como lector de ciencia ficción. Hasta la frecuentación de *El juego de la rata y del dragón*—en que el relato que da título al libro es una magnífica historia de amor cuyos protagonistas son un guerrero interestelar y una gata—, no puedo decir que excediera en mucho la sabiduría del sentido común de quienes identifican a la ciencia ficción con las *Crónicas marcianas* de Bradbury (en realidad un libro excelente). A lo sumo me había complacido leer alguna vieja novela de Simak y, muy de pasada, textos de Asimov y tal vez de Arthur Clarke y Theodore Sturgeon. El hallazgo de Cordwainer Smith me hizo más exigente: si el género era capaz de suscitar a un escritor de tal estatura, no había motivos para seguir desconfiando. Después, naturalmente, leí todo lo que encontré de Cordwainer Smith y también me vi obligado a seguir explorando el género mismo, hasta descubrir que algunos creadores descriptos taxativamente como "autores de ciencia ficción" son figuras mayores de la literatura actual, sin

distinción de géneros. Es el caso, por lo menos, de Stanislaw Lem, J. G. Ballard y Philip Dick, aunque uno vacila también cuando se habla de Ursula K. Le Guin, Brian Aldiss, Gérard Klein y, para mencionar a uno de los más jóvenes, Norman Spinrad.

Estas son palabras de lector aficionado. Las de Pablo Capanna, por el contrario, son las del argentino que con mayor agudeza y amplitud ha reflexionado sobre la ciencia ficción, a partir de su ya clásico *El sentido de la ciencia ficción*, publicado hace casi veinte años. Nos une a ambos la pasión por Cordwainer Smith, con la diferencia de que Pablo la supo traducir en varios artículos y ensayos iluminadores, y finalmente la virtud en el primer libro, en la primera obra de conjunto que se ha publicado—en cualquier idioma— sobre este escritor.

En *El Señor de la Tarde: Conjeturas en torno de Cordwainer Smith** se ha propuesto, según lo indica el propio Capanna, "realizar un análisis existencial, recomponiendo los escasos vestigios que deja tras de sí una vida". La tarea consiste, básicamente, en dejar atrás los prejuicios que "desvalorizaban a priori" a las supuestas literaturas marginales, y en analizar la obra, el estilo y la personalidad de un autor de ciencia ficción "de la misma manera que la de otro escritor cualquiera, sin

* Pablo Capanna: *El Señor de la Tarde: Conjeturas en torno de Cordwainer Smith*, Sudamericana, 1984; 350 págs.

incurrir en las habituales disculpas y consideraciones sociológicas sobre la literatura de masas". Capanna resume así el sentido de la obra que examina: "Smith tenía el don de apoderarse de los temas más triviales de la aventura científica o tecnológica para transmutarlos en mitos, a partir de un estilo personal e inconfundible. El suyo era un *mundus alter et idem*, un universo poético a través del cual podía intuirse toda una alegoría de nuestro tiempo, una alegoría que jamás se preocupó por hacer demasiado transparente."

La vida y la obra de Cordwainer Smith, las conjeturas que sobre ellas postula Capanna, se organizan en torno a la ambigüedad. Esa vacilación que va del Paul Linebarger que es catedrático de ciencia política, consejero de Inteligencia del Pentágono y autor de un manual de guerra psicológica, al Cordwainer Smith que publica sus cuentos en *Galaxy* y *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, es también una alusión a la difícil frontera que separa la literatura de la vida. Por otra parte, el libro plantea implícitamente otras ambigüedades. La que presuntamente separa (o acerca) a la ciencia ficción del resto de la literatura; la que cuestiona la validez de una lectura política reduccionista de las obras literarias, mucho más si se la sustenta en datos biográficos.

En este último aspecto, la indagación que

Capanna lleva a cabo acerca del universo cordwaineriano es de una ejemplar precisión. La revisión de los "ciclos" en que se articula la narrativa de Cordwainer Smith, sobre todo el ciclo de "la Instrumentalidad y el Subpueblo", lleva a desechar toda simplificación y *descalifica* el esquematismo de críticos como Carlo Frabetti, que en el número de *Nueva Dimensión* dedicado a Cordwainer Smith (Nº 22, Barcelona, mayo de 1971) se refiere a la crítica al mundo actual que realizan los textos de este autor como "típicamente de derechas", que se centra en los efectos y elude las causas". Según Frabetti, el defecto de Smith estaría entonces, algo burdamente, en que sus libros no denuncian la explotación y las estructuras económicas y sociales que la causan. Por el contrario, Capanna observa que "la más deficiente de las lecturas será aquella efectuada exclusivamente desde el prejuicio ideológico, que mostraría el universo de Cordwainer Smith como la glorificación del racismo, del imperialismo o de la tecnocracia. Y esto por el solo hecho de exhibirlos tales como son, en una deliberada caricatura, en la cual elementos fantásticos no-familiares ocupan el lugar de los familiares con el fin de producir el distanciamiento".

Capanna es, ante todo, filósofo, y no hay que reclamar de su libro una dedicación exhaustiva a la escritura, a los procedimientos verbales de

Cordwainer Smith. Es una tarea que sin duda habrá que intentar algún día, porque la riqueza formal de esta narrativa tiene pocos parangones en el ámbito de la ciencia ficción. Sin embargo, en el breve capítulo "Algunas claves" el autor de *El Señor de la Tarde* apunta algunas interesantes sugerencias sobre la estructura de las narraciones cordwainerianas, a la que relaciona con las canciones de gesta y la épica clásica (por sus constantes autorreferencias y su peculiar complicidad con el lector), además de apuntar cómo recurre Cordwainer Smith a un distanciamiento casi brechtiano y de qué modo prescinde del suspenso y de los recursos más toscos de la literatura de consumo.

Aunque no pueda sustituirla, el trabajo de Copanna ha pasado a convertirse en el complemento necesario de la lectura de Cordwainer Smith, y constituye un obvio orgullo para los creadores y estudiosos de la ciencia ficción argentina el que uno de sus militantes haya sido el primero en elaborar una interpretación seria y global de uno de los mayores creadores de un género que ya no admite ser subestimado ni tratado frívolamente.

Las fronteras del Poder

Oscar Velozzi

Situada entre los Cuatro Confines, Terramar se despliega como un nutrido Archipiélago que constituye el Mundo. En épocas remotas, el héroe Sergoy

sacó las Islas de los abismos, e instauró el Habla Verdadera, que le da el Ser a las cosas. Innumerables son los países y las comarcas de Terramar. En Levante, las peligrosas Tierras de Kargad, cuyos habitantes no hablan la lengua hár dica, tienen tez blanca y cabellos rubios y son feroces guerreros. Cruzando el estrecho que separa Barnisk y Torheven, está la Isla Grande de Havnor, corazón y cuna del Archipiélago, justo al norte de las Noventa Islas, cuyo Número Verdadero nadie ha podido contar, ya que es fantasmal, y varía con los devaneos de la marea, que a veces transforma estrechos cañadones en brazos de mar, y a veces confunde los espíritus haciendo que varios islotes emerjan, pareciendo una

sola isla. A pocas millas de navegación de Serd, al este de las Noventa Islas, está Roke, donde se encuentra la Escuela de Hechicería que preside el Archimago, elegido por el Concejo de los Nueve Maestros, y a la que entran por una puerta de marfil y cuerno sólo aquéllos que participan del Poder. Y en el otro extremo de las Noventa Islas está la comunidad de la Baja Torninga, la más occidental, pues no mira al Mar Interior, sino al océano desierto, solitario rincón donde sólo asoma Pendor, la isla estragada por los dragones, y más allá, las desoladas aguas del Confín del Poniente: si un navegante las evitara, girando hacia el norte, llegaría a la Tierra de Osskil, donde una piedra, guardada como un tesoro en las profundidades de un

castillo helado, encierra el espíritu de una de las Antiguas Potestades.

Al Noroeste de Havnor, entre Anchad y Torheven, se halla la Isla de Gont, famosa comarca de magos y cuna de Gavilán, primero llamado Duny, y cuyo Verdadero Nombre es Ged, vencedor del Dragón de Pendor y más tarde Archimago de la Escuela de Roke. *Un mago de Terramar** cuenta, precisamente, la primera gesta de este hechicero y héroe del Archipiélago (tal vez el más grande de los magos), anterior al ciclo de sus hazñas recopiladas en la Gesta de Ged, en que éste enfrentó a su Sombra, y cuyos pasos figurarán tal vez en el Cantar de la

* *Un mago de Terramar* (A Wizard of Earthsea); traducción de Matilde Horne; Minotauro, Buenos Aires, 1986; 213 pág.



URSULA K. LE GUIN
UN MAGO DE TERRAMAR
MAGISTERIO



Sombra, compuesto por su amigo Algarrobo (cuyo Verdadero Nombre es Estarriol), pero de la que sólo restan pequeños fragmentos, y cuyo cuerpo central se ha perdido.

En Terranova la magia tiene el rigor de una ciencia, su estudio es penoso, difícil, y largo el camino que conduce a la obtención de una vara de hechicero y el dominio de las artes sobrenaturales, que permiten elevarse por encima de la superstición y las limitadas habilidades de los brujos de aldea. Precisamente, la construcción de una Teoría de la Magia es con toda posibilidad el aspecto más interesante de este libro de Ursula K. Le Guin.

La inspiración oriental (el Tao) es visible; el Mundo está sostenido por un delicado equilibrio entre opuestos: el Bien y el Mal, la Luz y la Oscuridad, Lo que Es y Lo que No Es. Los hechiceros rondan los límites de ese equilibrio y pueden modificar o corregir ciertas alteraciones, pero deben conservarlo; en este mandato reside el límite de su poder. Y es justamente un desliz en la trama de lo posible lo que desata la tragedia de Ged. Llevado por el orgullo, rasga la corteza del Ser, y permite que se introduzca en Lo que Es una chispa de Lo que No Es, sombra que habrá de perseguirlo y enfrentarlo hasta que Ged descubra aquello que permite dominar todas las cosas: su Verdadero Nombre.

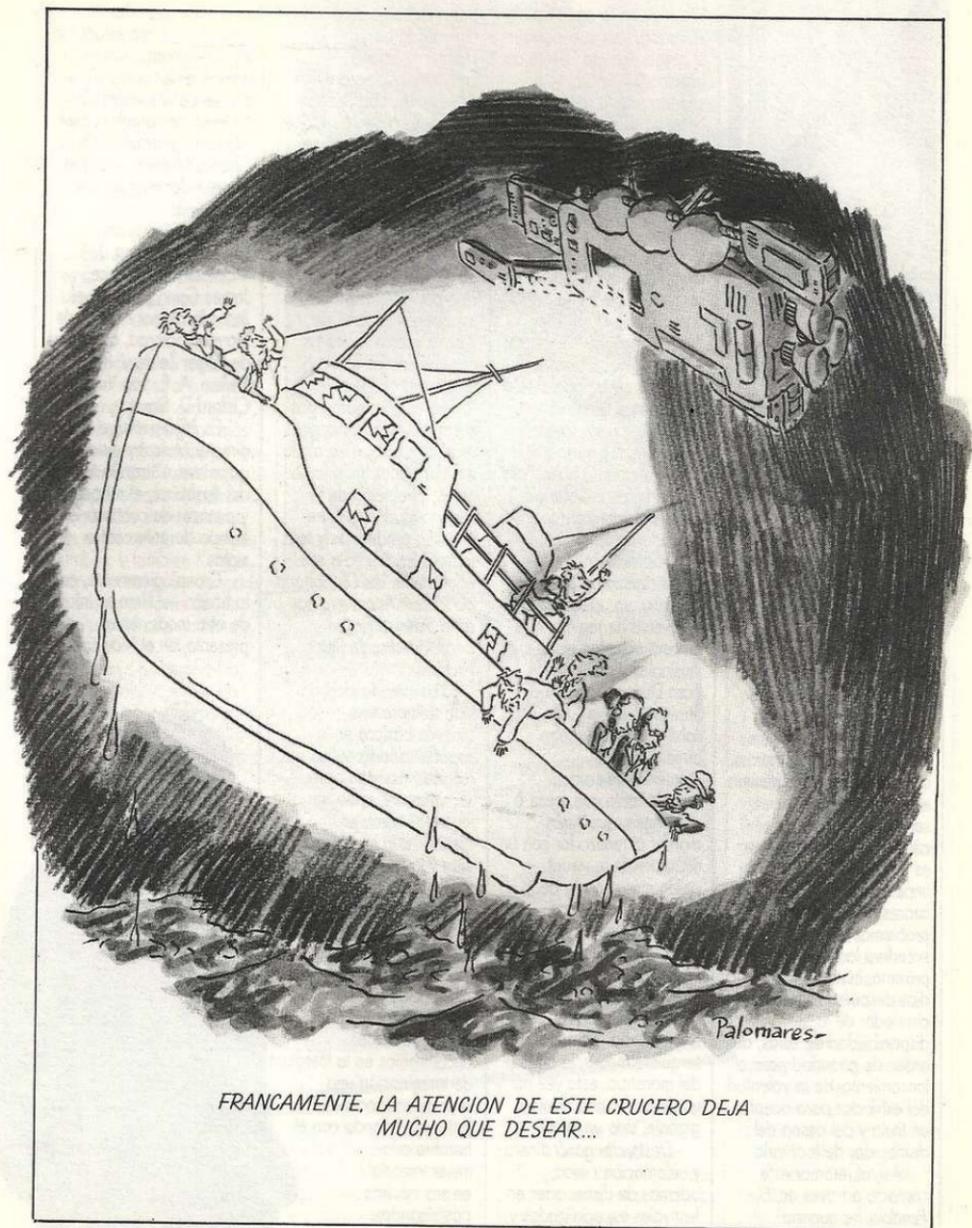
En realidad, cualquier teoría del poder mágico es

una teoría sobre las fronteras de su aplicación. La construcción de una técnica de la sobrenatural (como la hechicería en Terramar) es menos difícil que explicar por qué razones esa técnica en apariencia todopoderosa puede verse trabada por algún tipo de obstáculo. El poder ilimitado es casi una tautología y difícilmente pueda dar origen a una literatura eficaz. Es la razón por la cual todo sistema mágico, desde las más antiguas mitologías hasta la moderna historieta, le asegura al detentador de un poder excepcional un punto de vulnerabilidad que lo convierte en héroe. Terramar no es la excepción, y Ursula K. Le Guin debe encontrar una respuesta (ése es, para mí, el principal desafío de un texto de este tipo) a la obvia pregunta que formula Milenrama, la hermana de Estarriol (y que en forma implícita se formula el lector): "Tú y mi hermano sois poderosos hechiceros, murmuráis una palabra y es cosa hecha. ¿Cómo podéis tener hambre entonces? Cuando llega la hora de la cena en el mar ¿por qué no dices 'pastel de carne', y el pastel de

carne aparece y os lo coméis?" Contestar a este interrogante (y a cualquier otro similar): "¿Por qué viajas en un navío, en vez de convertirte en halcón y volar sobre las islas?", o el más esencial: "¿Por qué no aniquilas con una palabra a tus enemigos?", y contestar de tal manera que tenga sentido —es decir, que sea verosímil para el lector— es la clave del funcionamiento y el interés de todo mundo maravilloso. De la calidad de la respuesta, dependerá la calidad del enigma, si no su existencia misma. Y en Terramar, el misterio de los límites de la magia es consustancial con la estructura misma del mundo, y con la creación del lenguaje, ya que la condición de la existencia de una cosa es la posibilidad de nombrarla. "Para transformar esta piedra en una gema tienes que ponerle otro nombre verdadero", dice Ogiön, primer maestro de Ged. "Y eso, hijo mío, hasta con una piedrecita tan pequeña como ésta, es cambiar el mundo." La relación entre las cosas y los nombres de las cosas es el sustento de todo; una buena parte del aprendizaje de Ged estará dedicado a explicitar el problema. El deslinde entre el Poder y los límites del Poder es llevado a cabo felizmente. Es decir, Terramar funciona.

Ursula K. Le Guin es, por excelencia, una constructora de mundos, y Terramar se inserta de manera natural en la serie que incluye la galería de pueblos de *Ciudad de ilusiones*, los planetas

distantes de *La mano izquierda de la oscuridad*, *El nombre del mundo es Bosque*, y *Los Desposeídos*, y el más histórico-real Ducado de Orsinia de *Malatrena* y *Paises imaginarios*. Sin embargo, a diferencia de estos últimos, la primera parte de la trilogía de Terramar presenta una autonomía completa (a la manera de *El Señor de los Anillos* de Tolkien), sin escurridizas líneas hacia el mundo real, ya sea a través de artefactos de ciencia ficción o de mayores referencias históricas. Creo que esta falta de anclaje en lo real, de sutil complicidad con el lector, conspiran contra *Terramar* en vez de trabajar a su favor. Tampoco es de gran ayuda el hilo de la aventura propiamente dicha, que constituye el núcleo argumental de la segunda parte del libro: la lucha entre Ged y su Sombra. Se deslizan allí, por momentos, ciertos ribetes de *western* que no convencen literariamente, ni conciben con la lógica mágica propuesta por la obra, y son por lo tanto poco creíbles. Pero la peripecia argumental es, si se quiere, lo menos importante en una saga cuyo encanto y objetivos son la creación de un mundo con sus nombres, su geografía, sus animales fantásticos, sus ciudades y sus mitos. Más allá de esas observaciones críticas, el lector encontrará con harta frecuencia el placer del descubrimiento, y en muchas ocasiones la exasperante belleza y monotonía del cuento de hadas.



FRANCAMENTE, LA ATENCIÓN DE ESTE CRUCERO DEJA
MUCHO QUE DESEAR...



CINE

El cine que vendrá: "Highlander"

Anibal M. Vinelli

Escribir anticipos para un mensuario pareciera obligar al crítico y periodista a poseer un sentido de la profecía, porque la siguiente frase se vuelve inevitable: "Cuando usted lea estas líneas ya se habrá estrenado *Destructor*, primer largometraje de Russell Mulcahy."

Y en verdad, al redactar la nota de marras, uno no tiene la más mínima seguridad de que lo señalado se vaya a cumplir, dado que el cine es un negocio de imponderables, de mil y un azares, en el que es problemático saber qué sucederá la semana próxima, cuanto más treinta días después. Todo gira alrededor de la disponibilidad de salas, del orden de prioridad para el lanzamiento, de la voluntad del exhibidor para aceptar un título y del deseo del distribuidor de facilitarlo.

Así, al retomar este contacto a través de *El Pendulo*, he querido

iniciarlo con la apuntada salvedad, una que explique el riesgo siempre latente de anticipar una obra que, cuando sale la revista a la calle, ya se ha visto, tomando envejecido el artículo de marras. Si me pasa en el futuro—otra vez la profecía—, no me maldiga el lector por la memoria de San Sturgeon ni me conjure con las alucinaciones del honorable Philip K. Dick.

Si se estrenó *Destructor* (título original *Razorback*), podemos seguir adelante, mejor aun si usted ya la vio. Si no, puede tomarse un respiro, ir a verla y luego retomar la nota. Pero no es imprescindible, ya que serían demasiados condicionamientos.

Destructor marcó el debut cinematográfico de Mulcahy, un australiano que venía de realizar más de cuatrocientos *video-clips* musicales y publicitarios para Duran Duran, Rod Stewart, Culture Club, Elton John y Billy Joel, entre otros. Y es tan sorprendente como reconfortante que, pese a ese origen, que suele marcar al realizador con un estilo donde lo visual predomina a costa de lo narrativo, *Destructor* resultara a la vez brillante en las imágenes y de una enorme fluidez en el relato. Más aun, se hizo evidente que el talento de Mulcahy engrandecía una historia si se quiere menor, la clásica del monstruo, esta vez no un tiburón ni una chinche gigante, sino un jabalí.

Destructor ganó dinero y aclamación crítica, además de distinciones en festivales especializados y,

para Mulcahy, el ser contratado por la Thorn-Emi Screen Entertainment para dirigir su segunda obra, con un presupuesto de 16 millones de dólares. Esa obra se llama *Highlander* (algo así como *Montañés*), es de inminente estreno en la Argentina y el argumento le ha de resultar familiar, no porque lo haya leído antes, sino por dos razones: 1) a los buenos lectores de ciencia ficción *todas* los argumentos les resultan leve o marcadamente familiares y lo mismo *nos* sucede con los hallazgos tecnológicos que ya algún escritor habrá imaginado antes; 2) el tema de la inmortalidad está entre nuestros predilectos y más transitados. Y cito a ese equivalente del *Diccionario de la Real Academia* que es la *Science Fiction Encyclopedia*, de Peter Nicholls:

"La inmortalidad ha sido siempre uno de los motivos básicos en la especulación filosófica o religiosa. La idea parece ser universal, tanto en leyendas como en creencias. El elixir de la vida y la fuente de la juventud son metas clásicas en la exploración y la búsqueda intelectual. Freud sostiene que cada hombre está inconscientemente convencido de su propia inmortalidad. Inevitablemente, encontramos en la literatura de imaginación una superabundancia de historias, lidiando con el hombre o la mujer inmortal en sus infinitas posibilidades."

La nómina—de acuerdo—es impresionante, y pueden mencionarse antecedentes como algún pasaje de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift; *Melmoth, el errabundo*, de Charles Maturin, o *Ella*, de Henry Rider Haggard, y piezas más contemporáneas de Laurence Manning, J. T. McIntosh, Jack Vance, James Gunn y aun en el *Incordie a Jack Barron*, de Norman Spinrad, o algunas de Roger Zelazny, Robert Heilein, A. E. van Vogt y Clifford D. Simak.

En *Highlander*, el director Mulcahy y sus guionistas utilizan la técnica del *flashback*, el retroceder y avanzar de continuo en el tiempo durante cuatro siglos.

Cronológicamente, en la ficción—el filme se inicia de otro modo, en el presente, en el Madison

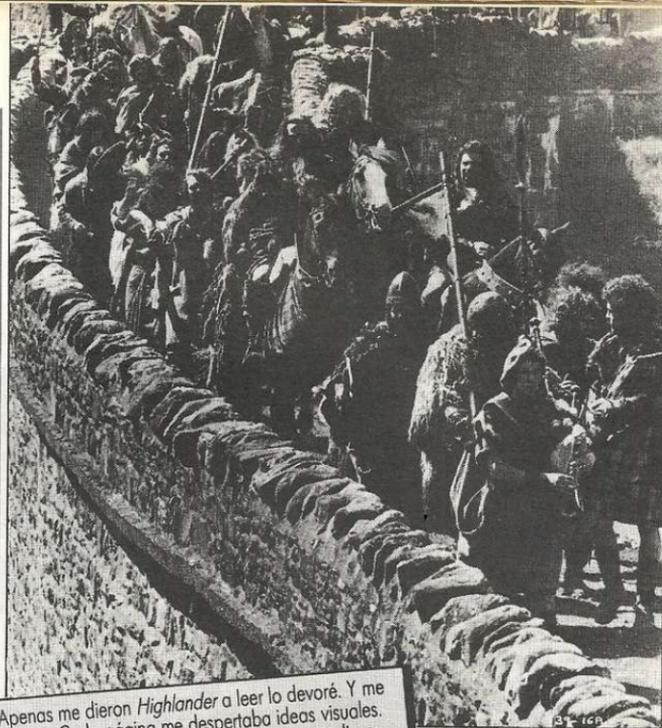
Christophe
Lambert



Square Garden en una brutal sesión de lucha—, la historia comienza en 1536, cuando MacLeod, hombre de los clanes escoceses, es herido mortalmente en batalla por un guerrero llegado de las estepas y a quien se conoce como Kurgan. Milagrosamente, MacLeod se recupera, pero al casi (o sin casi) resucitar es considerado por los supersticiosos lugareños como un símbolo de mal agüero.

MacLeod se exilia en un remoto sitio rural y se casa con una simple granjera, Heather. Pocos años más tarde es reconocido por un elegante aventurero egipcio o español, que responde al nombre de Juan Ramírez, un noble que le revela que ambos, y también Kurgan, son inmortales condenados a batirse a través de las centurias, hasta un tiempo predestinado, *The Gathering* (La Asamblea, La Reunión). Y hay, o ha habido, muchos otros como ellos, inmortales hasta la derrota, tan necesaria para acabar con esa vida eterna, mediante la decapitación.

La era que Ramírez señalaba como *The Gathering*, es en Nueva York; Manhattan, más precisamente, en la época actual, donde MacLeod, bajo el seudónimo de Russell Nash, posee una tienda de antigüedades en el Greenwich Village, repleta con artefactos y objetos que ha adquirido a lo largo de las edades. Manhattan vive en esos momentos un reinado del terror, evidenciado en la serie de cuerpos sin cabeza, descubiertos en la



Escena de Highlander

"Apenas me dieron *Highlander* a leer lo devoré. Y me encantó. Cada página me despertaba ideas visuales. Como fantasía, era todo lo diferente que se pudiese desear, considerando la cantidad de aventuras para adolescentes que abundan por ahí. Comprendí inmediatamente que el filme se sostendría o derrumbaría según yo pudiese hacer que los períodos de tiempo cambiasen fluidamente, aunque pareciesen evidentes los contrastes. Me pareció imperativo que la audiencia pudiese ser transportada de los espacios abiertos y románticos del pasado a los muy eléctricos y duros de los ochenta, de hoy. Y que eso sucediese de manera convincente.

"Trabajé extremadamente rápido, a menudo con la técnica de multicámaras simultáneas (eligiendo después la toma mejor), concluyendo con un promedio de cincuenta horas de rodaje por cada cinco minutos de tiempo a imprimir.

"Espero que ese esfuerzo, que el ritmo a que me obligué y que forcé sobre el resto de la dotación, se vea reflejado en la pantalla."

RUSSELL MULCAHY

ciudad. La policía está desconcertada, al igual que Brenda Wyatt, experta en armas, que encuentra en alguna escena del crimen una antiquísima espada,

probablemente forjada en el 600 antes de Cristo.

MacLeod sabe que Kurgan se está acercando para el encuentro decisivo y la consiguiente y

ambigua adquisición de un poder supremo y definitivo. Y podrá haber sólo un vencedor.

¿Será Kurgan, que mediante su odio por el veterano *Highlander* ve a Brenda como nada más que un peón en el mortífero juego?

¿O será MacLeod, cuyo interés romántico en Brenda lo lleva a suponer que si la mayor parte de las personas temen morir, la mujer no se arriesga a vivir?

Si le contamos más, y aunque usted lleve millones de páginas de entrenamiento en el arte de la ficción especulativa y sea la versión aborigen y combinada de Lester del Rey, Ursula K. Le Guin y John Brunner, corremos el

riesgo de que venga a buscarnos con una espada tan afilada como la de Kurgan.

Sólo quedará agregar, entonces, que tratándose de una superproducción era obligada la inclusión de grandes figuras en los papeles principales. De menor a mayor, por ejemplo: Clancy Brown, que era el Monstruo de *La Prometida*, como Kurgan; Sean Connery (que cobró un millón de dólares por siete días de trabajo), como Ramírez, y el ascendente Christophe Lambert (*Greystoke: la leyenda de Tarzán*), en el papel protagonista de MacLeod.

El resto de los datos –mire tranquilo, tiene todo el tiempo del mundo– lo encontrará en la ficha técnica adjunta.

Highlander se rodó en 70 días en Londres (estudios Jacob Street y exteriores de la South Metropolitan Gas Works, Scotland Yard y Shad Thames), en Escocia (Upper Glen Nevis, Glencoe y Loch Shiel), y en Nueva York.

FICHA TECNICA

Highlander. Dirección: Russell Mulcahy. Guión: Gregory Widen, Peter Bellwood, Larry Ferguson, sobre una historia de Widen. Fotografía (technical): Gerry Fisher. Montaje: Peter Honess. Música: Michael Kamen. Canciones y música adicional: Queen. Intérpretes: Christophe Lambert, Roxanne Hart, Clancy Brown, Sean Connery, Beatrice Edney, Alan North, Sheila Gish, Jon Polito. Origen: Estados Unidos. 1986. 111 minutos.

Una plegaria americana

Marcelo Figueras

Estaba chorreado. De alcohol. De *blanca* ("Colombiana, *first quality* para usted, Mr. Morrison.") Apenas se sostenía sobre las gastadísimas botas. Un par de *cops*, policías de Los Angeles, lo vieron parapetarse tras su campera negra de 15.000 dólares. Acababa de ver *Hiroshima Mon Amour*. "El cine –garabateó entonces en su libro de notas, recostado sobre el capó amarillo de un Plymouth– es la más totalitaria de las artes. Toda energía y sensación son chupadas por el cráneo, produciéndose una erección cerebral. Calígula deseaba que todos sus súbditos tuviesen un único cuello, para poder descabezar el reino con un golpe de estado. El cine es ese agente transformador... El cuerpo existe para beneficio de los ojos: se transforma en un tallo seco al solo efecto de sostener esas dos suaves e insaciables joyas."

Esas líneas, recogidas más tarde en el libro *The Lords* (1969), pueden sernos útiles para la comprensión del fenómeno de las *cult movies*. Un fenómeno en el que no muchos han reparado: da cuenta de ello el hecho de que no exista un término castellano que traduzca/adapte su significado. Literalmente, *cult movie* es un *film-objeto de culto*. Esto es, que genera no ya simples

degustadores de sus imágenes sino fanáticos. Conversos. Militantes. Suele tratarse siempre de un *film marginal* –por estética, ideología y forma de producción– al que las grandes compañías conceden la gracia de la distribución mundial. Duran meses, incluso años, en cartel. Siguen resistiendo luego desde la trinchera de la *sección trasnoche*. Los pibes regresan a verlas una y otra vez, como movidos por un impulso amoroso o alguna otra clase de compulsión. Se visten como los personajes del filme. Recitan sus líneas de diálogo. Entonan las canciones sin rarrar un verso...

¿Hay alguna razón para que los pibes de New York hayan consagrado de este peculiar modo a films como *Eraserhead*, *The Rocky Horror Picture Show* y *Stop Making Sense*? En la Argentina –donde hasta los rockeros tienen su ortodoxia– el fenómeno se verificó en menor escala con la ya legendaria *Woodstock*. Todavía hoy es posible husmear la atmósfera de *cult movie* que colorea los cines donde se proyectan *Pink Floyd: The Wall*, *Heavy Metal* y *Let's Spend the Night Together*. Los devotos de este culto generan sus propios códigos: "Dime cuántas veces viste *The Wall* y te diré quién eres", escribió hace poco el historietista Rep. El estreno local de *Cielo líquido* (*Liquid Sky*, 1982), una de las mayores *cult movies* de todos los tiempos, una por sí solo las dos coordenadas

espaciales –New York/Buenos Aires– y nos permite aventurar un par de conjeturas sobre el fenómeno.

A primera vista, *Cielo líquido* ofrece una visión de la New York de la era *new wave*. De acuerdo con un análisis igualmente epitelial, el film híbrida tres elementos de gran convocatoria entre los pibes: sexo, ciencia ficción y rock and roll. Sin embargo, la alquimia del éxito es algo más abstrusa: yo se ha intentado pre-fabricar *cult movies* –como *Buckaroo Banzai* (1985)– sin otro corolario que el más clamoroso de los silencios. Por el contrario, lo que parece singularizar a estos films es la multiplicidad de niveles de lectura en los que se desenvuelven. *Stop Making Sense* es mucho más que una actuación en vivo de los Talking Heads: es a la vez una ficción y un ensayo –tesis, antítesis, síntesis– sobre el hombre contemporáneo. *Eraserhead*, el primer largometraje de David Lynch, no es precisamente una sátira sobre un *freak*. *The Rocky Horror Picture Show* es algo más que una simple vuelta de tuerca al mito de Prometeo/Frankenstein...

En *Cielo líquido*, el director Slava Tsukerman quiso operar sobre la ficción a la manera brechtiana. Como en la *Opera de tres centavos*, Tsukerman circunscribió su mirada a un sector socio-cultural determinado –en este caso, los *new wave kids*– pero intentando aludir a patrones

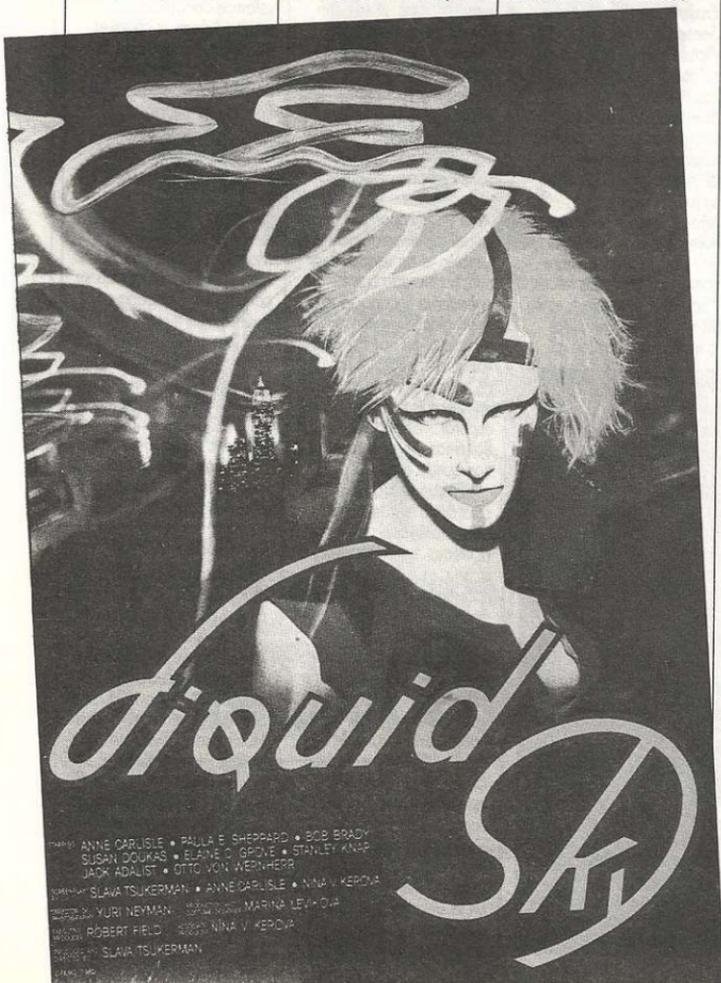
estructurales de comportamiento, actitudes comunes a toda la sociedad contemporánea. Por ejemplo, la constante parasitaria de las relaciones humanas: en *Cielo líquido* todos los contactos son utilitarios. Paul (Stanley Knap) usa y

es usado. El científico Hoffman (Otto von Wernher) usa y es usado. De allí la sorpresa de Margaret (Anne Carlisle) cuando un extraterrestre la libera de todos sus victimarios: "¡Te importo!", exclama, convencida de que alguien —un Príncipe

Azul alienígena— la ha buscado *gratuitamente* por vez primera. Otro ejemplo: la utilización temática de las máscaras y disfraces. Margaret se pinta el rostro con tinturas fosforescentes. Su vestuario roza la extravagancia. Pero eso no la diferencia del resto de

los seres humanos. "Tu *blue-jean* y su suéter también son emblemáticos, también quieren decir algo, también son un disfraz", dice Margaret a Owen (Bob Brady), un viejo profesor que sólo la desea sexualmente. Cuando Margaret y Jimmy disputan, sobre el final del film, Adrian (Paula Sheppard) apunta que "esto sucede en todas partes, sólo que nosotros no disimulamos el odio bajo la mascarada de una cordialidad que no existe".

De forma complementaria, todo el tratamiento remite a los códigos juveniles de la década del 80. Por empezar, el montaje: esquizofrénico, con breves secuencias que no superan el minuto y que dan lugar a un segundo hilo narrativo, a un tercero y que luego regresan al original. Las historias de Margaret, de Jimmy, de Paul y su mujer y del científico Hoffman se entrelazan así de forma nerviosa, escogiendo formalmente a su público entre aquél forjado en el *modus operandi* televisivo: no reclamar atención intensa durante más de 40 segundos... Por otra parte es capital la recreación del lenguaje juvenil. "Tu vocabulario se reduce a dos palabras: *mierda* y *coger* (*shit n' fuck*)", dice Owen a Margaret. Aunque la definición suena exagerada, cifra en sí misma la voluntad revulsiva del *argot* adolescente: tal vez la palabra más frecuente en *Cielo líquido* sea *cunt*, un vocablo al que la censura eliminó del sobre interno de *Dirty*



Work, el último álbum de los Rolling Stones. Esa vocación al ultraje se reconoce también en el gusto juvenil por trastocar los géneros narrativos: así como *The Rocky Horror Picture Show* pervierte sexualmente al científico creado por Mary Shelley –vodeviliza el terror–, *Cielo líquido* vira el thriller y el relato de ciencia ficción hacia lo escatológico. El asesino es en este caso un extraterrestre heroinómano, que elimina a todo aquel que introduzca lo suyo en el agujero negro que Margaret tiene entre las piernas. También pertenece a los años 80 su sentido del humor, que se mofa incluso de la tragedia que tiene entre manos. O la temática de la heroína, el *cielo líquido*, la Llave de los

Cielos. O la de los modelos sexuales (“Lo que me atrae de una persona no depende del tipo de genitales que tenga. En lo que a mí respecta, soy más andrógina que David Bowie”, dice Margaret).

Lo que hermana a *Cielo líquido* con *Eraserhead*, *Stop making Sense* y *The Rocky Horror Picture Show* –además de su condición de fantasías marginales– es su *terminalidad*. Toda su imaginaria es apocalíptica. *Cielo líquido* es el cuento de hadas que pone fin a todos los cuentos de hadas: Tolkien se revuelve en su tumba... Margaret lleva sobre sí un nombre romántico hasta las heces. “Soy de Connecticut, estilo *Mayflower*”, puntualiza, dando cuenta así de lo

profundo de su *americanidad*. De acuerdo con ello, ha sido educada “para esperar a un Príncipe Azul”. Reacciona contra ese origen y la esperanza que se ha destilado sobre ella: se hace *punk*. Ya no cree que haya hombre alguno capaz de funcionar como Príncipe. ¿Pero qué presente a su visitante: dirá a Owen que le conviene no tocarla aún antes de saber del *alien* asesino. Durante un breve lapso creará que su esperanza no ha sido en vano (“¡Te importa...!”). Sin embargo, el extraterrestre también la ha usado. Peor aun, ha lucrado con la *anhedonia* [incapacidad de sentir placer] de Margaret. Moraleja: no hay Príncipes Azules. No más. Ni aquí, ni en ningún punto del universo. Nada que esperar. “Bailemos. Bailemos. ¿Qué otra cosa nos queda por hacer...?”

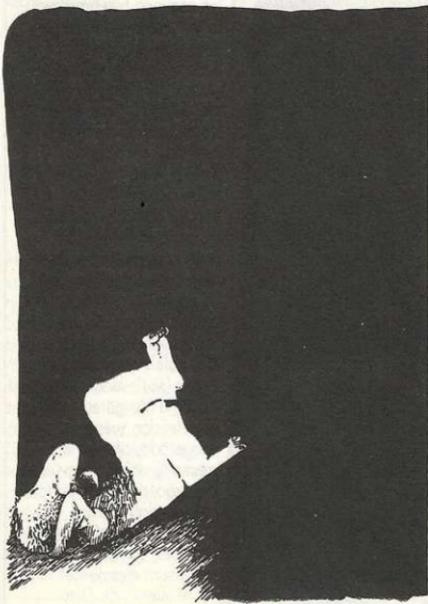
El otro punto de unión está dado por la pérdida de racionalidad: en las actitudes, en el lenguaje, en el arte. ¿De qué sirve la racionalidad a minutos apenas de la hecatombe? Todas las mañanas, Margaret saluda al Empire State –al que divisa desde la ventana– como si se tratara de un tótem. Adrian habla de la locura de su madre (“Gritó los bautizo, los bautizo y orinó sobre los comensales y su propia comida”) con toda la naturalidad del mundo –la insania como dato de la realidad diaria. Las escenas en la *discotheque* muestran a hombres y mujeres sacudiéndose en una suerte

de celebración salvaje, de festín dionisiaco. Las secuencias bajo la luz del sol evidencian una actividad tan febril e irracional como las nocturnas. “Nada de infantiles ilusiones de cambiar el mundo. Nosotros sabemos que estamos condenados”, espeta Adrian al cadáver de Owen. Clausurada la puerta del futuro, sólo parece restar –según *Cielo líquido*– la mirada al interior de cada uno, donde las pulsiones más primitivas danzan con los mitos y arquetipos culturales.

A eso se refería Jim Morrison, el autor de la cita que abrió esta nota, con su canción *Una plegaria americana*: “¿Has olvidado los Llaves del Reino? ¿Has nacido? Y si es así, ¿estás vivo? Reinventemos los dioses, todos los mitos de las eras. Celebremos símbolos de bosques profundos y antiquísimos. Necesitamos grandes, doradas copulaciones...”

FICHA TECNICA

Cielo líquido (*Liquid Sky*). Estados Unidos, 1982. Dirigida por Slava Tsukerman. Guión: Slava Tsukerman, Anne Carlisle y Nina Kerova. Fotografía y efectos especiales: Yuri Neyman. Música: Slava Tsukerman, Brenda Hutchinson, Clive Smith. Maquillaje: Lenna Kaleva. Peinados: Marcel Fievre de Cindre. Dirección artística y vestuario: Marina Levikova. Con Anne Carlisle, Paula Sheppard, Susan Doukas, Otto von Wernherr, Bob Brady, Elaine C. Grove, Stanley Knap.



FONTEARRROSA

PÉNDULO*

**VUELVE
DEL FUTURO.**

ULTRAMAR

**LE DA
LA BIENVENIDA
CON UNA GRAN FIESTA!**



"El *Péndulo* es, sin duda, la mejor revista de ciencia ficción en contenido, presentación y diseño que se haya publicado jamás en cualquier sitio."

Sam J. Lundwall, revista *Foundation*, Inglaterra, 1985.



EQUIPO

Director Editorial
Andrés Cascioli

Jefe de Redacción
Marcial Souto

Diseño Gráfico
Susana Rochoc

Asesoramiento Técnico
Elvira Ibargüen

EN EL PROXIMO NUMERO

- Michael Bishop: "Un regalo de los hombres grises"
Los seres de la imaginación sirven a veces para explicar a seres que nadie se atreve a imaginar.
- Rogelio Ramos Signes: "En los límites del aire, de Heraldo Cuevas"
La evocación minuciosa y certera de un mundo sutilmente distinto.
- Barrington Bayley: "Salida de Ciudad 5"
Grandes aventuras espaciales en un espacio que no existe.
- Cristina Siscar: "El vergel de Zahir"
Una creación que ilustra el orden circular de toda creación.
- Jack Vance: "Mazirian el Mago"
En la Tierra agonizante hay nuevas razas de hombres, y nuevos peligros. La magia ocupa, con todo rigor, el lugar que ha dejado la ciencia. Y las criaturas se entretienen en juegos mortales.
- Mario Leverro: "Novela geométrica"
Un abecedario de los planos de la aventura.
- Harlan Ellison: "El llanto de los perros azotados"
El doloroso descubrimiento de ese nuevo dios que todos integramos.
- Pablo Capanna: "La nariz de Cleopatra y el teniente Bonaparte"
Un mapa de accidentes y mundos alternativos: ucronías, dystopias, catacronismos, etcétera.
- Sam J. Lundwall: "Aventuras en la jungla de pulpa"
Una historia diferente (y polémica) de las revistas de ciencia ficción.

El Péndulo, número 11, tercera época. Revista mensual de Ediciones de la Urraca S.A. Redacción: Venezuela 842, (1095) Capital Federal, teléfonos 34-8778/8972/8747. Administración: Salta 226, 4° piso. (1074) Capital Federal. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en trámite. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cia. Distribuidores en el interior: SADYE S.A.C.I.F., Belgrano 355, Capital Federal. Distribuidores en el exterior: Ediciones de la Urraca S.A., Castilla de Correo 4504. Fotocomposición: Photo Lettering S.A. Director: Andrés Cascioli.
SEPTIEMBRE 1986

CORREO ARGENTINO CENTRAL	Franqueo a Pagar Concesión N° 822
	Franqueo Pagado Concesión N° 1535
	Tarifa Reducida N° 3207

UNA GRAN FIESTA DE CIENCIA FICCION



con
PHILIP
JOSE
FARMER
y
JACK
VANCE



ULTRAMAR

BARCELONA - MADRID - BOGOTA - BUENOS AIRES - MEXICO D.F. - MIAMI - MONTEVIDEO

BRIAN W. ALDISS • ROBERT SILVERBERG
JAMES TIPTREE, JR. • CORDWAINER SMITH
PATRICE DUVIC • LUIS GREGORICH
CARLOS GARDINI • ANIBAL M. VINELLI
PABLO CAPANNA • SCAFATI • LEONARDO MOLEDO
ELVIO E. GANDOLFO • OSCAR CHICHONI
ALBERTO CIUPIAK • ENRIQUE BRECCIA
CARLOS NINE • PABLO PAEZ
GRONDONA WHITE • O'KEEFFE • SANYU

Ediciones de la Urraca / Tercera Epoca / Número 11 /

